

calibrite

colorchecker classic

Reg 4379

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

LA
ELOCUENCIA ATICA

POR

J. GIRARD

Miembro del Instituto, profesor de Poesía Griega en la Facultad de Letras de París

VERSIÓN ESPAÑOLA DE

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA
López Hoyos, 6
(ESQUINA A SERRANO, 114).

100mm

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

LA
ELOCUENCIA ATICA

POR

J. GIRARD

Miembro del Instituto, profesor de Poesía Griega en la Facultad de Letras de París

VERSIÓN ESPAÑOLA DE

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

Precio: CUATRO pesetas.

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA
López Hoyos, 6
(ESQUINA Á SERRANO, 114).

J. GIRARD

LA

ELOCUENCIA

ATICA



PRECIO

4 pesetas.

LA

1443

I

- sionales, 4 pesetas.—Instituciones industriales, 8 pesetas.
- Sohm.—Derecho privado romano, 14 pesetas.
- Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
- Starke.—La familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.
- Stirner.—El único y su propiedad, 9 pesetas.
- Stourm.—Los presupuestos, 2 tomos, 15 ptas.
- Strafforello.—Después de la muerte, 3 pesetas.
- Stuart Mill.—Estudios sobre la religión, 4 pesetas.
- Sudermann.—El asseo, 3,50 pesetas.
- Sumner-Maine.—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La guerra según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.
- Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.
- Suttner.—High Life, 3 pesetas.
- Taine.—Historia de la literatura inglesa, 5 vols., 34 pesetas.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 4 tomos, 30 ptas.—Los filósofos del siglo XIX, 6 ptas.—Notas sobre París, 6 ptas.—La pintura en los Países Bajos, 3 ptas.—El arte en Grecia, 3 pesetas.—Napoles, 3 pesetas.—Roma, dos tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.
- Tarda.—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.
- Toehkoff.—Un duelo, 1 peseta.
- Tcheng-Ki-Tong.—La China contemporánea, 3 pesetas.
- Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 2 tomos, 15 pesetas.
- Tolstoy.—Los hambrientos, 3 pesetas.—¿Qué hacer?, 3 pesetas.—Lo que debe hacerse, 3 pesetas.—Mi infancia, 3 pesetas.—La sonata de Kreutzer, 3 pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas.—El ahorcado, 3 pesetas.—El príncipe Nekhli, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—Los cosacos, 3 pesetas.—Iván el imbécil, 3 pesetas.—El canto del cisne, 3 pesetas.—El camino de la vida, 3 pesetas.—Placeres viciosos, 3 pesetas.—El dinero y el trabajo, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 ptas.
- Turgeneff.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.—Humo, 3 pesetas.—Nido de halcones, 3 pesetas.—El juicio, 3 pesetas.—El rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor, 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas.—El reloj, 3 pesetas.—Pares á hijos, 3 pesetas.—La ruilolota, 3 pesetas.
- Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.
- Vaccaro.—Bases sociológicas del Derecho y del Estado, 9 pesetas.
- Valera.—Vida de Ventura de la Vega, 1 pta.
- Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.
- Varios autores.—(Aguanno, Alos, Arcárate, Baucés, Beuti, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastera, Gide, Giner de los Ríos, González Cerrano, Gumpowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Gorgas, Posada, Rico, Richter, Sala, Uña y Sarthou, etc.)—*El Derecho y la Sociología contemporáneos*, 12 ptas.
- Idem.—*Novelas y caprichos*, 3 pesetas.
- Los grandes discursos de los máximos oradores ingleses modernos (Sullivan, Cockburn, Sheil, Cobden, Murray, Chamberlain, Randolph, Churchill, Beaconsfield, Macaulay, Brougham, O'Connell, Fox, Harry, E. Leimborough, Bulver Lytton, Parnell, Bright, Coude de Russell, Bradburgh, Gladstone, Cowen, M'Carthy, Lowe y Butt), 7 pesetas.
- Virgili.—Manual de estadística, 4 pesetas.
- Vivante.—Derecho mercantil, 10 pesetas.
- Vooke.—Principios fundamentales de Hacienda, 2 tomos, 10 pesetas.
- Wallace.—Rusia, 4 pesetas.
- Witt.—Historia de Washington, 7 pesetas.
- Waliszewski.—Historia de la literatura rusa, 9 p.
- Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.
- Whitman.—La Alemania imperial, 5 pesetas.
- Willoughby.—La legislación obrera en los Estados Unidos, 3 pesetas.
- Wilson.—El Gobierno congressional, 5 pesetas.
- Wolf.—La literatura castellana y portuguesa, con notas de M. y Pelayo, 2 vols., 15 ptas.
- Wundt.—Compendio de Psicología, 9 pesetas.—Hipnotismo y sugestión, 2 pesetas.
- Zola.—Vidas de personalidades ilustres: Jorge Sand, 1 peseta.—Victor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.—Daudet, 1 peseta.—Zola, 1 peseta.—Dumas (hijo), 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Musset, 1 peseta.—Teffio Gautier, 1 peseta.—Sainte-Benve, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Las veladas de Mélan, 3 pesetas.—Estudios literarios, 3 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.—Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, dos tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, dos tomos, 6 pesetas.—El doctor Pascual, dos tomos, 6 pesetas.

OBRAS RECIÉN PUBLICADAS por LA ESPAÑA MODERNA

Rico: Derecho civil, 14 tomos, 95 ptas.—Hallman: Historia de la Pedagogía, 2 ptas.—Nardi-Groco: Sociología jurídica, 9 pesetas.—Papini: Lo trágico cotidiano y El piloto ciego, 3 ptas.—Lester Ward: Factores psíquicos de la civilización, 7 ptas.—Strafforello: Después de la muerte, 3 ptas.—Taine: Los orígenes de la Francia contemporánea, tomo III. La revolución, tomo II. La conquista jacobina, 6 ptas.—Vaccaro: Bases sociológicas del Derecho y del Estado, 9 ptas.—Novicow: La guerra y sus pretendidos beneficios, 1,50 pesetas.—Mattirolo: Instituciones de Derecho procesal civil, 10 pesetas.—Taine: Los orígenes de la Francia contemporánea, tomo IV. La revolución, tomo III. El gobierno revolucionario, 7 pesetas.

LA ESPAÑA MODERNA

Esta revista, escrita por los mejores publicistas, que cuenta veintidós años de existencia, ve la luz todos los meses en tomos de más de 200 páginas.

Condiciones de suscripción.

En España, seis meses, 10 pesetas; un año, 18 pesetas.—Fuera de España, un año, 24 pesetas. El número suelto en España, 1,75 pesetas; en el extranjero, dos francos. El importe puede enviarse en letras sobre Madrid, París ó Londres.—Todos los abonados deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después se les entregarán los números publicados.—Se suscribe en la calle de López de Hoyos, 6, esquina á la de Serrano. Madrid.

LIBROS PUBLICADOS POR "LA ESPAÑA MODERNA,"

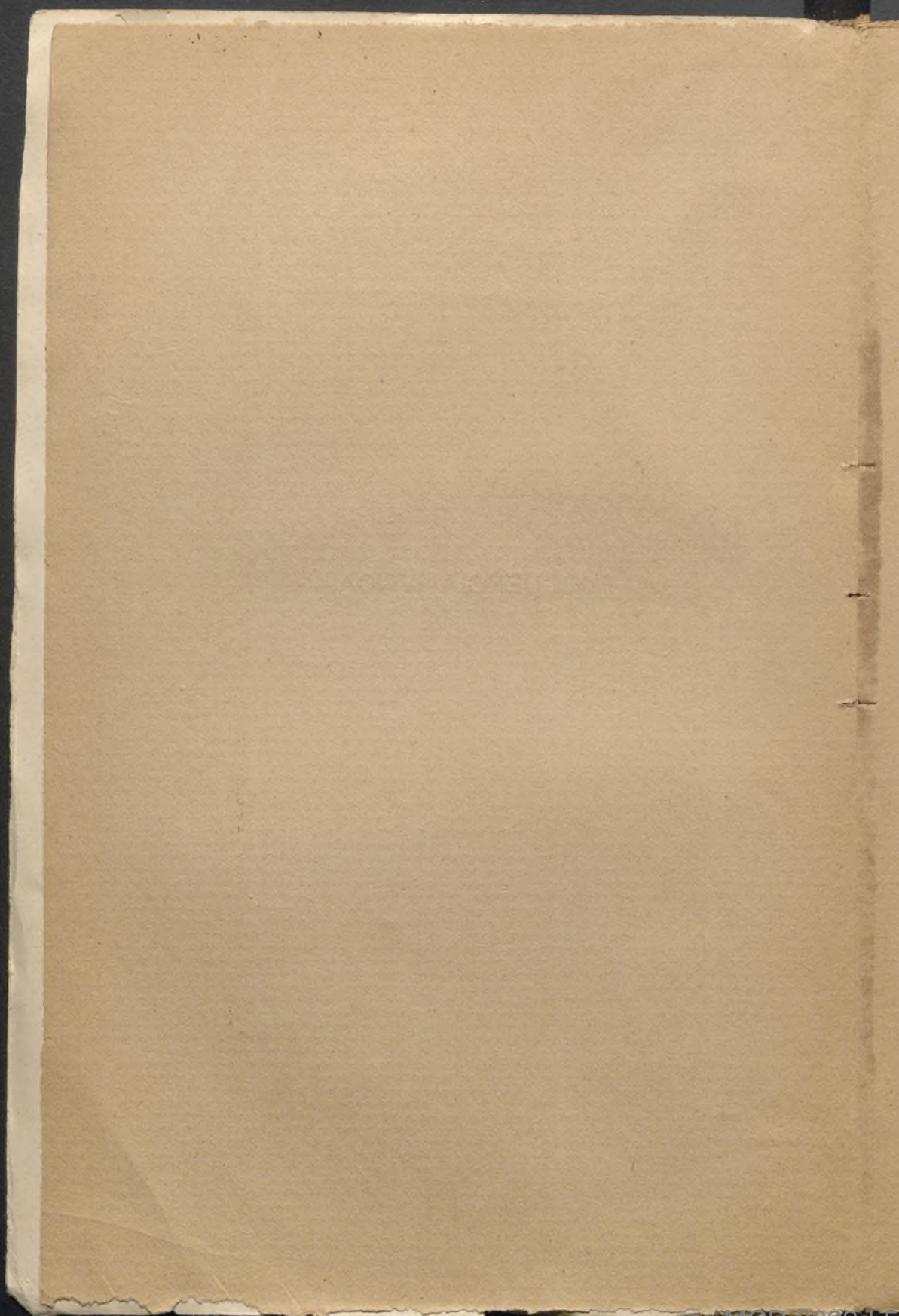
que se hallan de venta en su Administración,

calle de López de Hoyos, 6, Madrid.

- Aguano.—La génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas. La reforma integral de la legislación civil (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.
- Alcázar.—Cartas amatorias, 3 pesetas.
- Amiel. Diario íntimo, 9 pesetas.
- Anónimo.—¿Académicas?, 1 peseta.—Currita Albornoz, 1 peseta.
- Antoine. Curso de economía social, 2 volúmenes, 16 pesetas.
- Araujo Sánchez.—Goya, 3 pesetas.
- Arenal. El derecho de gracia, 3 pesetas.—El visitador del preso, 3 pesetas.—El delito colectivo, 1.50 pesetas.
- Arnó.—Servidumbres rústicas y urbanas, 7 pts.
- Arnold.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.
- Asensio.—Vida de Fernán Caballero, 1 peseta. Pinzón, 3 pesetas.
- Asser.—Derecho internacional privado, 6 ptas
- Bagehot.—La Constitución inglesa, 7 pesetas.—Leyes científicas del desarrollo de las naciones, 4 pesetas.
- Baldwin.—Elementos de Psicología, 8 pesetas.
- Balzac. Eu enia Grandet, 3 pesetas. Papá Goriot, 3 pesetas.—Ursula Mirouet, 3 pesetas. César Birotteau, 3 pesetas.—La quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.
- Barbey d'Aureville.—El cabecill, 3 pesetas.—El dandismo, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nombre, 3 pesetas. La hechizada, 3 pesetas.
- Baudelaire.—Los paraísos artificiales, 3 pesetas.
- Becerro de Bengoa.—Vida de Trueta, 1 peseta.
- Bergeset.—Vida de Mouton (Méridos), 1 peseta.
- Boccardo.—Historia del comercio, de la Industria y de la economía política, 10 pesetas.
- Boissier.—Cicerón y sus amigos: estudio de la sociedad romana en tiempo de César, 8 pesetas. La oposición bajo los Césares, 7 ptas.
- Bourget.—Vida de Taine, 50 céntimos.
- Bréal.—Ensayo de semántica, 5 pesetas.
- Brérid.—La elocuencia política en Grecia, 7 pesetas.
- Bret Harte.—Bloquea' o por la nieve, 2 pesetas
- Bunge. La educación, 12 pesetas.
- Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 pesetas
- Builla, Neumann, Kleinwachter, Narse, Wagner, Mithof y Lexis. Economía, 12 pesetas.
- Campe.—Historia de América, dos tomos, 6 pesetas.
- Campoamor.—Vida de Cánovas, 1 peseta.—Ternezas y flores; Ayes del alma; Fábulas, 3 pesetas.—Doloras y humoradas, 3 pesetas.
- Carlyle.—La Revolución francesa, 3 tomos, 24 pesetas.—Pasado y presente, 7 pesetas.
- Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
- Caro.—Fisofía de Goethe, 6 pesetas.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Costumbres literarias, 3 pesetas. Litre y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.
- Castro.—El libro de los galicismos, 3 pesetas.
- Champcommunal.—La sucesión abintestato en Derecho internacional privado, 10 pesetas
- Cherbullez.—Miss Rovel, 3 pesetas. La tana de Juan Tozudo, 3 pesetas.—Amores frágiles, 3 pesetas.—Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Holdenis, 3 pesetas.
- Colombey.—Historia anecdótica del duelo, 6 pesetas.
- Collins.—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.
- Comte.—Principios de filosofía positiva, 2 ptas.
- Coppée.—Un idilio, 3 pesetas.
- Couperus.—Su Majestad, 3 pesetas.
- Darwin.—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, 2 tomos, 15 pesetas.
- Daudet.—Jak, 2 tomos, 6 pesetas.—La evangelista, 3 pesetas.—Novelas del lunes, 3 pesetas.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 pesetas
- Deillingner.—El pontificado, 6 pesetas.
- Dorado Montero.—Vida de Concepción Arenal, 3 pesetas.
- Dostoyuski.—La novela del presidio, 3 pesetas.
- Downen.—Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.
- Dumas. Actea, 2 pesetas.
- Eitzbacher.—El anarquismo según sus más justos representantes, 7 pesetas.
- Ellis Stevens.—La Constitución de los Estados Unidos, 4 pesetas.
- Emerson.—La ley de la vida, 5 pesetas.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.—Ensayo sobre la Naturaleza, 3.50 pesetas.—Inglaterra y el carácter inglés, 4 pesetas.—Los veinte ensayos, 7 pesetas.
- Fernán-Flor.—Vida de Zorrilla, 1 peseta. De Tamayo, 1 peseta.
- Ferrán.—Obras completas, 3 pesetas.
- Ferri.—Antropología criminal, 3 pesetas.
- Fichte. Discursos á la nación alemana, regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.
- Finot.—Filosofía de la longevidad, 5 pesetas.
- Fitzmaurice-Kelly.—Historia de la literatura española, desde los orígenes hasta el año 1900, 10 pesetas.
- Flaubert.—Un corazón sencillo, 3 pesetas.
- Flint.—La filosofía de la Historia en Alemania, 7 pesetas.
- Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.—La ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.—La Filosofía de Platón, 2 tomos, 12 pesetas.
- Fournier.—El ingenio en la Historia, 3 pesetas.
- Framarino.—Lógica de las pruebas, 2 tomos, 13 pesetas.
- Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.
- Garnet.—Historia de la literatura italiana, 19 pesetas.
- Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Inmunicación á las víctimas del delito, 4 pesetas.—La superstición socialista, 5 pesetas.
- Gautier.—Vida de Heine, 1 peseta. Las bombas rusianas, 3 pesetas.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madame de Girardin y Balzac, 3 pesetas.
- Gay.—Los salones célebres, 3 pesetas.
- George.—Protección y librecambio, 9 pesetas.—Problemas sociales, 5 pesetas.
- Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.
- Giddings.—Principios de Sociología, 10 pesetas.—Ciclogía inductiva, 6 pesetas.
- Gladstone.—Vida de lord Macaulay, 1 peseta.
- Goethe. Memorias, 5 pesetas.
- Gonblang.—Historia general de la literatura, 6 pesetas.
- Goncourt. Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Las favoritas de Luis XV, 6 ptas.—La Du-Barry, 4 ptas.—Querida, 3 pesetas.—Ravé Muperin, 3 pesetas.—Germinia Lacerteux, 3 pesetas.—La Elisa, 3 pesetas.—La Faustín, 3 pesetas.—La señora Gervaisais, 3 pesetas.

1443

LA ELOCUENCIA ÁTICA.



Req 4379

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

LA
ELOCUENCIA ATICA

POR

J. GIRARD

Miembro del Instituto, profesor de Poesía Griega en la Facultad de Letras de París

VERSIÓN ESPAÑOLA DE

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA

López Hoyos, 6
(ESQUINA Á SERRANO, 114).

ES PROPIEDAD

9033—Imp. de Gabriel L. Horno, San Bernardo, 92,—Teléfono 1922.

LA ELOCUENCIA ATICA

P R E F A C I O

Los dos primeros nombres que encabezan este volumen, señalan en la historia de la elocuencia ática los límites de su más bello periodo literario. La admiración de los antiguos retóricos señala á Lysias como el primer modelo del aticismo oratorio, como aquél cuyos ejemplos, estudiados por sus contemporáneos y sus sucesores, han fijado el carácter de dicho aticismo. Atenas, en la víspera de su caída definitiva, oyó un discurso de Hypérides, que nos ha dejado como el último recuerdo de sus grandes oradores. En cuanto á Demóstenes, no aparece aquí más que en uno de sus aspectos, é incidentalmente, á propósito de Hypérides; pero estudio un punto de incontestable valor histórico y moral, puesto que se trata de la probidad de un gran ciudadano en graves circunstancias, cuando fué atacada, y de la dignidad de su carácter, de la que no puede separarle la nobleza de su talento.

Las páginas sobre Lysias datan ya de una veintena de años. Lo que acaso me autoriza á volver á tomarlas á esta distancia para publicarlas de nuevo, es el

acogimiento que se las hizo entonces por la Facultad de Letras de París, á la que estaban destinadas, y después, en el público restringido que se interesa por las letras griegas, la estimación en que se las ha tenido, de la que podía invocar recientes y preciosos testimonios (1). No es que ellas agoten el tema. Pero tocan á una cuestión capital, que se encuentra, bajo diferentes formas, en todas las grandes literaturas. Yo había querido señalar el momento decisivo en que la elocuencia ática, después de algunas vacilaciones, pudo sustraerse á peligrosas influencias venidas del extranjero, hacerse dueña absoluta de sí misma y escoger y adoptar su definitivo carácter. En aquel movimiento saludable, gracias al cual se engrandeció y llegó á ser la más perfecta elocuencia que haya existido, no se había considerado lo bastante las influencias de las costumbres; y esto es lo que yo indiqué refiriéndome á algunas ideas que parecían nuevas entonces, y que después han sido expresadas más de una vez entre nosotros. Egger, en particular, las ha aceptado y completado en su Memoria sobre la profesión de abogado entre los atenienses, una de las más interesantes de su sabia y útil compilación. En fin, este pequeño trabajo sobre Lysias fué escrito poco tiempo después de una larga permanencia en Grecia, y sus primeros jueces creyeron hallar en él algo de las impresiones de esa tierra feliz, de la que el talento de aquel orador

(1) Permítaseme solamente recordar que en la última sesión anual de la Academia Francesa, Patin, al anunciar la recompensa, muy justamente concedida, al libro de Perrot sobre los primeros oradores áticos, asociaba en una alusión este trabajo sobre Lysias al *Isócrates* de Havet, doblando así el precio de un elogio por el que no puedo menos de expresar aquí mi reconocimiento.

pasa por uno de los frutos más naturales. He aquí por qué, al incluirlo en este volumen, lo conservo, con poca diferencia, en su forma primitiva.

Los otros tres trozos, publicados primero en revistas (1), son capítulos, un poco retocados, de una Memoria premiada en 1860 por la Academia de Inscripciones y Bellas Letras. Una serie de descubrimientos inesperados había venido á proporcionarnos tres discursos y fragmentos bastante considerables de Hypérides. El mundo sabio se sintió vivamente emocionado, y la Academia eligió una cuestión sobre Hypérides por tema de su concurso ordinario (2).

De estos tres trozos, el primero es una reconstitución de la vida y de la carrera oratoria de Hypérides. He tratado de interpretar y completar los testimonios de la antigüedad con ayuda de los discursos recientemente hallados y de los fragmentos nuevos ó antiguos, pudiendo de esta suerte indicar en sus líneas ge-

(1) *Hypéride, sa vie et son éloquence* (en la *Revue nationale* de 25 de Julio de 1861). *Un procès de corruption chez les athéniens (Demosthène dans l'affaire d'Harpale)* (en la misma *Revue nationale* de 25 de Marzo de 1862). *Le dernier discours du patriotisme athénien* (en la *Revue des Deux-Mondes* de 1 de Septiembre de 1871).

(2) Larga sería de enumerar la lista de los sabios que han trabajado sobre estos descubrimientos. Bastará citar: en Inglaterra, Churchill Babington, autor de muy hermosas ediciones *princeps*; en Alemania y en Holanda, entre otros, Schneidewin y Cobet; en Italia, Comparetti; en Francia, Dehéque y Caffiaux, que han dado simultáneamente las primeras traducciones francesas del discurso fúnebre, y Egger, que ha insertado en la colección de la Academia de Inscripciones (tomo XXVI, segunda parte) una memoria sobre algunos nuevos fragmentos inéditos. Muy de lamentar es que Meunier no haya publicado nada de la memoria que compartió el premio de la Academia.

nerales la continuación de aquella existencia tan activa y tan interesante para la historia de las costumbres y para la historia política, y aventurar una apreciación de aquella elocuencia, tan admirada por los conocedores de Grecia y Roma.

He creído deber separar de esta apreciación, para examinarlo aparte, el discurso fúnebre. La naturaleza particular de las circunstancias en que fué pronunciado, y que hace falta conocer mejor, le da un valor asaz considerable. Por lo demás, sabido es que implicó derogaciones audaces á las reglas de lo que fué en Atenas la última producción de un género, y acaso la más notable, si no se refiere uno más que á las oraciones fúnebres oídas en Cerámica y publicadas por sus autores. Este discurso exigía, pues, un estudio especial y bastante extenso para que fuese posible insistir sobre las condiciones particulares que determinaron el origen y el fin de la oración fúnebre en Atenas.

He hecho lo mismo con el proceso de Demóstenes en el asunto de Harpales. El papel de Hypérides, que había figurado entre los acusadores, y el descubrimiento de varios fragmentos de su discurso, hacen entrar esta cuestión en un trabajo general sobre aquel orador. Pero, de otro lado, el interés principal recae evidentemente sobre Demóstenes y sobre el mismo proceso. Valía más, por consiguiente, hacerle objeto de un estudio particular.

La historia de Atenas en esta época, los sentimientos contradictorios que experimentó y las dificultades casi insolubles de su situación, la manera cómo semejante asunto fué tratado y las necesidades políticas que decidieron el desenlace, dan lugar á curiosas reflexiones. Para limitarme á un solo punto, me parece

haber demostrado, á pesar de la insuficiencia de los documentos, que la condenación de Demóstenes es uno de los ejemplos más sorprendentes del despotismo duro y absoluto que admitían las repúblicas de la antigüedad y que hasta parece haber sido la condición de su existencia. El pueblo soberano, revestido de un poder anterior á las leyes: tal fué el principio que en Atenas regía en la misma organización judicial, y que venía implicado en la institución de la *acción previa* (*προβολή*), que en ciertos casos precedía y determinaba la intervención de los tribunales.

Un principio análogo habia presidido con más fuerza á la fundación del Areópago, cuya autoridad hizo juzgar y condenar á Demóstenes. Por una doble consagración religiosa y política, el Areópago era el primero de los dos grandes Consejos del Estado y gozaba de una independencia absoluta. Las leyes no dominaban sobre él. Desde la altura en que estaba colocado, vigilaba el funcionamiento de las instituciones, dispuesto á detenerlo á la menor señal para hacer oír su voz, en medio de un silencio respetuoso, si veía algún peligro que amenazaba la vida de la ciudad. Tan pronto como hablaba, era obedecido sin examen y sin discusión; nadie tenía derecho á poner en duda ni su veracidad ni sus luces. Tal era el Areópago en el pensamiento de Solón, cuando este fundador de la democracia ateniense trataba de dar á su obra una garantía de estabilidad y duración; tal, á pesar de la disminución de su influencia, continuó siendo, en la forma, en la época en que Demóstenes era designado por él á la sentencia de un tribunal. Enajenado por este poder, reputado infalible é irresponsable, aquel gran hombre sintió que le faltaban los apoyos: ni sus servicios, ni su gloria, ni su elocuencia, ni aun

los recursos de su argumentación y de sus razonamientos, armas las más legítimas de un acusado, le valieron de nada. Cayó herido por una condenación fatal.

El discurso de Demóstenes no había sido conservado; del de Hypérides, el más elocuente y el más apasionado de sus acusadores, no nos quedan más que fragmentos. A pesar del valor literario del discurso de la acusación, compuesto por Dinarco, que poseemos íntegro, claro es que en esta cuestión el lado histórico es, con mucho, el más interesante, y lo sería más todavía si la casualidad completara su obra dándonos todo lo que falta de la acusación de Hypérides. Lo que nos admira más que el talento, la pasión ó el espíritu de un orador, es lo que puede llamarse el drama de semejante condenación; son las condiciones en que se produjo, las instituciones y las costumbres que la hicieron posible, las circunstancias políticas que la hicieron necesaria; es la moralidad de la sentencia, sea con relación al pueblo que hubo de pronunciarla, sea con relación al hombre que personifica para la posteridad la grandeza de la elocuencia ateniense. No se sorprenderá nadie de que me haya colocado en un punto de vista exclusivamente histórico. He querido exponer los hechos que se pueden conocer y discutir todo lo que no escapa á la discusión: ¿habré conseguido poner en claro los puntos principales? Al menos lo he creído posible y lo he intentado de todo corazón.

LA ELOCUENCIA ÁTICA

El aticismo en Lysias.

Lysias apareció en una época decisiva para la elocuencia ateniense. Sin duda alguna, había desde hacía mucho tiempo en Atenas hábiles abogados y grandes oradores. El establecimiento de la constitución de Solón, y, al cabo de un siglo, el desarrollo de la democracia y los grandes destinos de la ciudad de Minerva, habían hecho de la palabra un arma necesaria y poderosa para la defensa de los intereses civiles y públicos. El pueblo ateniense, jefe reconocido de la Grecia, embriagado de gloria, y entregado, por último, á las emociones de una lucha terrible que puso en peligro su vida y su poder, convocaba para que hablasen ante él aquellos que nombraba consejeros de la nación; apasionado y caprichoso, llevaba á la plaza pública los instintos literarios que desarrollaban en él Sófoles y Eurípides en los concursos poéticos del teatro de Baco: á este auditorio, y al mismo tiempo á toda la Grecia sometida ó rival de Atenas, se dirigían los oradores desde lo alto de la tribuna del Pnyx. La grandeza y las dificultades de semejante misión, las esperanzas casi infinitas de la ambición, los peligros personales, el ardor de las rivalidades y de los odios, eran otros tantos acicates para

el talento. El solo nombre de Pericles recuerda el más maravilloso triunfo que haya sido dado conseguir á la palabra. Los hombres de Estado y los demagogos que le precedieron y siguieron, á la vez poderosos y desterrados, experimentaron casi todos el favor y la cólera del pueblo.

Una larga y brillante práctica habia enseñado á los atenienses lo que era la elocuencia. Sin embargo, el carácter de la elocuencia ateniense no estaba todavía reconocido ni fijado. A últimos del siglo IV hubo de serlo y lo fué. Hasta entonces, aquellos hombres que lo debían todo á la palabra, no habían querido honrarla como tal palabra: una vez obtenido el triunfo, parecían arrojar el instrumento lejos de sí con desdén. Entregados por completo á las emociones presentes, á los intereses reales de la vida política, se hubieran avergonzado de colocar en cualquiera otra esfera sus alegrías y su orgullo (1). El discurso que dirigió Pericles á los atenienses irritados, pereció (2) con los rumores que por un momento habían atravesado la plaza pública. La muchedumbre presente era el dios al cual sacrificaba exclusivamente su genio, sin cuidarse de la posteridad, que apenas habia de guardar el recuerdo de aquellas horas de triunfo, ni recoger más que un eco debilitado de aquellos aplausos y de aquel entusiasmo efímero. Así la elocuencia política, de absoluta actualidad, no existía fuera de la asamblea, y el hombre de Estado era orador sin ser escritor. Tampoco las tradiciones de la elocuencia

(1) Platón, *Fedro*, 257, d: «No ignoras que á los hombres más poderosos y más considerados les repugna componer discursos y dejar escritos, mirando á su reputación para el porvenir, pues temen ser calificados de sofistas.»

(2) Quintiliano, *Institutiones oratoriae*, III, 1, 12.

estaban establecidas con certidumbre, ni el lenguaje de la prosa verdaderamente formado, y las cuestiones de teoría, que ya se agitaban entonces, no habían sido aún promovidas en Atenas de una manera precisa y seria, aunque no podían tardar en serlo.

Al mismo tiempo que Pericles consagraba únicamente al éxito de la tribuna aquellas grandes inspiraciones, cuya impresión, demasiado fugitiva, nada debía fijar, Atenas acogía con admiración á extranjeros que pretendían ser sus maestros; que proclamaron altamente el culto del arte por el arte; que hicieron de la palabra, no el instrumento más ó menos dócil del raciocinio y de la pasión, sino un poder superior y universal que existía por sí mismo, dominándolo todo: ideas, sentimientos, conocimientos, y en todo tomaba parte; que enseñaban las leyes y sus procedimientos, los recursos y los efectos de la palabra, y declamaban ellos mismos delante de un auditorio arrebatado por brillantes modelos. Su éxito fué inmenso. Atenas, que era ya la ciudad de las artes, y en la que los gustos literarios del pueblo y su amor á los espectáculos estaban hacía tiempo despiertos por el magnífico desarrollo de la poesía dramática, sufrió el encanto de estas novedades, y la elocuencia vaciló un instante entre dos caminos: uno, que la hubiera conducido prematuramente á los tristes abusos que caracterizaron, bajo el imperio, á los declamadores romanos; y otro, que llegó á producir á Demóstenes.

Si los atenienses escaparon al peligro, es preciso, ante todo, hacer honor á su genio y á sus instituciones, que, fuera de los ejercicios ficticios de las escuelas, les llamaba á las luchas reales y vivientes de la plaza pública y de los tribunales. Sin embargo, hubo hombres que les ayudaron mucho en este movimiento

saludable: primero que á ninguno debe nombrarse á Sócrates, el adversario constante y victorioso de los sofistas; pero si el primer rango le pertenece incontestablemente, después de él hay que reservar un lugar á Lysias, que hacia la misma época se separó también de los sofistas, y que eclipsó á los que se miraban como sus predecesores en la escuela rival. Su acción, eminentemente literaria, fué muy eficaz, porque enseñó con el ejemplo y dió él mismo los modelos de su teoría.

Tal es el papel que Lysias desempeñó en aquel interesante periodo en que se caracterizó la elocuencia ateniense. ¡Cosa extraña! Educado en Sicilia, había sido el brillante discípulo de Tisias, y, según la opinión más común, volvió á Atenas solamente en una edad avanzada (1), y conservó, por lo pronto, las tradiciones de su maestro. Llegó un día, sin embargo, en que él mismo se consagró á un género más verdadero, y mostró en él tales cualidades, que el genio ateniense se reconoció en sus obras y le presentó en lo sucesivo como el más perfecto modelo de aticismo. Sus títulos, por lo que á esto toca, permanecen inatacables, al extremo de que el nombre de ese hombre, que no había compuesto ninguna arenga política, y cuyo oficio era escribir discursos para los otros, llegó á inquietar á Cicerón, en medio de sus brillantes triunfos, y fué puesto á la cabeza de toda una escuela de oradores romanos.

Me propongo estudiar las causas de esta influencia y de las glorias de Lysias; quiero examinar también hasta qué punto fué digno de ellas, y lo que vale in-

(1) Es más probable, como lo ha establecido Westermann, que en el momento de su regreso, ó acaso de su llegada á Atenas, Lysias no tenía más que diez y nueve años.

trinsecamente el sistema de elocuencia que inauguró en la antigüedad.

El tiempo ha maltratado mucho á Lysias: entre los antiguos se hacía circular con su nombre cuatrocientos veinticinco discursos, de los cuales doscientos treinta, según Dionisio de Halicarnaso y Cecilio, y doscientos treinta y tres, según Focio, eran los únicos auténticos. No tenemos hoy más que treinta y cuatro, y muchos están incompletos y mutilados. Sin embargo, estos restos bastan para lo que trato de hacer. Entre los discursos de Lysias que poseemos, los hay que pertenecen á su primer procedimiento ó que se aproximan á él, por ejemplo, el discurso sobre el Amor, si se admite su autenticidad, y la Oración fúnebre. Estos discursos son alegatos que la admiración de la antigüedad nos ha designado como tema de estudio, y en ellos es donde podemos reconocerle verdaderamente, sobre todo en algunos en que el juicio de los antiguos guía las incertidumbres de la crítica moderna.

CAPITULO PRIMERO

NATURALEZA DEL TALENTO DE LYSIAS

La elocuencia, para nosotros, supone la pasión. El hombre elocuente es, sobre todo, aquel cuyos acentos patéticos nos conmueven profundamente, apoderándose de nosotros y atrayéndonos por una fuerza irresistible. La apreciación más benigna no podría nunca conceder á Lysias este género de elocuencia; y los críticos antiguos, que casi le concedieron el título de orador perfecto (1), proclamando su superioridad sobre sus predecesores y sobre sus contemporáneos (2), no le han reconocido el don de producir emociones muy poderosas. En sus peroraciones tiene á menudo firmeza, algunas veces energía, sobre todo una argumentación ingeniosa y oportuna, muy raras veces llamamientos más vivos á la indignación y á la piedad. Pero todo está en él contenido y encadenado á una forma breve: nunca grandes esfuerzos ni movimientos prolongados; jamás esa abundancia y esas efusiones, por las cuales parece engrandecerse la pasión que no tiene fuerza por sí misma. ¡Qué contraste con las gran-

(1) *Quem jam prope audeas oratorem perfectum dicere.* (Cicerón, *Brutus*, IX.)

(2) Dionisio de Halicarnaso, *Lysias*, I.

des peroraciones de los discursos romanos, con esas acumulaciones de expresiones apasionadas, con esos gestos de cólera ó de dolor, esas imprecaciones ardientes, esas lágrimas y esas súplicas, cuyos atrevimientos de acción contribuían á aumentar el efecto!

Pero sería injusto hacer soportar á Lysias todo el peso de este paralelo con los oradores romanos, porque se toca aquí á una cuestión que interesa á toda la elocuencia ateniense. Roma reclamó en este punto la superioridad. «Nosotros le llevamos ventaja en lo patético», dice Quintiliano (1), comparando á Demóstenes con Cicerón. Sin discutir aquí el valor de esta pretensión, notaremos que lo que hay que comprobar de parte de los griegos menos es una inferioridad de poder que una diferencia de gusto y de costumbres. En general, se abandonaron mucho menos que los romanos á las amplificaciones patéticas. La elocuencia de Demóstenes puede definirse como razón apasionada: la emoción no está en ella separada del cuerpo del discurso, ni tratada aparte como un lugar común, sino que, enlazada á la argumentación, no detiene su marcha rápida. En las peroraciones en particular, á las cuales Quintiliano, sobre todo, hace alusión, lejos de ver una ocasión de lanzarse fuera de la causa para deslumbrar ó conmover, los oradores atenienses parecen, por lo contrario, limitarse á presentar por última vez, con firmeza, las principales ideas de sus discursos, sucediendo lo mismo en las causas importantes, en que contienen su emoción personal como si quisieran hacer suceder á las agitaciones de la lucha una especie de recogimiento, y dejar en el es-

(1) *Salibus certe, et commiseratione, qui duo plurimum affectus valent, vincimus. (Institutiones oratoriae, X, 1, 107.)*

píritu de los jueces, á quienes están confiados sus intereses, una impresión grave y solemne. Tal es la intención de aquellas invocaciones, por las cuales Esquines acaba su discurso sobre la Corona; tal es la de la hermosa súplica que termina la defensa de Demóstenes.

Parece que una idea religiosa haya recomendado, hasta cierto punto, á los abogados esta sobriedad en empleo de lo patético, que una ley especial impuso (1): desconfianza singular que no era más que un homenaje rendido al poder de la elocuencia por la ciudad que mejor la conoció. Esta ley, inspirada por el mismo espíritu que la institución del Areópago, parece haber influido entre el carácter del género judicial y ha podido contribuir á desarrollar el talento de exposición, que era el único autorizado.

Los abogados, además, estaban contenidos más realmente acaso por un freno que los romanos, á su vez, acabaron por juzgar necesario para reprimir los excesos de una abundancia intempestiva: la clepsidra. Esta costumbre de medir severamente el tiempo de la palabra, explica en los atenienses el cuadro restringido en que encierran los discursos, sobre todo cuando se trata de causas pequeñas, y la necesidad, para el orador, de ser conciso y no salirse fuera de su asunto.

Estos recuerdos nos advierten que, para juzgar á Lysias, no podemos permanecer exclusivamente colo-

(1) *Actor movere affectus vetabatur... Athenis affectus movere etiam per praeconem prohibebatur orator... Et fortasse epilogos Demostheni mos civitatis abstulerit*, (Quintiliano, *Institutiones oratoriae*, II, XVI, 4; IV, I, 7; X, I, 82.) Véase también un pasaje (XII, x, 26) en que Quintiliano expresa la misma idea por las palabras *lege civitatis*.

cados en el punto de vista moderno; sería injusto pedirle grandes desenvolvimientos patéticos, que no le permitían las instituciones de su país, y á las que apenas se prestaban las causas simplemente civiles y con frecuencia poco importantes que tuvo que defender. Recordemos también que, en la época en que se formó su talento, Atenas, bajo una influencia completamente literaria, se preocupaba principalmente de la forma. La pasión no existía en los sofistas, y, sin embargo, su éxito era muy grande. En semejante ocasión, era seguramente mucho el llevar la forma oratoria á los buenos principios y determinar su verdadero carácter. Este fué, en parte, el mérito de Lysias.

Sin embargo, estas cualidades de sobriedad y de concisión no excluían el vigor y la pasión en las obras maestras de la elocuencia ática. No hay necesidad, para probarlo, más que de citar el nombre de Demóstenes, sin insistir, como ha hecho Dionisio de Halicarnaso, sobre un paralelo demasiado desfavorable á Lysias. Toda discusión sobre este punto es imposible, y bástenos hacerlo notar. Es menos interesante para nosotros tratar de saber cuáles fueron los defectos de Lysias, que reconocer las cualidades que los compensaron, á juicio de los atenienses, y definir el carácter de su talento. Ahora bien; la impresión que resulta de la lectura de sus discursos es que, en general, él rechazó los medios ambiciosos ó falsos, y que debió sus brillantes éxitos á que tomó por punto de partida la verdad, entendiendo esta palabra en un sentido literario. Este principio produjo en la expresión de los sentimientos y en lo que los retóricos llaman las *costumbres* lo verosímil, y en el estilo una especie de sencillez y de franqueza que hacía del lenguaje el fiel intérprete del pensamiento. Éste fué como el

fondo donde se desarrollaron las demás cualidades de su elocuencia.

§ I

La vida de Lysias, si se acepta la tradición ordinaria, ofrece el notable ejemplo de un hombre que, ya lejos de la juventud é ilustre desde hace mucho tiempo, renuncia de repente á los principios que le han dirigido desde su infancia y que hicieron su reputación, para apegarse á principios opuestos, que cree mejores, y cuya aplicación llegó, en efecto, á ser su título de admiración de parte de la posteridad. Habitando la colonia de Turio desde la edad de quince años, practicó hasta los cuarenta la tradición de la retórica siciliana, que recogió de la misma boca de Tisias, y en esta época es cuando una revolución política le lleva á Atenas. Primero permaneció fiel á las costumbres tan antiguas de su talento, y ganó así los sufragios de los atenienses; en fin, á los cincuenta años cambia de sistema, y en este cambio llega hasta negar la existencia del arte, cuyo poder había alabado tanto (1). En adelante, pretende que la retórica es cosa de experiencia y no de teoría (2), y su larga carrera le permite sostener estas nuevas ideas, por los numerosos modelos que legará á sus sucesores.

(1) Cicerón, siguiendo la autoridad de Aristóteles, dice de Lysias (*Brutus*, XII): *Nam Lysiam primo profiteri solitum artem esse dicendi; deinde, quod Theodorus esset in arte subtilior, in orationibus arte jejunior, orationes eum scribere aliis coepisse, artem removisse.*

(2) *Rhetoricen observationem quamdam esse, non artem.* Quintiliano, *Institutiones oratoriae*, II, xvii, 6.)

La importancia de este hecho, no solamente en la vida de Lysias, sino en la historia general de la elocuencia ática, no escapó á la sagacidad de Otfried Muller (1); pero aventuró una explicación puramente conjetural, atribuyendo esta conversión del orador ateniense á la influencia saludable de un dolor verdadero, inspirado por la piedad fraternal: el deseo de vengar á su hermano Polemarco, víctima de la tiranía de los Treinta, le hizo encontrar, en el discurso que le permitieron pronunciar contra Eratóstenes, el lenguaje natural y vivo que la elocuencia espera todavía, y dijo adiós para siempre á los procedimientos artificiales y á las vacías declamaciones de los sofistas. Esta revelación del sentimiento y esta metamorfosis dramática tienen algo de interesante, pero carecen de verosimilitud. El discurso contra Eratóstenes estaba hábilmente concebido y decidió probablemente la condenación del acusado, á la vez que patentizó las principales cualidades de Lysias; pero aunque era propio para producir las emociones favorables á la causa, inútilmente se buscaría en él la inspiración ardiente y espontánea de la pasión. Se encuentran allí, en particular en el exordio, algunos rasgos de la manera de los sofistas.

Lo que pudo conducir á Otfried Muller á la hipótesis que le sedujo, es que, en efecto, Lysias parece haber adoptado su nuevo sistema hacia el tiempo de la tiranía de los Treinta. Los discursos más auténticos que nos quedan bajo su nombre son todos posteriores á esta época, y la acusación contra Eratóstenes no pudo ser pronunciada hasta después de la revolución realizada por Trasíbulo. Ahora bien: Aristóteles,

(1) *Geschichte der griechischen Literatur*, xxxv.

citado por Cicerón, nos muestra á Lysias comenzando la práctica de la elocuencia judiciaria en el momento en que abandona sus antiguas doctrinas.

Es preciso buscar las causas reales del cambio que sufrió el talento de Lysias, en la naturaleza misma de las obras que se aplicó á componer y en el carácter de los jueces á quienes las destinó. ¿Cuáles eran, en efecto, las condiciones impuestas á estos discursos civiles, cuya extensión marcaba severamente la ley y que el autor no componía en su nombre ni debía pronunciar? ¿Era posible declamar en el vacío y perder en divagaciones un tiempo precioso? La causa se basaba en sí misma y excluía necesariamente todo des-envolvimiento extraño. ¿Se trataba, á propósito de intereses á menudo muy ordinarios, de prodigar los efectos del estilo? (1). Esto hubiera sido desvirtuar imprudentemente por un ridículo el buen sentido de los jueces. Los tribunales no estaban ocupados por un público venido para admirar el talento de Lysias, sino por un cierto número de ciudadanos sacados por la ley de entre el pueblo para escuchar las quejas de un huérfano despojado por sus tutores, ó de un hombre maltratado por sus enemigos, ó para juzgar á un dependiente infiel, á un soldado que cometió una falta, á un marido asesino del amante, á uno de los mil actores del drama de la vida. Podemos, pues, figurarnos el efecto de estos discursos de préstamo, recitados por las partes mismas; supóngase á cada uno de estos personajes que presentaban por turno al tribunal sus fisonomías tan diversas, viniendo á recitar tranquilamente, para ob-

(1) *Quia et privatas ille (Lysias) plerasque, et eas ipsas aliis, et parvarum rerum causulas scripsit, videtur esse jejunior, quoniam se ipse consulto ad minutarum genera causarum limaverit.* (Cicerón, *De optimo genere oratorio*, III.)

tener satisfacción de una ofensa ó para defender su vida ó su fortuna, una serie de disertaciones ingeniosas y de frías antítesis, donde se reconocía invariablemente la pluma del mismo autor: sería renunciar á toda verosimilitud. Si Lysias, en lugar de desaparecer con cuidado en medio de las escenas de la vida real, se hubiera reservado siempre el primer lugar, á fin de hacer brillar su talento, el espíritu fino y preciso de los atenienses hubiera castigado esta grosera equivocación, y no le hubiera, seguramente, hecho buenas aquellas numerosas victorias, frente á las cuales, según Plutarco y Focio, no cuenta más que dos derrotas. Lysias fué, pues, conducido á la verdad por las exigencias de la práctica.

Las observaciones que preceden muestran qué importancia tenían en Atenas la elocuencia judiciaria, el exordio y la exposición de los hechos, cuyo esfuerzo é idoneidad no podían disminuir ni las amplificaciones patéticas ni los desenvolvimientos de la prueba, siendo, como eran, dos partes que determinaban la impresión y la convicción de los jueces. Esto es lo que se debe admirar más en Lysias.

Dionisio de Halicarnaso, que tenía entre sus manos más de doscientos discursos de Lysias, da gran mérito á la variedad que ostentó en sus comienzos, no copiando jamás ni á los otros ni á sí mismo. Y, en efecto, como nota el mismo escritor, esta cualidad quita gran valor á las costumbres atenienses, que parecen haber permitido, no solamente repetirse uno á sí mismo, sino también servirse sin escrúpulo de los exordios de otros. Desgraciadamente, en el pequeño número de alegatos que nos han dejado los áticos, hallamos, entre el principio del discurso de Lysias *sobre los bienes de Aristófanes*, y el de un alegato anterior de An-

dócides *sobre los Misterios*, una semejanza que sobrepaja los límites de una legítima imitación, pues son las mismas ideas y casi las mismas expresiones. ¿Qué pensar de los elogios de Dionisio de Halicarnaso?

No nos precipitemos, sin embargo, á separarnos de la crítica antigua, y busquemos el alcance verdadero del hecho que parece condenarla. Desde luego, tenemos motivo para creer que Lysias fué realmente el autor de la mayor parte de sus exordios; recordemos también los procedimientos del espíritu griego, tan diferentes de los del espíritu moderno. En las artes, en Grecia, se establecieron las tradiciones con una regularidad y una precisión que nuestra inteligencia apenas comprende. Revistieron, sin duda alguna, de formas puras y precisas, que tuvieron por efecto excluir, hasta cierto punto, la novedad, ó, para decirlo mejor, la novedad no pudo consistir más que en el empleo más hábil y más ingenioso de medios conocidos. La fidelidad de la imitación fué un principio admitido, y la palabra plagio, que hace estremecer la vanidad de los autores de nuestros días, no se inventó, á pesar del gran número de plagiarios, que no se ocultaban. Las escuelas de artistas produjeron una muchedumbre de estos plagiarios, confesos é inocentes, y esto es lo que explica en parte, en la arquitectura y en la escultura, la seguridad de la ejecución, la perfección de los detalles, y aquella larga sucesión de obras maestras, que varios siglos no pudieron agotar, y cuya unidad resistió largo tiempo á las modificaciones inevitables del gusto y las alteraciones de la decadencia.

Si las artes, que tan lejos extienden su dominio en la imaginación, hubieron de aceptar el yugo de fórmulas precisas y de tipos consagrados, ¿nos admiraremos de encontrar un hecho análogo en la elocuen-

cia judiciaria, que es toda práctica y experiencia? A pesar de la multiplicidad de las causas, el número de géneros á que se adaptaron, no era infinito. Para no hablar más que de exordios, hubo necesidad de clasificarlos pronto en categorías, produciéndose invariablemente las mismas condiciones y las mismas circunstancias; hubo de reconocerse, no solamente ciertas ideas, sino también ciertas formas, que convienen mejor á ciertas situaciones. De aquí las tradiciones y las costumbres, que acaso fueron de buen grado fijados por especies de manuales que cada uno consultaba sin vacilar. Sucedió asimismo que muchos oradores hicieron para su uso particular simplificaciones, destinadas á figurar, en ocasiones, al principio ó al medio de sus discursos. Se atribuyen á Demóstenes hasta cincuenta y seis exordios de esta naturaleza.

Sin embargo, la existencia de estas colecciones, ni dispensó á los oradores de la originalidad del talento, ni del sentimiento actual de las conveniencias. Los manuales no bastaron para hacer un buen exordio, como no bastaron los repertorios de pruebas para hacer una buena argumentación. Es curioso observar en los grandes oradores de la antigüedad estos rasgos de la educación de los retóricos y el partido que pudieron sacar de ella; pero conviene ponerse en guardia contra los que llegan á suprimir su valor personal y á desconocer su genio. En cuanto á Lysias, si no justifica completamente las expresiones de Dionisio de Halicarnaso, y si algunas veces emplea, como los demás, medios que estaban, por decirlo así, á disposición de todo el mundo, lo que le distingue fué el tacto con que de ellos se sirvió, y el justo sentimiento á que los subordina. Lo que dijo en tal ó cual circunstancia no es de su invención; pero es lo que se necesitaba de-

cir, y lo dice de tal manera, que no piensa apenas en el procedimiento, y sólo se ocupa del asunto. Obtuvo el resultado que buscó, y si la crítica pudo reclamar más tarde, por el momento la causa nada perdió. Ahora bien: para un abogado se trata menos de hacer pruebas de invención que de ganar su proceso.

Lysias en sus exordios, imitados ó no, hubo de señalar, en grado notable, la inteligencia de las necesidades de la causa. Por esto supo animar sus obras; se hizo completamente dueño de los procedimientos, y llevó la habilidad del abogado hasta disimularla bajo el abandono de la naturaleza: en lugar de un retórico provisto de su bagaje oratorio, pone hombres vivos, con sus caracteres y sus fisonomías, realmente inspiradas por las circunstancias de sus situaciones.

He aquí, por ejemplo, las primeras palabras que puso en boca de un hombre acusado de negarse al pago de una deuda:

«Tan pronto como Arquebiades me formó este proceso, fui, jueces, á buscarle, y le hice presente que era muy joven y sin experiencia de los negocios, y que me repugnaba presentarme delante de un tribunal. Si te hablo de mi edad, le dije, no vayas á creer que es para darte un mal pretexto; haz venir á tus amigos y á los míos, y explícales cómo ha sido contraída la deuda; y si te parece bien decir la verdad, sin que haya necesidad de proceso, toma la cantidad y llévatela. Pero es justo que no ocultes nada y que lo digas todo en presencia de un adversario demasiado joven para tenderte un lazo; nosotros podremos así, instruidos de lo que no sabemos, consultarnos sobre tus pretensiones, y acaso veremos si deseas injustamente mi dinero ó si tratas con justicia de entrar en posesión de lo tuyo... A pesar de mi proposición, á ningún precio quiso con-

sentir en una entrevista, ni exponer así su reclamación, ni aceptar el arbitraje que le ofrecía vuestra ley sobre los arbitrios (1).»

Este principio, ¿no es la preparación más hábil de la defensa? ¿No está bien calculado para disipar las preveniciones inspiradas por el solo nombre de deudor y para cambiarlas en disposiciones favorables? Los esfuerzos que hace el acusado, su inexperiencia, su juventud, su alejamiento de los procesos: tales son las ideas diestramente presentadas por Lysias para llegar á este fin difícil. Pero su principal mérito consiste en haberlas expresado con una naturalidad y una veracidad que en una traducción se trasluce de una manera muy imperfecta; los jueces están ya de su parte, y, sin embargo, él no hace ningún esfuerzo para conseguir este resultado; algunas palabras de Lysias bastan para dar á su cliente esta confianza tan preciosa. Así es como en la escena una palabra oportuna produce un gran efecto, allí donde una larga tirada parecería fría; el triunfo del arte es llegar á ocultarse completamente, para dejar hablar á la misma naturaleza. El orador Iseo, expresando más tarde las mismas ideas, presentóse, como observó Dionisio de Halicarnaso, bastante inferior á Lysias. Su estilo es también claro, limpio y puro; sus frases están mejor hechas; pero no hay en él aquel aire de juventud y de ingenua franqueza que hubo de asegurar el éxito de su predecesor.

El arte de recomendar el cliente á la opinión de sus jueces, el justo sentimiento de las conveniencias, la claridad y la limpieza, la naturalidad: tales son las cualidades de los exordios de Lysias, como también

(1) Fragmento citado por Dionisio, *De Iseo*, V, 601.

las de sus narraciones, donde pueden más ventajosamente desplegarse. Las narraciones, en efecto, ocupan el principal lugar en los discursos del orador ateniense: á menudo se mezclan en el exordio y algunas veces lo reemplazan, reapareciendo otras en la argumentación que preparan siempre. En las narraciones, sobre todo, es donde hubo de mostrarse el talento de Lysias; ellas son principalmente las que merecieron los sufragios de los críticos antiguos. «Si el papel del orador ha de limitarse á instruir (dice Quintiliano) (1), nadie ha alcanzado en este respecto la perfección de Lysias.» Dionisio de Halicarnaso (2) llama á ese límite *la regla de la elocuencia* en [la narración oratoria, y cree que los preceptos que la conciernen han sido sacados en su mayor parte de los modelos escritos que ha dejado.

En las narraciones se trata de componer un carácter interesante cuyas cualidades morales aparezcan sin ostentación con motivo de hechos ó de incidentes que se relacionan con la causa. Un simple detalle, una palabra, las destacaban mejor, á veces, que largas protestas. El amor á la justicia, la moderación, los sentimientos del hombre honrado y del buen ciudadano, debían haber inspirado la conducta del cliente y debían inspirar también sus palabras. Era necesario, además, en Atenas, que estas cualidades fuesen presentadas de modo que formasen conjunto en armonía con la condición y el exterior del hombre que aparecía delante del tribunal. En todos estos respectos, Lysias es el maestro de los oradores antiguos.

Lo es igualmente en el arte de trazar los cuadros y

(1) *Institutiones oratoriae*, X, 1, 78.

(2) *Lysias*, XVIII.

de hacer palpar los hechos que expone. Aquí es, sobre todo, donde se muestra la flexibilidad de su talento. ¿Había que explicar aquellos detalles de la vida privada cuya complicación dificulta con frecuencia los negocios civiles? Él lo consiguió sin ningún obstáculo, adoptando el orden en apariencia más sencillo, desarrollando naturalmente la serie de circunstancias y estableciendo hábilmente su naturaleza y sus relaciones, todo sin perjuicio de hablar siempre á los ojos y al buen sentido de los jueces, sin exigir jamás de su parte ningún esfuerzo de inteligencia; y esta exposición tan clara y tan cómoda es, al mismo tiempo, precisa y rápida.

¿Se trataba de describir, en vez de un interior de casa, la situación de todo el Estado en una crisis política? A la limpieza del pincel de Lysias se une algo más vigoroso, y al mismo tiempo que el asunto se agranda y que las ideas se elevan, la expresión misma alcanza una especie de patético contenido. Tal es el carácter de un cuadro general de Atenas (1) con ocasión de la tiranía de los Treinta, que, tomado al desarrollo de un argumento, puede, sin embargo, ser considerado como un ejemplo de narración:

«Con un sentimiento de disgusto os recuerdo las desgracias que han affigido á la ciudad; pero es una necesidad hacerlo en este momento, á fin de que sepáis, jueces, la compasión que merece Agorato de vuestra parte. Vosotros sabéis cuál era el carácter y el número de esos ciudadanos que fueron traídos de Salamina, y de qué muerte hubieron de perecer por orden de los Treinta; vosotros sabéis cuántos otros fueron sacados de Eleusis y condenados á la misma

(1) *Discurso contra Agorato*, 44.

suerte; vosotros os acordaréis también de aquéllos que en esta ciudad, víctimas de odios privados, fueron conducidos á la prisión: no habían hecho ningún mal á su país, y, sin embargo, fueron llevados á sufrir la muerte más vergonzosa y más infamante, dejando, unos, padres viejos que habían contado con sus hijos para sostenerlos en sus últimos días y para enterrarlos después de su muerte; otros, hermanas sin dote; otros, hijos cuya edad exigía aún cuidados. Jueces, si ellos pudiesen dar sus votos, ¿qué sentencia, os pregunto, pronunciarían sobre el hombre que les privó de sus bienes más queridos? Recordad cómo han sido arrasadas vuestras murallas, vuestros buques entregados al enemigo, vuestra Acrópolis ocupada por los lacedemonios, todo vuestro poder abolido, hasta el punto que la ciudad de Atenas no difería de la última ciudad de Grecia. Además, vosotros habéis perdido vuestras fortunas particulares, y todos juntos habéis sido echados de vuestra patria por los Treinta. He aquí las desgracias que aquellos hombres honrados trataban de prevenir, y por eso, jueces, no quisieron permitir que se concluyera la paz; y tú, Agorato, cuando ellos querían el bien del Estado, les has hecho perecer denunciándolos al Senado como traidores: de modo que tú eres el autor de todos los males que han estallado sobre la ciudad.»

En las narraciones propiamente dichas, Lysias describe mucho, y, sin embargo, no abusa de las descripciones. Sucederá que un pequeño detalle, á primera vista indiferente, tomará más tarde, cuando á él vuelva, una gran importancia; pero este medio no producirá su efecto sino porque no se habrá prodigado, y, en general, no se detendrá en esos análisis minuciosos que, para entrar anticipadamente en un

asunto, hacen salir de él, provocando el olvido de la situación para no hacer pensar más que en el autor, el cual, por su parte, no piensa más que en mostrar la finura de su espíritu. Por lo contrario, cuando Lysias habla, está siempre en situación; se asiste realmente á las escenas que se suceden en su relato; se ven y se oyen los autores, y, sobre todo, no deja al personaje principal, cuyo carácter persiste, á merced de las impresiones diversas de los hechos.

Cuando se lee la narración del discurso sobre la muerte de Eratóstenes, es imposible no aplicarle estos elogios. Semejante narración es una obra maestra de espíritu y de naturalidad; es un verdadero drama en que la exposición, las escenas y el desenlace se siguen y se encadenan en una composición sabia y variada.

Eufileto, que viene á defenderse delante del tribunal, ha sorprendido y muerto al amante de su mujer. El desenlace es terrible, y debía, en interés de la causa, ser hábilmente preparado. Y los cuadros que le preceden son, en efecto, una hábil preparación, y al mismo tiempo una picante pintura de las costumbres atenienses.

Eufileto había visto transcurrir felizmente los primeros años de su matrimonio lleno de confianza en su mujer, sobre todo desde que le había dado un hijo; pero en los funerales de su madre, su mujer fué vista por Eratóstenes, que halló medio, corrompiendo á un esclavo, de entrar en relaciones con ella. Aquí comienza la acción; para comprenderla es necesario que conozcamos la escena.

*Tengo, dijo Eufileto, una casita dividida en dos partes semejantes: una arriba, reservada á las mujeres; otra abajo, habitada por los hombres. Cuando

nuestro hijo nació, su madre se puso á criarlo; entonces, temiendo que bajando á menudo la escalera para bañar á su hijo corriera algún peligro, me establecí yo en el piso superior y las mujeres se instalaron abajo. Así me acostumbré á verla acostarse allí cerca de su hijo, á fin de darle el pecho ó impedirle llorar. Las cosas pasaron así mucho tiempo, y yo abrigaba la más profunda seguridad; en mi sencillez, creía tener la mujer más virtuosa de Atenas.»

Pero un día Eufileto llegó de repente del campo mientras que Eratóstenes estaba en su casa. Entonces comienza una escena digna del *Decameron*. Eufileto come tranquilamente. Después de comer, oye gritar al niño, que la nodriza atormentaba expresamente para atraer abajo á la madre cerca de su amante. Dejemos que lo cuente el marido mismo:

«Dije á mi mujer que bajara y diera el pecho á su hijo á fin de calmar su llanto. Primero no quiso: dijo que tenía gusto en verme después de una ausencia tan larga. Yo me enfadé y la repetí la misma orden. Sin duda (me dijo) quieres traer aquí á la pequeña esclava; ya un día que estabas ebrio te ví en muy buenas relaciones con ella. Yo me eché á reír; ella se levantó, salió y cerró la puerta como por burla y llevó la llave. Yo sin pensar nada, y sin sospechar la menor cosa, me dormí con el placer de un hombre que viene del campo. A la mañana siguiente volvió y me abrió. Le pregunté qué era un ruido de puertas que oí durante la noche; me contestó que la lámpara que estaba cerca del niño se había apagado y que fué á encenderla á casa de los vecinos. Yo no dije nada y creí que era así. Me pareció, jueces, que ella estaba muy compuesta, aunque aún no habían transcurrido treinta días desde la muerte de su hermano. A pesar de esto,

sin hacer ninguna observación, salí tranquilamente de casa.»

A este relato, en el cual hace Eufileto los honores de su confianza bondadosa, es curioso oponerle el subsiguiente en que relata su venganza. Los celos de otra querida de Eratóstenes lo descubrió todo. Una vieja, como en las novelas modernas, vino á encontrarse con Eufileto. Sus palabras despertaron la desconfianza, hasta entonces dormida, del marido engañado; acordóse entonces de circunstancias á que en otras ocasiones no había dado ningún valor: la escena que siguió un día á su vuelta del campo, los ruidos de la puerta que oyó durante la noche, la jovialidad que notó en el semblante de su mujer. Sus sospechas fueron confirmadas por las revelaciones de una esclava, confidente de los amantes. Tomó sus medidas para sorprender á Eratóstenes en flagrante delito y para vengarse. El y los amigos que fué á buscar á toda prisa, se precipitaron con antorchas en el cuarto de su mujer, donde los encontraron.

«Yo le golpeé, dice, y le derribé; le sujeté las dos manos detrás de la espalda; le até y le pregunté por qué vino á ultrajarme á mi casa. Él confesó su crimen, rogándome y suplicándome que no le matase y consintiese en aceptar una suma de dinero. Yo le respondí: No soy yo quien te mata, es la ley de nuestro país, que has violado y estimado menos que tus placeres, tú, que quisiste más cometer un crimen semejante con mi mujer y con mis hijos que obedecer á las leyes y llevar una vida honrada. Así es, jueces, como este hombre ha sufrido la suerte que las leyes infligen á los que obran como él.»

Sería fácil citar otros pasajes que harían de igual modo resaltar el grado de veracidad que alcanzó Ly-

sias en sus narraciones, gracias á esta reunión de cualidades que los griegos designan por dos palabras difíciles de traducir con precisión: *ἰστορία* y *ἐνάργεια*, es decir, gracias al talento de pintar las costumbres y los caracteres y de poner los hechos bajo los ojos. Se ve la escena de sus narraciones, sus personajes obran y hablan; esto casi es ya el teatro, ó mejor, es la vida en sí misma, porque hay allí alguna cosa menos ficticia y menos arriesgada que en el teatro.

En efecto, lo dramático de las narraciones de Lysias no parece rebuscado. El orden que adoptó es, sencillamente, el orden cronológico. Ved, por ejemplo, la serie de las narraciones que llenan la primera mitad de los discursos contra el tirano Eratóstenes y contra Agorato; son sucesiones de acontecimientos presentados desde su principio, uno después del otro, con tacto y sin prolijidad, pero sin combinación artificial alguna. Este método parece poco sabio; acaso no tenga menos poder. Si el juez no es inmediatamente sorprendido por un gran efecto producido por una hábil concentración de los medios de la causa, de otro lado, no está prevenido por alguno de la curia, y no se pone en guardia contra ese encadenamiento insensible de efectos pequeños, en los cuales consiste el arte del orador: se deja conducir por el curso natural de las cosas sin pensar en Lysias, que se oculta discretamente detrás del cuadro fiel de la realidad.

Compréndese cuál es el género de patética á que tienden y que implican las narraciones compuestas con este espíritu; es una patética indirecta que gana á los jueces sin imponerse moral é individualmente á ellos; los hechos hablan solos, sin que el discurso exprese por su nombre propio las pasiones que lo inspiran; sin que se recurra jamás al «ved nuestras lágrí-

mas», tan usual en los abogados romanos y en sus imitadores modernos. Así es como la emoción surge del relato del juicio de Agorato y de su última entrevista con su mujer en su prisión:

«Si ellos (Agorato y sus compañeros de infortunio) hubiesen sido juzgados delante del tribunal, fácilmente se habrían salvado, porque ya sabéis todos cuál era la desgracia de la ciudad; pero vosotros no podíais traer ningún remedio. Los acusados han sido llevados delante del consejo presidido por los Treinta. El juicio fué tal como vosotros le conocéis. Los Treinta estaban sentados en las sillas, donde se sientan ahora los Prytanos; se habían colocado dos mesas delante de los Treinta, y los votos debían ser depositados, no en las urnas, sino á la vista de todo el mundo sobre estas mesas: los votos de condenación sobre la primera, y los de pago sobre la otra. ¿Cómo fué posible que uno solo de entre ellos fuera salvado? Los que fueron llamados delante de los Treinta para sufrir el juicio del consejo fueron todos condenados; todos oyeron la sentencia de muerte, excepto éste, Agorato, que tenéis delante de vosotros; en cuanto á él, se le dió el título de bienhechor del pueblo. A fin de que sepáis á cuántos ciudadanos hizo perecer, voy á leeros sus nombres (*siguen los nombres*).»

«Entonces, jueces, cuando la muerte se pronunció contra estos hombres y ellos se vieron inevitablemente perdidos, hicieron venir á la prisión, éste á su hermana, aquél á su madre, el otro á su mujer, en una palabra, cada uno lo que tenía más cerca por los lazos de la familia, á fin de abrazarlos por última vez antes de dejar la vida. Dionisidoro quiso también ver en la prisión á su mujer, que es mi hermana. Ésta, enterada de su deseo, llegó cubierta de vestidos ne-

gros, como lo pedía la triste situación de su marido. Entonces, en presencia de mi hermana, Dionisidoro expresó sus voluntades supremas; dijo que Agorato era el autor de su muerte, y me recomendó, así como á su hermano Dionisio, aquí presente, y á todos sus amigos, vengarle de Agorato; recomendó también á su mujer, que creía dejar en cinta, que dijera á su hijo, si era un niño, que su padre había sido muerto por Agorato, y que le ordenaba vengar en este hombre al asesino de su padre. Algunos testimonios van á corroborar la verdad de mis palabras. »

Lysias llega á la emoción, no solamente por el efecto general de todo un cuadro, sino algunas veces también por la impresión inesperada de un detalle material. Así, cuando la casa de su hermano Polemarco fué saqueada, él nos muestra á Melobio, uno de los ministros de los Treinta, arrancando los pendientes de oro de las orejas de la mujer de Polemarco; cuando su hermano mismo ha bebido la cicuta, nos muestra los miserables funerales de aquel hombre, que la víspera era uno de los más ricos de la ciudad: un lecho alquilado, un paño mortuario y una almohada, prestados. ¿Nos indignaremos contra la frialdad de este hermano que, viniendo á cumplir una venganza de familia, sustituye detalles semejantes á los estallidos de su propio dolor? Esto estaría muy poco puesto en razón, porque la naturaleza humana lo justifica, al menos en parte. Con frecuencia ocurre que un rasgo de este género obra más vivamente sobre nuestra imaginación que un movimiento oratorio, ó que, en una gran desgracia, uno de esos pequeños contrastes que la realidad familiar nos presenta por sí misma, nos emociona de una manera más irresistible.

Hay, además, en este procedimiento algo que está

conforme con las costumbres griegas: los griegos, en los asuntos más elevados, parten á menudo de la realidad familiar para alcanzar las más sublimes expresiones de la pasión. Los trágicos ofrecen más de un ejemplo de este hecho, que es uno de los secretos de su poder dramático, que les hace aparecer sinceros en los más grandes atrevimientos de la poesía y del sentimiento.

La diferencia está en que en Lysias, después de la pintura material de la realidad, no estalla la pasión: él deja á los hechos, tal como los da á conocer, que despierten en el alma de los oyentes el dolor ó la indignación. Si (lo que sucede especialmente en las conclusiones) el cliente de Lysias expresa él mismo un sentimiento, no es bajo una forma personal; es, por lo contrario, bajo una forma bastante general, para que convenga á cada uno de los que están presentes, y no parezca más que la interpretación de los pensamientos que supo hacer nacer en ellos. Así es como protesta, en nombre de todos los buenos ciudadanos, contra la venalidad y contra la indulgencia con que la venalidad es tratada en Atenas. «Y, sin embargo, el deber de aquéllos que conducen con abnegación los negocios del pueblo, es no apoderarse de vuestros bienes en medio de las dificultades en que estáis empeñados, sino daros los suyos. Hemos llegado al extremo de que los que no ha mucho, durante la paz, no podían mantenerse, contribuyan ahora á los gastos públicos, llenen las *coregias* y habiten magníficas casas. Propicio es el momento para que vuestra mala voluntad se extienda á otros ciudadanos que debían su patrimonio á la facultad de hacer estos gastos: hoy las disposiciones del pueblo han cambiado; los robos de aquéllos no excitan vuestra indignación, sino que lo que vosotros re-

cibís de ellos gana vuestro reconocimiento, como si ellos os diesen un salario sobre su fortuna, en lugar de robar el vuestro, como lo hacen. Pero he aquí la cosa más extraña de todas: mientras que, en los negocios de los particulares, éstos son las víctimas que lloran y obtienen la compasión, en los negocios del Estado la compasión es para los culpables, y sois vosotros, sus víctimas, quienes se la concedéis (1).»

Este pasaje, que está sacado de una conclusión de los discursos, puede contribuir á caracterizar de una manera general el talento de Lysias. Hemos visto que las narraciones nos lo muestran aún más sobrio en la expresión de los sentimientos. Es evidente que su fin es interesar al auditorio en las situaciones; éste no es para él un apreciador de sangre fría que, permaneciendo fuera de la causa, juzga los esfuerzos del abogado; es un testigo parcial que, en presencia de los hechos mismos, y, todo lo más, ayudado por hábiles indicaciones, se turba y emociona por su propia cuenta. El éxito de semejante sistema es el ideal de la verosimilitud.

Los exordios, y, sobre todo, las narraciones de Lysias hacen conocer sus principales medios de persuasión, y nos dan el secreto del éxito casi constante de sus discursos. Cuando llega á la argumentación, ésta está más que preparada; á decir verdad, comienza con sus primeras palabras. ¿Qué le resta á él hacer para completar la convicción? Reproducir testimonios, citar leyes, separar y marcar más fuertemente las consecuencias que tiene ya hábilmente indicadas. Esto es en él lo principal de la argumentación propiamente dicha. Llegará á añadir algunos argumen-

(1) *Discurso contra Epicatres*, 10.

tos nuevos; será necesario también que refute ó prevenga las principales razones del adversario, pero no lo hará mucho tiempo; y, en suma, sus argumentaciones no serán más que secundarias, tanto por el lugar que ocuparán en la reunión de los discursos, como por el efecto que producirán en sí mismas.

Hay, por tanto, mucho que admirar en las argumentaciones de Lysias, que pueden servir de modelo por más de un título; pero lo que nos importa sobremanera observar aquí es cómo, á pesar de la diferencia del asunto, su carácter general está conforme con el de sus narraciones. Un razonamiento difiere necesariamente mucho de una escena ó de un cuadro. Sin embargo, volvemos á hallar aquí una nueva aplicación del principio que quiere que el arte no aparezca.

La argumentación de Lysias no es aquel edificio sabio, de combinaciones variadas y de proporciones imponentes, que más tarde elevará la industria de los retóricos. No hay ni amplitud en el desarrollo de las pruebas, ni esfuerzo para agruparlas hábilmente, ni progresión en su encadenamiento, ni poder atrayente en su sucesión; no es un cuerpo que se calienta y anima á medida que adquiere nuevas fuerzas. Acaso hubo razón, desde el punto de vista del arte, para reprochar un día á Lysias esta falta de composición (1). Pero lo que todo el mundo elogia en su argumentación son los méritos detallados de cada uno de estos trozos separados de que se compone; es la claridad, la limpieza y la agilidad de la forma, la manera ingeniosa con que presenta cada prueba en particular, el arte con el cual sabe reducir el dilema y, en general,

(1) Dionisio, *Lysias*, VIII; *Isaeo*, III; Cecilio (en Focio, *Bibliotheca*, codex 262).

toma el camino más corto para llegar á la evidencia: son éstas oposiciones felices de donde surge la verdad, tejido apretado que el razonamiento no puede romper.

Recordemos que hubimos de hacer observaciones análogas sobre los efectos del detalle, sobre las series de pequeñas escenas y de pequeños cuadros que presentan con frecuencia las narraciones de Lysias, y preguntémosnos si esta falta visible de táctica y este dejarse ir en la ordenación general de la argumentación no era una buena condición, acaso un cálculo, para producir la convicción con más seguridad. Evitar la apariencia de todo esfuerzo para sorprender la buena fe de los jueces y limitarse á mostrar sin artificio, y una después de otra, las consecuencias evidentes de hechos evidentes, ¿no es ganarlos por el atractivo mismo de la sencillez y por esa especie de confianza honrada que debe dar la conciencia de un derecho?

Estas reflexiones surgen espontáneamente cuando se ve, en Lysias, sucederse los argumentos con las mismas transiciones, tan sencillas y tan descuidadas, que evidentemente le hubiera sido difícil variarlas más. Es verdad que él no se asustó por la monotonía de estas repeticiones, y que le gustó más reservar su habilidad para poner en obra cada razonamiento en particular. Acaso los atenienses eran menos sensibles que nosotros á la monotonía, porque parece que ciertas formas oratorias, cuyo mérito habían reconocido desde un principio, habían tenido el don de encantar, sin que esta impresión se gastase por la costumbre. Había, sin duda, en ellas alguno que satisfacía su espíritu y les hacía aceptar voluntariamente una idea que conseguía entrar en estos moldes, bien como el oído descansa con gusto sobre ciertas modulaciones.

Siempre que aparece este descuido aparente de Lysias, está lejos de hallarse en contradicción con el carácter general de su talento. Por esto, como por sus principales cualidades de detalle, sus argumentaciones, que no pretendo examinar más que desde este punto de vista, se asimilan al mismo principio que sus narraciones y sus exordios, y llegan á lo verosímil por lo natural.

§ II

Este ambiente de verdad que forma (en la narración, en el exordio, en la exposición de las pruebas) el carácter general del talento de Lysias, nos indica de antemano el carácter de su estilo. Traducción fiel del pensamiento, la forma se distingue en él, como el pensamiento, por una especie de franqueza que inspira confianza. Lo natural supone que la expresión es sencilla; lo verosímil, que es justa y mesurada. Lysias mismo plantea, en principio, la armonía necesaria del lenguaje y del pensamiento. «La lengua, decía, no tiene poco ni mucho talento; el talento es el que es grande en aquel que tiene mucho; pequeño, en el que tiene poco (1).» É hizo más que dar este precepto tan opuesto al de los sofistas, pues lo mostró y aplicó en sus escritos, lo que fué para él una gran gloria.

En efecto: cuando se piensa en el inmenso trabajo del retórico contemporáneo; cuando se piensa en el talento de tantos hombres que, reunidos en Atenas, se

(1) Η γὰρ γλῶσσα, κατὰ Δυσίαν τὸν ῥήτορα, νοῦν οὔτε πολὺν, οὔτε μικρὸν ἔχει ὁ δὲ νοῦς, ᾧ μὲν πολὺ, πολὺς, ᾧ δὲ μικρὸν, μικρός. (Gregorio de Corinto, *De dialectis*, 4, edición Schaefer.)

repartieron el entusiasmo público, y cuando se ve que este entusiasmo no tuvo más que un tiempo y que las teorías de tales hombres cayeron en el descrédito, que sus orgullosos esfuerzos abatiéronse hasta la falsedad y la exageración, ¿qué mérito no debe reconocerse á aquel que, después que ellos, cuando las últimas aclamaciones de su triunfo resonaban todavía, entró en el verdadero camino y realizó en su estilo esas difíciles condiciones de la proporción y de la verdad?

Si Lysias no fué un innovador, si estuvo sostenido por el fondo del genio ateniense y por las tradiciones de la práctica que acababan de serle impuestas, se le debe conceder como un título casi igual el de haber sido el primero que alcanzó tan justamente su fin, esto es, que le elevó por encima de sus predecesores inmediatos y de sus contemporáneos, más allá de los cuales no se remonta la historia.

Antes que él ó al mismo tiempo que él escritores ilustres habían escrito ó escribían discursos. No hablo de Tucídides, cuyas bellas arengas no son más que la mitad de los monumentos oratorios, pues que no han sido ni pudieron ser nunca pronunciadas. Pero para no citar más que hombres prácticos, Antifon y Andocides, los dos primeros nombres de la década de los oradores atenienses, habían compuesto discursos, ya para otros ó para ellos mismos, en sus asuntos capitales. Notoria es la admiración de Tucídides (1) por el discurso que no pudo salvar al primero; tenemos la interesante defensa á la cual debió el segundo su salvación por dos veces amenazada. Platón alaba el poder patético de Trasímaco de Calcedonia (2), y Dioni-

(1) *Guerras del Peloponeso*, VIII, LXVIII.

(2) *Fedro*, 267, d.

sio de Halicarnaso la fuerza y la elegancia de su estilo (1). Sin llevar más lejos la enumeración, ¿cómo fué que estos hombres, que respecto á esto parecen haber superado á Lysias, no hayan sido sus rivales en la gloria? Este resultado debe atribuirse, sin duda, al justo sentimiento de la forma que él tuvo en parte y al maravilloso acuerdo que supo establecer entre ella y el pensamiento. A su lado, Antifon parece inculto y antiguo, Andocides verboso, y Trasimaco inferior á él en limpieza y delicadeza. Apenas si hacen mención de ellos Cicerón, Dionisio de Halicarnaso y Quintiliano, mientras que el nombre de Lysias es el primero que ocupa seriamente su crítica. Lysias, en efecto, por las cualidades de su estilo, es el verdadero precursor de Demóstenes, honor que nadie puede disputarle.

Reconociendo este hecho, se ve uno obligado á preguntarse cómo se explica que un discípulo de los sofistas pudiera desarrollar la verdad en la escuela del error y operase un cambio completo en los hábitos de ejecución, que acaso son más tenaces que los hábitos del espíritu. La dificultad es más aparente que real, porque la cuestión no puede plantearse así. Lysias no tuvo que transformar verdaderamente su manera de escribir: no hizo más que corregir los defectos. La declamación sobre el amor, que en uno y otro caso, sea que se le acepte por una obra original, sea que se vea en ella una ingeniosa imitación, nos hace conocer mejor su talento como sofista, presenta ya muchas cualidades, que se admiran más tarde en su estilo.

Hubo en él disposiciones naturales, que persistieron bajo las influencias peligrosas de Sicilia. Además, era ateniense; en Atenas había pasado toda su infancia y

(1) *Isaao*, XX. *Del poder de Demóstenes*, III.

comenzado su juventud. La impresión de esta primera educación fué bastante fuerte para acompañarle en su nueva patria, y más tarde, después de su vuelta á Atenas, para preservarle contra el contacto de los retóricos extranjeros. Bien pronto se distinguió entre ellos por el tacto y la delicadeza de su espíritu y por su justo sentimiento de la expresión.

Entre los sofistas es preciso distinguir dos escuelas: la escuela poética y teatral, representada por Georgias, que, en medio de los aplausos de toda la Grecia, transportó á la prosa ciertas cualidades líricas; y la escuela práctica, que, nacida en medio de las turbulencias de Siracusa, trata menos de brillar que de persuadir. La última hubo de fijarse más en el rigor de la argumentación y la precisión del estilo, y esto fué lo que contribuyó á formar á Lysias.

Hay que pensar también que este gran movimiento de los sofistas, á pesar de sus excesos y sus errores, estuvo lejos de ser estéril para la literatura griega. En particular, prestaron grandes servicios á la lengua de la prosa. La mayor parte de ellos hicieron estudios sobre los elementos y los orígenes del lenguaje, sobre las palabras mismas, cuya etimología, declinación y sentido trataron de fijar. La gramática era el fuerte y ocupaba un gran lugar en la ciencia de aquellos genios ambiciosos que se alababan de conocerlo todo. La gramática excitó el mismo entusiasmo que la poesía; acaso era enseñada en verso por poetas ditirámicos como Licimnio de Paros. La lengua era como un buen instrumento que aprendían á hacer sonar, y la intrepidez, al mismo tiempo que la incertidumbre de estos ensayos, bastaban para atraer la curiosidad y para encantar los oídos. Fácilmente se ve que este trabajo preparatorio fué útil á aquéllos que supieron,

como Lysias, dar al lenguaje sus legítimas aplicaciones.

Se ha reprochado (1) con razón á Lysias el haber conservado de la educación de los sofistas más de un defecto: algo de demasiado ingenioso en las ideas y en la forma, y el abuso de las oposiciones y de las antítesis. Estos reproches están lejos de serle constantemente aplicables. Además, notemos la afinidad del segundo de estos dos defectos con una cualidad completamente griega y ateniense. Por medio de los contrastes, llegó la frase griega á ese grado de claridad tan necesario al orador, y que puede prestarse con tanta flexibilidad á reproducir los matices más finos del pensamiento. «Las distinciones y las oposiciones son los instrumentos de la precisión del espíritu (2)»: la lengua de Lysias, tan justa y tan exacta, debía usar mucho de ellas.

Cualquiera que sea el alcance de estas diversas consideraciones, la idea que las hizo nacer es incontestable: el talento de Lysias como escritor tiene por principios la verdad y la proporción. Todas las cualidades de su estilo son consecuencias ó accesorios de ellas.

Porque no se alababa entonces necesariamente la propiedad de la expresión y la pureza del lenguaje. Dionisio de Halicarnaso (3) llamó á Lysias el *canon* del aticismo; y este elogio tiene gran valor, por cuanto es lo que mejor prueba que, á pesar de larga permanencia en Sicilia, era de su país. Sabido es con qué celoso cuidado protegían los atenienses la lengua nacional contra toda invasión extranjera, bastando este

(1) Teofrasto (en Dionisio de Halicarnaso, *Lysias*, XIV).

(2) Esta frase pertenece á la notable introducción de Havet á los *Pensées* de Pascal.

(3) *Lysias*, II.

cuidado para desafiar las rivalidades del resto de la Grecia y para conservar la superioridad definitiva, aun después que la elocuencia, según la bella frase de Cicerón (1), abandonando el puerto del Pireo, hubo volado hacia las islas y hacia las riberas del Asia.

A estas dos primeras cualidades, Lysias debió en parte otras dos, cuya alianza es bastante rara: la claridad y la concisión. Por la claridad (*σαφήνεια, ἐρημνεία*), mérito indispensable, sobre todo al orador, cuyo auditorio no tiene tiempo de rebuscar el pensamiento, Dionisio de Halicarnaso llega hasta preferir Lysias á Demóstenes. La concisión tenía en él un carácter que expresa bien una frase griega, cuyo equivalente es difícil hallar en francés: ἡ συστρέφουσα τὰ νοήματα καὶ στρογγύλως ἐκφέρεισα λέξις (2). Su estilo no estaba formado por rasgos breves y separados, sino que condensaba, por decirlo así, los pensamientos de manera que formasen un conjunto compacto (*τὸ εὐπαγές τῶν λόγων*) (3), de contornos netos y perfectamente redondeados. De aquí resultaban la firmeza y la energía sin dureza. Trasímaco, según la autoridad de Teofrasto, le había precedido, si no igualado, en este arte difícil. Demóstenes le aventajó, pero acaso recurriendo en demasía al esfuerzo y á la lucha (*περιέργως καὶ πικρῶς*).

En efecto, la naturalidad y la sencillez son los caracteres constantes del talento de Lysias; se mezclan á todas sus cualidades, y forman en cada una su originalidad. No solamente evitó el énfasis, sino que llevó el odio al rebuscamiento hasta evitar las figuras: la palabra propia, que no le faltaba jamás, bastaba para

(1) *Brutus*, XIII.

(2) Dionisio de Halicarnaso, *Lysias*, VI.

(3) Focio, *Bibliotheca*, codex 262.

traducir todas sus ideas (1). Estamos lejos de las perífrasis ambiciosas y de los atrevimientos poéticos que Aristóteles (2) ensalza en Alcidas de Elea. Lysias, aunque eleva el tono algunas veces con el asunto, debe considerarse, en las distinciones de los retornos, como modelo del género sencillo. La naturalidad, que se enlaza también con esta sencillez, alcanza la perfección: se cree oír el lenguaje espontáneo de un hombre que recibió del cielo el don precioso de expresar bien sus sentimientos, en tanto que la frase surge con facilidad y disimula el arte de su composición.

Por eso no es de admirar que se haya dicho que Lysias no se preocupaba de la armonía. Hubiera sido más justo decir, como hace observar Quintiliano (3), que su estilo, no queriendo parecer aderezado, no tenía aquella armonía natural, que es la de toda frase bien construida, y de la que no está desprovista ni aun la conversación. Antes que Isócrates (4) descubriendo las verdaderas condiciones de la armonía de los períodos, mereciese pasar por el inventor del número oratorio, los retóricos, y en particular Trasímaco y Gorgias, habían enseñado una clase de armonía minuciosa y afectada (5), obtenida por oposiciones simétricas, unas veces en la construcción, otras en el sonido de las frases. Lysias, en el estilo de sus discursos, no tardó en librarse de las costumbres de este género que podía haber contraído. Esto fué incontestablemente un mérito: ¿se le reprocha el no haber hallado la armonía, con fre-

(1) Dionisio de Halicarnaso: *Lysias*, III.

(2) *Retórica*, III, III.

(3) *Institutiones oratoriae*, IX, IV, 16, 18.

(4) Cicerón: *De oratoria*, XLIV. *Brutus*, VIII. *Orationes*, XIII.

(5) Cicerón: *Orationes*, XII, XIII, XLIX.

cuencia legítima, pero siempre sabia, del período de Isócrates? Sería pedirle lo imposible: tal condición era incompatible con aquella sencillez y aquella naturalidad que excitaban tanta admiración.

Por otro lado, su frase no era como la de aquellos imitadores infieles que, á ejemplo de Hegesias de Magnesia (1), oponían á las cadencias monótonas y á las modulaciones sonoras de los grandes períodos asiáticos, una composición pueril de incisos afilados y brincadores. Lysias, el supuesto maestro de estos oradores, no les había dado semejantes modelos. Si no se ve amplitud en las formas, sin embargo, su frase toma, cuando es necesario, cierta extensión; se adelanta entonces, sin que nada parezca molestar su marcha, llevando sucesivamente, y sin inversiones forzadas, la expresión fácil de las ideas que cada uno contiene.

No hay estilo sin cierta especie de adorno. ¿Cuál será el adorno que podrá avenirse con esta sencillez de Lysias, enemigo de todo ornamento? Será una elegancia que resultará naturalmente de la limpieza y de la proporción; más todavía: una obra de arte, cualquiera que sea la corrección del dibujo, no merece verdaderamente este nombre si no posee ese encanto que, en la naturaleza que imita, es el carácter divino de la belleza. Ese encanto, que se siente mejor que se define, fué el singular privilegio de un hombre que parecía estar completamente libre del deseo de complacer. Su estilo tiene una gracia particular que todo el mundo reconoció en él y cuyo secreto nadie pudo adivinar. Este es, á juicio de Dionisio de Halicarnaso (2), el carácter distintivo de Lysias, por el cual debe uno

(1) Cicerón: *Brutus*, LXXXIII. *Orationes*, LXVII. *Epistolarum ad Atticum*, XII, vi.

(2) *Lysias*, XI. *Demóstenes*, XIII.

guiarse cuando se duda sobre la autenticidad de uno de sus discursos: prueba que hoy sería delicada para nuestro gusto. Sin embargo, no somos completamente incapaces de sentir esta gracia inimitable, dejándonos guiar por los testimonios unánimes de los antiguos (1). Acaso conseguiremos, hasta cierto punto, figurarnos su naturaleza, pensando al efecto en esos velos ligeros y transparentes de que están algunas veces revestidas las estatuas griegas; nada es más elegante y más dulce á la vista que las indicaciones discretas de sus pliegues sencillos, que siguen los movimientos graciosos de las formas perfectamente proporcionadas; y su encanto tiene algo más sensible y más penetrante que la majestad de las ricas telas, las cuales hacen pensar en el desarrollo de los períodos de Isócrates y Cicerón. El estilo mismo de Lysias es un tejido fino que reproduce naturalmente todas las inflexiones de su pensamiento, sin quitar nada á su agilidad. ¿Qué más se necesitaba para que nuestra admiración fuese completa? Tal vez formas más ideales y una vida más generosa en el cuerpo que respira bajo este vestido diáfano.

(1) Cicerón: *Orationes*, IX. — Quintiliano: *Institutiones oratoriae*, IX, IV, 17. — Plutarco: *De Garrulis*, 5: «Examina la gracia persuasiva de Lysias; sí, él también ha obtenido los favores de las Musas de hermosa cabellera.»

CAPITULO II

DEL ATICISMO DE LYSIAS

Mucha sencillez y naturalidad, un grado notable de precisión y claridad y una graciosa elegancia: tales son, en resumen, los rasgos principales del talento de Lysias. ¿Cómo estas cualidades han sido suficientes para hacer de él el escritor ático por excelencia, para establecer una especie de parentesco entre él y hombres como Sófocles, Platón, Fidias, cuya gloria eclipsó justamente la suya, y para merecer un lugar al lado de ellas como representante del genio ateniense?

Es porque nada hay más ateniense que el gusto, la finura y la claridad de espíritu. El pueblo de Atenas, formado por el hábito del comercio y de los negocios, activo é inteligente, se expresaba por sorprendente instinto con una delicadeza igual á la justeza de la expresión y á la verdad del sentimiento; al mismo tiempo, lo cómodo y lo natural eran para él las condiciones supremas del éxito; condenaba con una sonrisa implacable los esfuerzos torpes y el fracaso de una ambición impotente. Para aplicarla una expresión completamente francesa, diremos que no le gustaban las frases. Jamás fué seducido por la pompa del género asiático, nacido, según Quintiliano (1), de la ignorancia de la palabra propia. Aquellos efectos, aquellos colores mal matizados y fatigosos por su brillo monótono,

(1) *Institutiones oratoriae*, XII, ix, 16.

aquellas perífrasis sonoras y aquellos períodos recargados, repugnaban á la delicadeza y la vivacidad de su espíritu. Si el gusto se dejó por un instante engañar por los sofistas, lo que le desvaneció sobre todo fué la agilidad de su dialéctica y la ciencia de las palabras: miraba con placer aquel juego sutil de las ideas, aquellas sorpresas del razonamiento, y la flexibilidad de una lengua que seguía sin esfuerzo estas rápidas evoluciones.

Es curioso ver cómo los atenienses pudieron reconciliar el odio de las frases y el amor del bello lenguaje, y enlazar el espíritu práctico al espíritu poético, es decir, al culto de las artes y de las Musas (τῆ Μουσικῆ). En ellos la imaginación era precisa por su misma potencia. No era un transporte violento, no era esa lucha ardiente del alma decaída y cautiva cuyas intermitencias dolorosas y delirio sagrado nos representa la alegoría del *Pedro*; era más bien la posesión tranquila y segura de un ideal alcanzado sin esfuerzo. ¿Dónde está el encanto de la divina elocuencia de Platón sino en la facilidad con que sus personajes hablan y obran, dejándonos ver las vueltas de su pensamiento, y quitando ellas mismas los velos de su alma, abandonándose á sus graciosos caprichos y á sus bellas inspiraciones? ¿Por qué la poesía de Sófocles es tan realmente ateniense? ¿No es porque tiene en las expresiones una medida y un tacto exquisito, una sencillez poderosa, una elegancia natural, porque esas expresiones son, por decirlo así, á pesar del atrevimiento y de la concisión del estilo, alumbradas por una luz limpia y penetrante? Del mismo modo, en las obras maestras de la escultura y arquitectura, el secreto de tantos efectos maravillosos no es otro que la seguridad del dibujo, la sencillez de las líneas y la gracia del

contorno. ¿Cómo expresaba Fidias el poder y la majestad del Dios supremo? ¿Acaso por la violencia del movimiento, por el ímpetu exagerado de los músculos, por el lujo de las telas? No: alcanza esta expresión divina por las admirables proporciones del cuerpo, que no altera ninguna contracción; por la sencillez y la calma de la actitud; por la serenidad del rostro, que no traiciona ningún esfuerzo y que parece reflejar dulcemente el brillo de una inteligencia sin nubes. Viendo al lado del *Júpiter* de Fidias las formas robustas y los miembros nerviosos de una estatua de *Hércules*, ¿puede nadie confundir al jefe de los dioses con el mortal divinizado?

La elocuencia ateniense, si se la representa en su más alto grado de perfección, ofrece los mismos caracteres de precisión, de belleza y de grandeza; es el acuerdo de un pensamiento justo y bello con una expresión justa y bella. Los atenienses gozaban entonces de la felicidad de aquel poder de una lengua que expresa directamente, sin esfuerzo y sin rodeo, cada una de las bellezas, cada una de las delicadezas del pensamiento que traduce: hasta tal punto son exactas las relaciones de las palabras; y es íntima su unión, tanto que la armonía de las palabras hace percibir al mismo tiempo esa armonía inmaterial de las ideas, que es la música del alma.

Este ideal sublime no aparece en Lysias: ni la naturaleza de sus obras, ni la de su espíritu, lo implican. Pero si fué dado á sus sucesores alcanzarlo alguna vez, fueron en parte deudores á éste, cuya elegante precisión y graciosa sencillez no pudieron sobrepujar. Hubieron de marchar en el camino que él les había trazado el primero, de una manera cierta, y la lengua que les entregó poseía ya las cualidades más esencia-

les al digno instrumento de la gran elocuencia. Fué preciso solamente adornar esta elegancia un poco escueta y distribuir los matices más ricos y brillantes sobre este tinte dulce y unido, que estaba igualmente repartido por todos. Dionisio de Halicarnaso (1) comparó las obras de Lysias á las pinturas antiguas, faltas de los recursos de un arte más adelantado, y que no ofrecen aún ni la variedad de colores, ni los efectos de sombra y de luz, ni la ciencia de los tonos ni la perspectiva; pero que encantan ya por la corrección irreprochable del dibujo y la inimitable pureza de los contornos. También (2) recuerdan el talento fino y gracioso del escultor ateniense Calamis, que debía eclipsar bien pronto la flexibilidad más sabia y la majestad más atrevida de Fidias.

Lysias no usurpó su reputación de aticismo; es verdaderamente ateniense por sus cualidades y por el sentimiento que esparció en sus obras. Su manera un poco fría, ¿repugna á nuestros gustos? Sin insistir demasiado sobre el carácter tranquilo de las antiguas obras maestras de los artistas atenienses, y sin excluir de la elocuencia ateniense la pasión que la hizo vivir, se puede al menos, por una observación, precaver á la crítica moderna contra los desdenes fáciles é irreflexivos. Se ha reprochado la frialdad de las estatuas antiguas de las buenas épocas, porque no tienen sus figuras una agitación forzada. Es preciso no ceder á un motivo análogo al juzgar la elocuencia ática; es necesario comprender que prodigando los términos fuertes como se prodigan las expresiones violentas de los rasgos del rostro, se embota el gusto y la sensibilidad.

(1) *Isaeo*, IV.

(2) *Isócrates*, III.

Ahora bien; ¿estamos nosotros seguros de sorprender fácilmente el efecto de la proporción tan necesaria á toda obra de arte, de haber conservado el sentimiento de la medida y de la justa repartición de la fuerza, de comprender bien el mérito armonioso de un conjunto donde cada detalle no es ni más ni menos que lo que debe ser? ¿Llegamos, por el contrario, á componer especies de cuadros sin degradación de color y de luz, que fatigan la vista por los disparates y por los efectos combinados? Ya en pleno siglo XVII, esta tendencia á la exageración halló un censor, cuya severidad nos sorprende, en Pascal (1), el más apasionado y más enérgico de nuestros grandes escritores. Este ilustre patrocinio es la defensa más elocuente de Lysias.

Indudablemente, nosotros no tenemos, al menos en las cuestiones de estilo, la exquisita delicadeza de los atenienses. Lo comprendemos, y el mismo sentimiento de esta inferioridad intelectual, ó tal vez de la dificultad que experimentamos al hacer, en medio de las mil influencias y de las mil preocupaciones diversas, esto que los griegos parecen haber hecho sin esfuerzo alguno, produce en nosotros una impresión singular: lo atribuimos al cielo y al suelo de nuestra patria, y pretendemos pedir á un clima más feliz ese secreto perdido de la perfección natural y fácil. Interrogamos al cielo, á las montañas y al mar de Atenas, y queremos hallar una respuesta en la pureza del aire y en la dulce armonía de las líneas y de los colores. ¿No hay en esto más que una superstición pueril, ó será necesario reconocer, en efecto, una especie de fatalismo material que explicaría por la configuración

(1) «Apagar la antorcha de la sedición», muy refinado. «La inquietud de su genio», dos palabras demasiado atrevidas. (XXV, 25, edición Havet).

de la tierra el desarrollo de las artes, del mismo modo que la forma de la cabeza explica para los frenologistas nuestros instintos y nuestras facultades? Por lo menos, es cierto que hay un maravilloso acuerdo entre la naturaleza del Ática y el carácter de las obras atenienses, que parece haberlas inspirado y que ayuda á la inteligencia, provocando por sí misma las aproximaciones que nos hacen las cualidades más sencillas. Nada explica mejor la elocuencia ática que la luz de Atenas. Casi estoy tentado á creer que estos matices tan finos y tan delicados de la lengua y del estilo compensan y tienen por condición la falta del brillo. Tal vez deslumbrado por el lujo de las figuras, por el rico desarrollo de los periodos, por el efecto de las amplificaciones patéticas, se sienta uno dispuesto á decir que los romanos son más brillantes que ellos. Esto sería un error. El brillo de la elocuencia romana es más ficticio, y, por esta razón, tiene algo de más seco y más duro. El brillo de la elocuencia ateniense es la luz del sol de Atenas en las horas tan bellas en que alumbran sus primeros y sus últimos rayos: nada más resplandeciente, nada más dulce. Es un brillo poderoso que lo alcanza y penetra todo sin choque y sin resistencia. El sol de Atenas inunda entonces los objetos de luz, pero bañando blandamente los contornos, del mismo modo que las olas azules de su golfo vienen dulcemente á unirse á las riberas doradas de Falera. Entonces todo es luminoso y transparente; todo, hasta las sombras de las montañas; pero también tiene todo su justo valor: los diversos llanos se dibujan limpiamente; todas las formas son precisas y puras; cada objeto nos revela todos sus detalles y reviste el matiz que le es propio, desde el color más brillante hasta el tinte más fugitivo; y de todo esto resulta un

conjunto proporcionado, armonioso y animado. Tales son, en efecto, para la naturaleza, como para los hombres, las horas de la vida comparadas con las del mediodía; durante éstas, el sol esparce sus vapores abrasados que pesan sobre todos los objetos y los confunden bajo un cielo de plomo. ¿No se podría, si se quisiera continuar la comparación, ver aquí una imagen de la elocuencia asiática, que ha sido tan pesada y tan confusa por haber querido ser demasiado brillante?

Esta riqueza y este poder natural de la lengua griega, que nunca tuvo necesidad de forzar la expresión ni de suplirla en su defecto, prodigó en la elocuencia la superioridad de Atenas. Roma, su rival, lo ha reconocido, confesando, por boca de Quintiliano, que, por no disponer de los mismos recursos, hubo de apoyarse sobre principios diferentes. Quintiliano hace notar con delicadeza que la lengua griega basta para sostener á los escritores de segundo orden, los cuales «bogan con seguridad en medio de los bajos y de los escollos próximos á la ribera, semejantes á barcas ligeras que hallan en todas partes puertos y abrigos. Los latinos, menos ágiles, tienen que buscar la alta mar, por miedo de encallar en la arena». Pero la prudencia que les da este consejo les recomienda también no aventurarse demasiado lejos. Están, pues, entre dos peligros: la busca de una sencillez imposible, y el abuso de los medios ambiciosos. Era preciso todo el genio de Cicerón, el discípulo brillante de los griegos y el esclarecido émulo de Demóstenes, para evitar este doble escollo; él comprendió cuáles eran los límites necesarios de la imitación ateniense y en qué medida la inspiración griega debía ceder á las costumbres diferentes del genio romano.

La diversidad de dos pueblos y de dos lenguas: tal es el punto de partida más natural y más justo de este paralelo, tan á menudo reproducido entre los grandes representantes de la elocuencia antigua, Demóstenes y Cicerón. Seguramente que el nombre de los grandes genios y de tantos talentos encantadores como ha producido la literatura latina, la defienden suficientemente contra los reproches de rudeza y de grosería; pero fueron los frutos de una civilización tardía, y bajo la influencia griega se desarrollaron. A pesar también del brillo de esta civilización y de la delicadeza de la cultura intelectual que supone, las huellas de la barbarie original nunca pudieron desaparecer completamente. ¿Qué era la *urbanidad*, el verdadero aticismo romano? Era, sin duda alguna, el resultado del pulimento de los espíritus y de las costumbres; pero no era el aticismo genuino.

Una definición de la urbanidad debería, sobre todo, autorizarse por las ideas expresadas por Quintiliano, que la entiende como algo más preciso y más delicado que las cualidades atribuidas por Cicerón á César Vopisco. Esta palabra parece haber tenido primero un sentido más nacional y haber designado una especie de fuerza completamente romana, que no alteraba ninguna mezcla extranjera. Cicerón habla en alguna parte de la urbanidad de Nevio y de Plauto.

La urbanidad es lo contrario de la rusticidad; es cierta elegancia absolutamente particular de la ciudad, á la cual contribuyen al mismo tiempo la elección de las palabras, la fuerza de la pronunciación, el giro fino y natural dado á la expresión del pensamiento. Proscribía los provincialismos, y con más razón las costumbres extranjeras y bárbaras. Era una mezcla de talento y buen gusto, que en la alegría no

llega nunca á la carcajada, y consiste, más bien, en los rasgos que halagan á un espíritu inteligente y cultivado por una sorpresa agradable, y con más frecuencia por la expresión delicada y casi festiva de un pensamiento serio. Era, en general, esa facilidad particular á la buena sociedad, esa cualidad de las gentes bien educadas, cuya instrucción carece de pedantería y que lo comprende todo á media palabra. Enemiga de la torpeza y de la afectación, la urbanidad desafiaba todos los esfuerzos de la elegancia provinciana, y se burlaba de aquellas *reinas de aldea* que Pascal nos describe tan espiritualmente (1).

La mayor parte de estos caracteres convienen al aticismo; pero acaso representan, sobre todo, esa parte que se designa especialmente por el nombre de *sal ática*, y que consistía menos en una alegría fina y espiritual, que en cierta gracia original y picante que da cierta *pose* á la expresión corta ó desarrollada de pensamientos de toda naturaleza (2). El aticismo tenía una significación más natural en constituir la cualidad dominante de la lengua misma de Atenas, y ser como su perfume ó sabor particular. En lugar de ser, como la urbanidad romana, la parte exclusiva de una clase de ciudadanos privilegiados, cuya educación especial y el contacto de una civilización extranjera ha-

(1) *Pensées*, VII, 25 (edición Havet). «Quien imagine una mujer sobre este modelo, que consiste en decir cosas insignificantes con palabras pomposas, considerará una bonita joven, cargada de dijes y de alhajas, lo que le producirá risa, por cuanto sabe mejor en qué consiste la gracia de una mujer que la gracia de los versos. Mas los que no la conozcan la admirarán en esa guisa, y en muchos poblachos se la tomará fácilmente por una reina.»

(2) Cicerón: *Orator*, 26.—Quintiliano: *Institutiones oratoriae*, VI, III, 18.

bían convertido en aristocracia, el aticismo era la propiedad más común de todos los atenienses. Todos conocían el valor de una expresión justa y el valor de una buena pronunciación. «Hoy mismo (dice Cicerón), que Atenas no conserva de la elocuencia más que los recuerdos, el primero que llegue y el menos instruido de los atenienses le parecerá superior, por la justa y dulce armonía de su lenguaje, á los maestros asiáticos más brillantes y más hábiles (1).» Mil veces se ha repetido la anécdota de Teofrasto y del comerciante de hierbas, que le reconoció por extranjero en su afectación de aticismo (2). El aticismo crea un producto natural del suelo, que fué pródigo para todos sus hijos y avaro para los demás.

La universalidad de este don precioso tuvo una consecuencia importante: el orador, acaso poco elocuente, no tuvo necesidad de alejarse mucho de las costumbres del hombre del pueblo; habló siempre la misma lengua, pudo permanecer siempre sencillo y natural. Al mismo tiempo, la muchedumbre, menos grosera que en Roma, lo comprendía y lo juzgaba desde el punto de vista literario, y era esto, en gran parte, un beneficio de la lengua misma; porque si las cualidades naturales de los atenienses formaban el mérito de su lengua, ésta ejercía á su vez una influencia cotidiana sobre cada uno de ellos, y conservaba en su espíritu una delicadeza particular, familiarizándole, por las palabras del lenguaje usual, con todos los matices de las ideas. ¡Feliz pueblo donde el sentido de las bellezas intelectuales era un don natural y común á todos! ¡Y cuál no fué, á los ojos de los ate-

(1) *Diálogos sobre el orador*, III, xi.

(2) Quintiliano: *Institutiones oratoriae*, VIII, 1.—Cicerón: *Brutus*, XLVI.

nienses, el valor del hombre que les presentó la imagen más fiel de sus más esenciales cualidades!

Así, en Atenas y en Roma la diferencia de la lengua y de las costumbres no permitió á la elocuencia tener el mismo carácter. Aunque en las dos ciudades las instituciones civiles y políticas fueron favorables á su desarrollo, no se hallan en las mismas condiciones y no obedecen á las mismas inspiraciones. Piénsese solamente en la constitución diferente de aquellos vastos tribunales, que, de un lado, se reclutaban indistintamente entre todos los ciudadanos, y del otro, no eran accesibles más que á los dos primeros órdenes del Estado; ó considérese las tribunas de Roma y Atenas, ambas imponentes, ambas ofreciendo á la elocuencia una escena grande y magnífica, pero donde se reconocía todavía el genio particular de los pueblos en la naturaleza de las impresiones que los lugares despertaban en el orador y en la asamblea. Desde los rostros y el foro, apretados entre el monte Palatino y la gloriosa colina del Capitolio, el orador no veía más que monumentos, imágenes de la piedad ó de la grandeza de los romanos, testimonios de su culto por la patria y recuerdos de sus triunfos: esta vista era para él fecunda en grandes ideas y en nobles sentimientos, pero no invitaba su pensamiento á salir del mundo siempre ficticio de las obras humanas. El horizonte del Pnyx era más extenso y más sencillo (1). El presentaba tam-

(1) Estas líneas, en la época en que fueron escritas, concordaban con la situación que entonces se asignaba al Pnyx. Después, Curtius, en excavaciones hechas en 1862, ha creído reconocer allí un altar y un cerco consagrado á *Zeus Pelásgico*, por lo que se inclina á colocar el Pnyx en la pendiente meridional de la colina del Museo. Hasta ahora no se ha confirmado esta hipótesis.

bién á los atenienses monumentos religiosos y nacionales, como el templo de Teseo, el verdadero fundador de Atenas; como la Acrópolis, su ciudadela y su santuario; pero estos monumentos se enlazaban admirablemente con la naturaleza que se desarrollaba á su alrededor, en el mar y en las montañas, sobre los cuales descansaban sus ojos. La vista del Pireo y de los barcos recordaba constantemente al orador la causa principal de la prosperidad de su país; pero estos buques bogaban sobre el hermoso golfo de Egina. De este modo, el sentimiento de las bellezas naturales se mezclaba en él con las ideas de poder, de religión y de patria. ¿Por qué esta influencia, siempre presente, no hubiera hasta cierto punto modificado la expresión de aquellas ideas y dado un carácter menos artificial á la concepción de la elocuencia, cuyo genio se inspiró en el Pnyx más bien que en los tribunales?

Cualquiera que sea el valor de estas observaciones, es cierto que en el momento en que la elocuencia romana llegó á su más alto grado de perfección, no tendía á aproximarse al género ateniense. Hortensio era asiático. Sucedió entonces que ciertos espíritus honrados y delicados conocieron lo que había de falso en esta disposición. Quisieron producir un movimiento contrario, y crearon una escuela rival. Pero no se limitaron á reprobár á Hortensio; atacaron al mismo Cicerón, sin tener en cuenta que atacaban al propio tiempo el genio de Roma, y luchaban contra su propio país. Hicieron resonar en los oídos de Cicerón el nombre de los áticos, sobre todo el de Lysias: estas críticas, que im portunaron al gran orador durante su vida, se redoblaron encarnizadamente después de su muerte; insulto odioso y ciego, que probaba el golpe que la caída de la República daba á la elocuencia, que ya no

era comprendida. Cicerón protestó contra la injusticia de estos ataques. ¿No sabía él también lo que era la elocuencia? ¿No la había estudiado también en los griegos? Pero en lugar de Lysias había tomado á Demóstenes por modelo, y es más, había practicado la elocuencia en el foro. ¿Podía renunciar al recuerdo de sus triunfos, y olvidar aquellas grandes luchas, que no habían sido tan gloriosas para él sino porque había puesto en ellas todas las riquezas de su naturaleza y todos los recursos de su espíritu? Sabía mejor que nadie qué pasión, qué movimiento, qué brillo y qué riqueza era necesario desplegar para arrastrar á aquellas multitudes flotantes y tumultuosas. ¿Qué podía él tener de común con aquel escritor de discursos civiles, modelo de los abogados de causas pequeñas? Rechazó con impaciencia este paralelo contra naturaleza, y tuvo razón. Por lo demás, reconoció las cualidades de Lysias y las aprovechó en razonable medida para formar su propio talento: si comparó un día á Lelio y á Catón, no fué con absoluta buena fe, y él mismo parecía (1) reconocer su complacencia para con su patria. Pero ¿qué hubiera podido hacer Lysias en medio de las ruidosas asambleas de Roma? ¿Quién hubiera distinguido los sonidos de aquella voz armoniosa, pero sutil, destinada á oídos delicados y escrupulosos? Lysias era un orador jurídico, hecho para los jueces atenienses, y no habría otro remedio que dejarlo á los tribunales de Atenas.

(1) Al final del *Brutus*, Cicerón parece hacer la siguiente confesión por boca de Atico, al cual hace decir: «A la verdad, apenas si puedo contener la risa cuando comparáis á nuestro Catón con el ateniense Lysias.» Más tarde, él mismo dice en el *Orator* (capítulo vii): «En mi diálogo *Brutus* he elogiado con exceso á nuestros romanos, tanto por estimular su talento como por amor á mis compatriotas.»

De los dos principales áticos romanos, Bruto y Calvo, el primero parece haber logrado más éxito en sus tratados filosóficos que en sus discursos; el segundo, que se opone algunas veces á Cicerón, estuvo lejos de sostener seriamente el papel que le atribuyó el espíritu de partido: ninguno de los dos eran ni de su país ni de su época. Cicerón tenía por suyo al público: ahora bien, ¿qué hay más actual que la palabra del orador? En nombre del público y en nombre de la razón, condenó el sistema frío é impotente de aquellos hombres que, desconociendo los recursos de su lengua y el principio de la elocuencia, aprisionan la pasión en una forma estrecha y seca, y lo reducen todo á una elegancia severa y á una delicadeza estudiada, prohibiéndose la amplitud y la rica armonía de las ampliificaciones. ¿Dónde están lo natural y la vida en aquellos rivales de Lysias y de Demóstenes? ¿Y cuál no era su orgullo al proclamarse los áticos de Roma, ellos que de la elocuencia real y viva de los atenienses no habían hecho más que una copia inanimada? Si alguien en Roma recordó á Lysias, no fueron ellos, más bien fué Terencio, cuyas narraciones encantadoras tienen el mismo aire de verdad, la misma gracia sencilla y penetrante que las del orador ateniense.

La lucha entre Cicerón y los áticos romanos era de tal modo desigual, que no se concebiría cómo fué posible, si su teoría no hubiese reposado sobre una idea verdadera, de que no fué más que una falsa aplicación. Esto es lo que debe realzar á nuestros ojos, y, sobre todo, recordarnos el mérito de Lysias. Esa idea es que el arte no es más que un medio, y no debe tener más que un papel secundario. Cicerón, en efecto, triunfó sin trabajo de sus adversarios por la potencia de su genio; les preguntó victoriosamente si se atrevían á

refutar el aticismo en Demóstenes, tan vehemente y tan apasionado; pero por lo mismo que era y debía ser romano, no vió bien, ó no quiso ver, el lazo que unía á Demóstenes y á Lysias, y el carácter común de estos dos oradores, en que el uno no había hecho más que perfeccionar y animar la forma que el otro le había transmitido. Es que el amor propio nacional se oponía; es qué tenía allí, en su presencia, dos pueblos, dos lenguas, dos elocuencias. Aminorar á Lysias era desconocer el principio mismo de una elocuencia rival y superior, es decir, el poder de disimular los medios y los esfuerzos, para no ver más que el efecto. En este principio es donde reside la grandeza de la teoría á que Lysias unió su nombre. Demóstenes era de la escuela de Lysias, y por eso hoy le preferimos generalmente á Cicerón, que no le era inferior ni por el vigor ni por la elevación de la inteligencia: hallamos en el talento de éste algo menos sincero y menos verdadero.

¿Qué es, en efecto, el estilo, según Lysias, sino la expresión más sencilla y más fiel del pensamiento? Ahora bien: nada hay más sano y más elevado que esta teoría, que subordina la forma á la idea. Cuando, admirando en Demóstenes aquellos magníficos monumentos del genio ateniense, buscamos sus elementos, recordamos que había sido el discípulo de Iseo y de Platón; que si debió al primero los secretos del arte oratorio y la tradición de las cualidades áticas, debió al segundo la alta inspiración de su elocuencia. Y bien: lo que nos importa notar aquí es hasta qué punto estas cualidades áticas de que Lysias, el maestro de Iseo, había dejado los primeros modelos, estaban en armonía con el principio de elevación sacado de las doctrinas espiritualistas de Platón, y hasta qué punto facilitaban su influencia.

En efecto; si queremos interrogar las teorías platónicas, nacidas entre los atenienses, y tan conformes á su genio, ¿no debemos contar entre las pruebas más agobiadoras de nuestra impotencia las contradicciones y las obscuridades del lenguaje, la dificultad que experimentamos de expresar lo que pasa en nuestro espíritu, ese embarazo que entraña á la vez la expresión y la producción del pensamiento mismo? El cielo es la morada de la verdad y de la luz: allí todas las ideas son claras, justas y armoniosas; se unen naturalmente y sin esfuerzo; forman como un coro, en que el inalterable concierto canta lo verdadero y lo bello. ¿Qué más glorioso que la victoria del hombre elocuente, que nos devuelve esta alegría perdida de la armonía de las ideas? ¿Y qué hay más poderoso y más ideal que la lengua que se presta mejor á este efecto? Se podría decir que Demóstenes es platónico tanto por la naturaleza de su estilo como por la elevación de sus sentimientos.

Lysias no tuvo la inteligencia de estas grandes concepciones; pero gracias á su buen sentido y á la delicadeza de su naturaleza, fué el primero que inconscientemente empezó á realizarlas. Del mismo modo también, y sin que sea hacer honor á la austeridad de su carácter, se convirtió el maestro de aquéllos que quisieron conciliar la forma de la elocuencia con la rigidez de una virtud inquieta y escrupulosa: tuvo por discípulos al estoico Bruto y á Calvo, cuyo talento honrado y respetado prestó una gran autoridad á la estimación que su persona inspiraba.

El talento de Lysias está conforme con las ideas más elevadas y más morales sobre el estilo. Sin que su nombre se pronunciase, son las que expresaban entre nosotros, en el momento en que la lengua de la prosa

se formaba, Descartes y Pascal. Pascal, tan ático en sus *Provinciales*, reprocha á Cicerón *falsas bellezas* (1). Todo el mundo conoce su definición del estilo natural (2). Dice que «lo agradable debe estar cerca de lo verdadero» (3). Prohibe *enmascarar y disfrazar la naturaleza* (4). A sus ojos, «la elocuencia es una pintura del pensamiento, y los que, después de haber pintado, insisten todavía, hacen un cuadro en vez de un retrato» (5). Dice también, y es verdad en el sentido moral: «La verdad es un puntal tan sutil, que nuestros instrumentos están demasiado embotados para tocarlo exactamente. Si lo consiguen, aplastan el puntal y lo apoyan todo alrededor, más sobre lo falso que sobre lo verdadero» (6). Aplíquese este pensamiento al estilo, como lo hacía él seguramente: ¿no es, á la vez, un homenaje rendido al mérito, complemento ático de propiedad de la expresión, y una condenación de las perífrasis asiáticas?

En las doctrinas de Pascal había, al cabo, jansenismo. Antes que él, con una austeridad menor y un sentimiento no menos delicado, Descartes (7) había alabado el mérito de la pureza y aquéllos que resultan de la proporción y de la gracia natural. Nadie los ha expresado más felizmente. «La fuerza de la elocución (dice juzgando cartas de Balzac) reina allí en todas partes, como la salud en el cuerpo, que nunca es más perfecta que cuando se hace sentir menos. La gracia

(1) VII, 35 (edición Havet).

(2) VII, 28.

(3) VII, 27.

(4) VII, 20.

(5) XIV, 87.

(6) III, 3.

(7) *Fugement de quelques lettres de Balzac*, xxxi.

y la educación relucen como la belleza en una mujer perfectamente bella, lo que no consiste en el brillo de algunas partes en particular, sino en un acuerdo y un temperamento tan justo de todas las partes reunidas, que no habiendo ninguna que le lleve por encima de las otras, ante el temor de que la proporción no esté bien guardada en el resto, el compuesto no es menos perfecto.» Al mismo tiempo, él reclama el acuerdo de la expresión y del pensamiento, de tal suerte, que para traducir las ideas más altas y más inaccesibles al vulgo, emplea los términos que están en boca de todo el mundo y que un largo uso ha perfeccionado. Así, «nacen gracias tan fáciles y tan naturales, que no son menos diferentes de esas bellezas engañosas y contrahechas con que el pueblo tiene costumbre de dejarse encantar, porque el rostro y el color de una joven bella es muy diferente del arreglo y del bermellón de una vieja que hace el amor». Leyendo esto, se creería leer el elogio del aticismo.

A estas dos grandes autoridades en favor de los méritos áticos, debe añadirse otra, la de Fenelón, aquel genio á la vez tan griego y tan francés, partidario declarado de Demóstenes contra Cicerón; aquel espíritu tan vivo y tan delicado, que, bajo la inspiración de Homero, supo al mismo tiempo crear tan encantadores modelos de natural y graciosa sencillez, y hacer tan elocuentemente resaltar el poder de estas cualidades. «Las obras brillantes y bien hechas (dice) imponen y deslumbran; pero tienen un puntal fino que se embota bien pronto. No es ni lo difícil, ni lo raro, ni lo maravilloso lo que busco; es sencillamente lo bello, amable y cómodo. Si las flores que pisan los pies en una pradera son tan bellas como las de los más suntuosos jardines, yo prefiero aquéllas... La rareza es

un defecto y una pobreza de la naturaleza. Los rayos del sol no dejan de ser un tesoro, porque alumbren todo el universo. Quiero una belleza tan natural, que no necesite sorprenderme por su novedad.» Sería fácil multiplicar las citas y dejarse llevar del placer de reproducir tan bello lenguaje, para dar toda su fuerza á ideas verdaderas.

Lysias negaba que la elocución fuese un arte; Pascal escribía: «La verdadera elocución se burla de la elocución»; Fenelón dice que «el arte se desacredita mostrándose»: la verdad, la naturaleza, tal es el principio supremo que todos tres han consagrado y diferentemente aplicado, según la diversidad de sus talentos. Principio que resume en sí todas las observaciones que acaban de presentarse, y condena de una manera absoluta el culto del arte en sí mismo, que, en efecto, es pernicioso en la elocución. En la poesía, que, sin embargo, está sometida á la misma ley, acaso sería muy delicado fijar el límite preciso en que debe detenerse el trabajo del artista que embellece su obra: ¿qué es un poeta que encanta mediocrementemente la imaginación y los oídos? El orador tiene un fin práctico, al cual debe dirigirse directamente; toda fantasía le está prohibida. Sin embargo, la misma severidad tiene sus abusos: aquel estoicismo que condena todo ornamento que no se aplique inmediatamente al cuerpo del pensamiento, conduce á la pobreza y á la impotencia. La pasión quiere movimiento é imágenes; además, la lengua no nos provee de una expresión sencilla y precisa para cada idea, con más razón para cada sentimiento. Es necesario, pues, buscar equivalentes, dar rodeos, producir un efecto ó una impresión, no por el poder de algunas palabras en particular, sino por la inspiración general, algunas veces imper-

ceptible en el detalle de toda una amplificación, llamar en nuestro auxilio las figuras y la armonía, usar de mil medios para traducir las mil intenciones y para devolver los mil matices de nuestro pensamiento. Tal es el trabajo necesario que exigen los recursos del arte. No olvidemos, sin embargo, que ante todo es menester, principalmente en la elocuencia, subordinar su empleo á la ley soberana de que el arte no debe cesar de ser práctico, ni llegar á ser su propio fin.

Es ésta una verdad de buen sentido; pero lo que explica á este propósito nuestro error, es que el arte tiene un doble origen: uno divino y superior, otro humano y humilde. El primero es el sentimiento y el amor de lo bello, que nos solicita y nos guía y nos exime del yugo de la realidad, colocando nuestro modelo más arriba, y cuya satisfacción halaga los instintos más elevados y más delicados de nuestra naturaleza. Concíbese que, bajo el imperio exclusivo de este sentimiento, se llegue á despreciar lo real, que ya no basta, á descuidar lo útil, que no es más que la satisfacción actual de una necesidad práctica, y pensar únicamente en esos placeres más delicados del espíritu. El otro origen no es otra cosa que nuestra impotencia misma: no poseemos este ideal supremo de la belleza, que, más ó menos sensible á nuestras inteligencias, las atrae y las domina á todas; así, usamos de todos los recursos de que nuestra naturaleza imperfecta puede proveernos, y empleamos todos los medios que podemos inventar para colmar este abismo que nos impide una posesión y una alegría completa; de suerte que el arte no es más que un esfuerzo que estamos obligados á hacer para alcanzar un fin lejano y para asegurar un bien que se nos escapa. La consecuencia es inevitable: cuanta más importancia inten-

tamos dar al arte, tanto más adquirimos conciencia de nuestra debilidad y permancemos por debajo de nuestras impresiones.

Esto es lo que no vieron los sofistas griegos. Perfeccionaron un instrumento que estaba destinado á luchar contra la dificultad tan grande de expresar fielmente los sentimientos y los pensamientos, el juego natural de las pasiones, los movimientos impetuosos ó irreflexivos del corazón y de la inteligencia; pero se hicieron ilusión sobre el valor del resultado que habían obtenido: en su entusiasmo por sí mismos, creyeron ser lanzados más allá del fin que en realidad podían alcanzar. Del mismo modo que pretendían conocer la naturaleza y las relaciones de las ideas fuera de sus aplicaciones reales, se figuraron poseer el empleo de las palabras fuera de su empleo legítimo, y, sin duda también, aunque se dirigiesen menos al alma que al espíritu, el acento de la emoción sin la emoción misma. Esta separación es mortal para la elocuencia, pues significaba la equivocación de una vanidad ambiciosa. Desdeñaban la realidad, y el desdén de estos espíritus amantes de sí mismos no condujo más que á la impotencia. La prueba de este hecho, al mismo tiempo que su castigo, fué el envilecimiento de lo que habían pretendido elevar tan alto: ¡el elogio de la mosca, del escarabajo ó asuntos análogos, eran á menudo las obras maestras de su elocuencia! Así, en el momento en que se formaba el arte oratorio, los atenienses aplaudían ya estas tristes extravagancias que renovaron en Roma los declamadores cuando el silencio de la tribuna política les dejó el campo libre. Mas Atenas fué salvada por la realidad y la vida de sus instituciones republicanas; y además, no hubo en su defección artística más que la sorpresa y el error

de un momento. Su gusto, por un instante extraviado, no titubeó cuando Lysias le presentó aquellos modelos de verdad y de medida en los que reconocía su propio espíritu. Y se sometió tanto más fácilmente á esta saludable influencia, cuanto que pudo legítimamente satisfacer aquel amor de la forma que había contribuido á engañar á un pueblo artista; los atenienses reconocieron en Lysias las cualidades de la forma que más les gustaban: la pureza y la elegancia del dibujo, y la exquisita perfección de los detalles.

He insistido sobre los caracteres del talento de Lysias, tratando de hacer resaltar las cualidades que se encuentran en sus discursos y mostrando la forma particular que han tomado. Después, considerándolas en sí mismas, indiqué su importancia, ya en la elocuencia ateniense en particular, ya en la literatura en general.

Este último punto de vista es el que acaso forma hoy el principal interés de un trabajo sobre Lysias. Él mismo, en efecto, no realiza para nosotros el ideal de la elocuencia. Con entera razón exigimos á un grande orador las intermitencias del alma, el movimiento de la imaginación, el brillo del estilo. Demóstenes, Cicerón, Bossuet: he aquí los primeros nombres de la elocuencia. Lysias perteneció á un orden inferior; su talento es más humilde y hasta incompleto.

Pero sus obras, como todas aquéllas que pertenecen á las buenas épocas de la literatura griega, son á la vez antiguas y modernas. Tal es, en efecto, el privilegio de las bellas obras de la Grecia: tienen un carácter tan original, han nacido tan penetradas de la influencia de una sociedad particular, tan profunda-

mente impregnadas de las costumbres y el espíritu del pueblo que las ha producido, que se reconocen á primera vista y es imposible confundirlas con las de otros países; y, sin embargo, el desarrollo de las artes que las ha creado ha sido tan lógico y tan natural, que han llegado casi inmediatamente á fórmulas definitivas y á principios que son hoy nuestras leyes. Así es que han tenido una madurez precoz, y sus obras maestras no envejecen; por lo que, á pesar de la iniciación que nos es necesaria para comprender completamente su naturaleza, son para nosotros los objetos eternos de un estudio y de una admiración fecunda.

Lysias es ateniense. Nadie lo fué más que él; nadie reprodujo por imágenes más naturales y más exactas los instintos, las costumbres, la fisonomía de la sociedad que vió nacer sus obras. Es un genio antiguo, por aquella alianza maravillosa de lo fino y de lo natural, de la perfección de los detalles y de lo fácil de la forma, de la gracia y de la sencillez, que aparece menos en las condiciones y en el espíritu del arte moderno. Por otra parte, no es un extraño para nosotros: nos habla, le comprendemos, y es maestro porque nos enseña con sus ejemplos el amor de lo bello, sencillo y verdadero, que es la regla invariable del gusto.

Si me he visto conducido á citar, hablando de Lysias, á varios de los nombres más ilustres de nuestra literatura, no se atribuya esto á un parangón ficticio ni forzado. El lazo que existe entre esos nombres y el suyo, es el lazo legítimo y necesario que, en nombre de las leyes inmutables de la razón, une á través de los siglos las obras maestras de las artes; es el que nos hace á la vez posible y útil el comercio con los grandes hombres de la antigüedad.

Todavía iré más lejos, sosteniendo que se debe reco-

nocer entre las cualidades de Lysias y ciertos aspectos esenciales del genio francés una relación particular. A Lysias, el modelo de los áticos, opongamos el más francés de nuestros escritores, aquél que parece haber dado á nuestra lengua, una vez destacada de la forma latina, su verdadera fisonomía: Voltaire. ¿Quién podría negar su parecido? Para apreciar al segundo, ¿no habla todo el mundo de la sencillez, de la precisión, de la facilidad y de la gracia de su estilo? Estas palabras se hallarán necesariamente casi en todas las páginas de este estudio. Las cualidades que designan son á la vez las más áticas y las más francesas; del mismo modo que en la antigüedad han determinado la principal diferencia de Atenas y de Roma, hoy su reunión da á nuestra lengua una incontestable superioridad sobre las demás lenguas de Europa.

Desde Voltaire, que debe ser siempre nuestro guía, y que, mostrándonos el camino que debemos seguir, nos ha marcado el límite en el que debemos detenernos, las modificaciones de nuestros hábitos y de nuestros gustos tal vez han aumentado la importancia de nuestras cualidades. Hoy más que nunca gustamos, al menos en la prosa, de la sencillez; el movimiento y la rápida circulación de las ideas desde hace un siglo, y la fatiga que resulta de la larga experiencia de los artificios y de los efectos del estilo, nos han conducido naturalmente á un género de prosa más ágil, más flexible y más sobria en ornamentos; mientras que la poesía, por el contrario, como para establecer una compensación y como para recoger con su rico bagaje la musa desterrada de la gran elocuencia, afecta más atrevimiento y muestra más brillo. De estos dos hechos, el primero es el único que nos ocupa; es también el más importante, puesto que se aplicó al des-

arrollo más constante y más considerable de nuestra literatura. Ahora bien: si nuestra prosa parece de día en día renunciar á los brillantes prestigios del arte; si se propone ser verdadera más bien que deslumbrar, compréndese hasta qué punto debe procurar, para alcanzar mejor su fin y al mismo tiempo para conservar carácter literario, guardar la justeza y la rectitud.

Es ésta una como herencia nacional que debemos conservar con el mayor celo. Si para conseguir defenderla no tenemos que economizar ningún esfuerzo, si nos es necesario pedir auxilio, no solamente á nuestros padres que nos lo han transmitido, sino también á los autores antiguos que tienen afinidad con el carácter francés, echaránse fácilmente de ver los títulos particulares que tiene Lysias á nuestro estudio. Debemos estudiarlo; debemos inspirarnos en sus ejemplos tanto como sea posible, porque la imitación de la antigüedad tiene sus límites necesarios. Para indicar solamente un punto, podemos comprender ahora la lenta composición de las obras de Isócrates: ¿quién sabe el tiempo que costó al mismo Lysias cada uno de esos pequeños discursos que tienen una composición tan fácil? Hoy día no nos someteríamos á ese trabajo tan penoso, que no asustaba al autor de las *Provinciales*. Pero sin descender á laboriosos esfuerzos y análisis minuciosos, que no permiten nuestras costumbres y que ahogarían en nosotros la naturalidad, debemos al menos vigilar con atención y no abandonar al azar la expresión espontánea y rápida de nuestro pensamiento; lo haremos tanto mejor, cuanto nuestro gusto haya contraído mejores hábitos, ganando más en delicadeza y aprendido más seguramente á sobreponerse á sus dudas y bastarse más fácilmente á sí mismo; en una palabra, estará mejor formado por el conocimiento de

los buenos escritores. Lysias, que, á juicio de los atenienses, alcanzó la perfección en las cualidades que nos son comunes con ellos y que consideramos como nuestro patrimonio, no será indigno de darnos algunas lecciones.

HYPÉRIDES

SU VIDA Y SUS DISCURSOS

Descubrimientos importantes y hechos en circunstancias singulares han atraído desde hace algunos años sobre Hypérides la atención del mundo ilustrado. Por manera sumamente imprevista, reaparecieron sucesivamente á la luz discursos ó fragmentos considerables de este orador. Hasta hoy no poseíamos más que trozos demasiado informes ó demasiado raros para formar por nosotros mismos una opinión sobre aquella elocuencia tan alabada; y era prudente dejar sin atribución determinada el discurso sobre los *Tratados con Alejandro*, que se colgaba á Hypérides. Los eruditos actualizaban su juicio y repetían, á falta de otra información mejor, las historias novelescas de manuscritos vistos por un instante en Inglaterra ó en Hungría, y después robados por una mano culpable ó destruidos por el fuego de los turcos. De pronto, rollos de papiros comprados á un comerciante de antigüedades del alto Egipto por Harris de Alejandria, hicieron conocer restos importantes del célebre discurso de acusación pronunciado contra Demóstenes en el asunto del tesoro de Harpales, y algunas líneas que pertenecían á la defensa de un tal Licofrón. Por una extraña suerte, casi al mismo tiempo, un fragmento más considerable del mismo papiro, hallado cerca de Tebas en un sarcófago, fué vendido por dos árabes á un viajero inglés, Arden, y proporcionó la segunda mitad de

la defensa de Licofrón y otro discurso entero, el alegato por Euxenipo. En fin, Babington reconoció sobre un papiro de la misma procedencia, traído por Stobart á fines de 1856 y publicado en 1858, la mayor parte de la oración fúnebre pronunciada en honor de los muertos de la guerra lamiaca; de suerte que, juntándose á esta publicación la peroración que se leía ya en Estobeo, ha podido manejarse en toda su integridad aquel curioso monumento de la elocuencia ateniense.

Tales riquezas debían ser apreciadas en razón de la miseria que acababan de remediar, y lo fueron en efecto. Sin embargo, por preciosas que sean en sí mismas, falta mucho para que ellas compensen la pérdida de unos cincuenta discursos que componían la colección auténtica de las obras de Hypérides, y, por consiguiente, que nos transmitan todos los títulos en que se funda su celebridad. Con todo, hallamos en estos textos recientemente descubiertos, indicaciones importantes sobre el talento y sobre el carácter del gran orador. Teníamos ya en cartera algunos cortos fragmentos que nos habían transmitido desde hacia tiempo los gramáticos de la antigüedad, así como nociones históricas que nos habían conservado los biógrafos y compiladores. Se puede reunir estos diferentes rasgos y concordarlos suficientemente entre sí para restablecer con ellos una misma figura. Porque si yo no me engaño, además del placer que ofrece á todo amante de la antigüedad una restitución arqueológica, tiene para todos algún interés y alguna utilidad tratar de seguir, tanto en la vida pública como en la privada, á un orador ateniense en el siglo IV, antes de Jesucristo, y detenerse así algunos instantes sobre una imagen incompleta, pero atractiva, de aquella elocuencia á la

vez sabia y fácil de que la antigüedad nos mostró á menudo el modelo, pero sin comunicarnos el secreto.

La historia y el arte: tales son los dos puntos de vista de todo estudio sobre un orador. Sus obras apenas se pueden estudiar independientemente de su persona y del tiempo en que ha vivido. El patriotismo, la ambición y el amor de la gloria; luchas ardientes en que se trata, á menudo para el vencido, de la fortuna ó de la vida; aplausos que los oyentes no prodigan sino porque cada uno de ellos se siente directamente tocado en su interés ó en su pasión: he aquí lo que nutre y sostiene la elocuencia de los atenienses. La ciencia de los períodos y las habilidades del estilo, no hubieran bastado para ello. Digamos mejor que en la elocuencia ática, cualquiera que sea la importancia del arte, la forma es inseparable del fondo. Indudablemente, si admiramos una frase, es que posee ciertos caracteres de belleza exterior; pero no nos parece elocuente sino en cuanto nos comunica el sentimiento que la hizo nacer, en cuanto al leerla creemos oír la voz emocionada que la ha pronunciado, dándonos la certidumbre de que no ha sido modalizada á sangre fría por un imitador. Llegaríamos á falsear la interpretación literaria en sí misma, al modo de los retóricos antiguos, si quisiéramos reducir nuestra apreciación al estudio de los procedimientos. No solamente no se encierra en tan estrechos límites lo que atrae hacia aquellos hombres privilegiados que han conducido las asambleas por la palabra y dado el espectáculo de sus raras facultades en su activa y poderosa energía, sino que la crítica humilde, que no busca en los monumentos de las letras más que las letras mismas, se expone á extraviarse, si no hace de Demósteas más que un modelo de retórica. Nada hay menos abstracto que un

discurso. Más que la estatua en que se imprime para siempre la mano de un gran artista, un discurso posee propiamente, como decía Píndaro de sus odas, la vida que le dió su autor. La razón, la cólera y el entusiasmo, el numen ó la gracia, todos los movimientos de la inteligencia ó del alma, lo animan simultáneamente: ¿no es esto vivir la vida más enérgica? Y esta vida no se desvanece con el sonido que hiere un instante los oídos de la asamblea; queda en esas líneas en que el orador fijó el recuerdo de su palabra, siempre pronta á despertarse de nuevo bajo la mirada inteligente del lector.

Sería, pues, necesario, para comprender una obra de elocuencia, ser capaz de reanimarla por una especie de sentido histórico y de penetración apasionada. Sería necesario después volver á la apreciación literaria, que no podría impunemente sacrificarse. Los grandes oradores de la antigüedad han sido artistas consumados. Hubo entre ellos un arte maravillosamente flexible y poderoso, que supo doblegarse á las tradiciones sabias de las escuelas, á las inflexiones de sus naturalezas particulares ó á los accidentes de las circunstancias, y adaptarse á ese fondo movible y variable de las formas, con tal perfección, que con frecuencia quedaron como tipos. También hay una utilidad incontestable en estudiar en sus esfuerzos y en sus éxitos el trabajo de esos grandes espíritus, en buscar lo que tienen de excelente, y saber por qué caminos han llegado á sacar de una práctica completamente personal de la elocuencia las reglas absolutas del gusto. Este segundo estudio, no menos difícil que el primero, es el complemento indispensable para quien quiera gozar plenamente de esas obras bellas y apreciar en su justo valor á los que las han producido.

Colocándose en este doble punto de vista, y considerando á la vez al hombre y al escritor, es como la pluma espiritual y con frecuencia elocuente de uno de los más finos intérpretes de la antigüedad (1), nos ha hecho ver, con gran sorpresa nuestra, qué interés podía tener á nuestros ojos uno de los griegos menos populares entre nosotros. Isócrates, el menos orador de los áticos, aquel orador sin tribuna, laborioso inventor de los periodos, ha vuelto á ganar para nosotros una parte de la importancia que le concedieron los atenienses, cuando nos hizo comprender lo que había sentido y querido, los ecos que aquella voz honrada habían hallado en el corazón de todos los que, en una época de crisis definitiva, se preocuparon del destino de su país, de las cuestiones civiles y políticas, del movimiento filosófico y moral; nosotros mismos hemos aprendido á gustar de él cuando nos mostró cómo había obtenido el favor de la sociedad contemporánea por las delicadezas de un arte exquisito, mereciendo ser el maestro de los grandes atletas de la política activa. Habría posibilidad de hacer un trabajo análogo con motivo de Hipérides, uno de los más ilustres discípulos de Sócrates, y debería ser una tarea más fácil, porque todo lo que sabemos de él está hecho para excitar la curiosidad y el interés, si desgraciadamente no estuviésemos aún privados de una parte muy considerable de sus obras.

(1) Havet, *L'art et la prédication d'Isocrate* (en la *Revue des Deux-Mondes* de 15 de Diciembre de 1858), trabajo reproducido al frente de la traducción del discurso sobre la *Antidosis*, por Cartelier.

I

Hypérides pertenecía á la generaci3n de Licurgo, de Esquines y de Dem3stenes. Habr3a sido m3s viejo que 3ste, si fuese verdad que en 349, 3poca en la que se atribu3a á Dem3stenes de treinta y uno á treinta y cinco a3os, tuviese ya un hijo en edad de contribuir al servicio del Estado, es decir, de lo menos diez y ocho a3os (1). Oriundo de una familia notable, como lo prueba la posesi3n de una tumba hereditaria, era

(1) El bi3grafo de los diez oradores (en la p3gina 849) habla de una expedici3n á Eubea, por la cual Hypérides provoc3 contribuciones voluntarias y suministr3 3l mismo dos galeras, una en su propio nombre y la otra *en nombre de su hijo*. Se puede dudar entre dos expediciones: la de 349, emprendida á petici3n de Plutarco de Eretria, contra el parecer de Dem3stenes, por la influencia de Eúbulo, y terminada por la inesperada victoria de Tramina; y la de 341, emprendida por la influencia de Dem3stenes y conducida, como la otra, por Foci3n. Lo que podr3a hacer inclinarnos hacia la primera fecha, es que sabemos por Dem3stenes (*Mid.*, 566) que hubo contribuciones voluntarias. Faltar3a probar que, contribuyendo por su hijo, Hypérides no trataba de provocar el nombre de un ni3o, lo que es meramente veros3mil. No pretendo yo sino indicar aqu3 un nuevo elemento de discusi3n sobre la 3poca del nacimiento de Hypérides. ¿Vale m3s atenerse á la presunci3n sacada del orden en que el mismo bi3grafo coloca á los oradores contempor3neos (Esquines, Licurgo, Dem3stenes, Hypérides), y de donde Schaefer (*Demosthenes und seine Zeit*, II, 298) deduce su edad respectiva? Esta opini3n podr3a apoyarse, hasta cierto punto, en el tono con que Hypérides, acusando á Dem3stenes en el asunto de Harpales (109 A y B, edici3n Müller), le reprocha el deshorrar su edad en lugar de ser el ejemplo y el consejo de los oradores m3s j3venes que le acusan: ἴδει... ὑπ' ἡμῶν παιδεύεσθαι τοὺς νεωτέρους τῶν ῥητόρων κτλ. Parece m3s bien dirigirse á su predecesor.

de la tribu egeida y del demo de Cólito, que formaba uno de los barrios de Atenas. Eran tales, dice Tertuliano (1), las disposiciones naturales de los habitantes de este demo para la elocuencia, que los niños hablaban antes del mes. Se ha hecho notar, para explicar esta tradición maravillosa, que Platón antes que Hypérides había nacido en él, y que Esquines había vivido cuarenta y cinco años en el mismo barrio. Todavía se hubiera podido invocar el ejemplo del padre ó del hijo de Hypérides, uno al menos de los cuales parece haber figurado en la lista de los oradores atenienses. Los dos llevaban el nombre de Glaucipo.

Cualquiera que haya sido la virtud que el aire natal produjo en Hypérides, es más importante señalar que él siguió, como Licurgo, las lecciones de Platón y de Isócrates (2). No deja de llamar la atención que esta educación de los futuros soldados de las guerras políticas fuese dirigida por un filósofo y un retórico. ¿Por qué no habrían seguido aquéllos el movimiento que llevaba entonces á todas las inteligencias escogidas hacia la filosofía; tomado á las escuelas los recursos cada vez mejor conocidos de la argumentación y del lenguaje; adquirido, en fin, de la enseñanza de Platón y de Isócrates hábitos de pensamientos más elevados y más libres, un espíritu más aguzado y más sutil? Es incontestable que, además, su talento debió mucho á los ejemplos de la elocuencia civil, que, á pesar de la decadencia momentánea de la tribuna política, no había cesado de perfeccionarse.

Pero para concebir bien las dificultades contra las que Hypérides hubo de luchar más tarde, los agujero-

(1) *De anima*, xxx.

(2) Focio, *Bibliotheca*, codex 266.

nes que le excitaron, las tentaciones que le asaltaron, y, como consecuencia, las cualidades tan diversas de su talento y de su carácter, sería necesario representarse de una manera menos general y menos sencilla las influencias á las que estuvo expuesta su juventud. A pesar del despertar del patriotismo, á pesar de las divinas bellezas de las concepciones filosóficas y su imperio sobre las inteligencias, la sociedad ateniense estaba entonces atacada de un mal profundo é incurable. No habían pasado impunemente más de treinta años desde la segunda mitad de la guerra del Peloponeso hasta el día en que los atenienses, convertidos en jefes de una confederación numerosa, se atrevieron por primera vez á ponerse de nuevo frente á un ejército lacedemonio, sucediéndose los más tristes ejemplos en la política del Estado como en la conducta de los individuos, y habiéndose visto la debilidad del gobierno al favorecer la intrusión de los bárbaros del Norte y del Oriente en los asuntos de Grecia, y así estimular en los ciudadanos los progresos de la ambición y de la avidez, del espíritu de partido ó de la aventura, de la traición misma; en una palabra, la decadencia del patriotismo. La patria había dejado de ser el centro común á donde todos llevaban su actividad, sus fuerzas y sus afecciones, la madre venerada que cada uno de sus hijos más ilustres servía sucesivamente con su palabra y su espada, hoy en la tribuna, mañana sobre el campo de batalla, á la cabeza de un ejército nacional. Entre el orador cuyo oficio era hablar y el hombre de guerra cuyo oficio era batirse por ó contra sus compatriotas, siguiendo la ocasión y la ventaja del momento, se había roto todo lazo. Los ciudadanos estaban cada vez más divididos y separados de la patria, y al mismo tiempo que las es-

peculaciones de la filosofía llevaban á las almas á las regiones del pensamiento puro y de la verdad absoluta, al debilitamiento de las virtudes cívicas respondía el enervamiento de las costumbres día por día más dulces y más confiadas, por lo que el egoísmo y el gusto del placer prepararon los escándalos que saludaron el advenimiento de los primeros sucesores de Alejandro.

En este momento de la historia de Atenas, á la filosofía y á la retórica pertenecen los nombres más ilustres. No había grandes oradores: el más célebre, Iseo, no era más que un abogado. Sin duda, Atenas no dejaba de tener una tribuna y hombres hábiles para hacerse oír. Pero todavía mucho tiempo después de la caída que terminó su larga querrela con Esparta, no estaba bastante descansada para tratar en sus asambleas cuestiones verdaderamente grandes, ni para proveer á sus oradores la verdadera inspiración de la elocuencia, que es la dignidad de la patria. Por gastada que parezca esta verdad, ¿cómo no decirla cuando hiera inevitablemente los ojos del pueblo que ha sido el que mejor supo hablar? La elocuencia ha tenido dos grandes épocas: una, aquélla durante la cual se elevó y llegó á producir á Pericles, comprende el brillante período de gloria y de peligros que se extendió desde las guerras médicas hasta el fin de la guerra del Peloponeso; la otra ocupó todo el tiempo de lucha contra la Macedonia. Después de esta lucha, que Atenas tuvo el honor de concluir, y la victoria de Antípaten en Cremona, no hubo ya oradores en Grecia. En el intervalo de la primera época á la segunda, si pudo formarse un Demóstenes y un Hipérides, es que su educación coincidía con el momento en que su patria volvía á ocupar su rango entre las naciones

helénicas. Aparte la diferencia de los dones naturales, los hombres que les precedieron en la tribuna, como Arquino y Calistrato de Afidna, no habían tenido la misma ventaja. Habían crecido, por lo contrario, durante los años de reveses y humillaciones, de descorazonamiento ó envilecimiento moral; no se hallaron dispuestos para las circunstancias, cuando el declinar de la poderosa Esparta y la vuelta de las flotas atenienses á los mares de Grecia reanimaron en los ciudadanos la confianza en los destinos de su país y el deseo de contribuir á su gloria. Hypérides y Demóstenes recibieron á su entrada en la vida esas nobles y fecundas impresiones que habían faltado á la generación anterior, al mismo tiempo que se aprovecharon del progreso de los estudios á los cuales lo amplio de la actividad patriótica parece haber dejado el campo más libre. Así es cómo el desarrollo de la filosofía encontró la ocasión para preparar el talento con el perfeccionamiento del arte, y cómo el sopro vivificante del patriotismo vino á mezclarse, para felicidad suya, al aire corrompido, pero excitante, que respiraron durante su juventud.

He aquí las condiciones, buenas ó malas, que presidieron á la educación de Hypérides: empezó, como la mayor parte de los otros oradores, haciendo ese comercio de discursos de que la legislación ateniense, por su mismo rigor, casi había hecho una necesidad. La obligación de sostener en persona sus derechos delante de los tribunales, era para el mayor número tan molesto, que procuraban eludir la ley. Cuando no se era capaz de hablar de sí mismo, se compraban discursos completamente hechos que se pronunciaban delante de los jueces. Esta era la manera ateniense de tomar un abogado; á los abogados se les

llamaba también *logógrafos*, es decir, escritores de discursos. Hypérides fué primero un logógrafo que proporcionó armas á aquéllos que tenían que debatir alguna de las numerosas cuestiones graves ó ligeras en que se hallaban más ó menos empeñadas la consideración, la fortuna y algunas veces la vida de los ciudadanos, y cada uno de los cuales respondía á un género particular de procesos. Este era un oficio difícil de llenar. Las discusiones de derecho eran, sin duda, menos sabias y menos complicadas que hoy; pero había que desplegar en ellas una habilidad muy grande para conseguir el fin del discurso. Conservar al personaje á quien se hacía hablar el carácter que convenía á su edad y á su condición; instruir y encantar á aquella especie de jurado ignorante y delicado que había de pronunciar la sentencia; halagar sus pasiones políticas en las causas importantes en que llegaban á ser bastante numerosos para formar una asamblea, y, sin embargo, no separarse sino muy raramente de la elegancia viva y familiar, que parecía impuesta igualmente por el gusto de semejantes tribunales populares, tan á menudo renovados por medio de la suerte y por la necesidad de mantenerse en los límites del tiempo que medía avaramente el reloj de agua: he aquí las condiciones que debía tener un buen escritor de discursos. Al cabo de algunos años de este oficio, cuando había triunfado, poseía un talento singularmente flexible y se sentía dueño de su fortuna, ya como abogado, ya como orador político. Se limitaba á poner al servicio de los particulares su ciencia de legista y su habilidad de escritor, viviendo de una clientela asegurada. Si se atrevía á afrontar la luz de la plaza pública, llevaba á ella las cualidades más queridas de los atenienses, lo fácil y lo natural, los recur-

sos de una dialéctica ingeniosa, el tacto y el conocimiento de los hombres, en fin, esas gracias discretas que había podido desarrollar á placer por la práctica de asuntos en que no ponía más que su espíritu. El lenguaje que debía usar en la asamblea del pueblo difería poco del que había desplegado en los tribunales en sus discursos políticos. Además, el orador del Pnyx no rompía con el abogado. Cumplía con frecuencia su misión, pero no bajo una máscara extraña. No solamente las necesidades de la vida política le obligaban á menudo defenderse ó acusar por su propia cuenta, sino que á menudo también venía en persona y á título de amigo á sostener al acusador ó al acusado por un discurso subsidiario que podía ser la pieza capital del proceso. Hallaba en esto un medio de probar su abnegación á su partido y de fundir ó mantener su propio crédito en su tribu. Así es como un hombre político, en interés mismo de su carrera, daba á las luchas de los tribunales una parte considerable de su actividad.

Tal fué la marcha que siguieron en Atenas muchos oradores, y entre ellos Demóstenes; ella fué también la que siguió Hypérides. Primero fué sólo abogado; después fué, á la vez, abogado y orador. Esto es lo que explica el número considerable de discursos civiles de que estaban provistas las colecciones de la antigüedad. Asuntos de tutela y sucesión, debates entre los contribuyentes con motivo de las tasaciones del Estado ó de cambios de fortuna que la ley podía imponer, procesos formados á los especuladores sobre los géneros para la alimentación pública, acusaciones de inmoralidad, quejas por injurias en vías de hecho, y también disputas sobre acueductos ó límites de propiedad: he aquí algunos de los motivos, tan diversos por

su naturaleza y su importancia, que ejerció ante los tribunales civiles la elocuencia naciente ó ya formada de Hypérides. Afirma él mismo en su discurso por Euxenipo (capítulo 28) que nunca había atacado en su propio nombre á un particular. El hecho, bien notable si fuese verdadero, está contradicho por el proceso de Aristágora, que suscitó, lo sabemos de buena tinta, la pasión personal del orador. Notemos, sin embargo, que no hubiera sido posible dar de sí mismo, hacia el fin de su carrera, este testimonio, si no se sintiese autorizado para ello por una reputación de moderación relativa. Los éxitos que obtuvo delante de los tribunales contribuyeron, sin duda, á procurarle los medios de satisfacer su gusto por el lujo y por el placer.

En efecto, en medio del relajamiento que era entonces general en la sociedad ateniense, se le atribuyeron costumbres particularmente voluptuosas. Cuéntase que, después de la muerte de su madre, llegó á echar de la casa paterna á su hijo Glaucipo para establecer en su morada á la cortesana Mirrina, célebre por sus fastuosas exigencias; esto no le impedía sostener, al mismo tiempo, á otras dos queridas: á Aristágora en el Pireo, y en Eleusis y en sus propiedades á la tebana Fila, que había rescatado de la esclavitud por precio bastante elevado (1). Fila había sido vendida como esclava á raíz de la destrucción de Tebas por Alejandro en 335; su libertador podía tener de cuarenta y cinco á cincuenta años. Hallamos en sus discursos mismos la prueba de las turbulencias que pusie-

(1) A cerca de mil ochocientas pesetas equivaldrían entonces veinte minas (hoy á una suma mayor). Los hechos nos han sido transmitidos por el biógrafo de los diez oradores (849, D) y por Ateneo (XIII, 590, C).

ron fin á su unión con Aristágora (1). Miró como de buena ley usar contra ella las armas que manejaba mejor; él mismo fué ante el tribunal del Polemarco á reprocharle su impudor y acusarla de no haber llenado las condiciones impuestas por la ley á los extranjeros domiciliados, y tal vez á reclamar por dos veces una condenación. Preciso era que sintiese mucha cólera y poco escrúpulo para mezclar así la justicia á una querrela de amante. Por lo demás, con ocasión de una venganza análoga, pronunció aquella famosa defensa de Friné, á la cual quedó unido el recuerdo más popular de su vida. El orador Eutias, para hacer expiar á Friné las quejas de su pasión, ó, según las crónicas amorosas, de su avaricia, intentó y sostuvo contra ella una acusación de impiedad. Había, decía él, ce-

(1) Como indicios de las familiaridades de Hypérides con el mundo galante de Atenas, Schaefer (*Demosthenes und seine Zeit*, II, 305) recuerda los discursos por él compuestos en favor de Micca y en contra de Demetria, así como su defensa de Licofrón. El nombre de Micca ha sido restablecido con verosimilitud por Kiessling (*De Hyperide oratore attico*, páginas 214 y siguientes de la edición en que esas disertaciones son publicadas, á continuación de los fragmentos de Licurgo) en dos pasajes de Polux (*Onomasticon*, VII, 191; X, 39), en los que, por otra parte, no se encuentra dato alguno sobre la naturaleza de la causa. Demetria era una liberta, puesto que fué acusada de faltar á sus deberes para con su antiguo dueño (*ἀποστρατοῦ*), y no sería fácil admitir (sin salir de los límites de la conjetura) alguna semejanza de su proceso con el de Aristágora. Positivamente sabemos, por los fragmentos de acusación de Licurgo y del alegato de Hypérides, que Licofrón, para quien este último discurso se escribió, era perseguido como adúltero. Pero ¿hasta qué punto es dable inducir de aquí que la comunidad de gusto había formado un lazo entre el acusado y el *logógrafo* que le redactó el discurso? El mismo Demóstenes, ¿no ha defendido á Timarco? Nos hallamos ante una simple suposición.

lebrado en orgías el culto impúdico de una divinidad nueva. La condena implicaba la pena capital. Expuesta á este peligro por uno de sus amantes, Friné fué salvada por otro, porque con este título, francamente confesado, fué como Hypérides se presentó ante los jueces. En otra ocasión las lágrimas de Pericles habían arrancado al tribunal la absolución de Aspasia. La emoción de Hypérides fué todavía más atrevida. Nunca su elocuencia había sido más graciosa ni más viva, á juicio de la antigüedad; Quintiliano (1) cita, como una prueba del talento de Mesala, una traducción en que el orador romano se había atrevido á luchar contra semejante modelo. Sin embargo, Hypérides iba á fracasar, cuando, de repente, llevó á su cliente delante de los jueces, desgarró los vestidos que cubrían su garganta y expuso ante sus ojos el espectáculo de su belleza. Sobrecogidos de una admiración y de una piedad súbitas, una especie de temor religioso, dice uno de los relatos de la antigüedad (2), les impidió hacer perecer á la sacerdotisa de Venus. Un decreto, añádese, quiso proteger, además, la conciencia de los jueces contra sorpresas semejantes, prohibiendo presentarse á los acusados en el momento de la sentencia (3).

(1) *Institutiones oratoriae*, X, v, 2.

(2) Ateneo, XIII, 590, E.

(3) He aquí los términos en que Ateneo (XIII, 59, E) transcribe este decreto: «Se prohibió á los que hablaban en favor de alguno excitar la piedad, y á los jueces juzgar teniendo ante los ojos al acusado ó á la acusada.» No es fácil determinar lo que significaba esta prohibición. Quintiliano, en varios pasajes de las *Institutiones oratoriae* (II, xvi, 4; VI, I, 7; X, I, 107; XII, x, 26), habla de una ley ateniense que prohibía excitar la piedad de los jueces; pero esta ley, probablemente muy antigua, no se observaba en la práctica, y seguramente

Este éxito, cuya verdad no parecen haber puesto en duda los antiguos, se había conservado en las escuelas de retórica como el triunfo de la acción oratoria. Lo que los modernos hacen notar más son, naturalmente, las costumbres singulares que atestiguan, y aquel poder de una pasión que, en un asunto religioso y capital, se impone á los jueces en nombre del sentimiento de que ha nacido y de que ellos participan. Esta pasión tan viva duraba todavía, si se ha de creer un testimonio antiguo, cuando Hypérides introdujo en su casa á Mirrina, que debía tener dos rivales á un tiempo. Con el recuerdo de sus desórdenes, nos han transmitido el de su amor por su verdadera amante. Iba todos los días de paseo al mercado de pescado, y la comedia contemporánea se había alegrado más de una vez con motivo de su gusto por ese alimento tan apreciado por la gula antigua. «Va á enriquecer á nuestros comerciantes de pescado (decía el poeta Timocles, acusándole de un acto de venalidad), y se regalará tanto más, cuanto que, según él, las gaviotas no corresponden más que á los sirios» (1). En otra pieza del mismo autor (*Los sátiros icarianos*), la misma idea se producía por una de esas metamorfosis

no fué el decreto provocado por el acto de Hypérides lo que volvió á ponerla en vigor. En cuanto á la presencia de los acusados en el tribunal, la de los hombres, al menos, era indispensable, puesto que, según los términos de una ley fundamental, tenían que defenderse á sí mismos. El único sentido razonable que encuentro se puede sacar de la frase de Ateneo es que se ordenó por un decreto hacer retirar á los acusados, hombres ó mujeres, una vez oídas sus razones y cuando los jueces se disponían á dar sus sufragios, y que se procuró proteger en tal momento la libertad de éstos contra las obsesiones y esfuerzos de todo género de los alegantes y sus amigos.

(1) Los sirios se abstendrían completamente de pescado.

atrevidas que afectaba tener la comedia ateniense: «Atravesia Hypérides el río de aguas abundantes en pescado, que modulan los arrullos melodiosos de una elocuencia de premeditación, y abriéndose dulcemente camino por todas partes, baña con una onda venal las llanuras de los generosos propietarios.» Otro poeta (Filetario, en su *Esculapio*) le representa como jugador y goloso, y sabido es con qué severidad este nuevo defecto era ridiculizado por la antigüedad.

Tal era Hypérides en su vida privada: sensual, hombre que cedía sin reserva á las tentaciones que le ofrecía la licencia de costumbres de su siglo, desenfrenado en sus pasiones, sin cuidado ni de la opinión ni de sus deberes y de su dignidad de padre, y que prodigaba en locas disipaciones las riquezas que ganaba con su elocuencia. Acaba de verse que la comedia maldecía del origen de estas riquezas, y no hay que exagerar ni negar completamente el valor de tales imputaciones. La sátira política, arma de partido, no dice siempre la verdad, sobre todo en el teatro, debiendo añadirse que la acusación de venalidad formaba, por decirlo así, parte de los cargos profesionales de un orador. ¿Qué orador de aquella época no se ha oído llamar «vendido»? (1). Solamente Licurgo, que por su carácter pertenecía á otra edad, conservó una

(1) Hypérides fué acusado, como Demóstenes, de haber recibido de Oqu tres mil daricos por mediación de Eñalto, á continuación de la embajada de que se le había encargado en 341. El hecho, respecto al uno como al otro de los oradores, es muy dudoso y el único de que hallamos mención particular en la *Vita Decì Oratorum* (847, E) en apoyo del reproche de venalidad dirigido á Hypérides. Como los demás (excepto Démades), el mismo Hypérides proclamaba su desinterés, diciendo al pueblo: «No consideréis solamente si soy amargo, mas si soy gratuito.» (Plutarco, *Moralium*, 67, B.)

reputación estable de integridad; y todavía una tradición le representa justificándose en su lecho de muerte contra las reclamaciones de Menesaechme, su sucesor en la administración de los fondos del tesoro público. Por otra parte, la opinión tenía también alguna razón al pronunciarse fácilmente contra los oradores. No solamente obraban ellos contra el antiguo espíritu de la legislación, traficando con su palabra con motivo de las dificultades de sus conciudadanos, sino que muy frecuentemente sucedía que los mismos negocios públicos eran para ellos una fuente considerable de riqueza. Los extranjeros que buscaban la protección del pueblo ateniense, las ciudades griegas y los reyes del Norte ó del Asia, cuyos intereses estaban comprometidos con los suyos, no creían pagar demasiado caro el apoyo de una elocuencia aplaudida en el Pnyx; y ¡que no eran los tesoros de ciertos príncipes ó solamente de los sátrapas, por no hablar del Gran Rey, comparados á los recursos de las pequeñas ciudades de Grecia, y de Atenas misma! De ahí, en gran parte, la elevada posición de los principales oradores, ricos patronos de clientes semejantes. Con los generales, formaban en el Estado una especie de clase superior, á la vez respetada y sospechosa. Como ellos, ejercían una influencia decisiva sobre los destinos de su patria; como ellos, estaban particularmente expuestos á las acusaciones de alta traición, á las venganzas del pueblo y al odio de los extranjeros; en fin, como ellos, parecían reclamar con frecuencia, como una compensación legítima, el derecho de entregarse á todos los excesos del lujo y del placer. Aliados y enemigos daban, tanto á unos como á otros, los medios de sostener en interés ó á costa de la patria esta privilegiada existencia. Nadie buscó con más ardor que Hypérides

esas ventajas y goces de la carrera de orador; pero ninguno, apresurémonos á decirlo, aceptó más resueltamente los peligros, ni opuso á ellos un corazón más firme ni un patriotismo más enérgico; y con ello hizo más que rescatar los desórdenes y las debilidades de su vida privada.

La vida política de Hypérides se divide naturalmente en tres períodos: en el primero, funda su influencia al mismo tiempo que establece su reputación de orador elocuente; en el segundo, confunde sus esfuerzos con los de Demóstenes y sigue exactamente la misma política; en el último, se separa de Demóstenes para no renovar esta alianza gloriosa más que en el momento de su muerte común. Con relación á la historia de Atenas, la primera de estas épocas responde con poca diferencia á los años que señalaron la declinación del poder tebano, y á los primeros progresos de Filipo, que fueron para los atenienses un momento de prosperidad relativa. El segundo comprende las luchas más serias que fueron sostenidas contra el rey de Macedonia, y se prolonga varios años después de la muerte de Filipo. El tercero se extiende desde cerca del año 330 hasta el establecimiento definitivo de la dominación macedonia, decidida por la victoria de Cranon.

Los comienzos políticos de Hypérides son, á decir verdad, desconocidos (1), y es fácil explicárselo: una

(1) Entre los discursos políticos de Hypérides había uno que databa del 360. Era un discurso compuesto contra Autocles, que fué acusado de traición al regreso de un desgraciado mando militar en Tracia. Hay motivo á pensar que este discurso, á pesar del carácter político de la causa, no había sido pronunciado por el orador mismo, sino por Apolodoro, hijo de Pasion, que Demóstenes (*Pro Phorm.*, 961) parece designar como principal acusador, y al cual él mismo prestó un servi-

vez hecho hombre de Estado influyente y orador consumado, dejó más huellas que las de sus comienzos. Sin embargo, tal vez se señaló temprano por un ataque atrevido contra el formidable Aristofon de Acenia, que había abusado de sus funciones de estratega para apremiar á los habitantes de Ceos, y á quien acusó de alta traición. Aristofon, el hombre de Estado que mejor supo fijar el favor de los atenienses, hasta el punto que pudo resistir, dice él mismo, á setenta y cinco acusaciones por decretos ilegales, no debió esta vez su absolución más que á una mayoría de dos votos. Más tarde, bastante avanzado en su carrera, Hipérides, en su discurso por Euxenipo, se vanaglorió de este resultado como un éxito.

Lo que sí es cierto es que, una vez entrado en la vida política, no economizó ningún esfuerzo para ha-

cio de igual género en su proceso contra Policles. (Véase á Kiessling, *De Hyperide oratore attico*, 236.) En cuanto al discurso mucho más importante contra Aristofon de Acenia, no se ha determinado su fecha con precisión. Schaefer (*Demosthenes und seine Zeit*, I, 159, II, 306), ateniéndose á la opinión sostenida por Boehneck (*Quaestiones de Oratoria*, I, 661), la hace remontar á la época de la guerra social (357 á 355) ó más arriba aún, apoyándose en dos razones. Las exacciones de que, según el testimonio de un escoliasta de Esquines, habían sido víctimas los habitantes de Ceos, no podían haber tenido lugar sino en el momento de la guerra social; pero aun después de la disolución de la liga, Ceos continuó dependiendo de Atenas, y no es imposible, como Saupo observa, que Aristofon haya ido allí como estratégico para asuntos de contribución. La segunda razón, fundada sobre la edad de Aristofon, tiene más valor, pues parece haberse retirado de la vida pública hacia 351, cuando tenía cerca de ochenta años; y por vigor que se atribuya á un anciano destinado á morir casi centenario, más natural sería darle algunos años menos cuando fué llevado á la isla de Ceos en funciones de estratégico.

cerse colocar entre los más deseosos de complacer al pueblo y los más capaces de servirle por la palabra. En 349, cuando Foción condujo á la isla de Eubea, indirectamente amenazada por Filipo, aquella primera expedición que terminó felizmente la victoria inesperada de Tamines, Hypérides proveyó voluntariamente dos galeras, una en su propio nombre y otra en el de su hijo. Era el doble de lo que daba cada uno de los ricos amigos de Eubulo y de Midias, promotores de la empresa. Necesitaba ser así, y que la popularidad de un orador político se apoyase á menudo sobre una generosidad superior á la de los más opulentos. Del mismo modo, nueve años más tarde, cuando el sitio de Bizancio, Hypérides acumulaba voluntariamente sobre sí los cargos más pesados y más temidos de los ciudadanos; el mismo año se le vió partir como tetrarca al socorro de la ciudad sitiada y desempeñar las funciones de corega á placer y satisfacción del pueblo y por el honor de su tribu. También sabemos que contribuyó voluntariamente para uno de esos acaparamientos de trigo, tan necesarios á la subsistencia del pueblo, y para los que no bastaban las haciendas del Estado (1). Era en 326, durante una penuria en que Demóstenes se distinguió también por su generosidad y por su actividad como prepósito del acaparamiento de granos. Gracias á estos dispendios y abnegaciones, el patriotismo de Hypérides era incontestable; y debe añadirse que si había en él cálculos de ambición, habla también una evidente sinceridad de sentimientos, los cuales no podían impedirle hacer justicia. Esto fué lo que hizo que se le confiaran varias de esas misiones,

(1) Este hecho está atestiguado por una inscripción dada por Boeckh (*Urkunde über das Seewesen*, 442, XIII, C, 99), y por la que se comprueba que sucedió el año 326.

que tenían por objeto sostener en el extranjero la dignidad de Atenas. La actividad, la flexibilidad y el talento de Hypérides, le hacían además muy á propósito para estos casos representando una parte considerable de su papel político.

Por ende fué un día delegado para responder á una reclamación de los habitantes de Delos. Hacía mucho tiempo que éstos trataban de entrar en posesión del templo de Apolo Délico, de que Atenas les había privado, en provecho suyo, desde el año 422. Al fin creyeron hallar una ocasión favorable cuando, en 346, Filipo hubo logrado entrar en el consejo anfictiónico. Bien pronto llevaron sus quejas delante de los anfictiones, contando, para asegurar el éxito, con la influencia del rey de Macedonia; el cual, en efecto, obró contra Atenas, al menos por intermedio de uno de sus cortesanos, el olintiano Eutícrates. Grave era aquel negocio para los atenienses: se trataba á la vez de conservar las prerrogativas religiosas, á que concedían un gran precio, y evitar la afrenta que les amenazaba la malevolencia de su formidable rival. El pueblo, de primer intento, había nombrado por abogado á Esquines. Sin duda éste había hecho valer como título particular su crédito personal cerca de Filipo. Pero esta elección fué deshecha por el Areópago, que mejor quiso buscar sus garantías en un sacrificio menos expuesto á engañarse de causa, y designó á Hypérides. Esta preferencia era para él un primer triunfo; obtuvo el segundo por el fracaso de los delianos, que, por esta vez, todavía tuvieron que sufrir.

Fué menos feliz en otra causa que le encargó de nuevo, en 331, la confianza de sus conciudadanos. Un ateniense llamado Calipo, disputando en Olimpia el precio del péntalo, había comprado de antemano la

derrota de sus rivales. El fraude fué descubierto, y los eleatas condenaron á una multa á todos los culpables, corruptor y corrompidos. En la antigua Grecia, la victoria de un atleta era para su patria una gloria nacional. Atenas creyó su honor atacado al mismo tiempo que el de Calipo, y no encontró excesivo aprovechar la elocuencia de uno de sus primeros oradores para parar el golpe con que los eleatas la amenazaban.

En estas dos ocasiones, Hypérides era, propiamente hablando, el abogado del pueblo ateniense, compareciendo como parte ó como patrono interesado delante de un verdadero tribunal. Desempeñó con frecuencia otras misiones de un carácter puramente político, bien en la Grecia continental, bien en las islas, por ejemplo en Tasos (1), en Cithnos, en Rodas y en Chlos: aquí para concluir de cerrar las alianzas, allí para obtener socorros, y además para proponer la mediación de su patria entre dos ciudades querellantes. Estas diputaciones que se enviaban entre sí los diferentes Estados de la Grecia, apenas tienen analogía en las costumbres de los pueblos modernos. Compuestos en general de varios miembros, hacían, por decirlo así, la diplomacia secreta y la diplomacia pública. Los diputados veían en particular á los magistrados y á los personajes influyentes, entretenían su celo, sostenían el crédito de los partidarios de su patria y desempeñaban du-

(1) La fecha del discurso á los tasiolos flota incierta entre 360 y 342. Según la verosímil conjetura de Kiessling (*De Hyperide oratore attico*, 216), la misión de Hypérides tenía por objeto reconciliar á los tasiolos y á los maronitas, que parecen haber estado divididos por una larga y violenta querrela á propósito de la ciudad de Strima, colonia de Tasos vecina de Maronea.

rante sus misiones temporales algunos de los deberes que tienen que desempeñar nuestros embajadores en sus misiones extraordinarias ó permanentes. Además, aquí su mando era ostensible, y llevaban la palabra delante de las asambleas. Este último papel, reservado naturalmente á los oradores, les daba la principal importancia y era el privilegio de su talento. Además, podían, como sus colegas, preparar por su influencia personal el éxito de la negociación pública. Con frecuencia ellos mismos tenían amigos particulares, porque un orador ateniense ejercía algunas veces un patronato casi tan considerable en el exterior como en el interior de Atenas. Los mismos títulos de ciudadano, de huésped público y otros honores, se obtenían principalmente por su mediación cerca del pueblo, y les componían en el extranjero una clientela que les hacía obrar según la ocasión.

Cuando Hypérides representaba á su país en estas circunstancias, figuraba entre los más importantes del Estado; habia tomado la posición que debía guardar fielmente hasta su muerte frente á la Macedonia: primero al lado de Demóstenes; después colocado él solo á la cabeza del partido patriótico, durante el tiempo que Demóstenes parecia haber desaprobado las agresiones como imprudentes. El periodo de alianza y de estrecha unión entre los dos oradores parece haber comenzado hacia el 346, es decir, hacia el momento en que se concluyó entre Filipo y los atenienses aquella paz mentirosa, que en realidad fué la señal de los esfuerzos más enérgicos de una y otra parte. Vióse entonces á Hypérides prestar á Demóstenes concurso eficaz (1), tanto en sus querellas comunes con

(1) Hállase una señal de este concurso en un fragmento de un alegato contra Pasicles. Dos alegatos de Hypérides contra

los ciudadanos del otro partido, como en general en su lucha contra la Macedonia. En un discurso contra Teocrines, atribuido á Demóstenes ó á Dinarco, hallamos un indicio de esta comunidad de situación de los dos oradores, así como de las dificultades de que la desconfianza democrática sembraba el camino de los hombres políticos atenienses. El primer llegado, el último miserable, podía á cada instante ponerles trabas en su carrera y detenerles en la ejecución de sus planes, obligándoles á responder delante de un tribunal á las acusaciones más graves. Esto había pasado á las costumbres, hasta el punto de convertirse en un recurso casi regular; esto formaba parte del oficio de *siconfánte*. Teocrines, un hombre de esta especie, había obligado á Hypérides, como á Demóstenes, á entrar en arreglos con él, á que le compraran una desestimación de persecuciones jurídicas. No sabemos la fecha precisa de esta transacción. Pero he aquí un hecho más conocido y más importante. En 343, un poco antes del proceso formado por Demóstenes contra Esquines, Hypérides acusó de alta traición á Filócrates de Hag-nusa (1), hechura de Filipo, á quien había visto os-

este Pasicles relacionanse con la reforma tan saludable realizada hacia 340 por Demóstenes en la trierarquía, y con los esfuerzos de los ciudadanos ricos para sustraerse á ella.

(1) Anteriormente al proceso de Filócrates, Hypérides había acusado de alta traición, como él mismo dice en la defensa de Euxenipo, además de á Aristofon de Acenia, á otro hombre de Estado influyente, Diópites de Esfeta, quizá aquél cuyo nombre aparece citado por Demóstenes (*De Corona*, 248), junto con los de Eubulo y de Aristofon, y que no hay que confundir con Diópites de Sunio, el general cuya conducta defendió Demóstenes en el discurso sobre la Quersonesa, ni con Diópites de Cefisia, el padre del poeta Menandro. (Véase á Schaefer, *Demosthenes und seine Zeit*, II, 422.)

tentar imprudentemente en Atenas su parte de los despojos de Olinto, y que llegó á ser el instrumento más activo del rey para la conclusión de la paz de 346. Filócrates huyó antes de ser condenado. El sentimiento público parecía titubear todavía entre el partido macedonio y el partido nacional. El resultado del proceso de Esquines, absuelto á pesar de los elocuentes esfuerzos de su acusador, dió prueba de ello. Este era el momento de luchar con más vigor, como lo hicieron los dos aliados, ayudados entonces principalmente por Licurgo; y puede decirse que, gracias á su energía, que fué digna de las circunstancias durante los cinco años tan importantes que comenzaron á partir de esta época, quedaron por dueños de la tribuna política. En este período el primer papel fué desempeñado por Demóstenes, y el segundo parece haber pertenecido á Hypérides, sobre todo cuando los acontecimientos se precipitaron hacia la crisis. Ya hemos visto que en el año 339 partió como trierarca en socorro de Bizancio; probablemente en la misma época fué cuando desempeñó una embajada en Chíos (1). Los chiotenses contribuyeron como sabemos á la defensa de esta ciudad, y, por tanto, al fracaso de Filipo, que había fun-

(1) Boehneck (*Quæstiones de Oratoria*, I, 657, 461) señala como fecha de la misión de Hypérides en Chíos, así como de su misión de Rodas, el año 341 (Olimpiada 109, 4). En otro pasaje retrasa la segunda de estas misiones hasta la época de la muerte de Alejandro, lo que estaría en contradicción, como lo hace notar Muller (*Oratores Attici*, II, 424), con el testimonio de Justino (*Historiarum Philipicarum et totius mundi originum*, XIII, v, 9), según el cual Hypérides fué enviado en esta época al Peloponeso. La primera fecha fijada por Boehneck fúndase en la tercera *Filípica* (pronunciada en 341, Olimpiada 119, 3), en la cual Demóstenes aconseja enviar una embajada á Chíos y á Rodas.

dado tantas esperanzas sobre sus dos tentativas simultáneas contra Bizancio y Perinto. Al año siguiente, Hypérides, como Demomelo, hizo conceder una corona de oro á Demóstenes, como principal autor de la alianza tebana. La proclamación se hizo probablemente en las grandes Panateneas. Acusado por Diondas con motivo de esta proposición, se defendió con tanto éxito, que el acusador no obtuvo la quinta parte de los sufragios, lo que implicaba una multa de mil dracmas.

Estaban entonces cerca de Queronea. Hypérides, retenido por las funciones de senador, no pudo, como Demóstenes, asociarse á este esfuerzo supremo de los defensores de la libertad. Desde el día siguiente á esta catástrofe, se mostró lleno de actividad y valor para la defensa de la patria. Fué á Cithnos, uno de los Cicladós más vecinos del Atica, á reclamar socorros. Antes había propuesto y hecho pasar un decreto, cuyo recuerdo ha quedado, y bien pronto pidió cuenta de una acusación de Aristogitón hacia fines del 338 ó á comienzos del 337. Se sabe, poco más ó menos, cuál era el tenor de este decreto. Prescribía una serie de medidas extraordinarias, como el peligro que se cernía sobre Atenas. El Senado de los Quinientos debía descender con armas al Pireo para prepararse á la defensa y presidir la ejecución de las órdenes del pueblo. Se debía transportar á las mujeres y á los niños, como en tiempo de la invasión de Jerjes. Se debía llamar á los desterrados, conceder la libertad á los esclavos, el título de ciudadanos á los *metecas* (nombre dado á los extranjeros domiciliados) y á aquéllos que, después de una tentativa de usurpación, habían sido relegados entre los extranjeros, y restablecer en sus derechos á los que los habían perdido como deudores del tesoro

público ó por otras causas. Este decreto, adoptado primero por el pueblo, fué probablemente vuelto á ser puesto en vigor cuando los atenienses estuvieron seguros de las intenciones de Filipo. Pero se pretende que la actitud que tomaron á instigación de Hypérides, haciendo temer al vencedor una resistencia desesperada, contribuyó á hacerle inclinarse hacia la paz.

Sin embargo, una parte de las medidas que Hypérides había hecho votar era ilegal, y por eso se trató de formarle un proceso. Hizo valer para su justificación, como lo atestiguan los trozos de su discurso, los peligros con que la ciudad se creyó amenazada, la emoción causada por la noticia de la derrota, el horror de la tiranía y del yugo extranjero, la necesidad de ser generoso en medio de los temores comunes, y, en semejante necesidad de concordia, la grandeza de los nuevos recursos que él había indicado al país. Reclutó, entre los obreros de las minas y de los campos, entre los deudores del tesoro público y los *metecas*, un ejército de más de ciento cincuenta mil hombres, dispuestos, por agradecimiento, á arrostrar todos los peligros para librar á sus bienhechores de la más afrentosa esclavitud. «Porque es muy diferente vivir en la igualdad, bajo la autoridad omnipotente de las leyes, á ser reducidos bajo el imperio de un solo tirano, entregados al arbitrio de un solo jefe. Pero necesariamente, ó bien el reino de las leyes sostiene el sentimiento de la libertad, ó bien la dominación de uno solo nutre cada día las almas con el pensamiento de la esclavitud.» Estas eran las ideas que preocupaban entonces á todos los buenos ciudadanos y que justificaban la proposición de Hypérides: «No soy yo quien la ha hecho (escribía); es la batalla de Queronea.» A

las preguntas que, en nombre de la ley, le dirigía su adversario, dió esta respuesta célebre: «¿A qué bueno esas interrogaciones repetidas?... ¿Has escrito tú el decreto que concedió la libertad á los esclavos?» «Sí, para que los hombres libres no fuesen reducidos á la esclavitud.» «¿Has escrito tú llamando á los desterrados?» «Sí, para que nadie marchase al destierro.» «¿No veías que las leyes prohibían estas proposiciones?» «No, porque las armas de los macedonios me ocultaban el texto.» «¿Cómo los jueces, patriotas y atenienses, hubieran podido resistir á estos argumentos?»

Poco tiempo después, entre el 338 y 336, Hypérides fué, á su vez, acusador. Persiguió al orador Démades á propósito de un decreto por el cual éste quería hacer declarar *proxeno*, es decir, huésped público de Atenas, al olintiano Euticrates. Al final de su discurso propuso esta nueva redacción del decreto de proxenia: «Se ha decidido que Euticrates sea proxeno, porque sus acciones y sus palabras fueron todas en interés de Filipo; porque, desempeñando las funciones de comandante de caballería (*hiparco*), entregó á Filipo la caballería de los olintianos; porque, obrando así, causó la pérdida de Calcedonia; porque, después de la toma de Olintia, estuvo encargado de fijar el precio de los cautivos; porque ha sido el adversario de nuestra ciudad en el asunto del templo de Delos; porque, después de la derrota de nuestra ciudad en Queronea, no ha enterrado ninguno de los muertos ni entregado ninguno de los prisioneros.» Esta recapitulación irónica de los títulos de Euticrates nos dice claramente por qué Démades lo sostuvo y por qué Hypérides lo atacó. No era tan fácil atacar la decisión que acababa de conceder el mismo honor á los dos compañeros de

Alejandro, Alcimaco y Antipater (1), encargados con él por Filipo de llevar á los atenienses las condiciones de la paz, después de Queronea. Hypérides se indemnizó sobre un enemigo más accesible á sus golpes. Su discurso, del que no tenemos más que algunas palabras, espantaba la moderación de Plutarco (2) por la violencia de las invectivas que encerraba. Por lo demás, había particularmente atraído la atención de las críticas antiguas. El gramático Dídemo le había juzgado digno de un comentario especial, y, sin duda, le estaba reservado un lugar en el libro del retórico ateniense Heron sobre esas especies de duelos judiciales de los antiguos oradores. Se ve que este proceso fué un episodio muy importante de la lucha del partido patriótico y el partido macedonio. A este mismo hecho se referían, según toda apariencia, los discursos que se atribuían á Hypérides contra Demeas, hijo de Démades, y cuyo objeto y fecha nos son completamente desconocidos.

Muy poco después de la toma de Tebas, á la cual acababa de infligir un castigo tan terrible, Alejandro pidió que se le entregara cierto número de atenienses. Entre ellos estaba Hypérides con Demóstenes y Licurgo. Como ellos, habló en la asamblea contra esta demanda, defendiendo sus propios intereses al mismo tiempo que la dignidad de su país. Las palabras de que se sirve la biografía á que debemos esta noticia (3), parecen indicar que después que Alejandro, en un segundo mensaje, hubo limitado sus exigencias al destierro de dos generales, Efilto y Charidemo, Hypérides

(1) Este hecho histórico nos lo da á conocer un fragmento del discurso mismo de Hypérides.

(2) *Moralium*, 310.

(3) *Vita Decii Oratorum*, 848.

trató de oponerse á que se diese esta satisfacción á un enemigo tan poderoso. Es un espectáculo digno de interés esta perseverancia en luchar contra un adversario en favor del cual la fortuna se había declarado manifestamente. Aquellas palabras libres (1), que no pudieron retener ningún temor, ningún peligro, ningún revés, que se negaron absolutamente á reconocer la esclavitud de la patria vencida y desarmada, fueron la última grandeza de Atenas. Muchas salieron de la boca de Hypérides. Ningún otro orador mostróse más infatigable en combatir el predominio del partido macedonio ni con odio más vigilante ni más dispuesto á atravesar, tanto como fuese posible, los designios del dominador, á atacarle en sus amigos, á espiar frente al porvenir las ocasiones de perjudicarlo, á conservar toda esperanza de liberación. Atenas fué obligada á proveer de veinte buques á Alejandro para la guerra de Asia; pero lo hizo, á pesar de Hypérides (2). Hacia el 332 ó 331 se opuso al licenciamiento de un cuerpo de mercenarios que se hallaba en el cabo Tenares al mando del comandante Charés, y que era bueno conservar para las eventualidades. Tal es al menos la manera más natural de determinar el objeto del discurso

(1) Véase á Tito Livio (*Historia*, IX, XVIII): *Alexander adversus quem Athenis, in civitate fracta Macedonum armis, cernente tum maxime prope fumantes Thebarum ruinas, concionari libere ausi sint homines, ID QUOD EX MONUMENTIS ORATIONUM PATET...* Esta frase elocuente ha sido citada ya por Grote en su *History of Greece*. Tito Livio tenía, sin duda, entre las manos los discursos de Hypérides cuyos títulos tan sólo nos restan.

(2) Kiessling (*De Hyperide oratore attico*, 145) parece reunir en uno solo los dos discursos *sobre los generales* y *sobre las galeras*, sin duda porque son mencionados al mismo tiempo por el biógrafo de los diez oradores (página 848). El último tra-

por Charés con motivo de los mercenarios del cabo Tenares (1). En 332, cuando los almirantes macedonios Hegeloco y Anfoteris se apoderaron de Lesbos, Charés se vió obligado á evacuar á Mitylene, de donde salió con una guarnición de dos mil hombres. Probablemente fué con sus mercenarios al cabo Tenares, que bien pronto llegó á ser el asilo ó la cita de los mercenarios que no tenían destino determinado ó reconocido. Allí estaba Leóstenes, por cuenta de los atenienses y sin misión pública reconocida, en el momento en que murió Alejandro, y de allí partió con un ejército de mercenarios para volverse á las Termópilas. Se comprende que el discurso pronunciado por Hypérides en esta ocasión pudiese serle dictado por una previsión patriótica tanto como por su amistad con Charés, aunque este segundo motivo sólo lo indicó el autor de la biografía de los diez oradores.

Casi en la misma época murió Eubules de Anafista, importante hombre de Estado, el amigo de Esquines, y según Démades y Foción, el principal jefe del partido de la paz. Hypérides discutió á sus hijos la herencia de sus privilegios. Poco tiempo después atacaba él mismo á Foción como indigno de un honor que que-

taba probablemente de la petición de veinte barcos hecha á los atenienses por Alejandro á continuación del Congreso de Corinto, donde, al acabar de organizar la Grecia, antes de partir para el Asia, procuró fijar los contingentes que debían suministrar las ciudades griegas. Encuéntrase en el alegato por Euxenipo (20) la mención de un Congreso de Corinto, que no puede ser otro que el de que aquí se trata, ó aquél que había tenido lugar un año antes, y en el cual Alejandro, á ejemplo de su padre, se había hecho proclamar generalísimo de las fuerzas griegas de mar y tierra.

(1) Diodoro Siculo, *Bibliotheca*, XVII, CVIII, CXI; XVIII, IX. Véase á Schaefer, *Demosthenes und seine Zeit*, III, 280.

ría concederle uno de los ricos ciudadanos que se creían interesados en sostener su política, Midias, el hijo de aquel Midias que en otra ocasión había insultado á Demóstenes. Jurídicamente la acusación iba dirigida contra el autor de la proposición, casi al mismo tiempo que Esquines formaba á Ctesifón juicio por herir á Demóstenes. Tales eran las represalias y las alternativas de aquella guerra implacable y sin tregua que se hacían los partidos sin cesar, con las mismas armas en la mano y ocupados, según las circunstancias, en dar ó parar los mismos golpes. En 331 Eubules murió é Hypérides acusó á sus hijos; en 324 defendió á los de Licurgo, á quienes la muerte de su padre entregó á su vez á los ataques de sus enemigos. Esta última causa, hermoso motivo para su elocuencia, le ofrecía una ocasión natural de mostrar la constancia de su amistad y de resistir á la preponderancia dada entonces por los acontecimientos al partido macedonio. Los hijos de Licurgo estaban en la cárcel á causa de una multa que Menesaeche, el nuevo administrador de las riquezas públicas, había logrado hacer imponerles, como responsables de un desfalco de que se acusaba á su padre. «¿Qué dirán aquéllos que pasen cerca del sepulcro de Licurgo? (exclamó el defensor). El vivió con moderación, encargado de la administración del tesoro público; creó nuevas rentas y fué el constructor del teatro del Odeón, de los astilleros marítimos, y construyó galeras y puertos: nuestra ciudad le declara infame y arroja á sus hijos á una prisión.» Se dice que los esfuerzos de Hypérides, asociados en estas circunstancias á los de un tal Démades, casi desconocido, fueron coronados por el éxito, y que el pueblo volvió sobre esta injusta sentencia (1).

(1) *Vita Deci Oratorum*, 842.

En el momento que se juzgaba este proceso, Demóstenes estaba ya en el destierro á consecuencia de una condenación á la que había contribuido Hypérides personalmente. La ruptura entre los dos ilustres amigos se había enteramente consumado. Si hemos de creer á una tradición, Hypérides había tomado sus medidas en previsión de esta ruptura. Se cuenta que, con anterioridad á esta ruptura, un día que estaba retenido en su casa por efecto de una indisposición, se ocupó en componer las acusaciones contra Demóstenes. Este vino á verle, y sorprendiéndole con el manuscrito en la mano, le llenó de reproches muy naturales. «En tanto que tú seas amigo mío, este escrito no te causará ningún mal; pero si llegas á ser mi enemigo, te impedirá hacerme ningún daño» (1). En efecto: no fué Demóstenes quien hizo mal á Hypérides.

¿Cuándo comenzaron á aflojarse los lazos entre los dos oradores? Es probable que hacia el 300, á partir de la desgraciada tentativa de Agis contra Antipater. Esparta, que no había enviado tropas á Queronea y que no debía permanecer más tiempo en estado de tomar parte en la guerra Lamiaca, fué heroica en mala ocasión, y perdió en un esfuerzo aislado fuerzas que, unidas á las de Atenas, hubieran acaso hecho inclinar la balanza por Grecia. Los atenienses en el año 330 no se movieron; y Demóstenes, aun expresando todos sus votos por el éxito de Esparta, no parece haberlos empujado á una cooperación activa. Los patriotas esperaban más de él, y á pesar del éxito con el cual rechazó inmediatamente después la acusación de Esquines, como él continuara en encerrarse en una prudente reserva, ellos desde este momento se des-

(1) *Vita Deis Oratorum*, 849.

acostumbraron poco á poco á considerarle como su jefe. Su crédito cerca de ellos disminuyó en provecho de aquéllos á quienes arrastraba siempre hacia adelante, á despecho de las circunstancias, un ardor menos circunspecto ó más ciego. Parece que Hypérides haya sido llamado, por la naturaleza de su pasión y por el privilegio de su talento, á ser el principal heredero del papel que abandonaba Demóstenes. Su importancia aumentó más y más, no solamente en el partido al que permanecía invariablemente fiel, sino también en el Estado, y de todos los oradores es él quien tuvo más influencia sobre los acontecimientos que siguieron en Atenas y en Grecia á la muerte de Alejandro. Muy poco tiempo antes de estos acontecimientos, tuvieron lugar el asunto de Harpales y el proceso de Demóstenes (1).

Hacia el comienzo del año 324, Harpales, sátrapa de Babilonia, para escapar al castigo de su desobediencia y de sus malversaciones, se escapó á Grecia. Llegó precedido de la reputación de sus fastuosos desórde-

(1) Para no desdeñar ninguno de los recuerdos que nos han quedado de la actividad política de Hypérides, conviene recordar que en 324, un poco antes de la llegada de Harpales, Hypérides apoyó en la asamblea del pueblo la proposición de fundar una colonia cerca de la entrada del mar Adriático, á fin de mejor proteger este mar y el derrotero de Marsella contra los tyrenos. Cefisofón de Colarjes propuso un decreto. La colonia debía partir al mando de Milciades, descendiente de los ilustres jefes de la antigua colonia de Quersonesa. En esta época, su alianza con los cartagineses acaba de hacer á los tyrenos temibles en el mar, y Atenas, cuyo comercio sufría en Oriente por la concurrencia de Rodas y Alejandría, buscaba compensaciones por la parte de Sicilia, de Marsella y de las costas del Adriático. (Véase á Boeckh, *Seewesen der Athene*, 460.)

nes, y contando, para ser bien acogido, con las sumas considerables que llevaba con él y con un cuerpo de seis mil mercenarios de que se hacía seguir. Había escogido á Atenas para su refugio. Su título de ciudadano, las larguezas por las que lo había adquirido, le hacían esperar una recepción amistosa, y además era el único lugar donde sus proyectos de rebelión contra la Macedonia podrían tomar alguna consistencia. Se dirigió, pues, hacia el cabo Sunium, y envió allí á pedir á los atenienses la entrada en su ciudad y su protección. Ya se recordará lo que siguió á esta demanda, y cómo, alarmada primero por el anuncio de su llegada, Atenas, gracias á los esfuerzos de algunos de los jefes del partido antimacedonio, consintió en hacerle una acogida favorable; pero bien pronto, cediendo á los consejos de Demóstenes y de Foción, se negó á sostenerla. Defraudado en sus esperanzas, reclamado por Antípater y Olimpias, y protegido contra esta reclamación por aquellos mismos que habían hecho fracasar sus esfuerzos, Harpales vió, sin embargo, tomar, para ser restituido á Alejandro, todo el dinero que le quedaba, y él mismo encerrado en la cárcel, de la que escapó al fin, dejando tras sí querellas, emociones y obstáculos casi inexpugnables. Declaró haber llevado á la ciudad por lo menos setecientos talentos, y no se le encontró más que la mitad de esta suma. De ahí mil sospechas contra los oradores que podía haber corrompido durante su permanencia, acusaciones cambiadas entre ellos á merced de su pasión ó bajo la influencia de sus temores, una agitación extrema de la opinión pública, una situación falsa frente á frente de Alejandro, y como último resultado, un proceso precedido de una información judicial del Areópago, de la que Demóstenes fué la principal

y la más lastimosa víctima. Entre los diez acusadores designados por el Estado, figuraba Hypérides.

Tales fueron las principales peripecias de este asunto. Nada más obscuro que el proceso que fué su última consecuencia. Su duración, que fué de seis meses, basta para atestiguar las costumbres y titubeos de los atenienses. Desde el principio, y antes de encontrarse frente á frente en el tribunal, Hypérides y Demóstenes estuvieron en completo disentimiento. El primero, en el ardor infatigable de su odio contra la Macedonia, había abrazado la causa de Harpales (1), y meditó un levantamiento de Grecia que hubiera favorecido la rebelión de los sátrapas descontentos y la adjunción de las tropas mercenarias que Alejandro les ordenó licenciar. El segundo, por el contrario, había provocado la medida más propia para arruinar los proyectos de Harpales y sus partidarios. A raíz de esta proposición había sido detenido Harpales y su dinero tomado y transportado á la Acrópolis en vista de su restitución. Así es que, cuando las circunstancias hubieron hecho las condenas casi necesarias, y vino á caer sobre Demóstenes el peso del disfavor público, Hypérides se hizo pagar sin repugnancia y sin miramiento las funciones de acusador que le habían sido confiadas oficialmente. No ahorró ninguna de las zumbas ordinarias sobre el mal humor de Demóstenes, «el bebedor de agua», y sobre su severidad afectada con los jóvenes, que trataba injuriosamente de «vaciadores de copas». Atrajo con todas sus fuerzas el ridículo y la vergüenza sobre este glorioso veterano de las luchas oratorias, y sobre todo, bien entendido, le repro-

(1) Cítase un discurso de Hypérides *pro Harpales*; pero su autenticidad, ya sospechosa á los ojos del gramático Polux (*Onomasticon*, X, CLIX), parece dudosa.

chó en todos los tonos el dejarse corromper y haber cogido el precio de la evasión de Harpales. «Eres tú, decía él, quien organizó la vigilancia de Harpales, y, sin embargo, no has remediado la negligencia de los guardianes, ni hecho juzgar á los cómplices de la evasión. Qué, ¿le hubieras dado esas facilidades gratuitamente? Y mientras que Harpales daba el oro á los oradores subalternos, que no tienen en sus atribuciones más que el tumulto y los gastos, ¿te habría olvidado á ti que eras el director de todo el asunto? ¿Quién creerá eso?» Además añadía: «Demóstenes no teme acusar á los otros y decir que el consejo del Areópago quiere hacerle perecer para ser agradable á Alejandro; como si no supiéseis vosotros que no hace perecer á los que puede comprar, sino á los que son inaccesibles á la corrupción.» Ni en estas invectivas, ni probablemente en el resto del discurso, contaba con pruebas positivas. Pero Demóstenes estaba condenado de antemano, é Hypérides fué el vencedor. Triste victoria, que privó á Atenas de un gran ciudadano al mismo tiempo que de un gran orador; y triste época, que no permitía á dos hombres igualmente afectos á su país quedar unidos en una convicción común, ni ver con claridad dónde debía llevarse el esfuerzo de su abnegación.

Condenado á una multa enorme y metido en la cárcel como deudor insolvente, Demóstenes consiguió evadirse del Ática y salvarse. Al cabo de un año, acontecimientos imprevistos vinieron á poner fin á su destierro, permitiéndole asociarse á un gran movimiento nacional. Alejandro murió (1), y las esperan-

(1) El biógrafo de los diez oradores dice (página 849) que Hypérides hizo decretar honores á Iolas, que pasaba por haber envenenado á Alejandro. Kiessling (*Lycurgi fragmenta*, 147)

zas que Hypérides había concebido prematuramente, á la llegada de Harpales parecieron de repente realizarse. Los atenienses se declararon campeones de la libertad de los griegos y marcharon contra Antipater con la ayuda de los etolianos y de numerosos aliados. Si Leóstenes fué el héroe de la guerra Lamiaca, Hypérides fué su orador. Esto es lo que contribuyó más á hacerle decidirse por su patria, á pesar de la resistencia de Foción y de los más ricos ciudadanos, y Atenas le debió una parte de aquellas alianzas, que sus oradores iban á disputar en cada pueblo á los oradores de Macedonia. He aquí un fragmento de las exhortaciones que dirigía á sus conciudadanos: «En la guerra, sobre todo, es donde la inconstancia de la fortuna transporta de uno á otro, según las vicisitudes de los acontecimientos, las ventajas y los éxitos. Además, es más honroso para vosotros tomar las armas para atacar que para defenderos. Las bellas acciones son siempre seguidas de bellas alabanzas, del mismo modo que á las acciones que no son bellas se une un renombre indigno de vuestra gloriosa reputación.» Estos magníficos elogios, que Hypérides prometía á los atenienses, á él mismo le encargaron de concederlos públicamente, después de los brillantes triunfos que señalaron la primera campaña, cuando se celebraron los funerales de Leóstenes y sus compañeros, muertos con él bajo los muros de Lamia. Aquella oración fúnebre, que todavía podemos leer, marca el verdadero término de su carrera política; fué el último triunfo de su elocuencia y la última alegría de su patriotismo.

ha probado que no se trata aquí más que de una composición de retórico fundada sobre una fábula.

Poco tiempo después, el vencedor de Cranon exigía la condenación á muerte de Hypérides y de Demóstenes, y los dos oradores veíanse obligados á huir. Se ha dicho que se encontraron en Egines y que se reconciliaron. Ni el uno ni el otro escaparon á la persecución de los macedonios. Todo el mundo sabe cómo murió Demóstenes en la isla de Calauria. Ya Hypérides había sido cogido por Archias, *el ojeador de los proscriptos*, en el templo de Neptuno en Hermiona, y entregado al suplicio por Antípater, en Cleones ó en Corinto, el 9 de Paynepsión, es decir, el 5 de Octubre del año 322. Se cuenta que, puesto en el tormento, se cortó él mismo la lengua con los dientes, á fin de no hacer ninguna revelación. Según el relato más acreditado, fueron sus verdugos quienes se encargaron de esta mutilación, más afrentosa aún que la venganza que debía inventar más tarde contra Cicerón el resentimiento sanguinario de Antonio. Su cuerpo fué abandonado sin darle sepultura. No obstante, sus amigos consiguieron recoger sus huesos y devolverlos á su familia, que los enterró en el sepulcro de sus padres, cerca de las puertas Hipades. Es preciso recordar á la vez el aprecio y el apego que la antigüedad tenía á los deberes fúnebres y el rigor de la legislación ateniense en materia política, para apreciar en su justo valor el acto que, condenando á muerte á Hypérides, había excluido sus restos del territorio de su patria. Al parecer, llegó un día en que los atenienses se atrevieron á permitir que se eludiese esta sentencia.

He aquí cuál fué, en sus rasgos generales y en algunos de sus detalles, la vida de Hypérides. Se reconoce en ella las huellas de una rara actividad, una serie no interrumpida de emociones durante más de veinte años, después la brillante dilatación de su ta-

lento hasta su fin trágico, y ocasiones casi innumerables para demostrar su elocuencia. ¿Qué era esta elocuencia? ¿Qué idea debe tenerse hoy de ella, y hasta qué punto la crítica puede ejercerse sobre los juicios que ha merecido de los antiguos, sus admiradores y sus censores? ¿Qué opinión es la más justa relativamente al orador y al hombre? Esto es lo que yo quisiera determinar con toda precisión, al menos con toda la que es posible en un trabajo de este género.

II

Cuando se acaba de recorrer la vida de Hypérides y se pregunta cómo debía hablar, el recuerdo de las pasiones que le han agitado, de las escenas violentas de que ha sido el actor ó la víctima, hacen pensar en una elocuencia atractiva y fogosa. ¿Qué nos dicen con respecto á esto los críticos antiguos que tenían entre las manos sus discursos políticos? Longino, después de haber alabado mucho sus diversas cualidades, añade comparándole con Demóstenes: «Sus bellezas, aunque numerosas, no llegan, sin embargo, hasta la grandeza, ni hasta esas cóleras apasionadas de una elocuencia que no se contiene; no ejercen acción sobre el auditorio y lo dejan tranquilo: leyendo á Hypérides, nadie ha sentido nunca escalofríos (1).» Hermógenes, anticipándose á Longino, había dicho que á las figuras oratorias en Hypérides les faltaba movimiento y poder, y que no tenían esa impetuosidad terrible que hacía la fuerza de Demóstenes (2). En fin, una impre-

(1) *De Sublime*, xxxiv.

(2) *Retóricos griegos*, III, 382 (edición Walz)

sión análoga había dictado el conocido juicio de Quintiliano, quien, reconociendo toda su habilidad como abogado, hallaba «que las causas pequeñas estaban más á su alcance» (1). Y bien: aquel hombre, que había buscado con tal fogosidad todas las emociones de la vida; que, durante su larga carrera política, se había arrojado constantemente con el mismo ardor en medio de los peligros de su patria, no habiéndola faltado nunca, ni en sus triunfos ni en sus desastres, ¿no era más que un orador frío é impotente? ¡Qué extraño contraste entre su destino y las palabras que le inspiraban las tempestuosas vicisitudes, entre la influencia que ejerció sobre sus conciudadanos y el talento que era su causa y su instrumento! Hubiera sido singular que la crítica literaria hubiese estado en contradicción tan formal con la historia. Tampoco es esto lo que quisieron decir Longino, Hermógenes y Quintiliano.

La crítica en ellos toma formas rigurosas y absolutas, porque en sus exámenes rápidos de los oradores ilustres de la antigüedad, debían juzgar en pocas palabras, y también porque tenían constantemente ante la vista, como modelo supremo de la elocuencia, á Demóstenes ó á Cicerón. Lo que ellos se representan, aun ocupándose de los otros, son las imágenes triunfantes de aquellos maestros de la tribuna antigua; es el estado de sus almas, que, poseídas por el sentimiento de la verdad y por la pasión, desplegaron, como con ignorancia y sin límites, sus poderosas facultades; es aquel dominio de su palabra que, penetrada absolutamente por la inspiración, multiplicó y

(1) *Institutiones oratoriae*, X, 1, 77: *Minoribus causis, ut non duxerim utilior, magis par.*

condensó sus efectos hasta el punto de imponerse soberanamente á un auditorio, y ofreció á las admiraciones de la escuela ejemplos que serían menos perfectos si no hubiesen sido encontrados más que á fuerza de talento y de ciencia. Ahora bien: es muy probable que aquellos jueces experimentados hayan tenido razón en pensar que Hypérides había quedado en el dintel de ese mundo superior de la elocuencia. Y no era por falta de imaginación ni por frialdad de temperamento; pero sin duda su naturaleza, movable y ardiente, no era capaz de esa emoción profunda y sostenida, que exige tanta fuerza como sensibilidad, y que es lo único que da á la elocuencia toda su grandeza.

¿Debemos por ello tomar á la letra las apreciaciones desdeñosas que acaban de recordarse? De ninguna manera. Por encima de Demóstenes y del mismo Cicerón, queda un lugar honroso para los oradores patéticos. Este último, cuya crítica es más general y menos dogmática que la de Quintiliano, se representa, alrededor de Hypérides, un auditorio entregado á las más vivas y diversas emociones (1). Nada impide creer que con frecuencia haya sido así, y que Hypérides haya tenido sus intermitencias apasionadas, pronunciando palabras verdaderamente elocuentes. Sabemos además, por nosotros mismos, sin necesidad de interrogar los testimonios antiguos, que la invectiva en su boca era amarga y violenta, y la cólera ó la abnegación podían proveerle de frases vehementes é impetuosas. Todavía leemos las pruebas en los restos de sus discursos contra Demóstenes y Aristogitón. Pero es, sobre todo, en la oración fúnebre pronunciada sobre la tumba de los muertos de la guerra Lamia-

(1) *Brutus*, 84.

ca, donde podemos apreciar los nobles y patéticos acentos que le inspiraba el patriotismo. Aquí los ejemplos tienen tanto más valor, cuanto que los vemos en su lugar y con el efecto que les es propio, en medio de una obra completa y entera, y son tanto más concluyentes, cuanto que la elocuencia de aparato parece prestarse menos á semejantes movimientos. Lo que constituye precisamente el valor singular de ese trozo, es que, bajo el adorno brillante que convenia á un discurso de ceremonia, se siente la vida de un discurso de acción. Cuando lo pronunció en Cerámica, los atenienses encontraron en él todo lo que pedía el brillo de la fiesta, donde era el principal ornamento todo lo que podía asegurar mejor el placer de sus oídos y de su imaginación, y encontraron también, en medio de aquellos períodos floridos y armoniosos, los rasgos que les iban derechos al corazón, la elocuente expresión de sus sentimientos más queridos y de sus más vivas esperanzas, el orgullo de su gloria renaciente, y esa indecible emoción de las almas patrióticas, que veían medio rechazado, con el yugo macedonio, el cortejo de humillaciones y vergüenzas que implicaba. Para mostrar cuán merecidos son estos elogios, sería preciso citar todo el discurso. Pero gracias á una traducción (1) que ha seguido de cerca el descubrimiento del texto antiguo, este discurso es hoy bastante conocido para que sea posible remitir á él al lector. Además, en la historia de las letras griegas es tal la importancia de este trozo, que un examen en relación con su valor traspasaría los límites de este estudio.

El día que Hypérides pronunció el elogio de los

(1) Esta traducción ha sido publicada con el texto original por Dehèque, para dar un complemento necesario á la edición de los *Orateurs attiques* de Didot.

muertos de Lamia, justificó plenamente la confianza de sus conciudadanos que le habían designado para ser el orador de la patria: ¿cómo sería posible que todavía otros días, en las asambleas del pueblo ó delante de los tribunales políticos, libre de las formas convenidas que la tradición imponía á la oración fúnebre, aquella palabra viva y animada no hubiera atraído á los atenienses? A buen seguro, que la misma imaginación enardecida por los mismos sentimientos, cuya constancia atestiguó toda su vida, halló muchas de esas felices inspiraciones, como las que admiramos en el elogio fúnebre, y que producen el doble efecto de emocionar y encantar.

Podemos creer que si la elocuencia de Hypérides no tuvo el vigor sostenido y la fuerza concentrada, seguida de estrépitos terribles, que constituyeron la superioridad de Demóstenes, fué, no obstante, enérgica y atractiva. Además, ha tenido el don particular de una patética espiritual, en la que brillaron relámpagos de pasión, y que, sobre todo, animó y coloreó el movimiento de una imaginación viva é ingeniosa. Hypérides sentía con demasiada fuerza para ser elocuente; pero tenía demasiado talento para olvidarse de sí mismo y para dejarse llevar por completo de su emoción. Una idea podía herirle vivamente; pero con frecuencia esta idea parecía atenuarse y fundirse bajo las formas y las imágenes de que se complacía en revestirla, ó en la movilidad de sus sensaciones. De ahí su inferioridad, cuando se la compara al pequeño número de aquéllos que estaban verdaderamente poseídos por el dios de la elocuencia; de ahí también la flexibilidad de su talento y esa reunión tan completa de ventajas diversas que le distinguía entre sus rivales. «Si se midiesen los méritos (dice Longino) se-

gún su número más bien que según su valor real, Hipérides llevaría gran ventaja á Demóstenes. Tenía en la voz más variedad de tonos y poseía un número mayor de cualidades, que llevó casi hasta la perfección; semejábase á los atletas del *péntatlo*, que, luchando en cinco clases de ejercicios, no obtenían en ninguno el primer puesto, pero traspasaban en todos el alcance de lo común.* Basta considerar un instante el cuadro de su vida. Orador intrépido de las asambleas populares, abogado de todas las causas civiles y políticas, defensor y representante de su patria en misiones de toda especie, panegirista oficial de Atenas en las solemnidades nacionales y religiosas: ¡qué papeles tan diversos! La diversidad de sus aptitudes era más que suficiente. Entre sus contemporáneos, no hubo más que una voz que se elevase sobre su elocuencia, y la crítica más severa de una edad sobre la cual no ejerció ningún prestigio, se ve obligada á hacer constar la variedad de sus triunfos. El supo tocar todas las cuerdas y se excedió en el arte de excitar la piedad, como consta del testimonio del mismo que le negó claramente la facultad de los grandes efectos patéticos (1); nadie supo relatar mejor, y ésta era acaso la más preciosa cualidad ante los jueces atenienses; su elogio fúnebre está considerado como una de las obras maestras del género demostrativo. No menos admirable es el discurso que pronunció en el asunto del templo de Delos y que parece tener á la vez la elocuencia de aparato y la elocuencia judicial. Vemos, en efecto, que aparte de la discusión que no pudo menos de oponer á la reclamación de los delianos, lo que aseguró principalmente su victoria sobre ellos y sobre

(1) Longino, *De Sublime*, xxxiv.

su poderoso protector, Filipo de Macedonia, fué el encanto de los relatos mitológicos en que expuso el primer origen de los títulos de Atenas en la posesión del santuario de Apolo. Ante el tribunal religioso de los anfictions, era probar su derecho ó la confianza de la divinidad el celebrar dignamente, después de tantos otros, las carreras errantes de Latonia y el nacimiento de sus hijos inmortales. ¿No se creería uno todavía en las edades de fe ingenua que hablan inspirado los himnos homéricos? Singular religión, tan humana y tan exterior, cuyos guardianes en el siglo de Aristóteles estaban todavía á merced de la piedad de un pueblo, conforme á semejantes recuerdos y á la forma que recibían de una voz armoniosa.

Lo que contribuyó también al éxito de esta imaginación graciosa y brillante fué el talento que reveló en las invenciones. El talento de Hypérides tomaba todas las formas, directas y desviadas, impetuosas y flexibles, dulces y violentas. Las salidas vivas, las ironías finas y mordaces, las burlas, los ataques enmascarados bajo una aparente modificación, las argumentaciones ingeniosas y los relatos picantes, variaban sus discursos y sostenían el interés por una mezcla de capricho y de gracia. Siempre alerta y despierto, pronto al ataque y á la réplica, parecía jugar en el momento en que hería á su adversario con el dardo más seguro y más punzante. Este arte de conmover parecía haber impresionado particularmente á Cicerón (1) y á Quintiliano (2). «Tú te esfuerzas en engañar la opinión, decía Hypérides á Aristofón de Azenia, pero es en vano. No consigues que se tome tu

(1) *De Oratía*, III, 7. *Orator*, 31.

(2) *Institutiones oratoriae*, X, 1, 77.

malicia por sabiduría, tu avaricia por economía, tu malevolencia por severidad. No, no hay defecto del que no puedas vanagloriarte como de una virtud.» Este ejemplo quedó para siempre en las escuelas, y, citándolo, no se necesitaba nombrar el autor (1). Así es que cierto número de frases de Hypérides habían sido designadas á la elección de los retóricos por su precisión y claridad, y habían llegado á colocarse por sí mismas en medio de sus preceptos á título de modelos de las figuras oratorias. También se citan de él muchas frases espirituales, por ejemplo, un epigrama contra los oradores, donde hacía los honores al tribunal democrático, á sus propias expensas en apariencia, pero, sobre todo, á las de su enemigo Démades. En general, comparaba á los oradores con las serpientes. «Son odiosas á todo el mundo (decía), pero entre ellas están las víboras, que hacen daño á los hombres, y hay también una especie, llamada *parias*, que devora á las víboras mismas.» Cuando no le tocaba el turno al padre, le tocaba al hijo. Démades había tenido á su hijo Demeas de una tocadora de flauta. Un día que éste se hacía el fanfarrón en la tribuna, «cállate, le dijo Hypérides, tú soplas más fuerte que tu madre.» Otras veces era un apodo que unía á la persona de su adversario, como aquel sobrenombre de *Ardeta* por el cual afrentó á Aristofón como perjuro, y que para nosotros exige una explicación. *Ardeta* era la colina donde todos los años la muchedumbre de los Heliastas prestaba juramento antes de ir á ocupar los tribunales atenienses; era como el gran receptáculo de los juramentos y de los perjuros. Otras veces Hypérides aplicaba tan feliz-

(1) Quintiliano, *Institutiones oratoriae*, IX, III, 65.

mente un proverbio, que no podía repetirse sin recordar el uso que había hecho de él; su propio nombre permanecía unido á él y seguía su fortuna á través de las edades. A los ojos de los griegos, nadie le aventajaba en talento, y Cicerón mismo, que tenía sus razones para mostrarse difícil en semejantes materias, no pudo negarle cierta medida de picante y de sal ática (1).

Hypérides, en efecto, era un ático, y uno de los mejores, no solamente á causa de su numen espiritual, sino también á causa de su justicia y de su precisión, de su flexibilidad graciosa y de su elegante sencillez. Esto es lo que nos dicen los antiguos, y no estamos reducidos á creerlos sobre su palabra; después de los descubrimientos de estos últimos años, podemos, hasta cierto punto, comprender por nosotros mismos y sentir el género particular de aticismo que distinguía al célebre orador. Debemos, sobre todo, esta ventaja al discurso sobre Licofrón y sobre Euxenipo (2). Tal vez

(1) *Orator*, 26.

(2) Schneidewin no ha determinado sino de una manera muy general la fecha del discurso por Licofrón, apoyándose sobre la mención de Dioxipes, que siguió á Alejandro al Asia, lo que prueba únicamente que el proceso en cuestión fué anterior á la expedición de Alejandro. Kiessling, en su edición crítica de los fragmentos de Licurgo, publicada en 1847, antes del descubrimiento del discurso de Hypérides, colocaba sin razón la acusación hecha por Licurgo, entre las acusaciones de ultraje (*ὑβρεως*); y como entre los discursos de ese orador no se encontraba ningún otro al cual conviniera tal denominación, aplicaba al discurso contra Licofrón un testimonio de Theon (*Progymn.*, 8, edición Camer): «Demóstenes ha tomado á los discursos *ὑβρεως* de Lysias y de Licurgo pasajes que ha trasladado á su acusación contra Midias.» Kiessling concluía de aquí que el proceso de Licofrón fué anterior al de Midias, cuya fecha es de 349, según Dionisio de Halicarnaso; 345, se-

los alegatos fuesen, en efecto, para él, las mejores ocasiones de desplegar las gracias de su talento. Lo mejor es citar de una tirada algunos pasajes: la crítica se cernería sin fruto sobre estas bellezas sencillas y delicadas que llevan en sí mismas un encanto penetrante, cuya acción natural vale todos los esfuerzos de la más inteligente admiración. Por ejemplo, he aquí cómo hace discutir Hypérides por Licofrón una de las acusaciones más importantes que le llevaron ante el tribunal: «Importa, jueces, para apreciar bien el asunto, remontarse hasta las primeras imputaciones con que se quiso tan de súbito desacreditarme ante el pueblo. Mis amigos me instruyeron por cartas de la acusación de alta traición y de los agravios que se me habían hecho en la Asamblea, al deponer al acta de acusación. En ella estaba escrito que Licurgo afirmaba haber sabido por mis amigos que yo había seguido á la mujer de Charipes en el momento mismo en que se desposaba con él, y que yo me había empeñado en no permitir á Charipes aproximársele y en conservarla fuera de sus caricias. Ahora bien: lo que dije entonces á mis parientes y amigos os lo voy á decir hoy, jueces: es que si el hecho es cierto, me reconozco

gún Clinton, y 352, según Boeckh (*Staatshaushaltung der Athene*, II, 62). En apoyo de esta conclusión, si no de las premisas, tan sólo podría invocarse el bien conocido pasaje de la primera *Filípica*, en que Demóstenes se queja como de una anomalía de que el hiparco de Atenas esté en Lemnos. Trátase acaso de Licofrón, que en el discurso de Hypérides recuerda que ha pasado dos años en aquella isla con el título de hiparco. La primera *Filípica* es de 351 (Olimpiada 107, 1). Si semejante conjetura fuera fundada, el alegato de Hypérides por Licofrón sería con mucho anterior á la defensa de Euxenipo, y la superioridad de este segundo discurso encontraría de esa suerte una explicación en la diferencia de las fechas.

igualmente culpable de todo lo que traiga consigo el acta de acusación. Pero el hecho es falso y creo que es fácil convencer á todo el mundo. En efecto: ¿quién, en toda la ciudad, podría estar tan desprovisto de sentido, para dar fe á semejantes discursos? Jueces, os tomo por testigos. Detrás del carro que llevaba á la mujer, marchaban necesariamente: primero, el muletero y el jefe del cortejo; después, los esclavos que figurarian en la ceremonia y Dioxipes (estaba allí porque casaba á su hermana en estado de viudez); y por la más inconcebible locura, á pesar de la presencia de tantos hombres que formaban parte del consejo, á pesar de la de Dioxipes y de su rival en la lucha, Eufreos, quienes, por confesión de todos, son los griegos más fuertes, ¡hubiera tenido yo la imprudencia de decir semejante cosa cuando se trataba de una mujer libre, y todo el mundo me hubiese oído y yo no abrigaría temor de ser estrangulado en el momento! En efecto: ¿quién si oyese ultrajar á su hermana con propósitos como los que me atribuyen, podría sopor-tarlos y no mataría en seguida al insolente autor? Pero lo que es más fuerte, después de estas palabras imprudentes y desvergonzadas que yo dije, ved hasta dónde ha llegado, al parecer, la tontería de Charipes: primero asegura que ella le había prevenido que estaba comprometida conmigo por juramento; en seguida me oyó exhortarla á sostener lo que había jurado, y, sin embargo, ¡la toma por mujer! Ni Hércules en su demencia, ni Margites, el tipo supremo de la tontería, hubiesen hecho otro tanto.»

¿Cómo no hubieran sonreído los jueces oyendo esta espiritual justificación, y cuán convencidos no se sentirían? Sonrieron, muy probablemente; pero no por eso dejaron de condenar al acusado, si es verdad,

como se ha dicho, que el acusador, Licurgo, había ganado todas las causas políticas que litigaba por sí mismo. Era, en efecto, una causa política: Licofrón, aunque el agravio principal estuviera en oposición con sus costumbres, era denunciado al pueblo como culpable de alta traición, y el acta de acusación decía que él *trastornaba la democracia, violando las leyes*. Hoy estamos apenas habituados á representarnos la seguridad del Estado como fundada sobre la moralidad de los ciudadanos en su conducta privada, y el aspecto político del asunto nos preocupa poco. Las repúblicas antiguas ponían, al menos en principio, los intereses humanos bajo la protección de las ideas religiosas y morales, y más de una vez pudieron creer justificadas las desconfianzas que les inspiraban los desórdenes de la vida privada, viendo que se aliaban con peligrosas ambiciones. Licurgo escribía: «¡A los ladrones de esclavos, que no nos privan más que de nuestros servidores, los castigamos con la muerte, y perdonamos (1) á aquéllos que nos raptan nuestras hermanas ó nuestras mujeres!... Sería una impiedad dejar impune al que violó las leyes escritas, por las cuales se conserva la democracia, y que se ha convertido en el iniciador y el *nomoteta* (legislador) de la corrupción.» Estas frases vigorosas, lanzadas por el íntegro y severo orador, produjeron, sin duda, gran impresión; y como el discurso que se le opuso, á pesar de las cualidades incontestables que en él se notaban, no presentó nada, ni en el tono ni en la expresión, que pareciese bastante fuerte para compensar el efecto, concíbese que Hypérides no hubiese logrado en esta ocasión salvar á su cliente.

(1) Termino la frase según la restitución, muy verosímil, de Müller.

Mucho más difícilmente se admitiría el mismo resultado para la defensa de Euxenipo, porque este pequeño alegato es una verdadera obra maestra y se siente en él una confianza y una certeza anticipada del éxito de que no se puede menos de participar. Aquí son indispensables unas traducciones más extensas y un análisis parcial, sobre todo, para hacer sensibles ciertas cualidades de composición que entran por mucho en el talento del orador.

Además, el asunto de Euxenipo es interesante, al menos por su singularidad. Se refiere, á la vez, á hechos políticos de cierta importancia, á supersticiones religiosas y á aspectos curiosos de las costumbres y de las instituciones atenienses. Después de la batalla de Queronea, Filipo había adjudicado á los atenienses la ciudad de Oropos y su territorio, objeto de eternos debates entre Tebas y Atenas. En virtud de un decreto del pueblo, hubo de dividirse en cinco lotes las colinas que formaban este territorio, á fin de distribuirlos, por medio de la suerte, á las diez tribus; había dos tribus para cada lote, que debía ser de su propiedad común. Cincuenta ciudadanos estaban encargados de determinar los límites. Parece que no se tomó cuenta de su trabajo, porque, á pesar de sus piadosas reservas, se comprendió en el sorteo una colina que pertenecía al héroe Anfaraus, y que recayó en las tribus Acamantida é Hipotontida, que tuvieron tiempo á sacar una renta de su nueva propiedad. Sin embargo, la religión del pueblo se emocionó. Se preguntó si no había sido una usurpación sacrílega, y, para esclarecer esta duda, se envió á Euxenipo, hombre rico y considerado, con otros dos ciudadanos, á acostarse en el templo de Anfaraus. Euxenipo volvió para decir al pueblo que, por la noche, había tenido

una visión, y que el héroe reclamaba sus bienes. En su consecuencia, Polieucto de Cidantides, otro de los oradores más conocidos, que era de Sofeta, propuso que las tribus Acamantida é Hipotontida devolviesen al dios el dominio con la plata que le habían quitado. Propuso, al mismo tiempo, que las dos tribus así despojadas de su lote fuesen indemnizadas por las otras ocho. Nada parecía más justo que esta indemnización; pero la asamblea no lo juzgó así. Sea que hubiese habido de su parte maniobras ó precipitación culpables, sea que los otros estuviesen poco dispuestos á la partición, sea, en fin, que las leyes religiosas no admitiesen ninguna consideración de justicia humana, las dos tribus no obtuvieron la compensación propuesta en su favor. «Ellos debieron creerse felices, dice Hypérides, al hacer al dios la restitución, de no tener que añadir una suma en dinero.» En cuanto á Polieucto, acusado de haber redactado un decreto ilegal, se le condenó á una pequeña multa. Se contradecía él mismo, se le reprochaba: si correspondía á las dos tribus la legitimidad de su posesión, ¿cómo podía reclamar una indemnización en su favor?

Irritado de esta condena, Polieucto tomó á Euxenipo como causa de todo el asunto. Le acusó de haber hecho una relación mentirosa, y le denunció al tribunal como criminal con el pueblo; tratábase, como en el proceso de Licofrón, de una acusación de alta traición. La condena podía implicar la pena de muerte y la privación del derecho de sepultura en territorio ático. Polieucto aumentó la acusación principal con otras graves, destinadas á apasionar á los jueces. Reprochó á Euxenipo una complacencia culpable para con Olimpia, ciertos actos ó ciertas costumbres de su vida privada, en fin, el origen de su fortuna, que al menos en

una gran parte consistía en rentas sacadas de minas de plata. Polieucto se hizo asistir en su papel de acusador por Licurgo; lo que no impidió á Hypérides, á pesar de las consideraciones de partido, el colocarse todavía del lado opuesto, y del que aun esta vez estuvo más abiertamente en lucha con su amigo político, por que consintió en hablar él mismo, como segundo, por Euxenipo. Su alegato es lo que los griegos llamaban una *deuterología*. Tenía entonces cincuenta años y llevaba en este negocio la autoridad bien establecida de su palabra y de su carácter político. Se aplicó particularmente á hacer resaltar la irregularidad de semejante proceso, demostrando que los delitos imputados á Euxenipo no entraban en la definición de la ley sobre las acusaciones de alta traición. De esto sacó la primera parte, la conclusión, y, en general, todo el plan de su defensa. Hizo una exposición parcial de los hechos de la causa, y discutió los cargos extraños al acta de acusación sobre los cuales Polieucto se había visto obligado á insistir más que sobre el fondo del proceso. Repugnando estos cargos, pasó muy ligeramente sobre los que tenían relación con la vida privada del acusado, y no hizo más que completar lo que había dicho en el primer discurso sobre la posesión ó explotación de las minas de plata. Lo que trató de combatir más fué la acusación de lisonja á los macedonios. Es probable que este punto importante le haya sido reservado, á causa del crédito que no podían menos de darle cerca de los jueces sus sentimientos bien conocidos respecto á la Macedonia. He aquí su comienzo: «En verdad, jueces, como yo decía en este momento á aquéllos que estaban sentados cerca de mí, me admiro que no empecéis á fatigaros al ver denunciar semejantes asuntos como crímenes de alta traición. Antes,

cuando se pedía vuestra sentencia sobre procesos de este nombre, se trataba de hombres tales como Timómaco, Leóstenes, Callistrates, Filon el Aneano y Teótimo, el que perdió á Sestos. La acusación alcanzaba á aquéllos que habían entregado al enemigo los buques ó las ciudades de los atenienses, ó que en las asambleas no habían dado al pueblo los mejores consejos; y ninguno de estos cinco acusados, ni otros muchos en la misma situación, se atrevieron á comparecer delante del tribunal, sino que se alejaron de la ciudad por un destierro voluntario. Entonces era raro ver á un acusado de alta traición presentarse delante de los tribunales: tan graves eran y de tan clarísima evidencia las actas para las cuales se reservaban estas acusaciones. Lo que pasa hoy es verdaderamente risible: Diognides y Antidoro el meteco, son denunciados como criminales de Estado, porque dan á las flautistas más que lo que quiere la ley; Agasicles del Pireo, por haberse hecho inscribir en el demo de Halimusa; Euxenipo, porque ha dicho lo que ha visto en sueños. Seguramente nada de todo esto tiene la menor relación con la ley sobre los procesos de alta traición.» Es el buen sentido mismo quien parece decir por boca de Hypérides que la legislación ateniense no admite la acusación. «Sin embargo, añade con fuerza, es preciso, contrariando la pretensión de Polieucto, tener en cuenta, ante todo, las leyes. Para mí es lo primero de que creo deber hablar, y un punto sobre el cual pienso que no podría extenderme demasiado, es la necesidad de asegurar las leyes en la república y de no abrir los tribunales á los procesos de alta traición, como á todos los otros, sino cuando se conformen con las leyes.» Viene en seguida el lugar común, bien conocido, sobre las diferentes jurisdicciones determinadas por la legis-

lación; después una discusión particular sobre la ley de alta traición, en que un artículo que él hace notar concierne especialmente á los oradores y es todo justicia; porque los peligros de que estaban amenazados eran el precio de los honores y de las ventajas que les valía el ejercicio de la palabra. Esta manera de proclamar su responsabilidad al mismo tiempo que la generosidad del pueblo, su dueño todopoderoso, es de muy buen gusto de parte de un orador; por ello Hypérides volvió más tarde sobre esta idea en su acusación contra Demóstenes. Aquí está más en su lugar porque se trata de defender á un ciudadano, no orador, contra una asimilación injusta. La conclusión de este desarrollo lleva impreso un carácter particular de evidencia y claridad. «...Y, sin embargo, el intrépido Polieucto intenta una acusación de alta traición y niega á los acusados el derecho de invocar la ley que rige este género de procesos. Todos los demás acusadores, cuando creen deber arrebatár á la parte contraria sus medios de defensa, comprometen á los jueces á que no la escuchen si se separa de la ley y á cerrarle la boca y hacer leer el texto que olvidó; tú, al contrario, crees que es preciso quitar á Euxenipo la facultad de recurrir á las leyes en su defensa.»

Una discusión viva y fácil respondió á otra pretensión de Polieucto, que quería no se permitiese á nadie prestar su apoyo á Euxenipo ni ayudarle con su palabra. Esto era contrario al espíritu liberal de la legislación ateniense, contrario á los ejemplos del acusador que en otro proceso pidió diez defensores, entre los cuales se hallaba Hypérides mismo y que todavía ahora se hacía apoyar por Licurgo. «¿Y en el proceso actual, qué facilidades no has tomado? ¿No acusaste tanto como quisiste? ¿No has llamado para acusar

contigo á Licurgo, que no cede á nadie en elocuencia y que pasa á los ojos de éstos (los jueces) por ciudadano moderado y honrado? Así es que tú tienes el derecho de llamar defensores cuando eres acusado, de hacer oír acusadores auxiliares cuando tú accuses, tú que eres capaz, no solamente de hablar por ti mismo, sino de crear ocupación á todo el Estado, y porque Euxenipo no es un orador, porque es de edad, sus amigos y parientes no podrían venir á socorrerlo, ó, si no, serán embotados en tus calumnias. ¡Sí, por Júpiter! porque lo que ha hecho es de la mayor gravedad, merece la muerte, como tú dices en tu acusación.»

Estas últimas palabras sirven de transición á una corta exposición de los hechos que han precedido y llevado al proceso. Antes de abordar esta exposición, se ve qué camino se ha abierto Hypérides en el espíritu de los jueces y qué impresiones tenía ya depositadas en particular con respecto al acusador. Polieucto no es su enemigo; como él acaba de recordar, son de la misma tribu y le ha sostenido en otro asunto: tampoco despliega contra él ninguna violencia. ¡Pero cómo hace comprender por la ironía protectora de sus elogios su ventaja sobre su colega, más joven y menos ilustre! ¡Cómo juzga por alto la elocuencia y la importancia política de Polieucto y arroja hábilmente el disfavor sobre su papel actual, sobre aquella agresión sin generosidad y sin bravura! Estas impresiones se fortifican más al mismo tiempo que la argumentación avanza; pero Hypérides guarda siempre el mismo tono fácil y de superioridad; no mezcla ninguna amargura á sus reproches, ó mejor, á sus lecciones; y con mano tan ligera é idéntica facilidad con que hiere á aquel principiante en la carrera política, hace justi-

cia á su importancia subalterna. Este género de ataque por el talento, en que no hay ningún despliegamiento de fuerza y en que los golpes no son menos seguros para ser economizados en apariencia ó dados de pasada, es citado por Longino en el número de los recursos particulares de Hypérides.

Después de haber recordado el percance y la condena de Polieucto, el orador, en algunas palabras vivas y rápidas, muestra la verdadera causa del proceso, hace ver la enormidad de las represalias de que Euxenipo sería la víctima, y pasa á la discusión de lo que concierne á las relaciones del acusado con Olimpia. Es preciso citar todo este pasaje, que es, sin disputa, el más importante del alegato:

«Si tú hubieras sido pagado, Euxenipo no hubiera ultrajado al dios con una mentira; pero como has tenido la desgracia de perder tu causa, ¡es preciso que él perezca! ¡Y, después de haber propuesto semejante decreto, tú has quedado libre con una multa de veinticinco dracmas, y éste, á quien la voluntad del pueblo hizo acostar en el templo, no debe ni aun ser sepultado en Atica! Sin duda; pues ¿qué hay, en efecto, más grave que el asunto de este fanfarrón, que ha permitido á Olimpia colocarse en ofrenda sobre la estatua de Hígias? Porque aquí es donde vas á buscar tus armas para el proceso; esperas, gracias á este nombre y á una falsa acusación de adulación, amontonar contra Euxenipo el odio y la cólera de los jueces. Pero, querido mío, no hay que aprovechar los nombres de Olimpia y Alejandro para tratar de perjudicar á algún ciudadano; y cuando ellos envían al pueblo ateniense un mensaje ofensivo para sus derechos y para su dignidad, entonces es cuando es necesario levantarse para sostener los intereses de la

ciudad, alegar contra sus diputados la causa de la justicia é ir al Congreso general de los griegos á servir de defensor á la patria. Mas tú, á quien no se ha visto nunca levantarse ni hacer oír la voz con motivo de los macedonios, ahora odias á Olimpia para perder á Euxenipo, afirmando que es el adulator de esta reina y de la Macedonia. Si demuestras que él haya ido alguna vez á ese país, ó que haya recibido en su casa á alguno de los macedonios, ó que esté en relación con ellos, ó se haya encontrado por casualidad con uno de ellos, ó que haya dicho lo que hay sobre estas cuestiones en su despacho, en la plaza pública ó en cualquiera otra parte, y que, ocupado en sus negocios, no vive con tanta moderación como todo ciudadano, que los jueces, entonces, le traten como quieran. Si las cosas de que tú le acusas son verdaderas, no serás el único en saberlas, sino que serán conocidas de todo el mundo en la ciudad, como sucede á todos aquellos que hablan ú obran en interés de los macedonios. No solamente estos jueces, sino también los demás atenienses, y hasta los niños de las escuelas, saben, entre los oradores, cuáles son aquellos que tienen gajes de la Macedonia, y, entre los demás ciudadanos, cuáles son los que sirven de huéspedes á sus enviados, les abren sus puertas y van á recibirlos cuando llegan. Ahora bien: no encontrarás en ninguna parte, al lado de estos nombres conocidos, el de Euxenipo. ¿Cómo es que tú no citas y sometes á juicio á ninguno de esos hombres, de quienes sabe todo el mundo que se conducen así, y acusas de adulator á Euxenipo, cuya vida no admite acusación? Y, sin embargo, si tuvieras sentido, esta ofrenda de la fiola no sería aquí, para tí, ni una ocasión de acusar á Euxenipo, ni el pretexto de ningún otro discurso, por-

que las conveniencias lo querrian así. ¿Por qué? Jueces, escuchad lo que os voy á decir á este propósito.»

«Olimpia os ha dirigido reclamaciones á propósito de lo que habéis hecho en Dodona, reclamaciones injustas; dos veces ya, en la asamblea, delante de vosotros y de los otros atenienses, probé á sus enviados que se quejaba de nuestra ciudad sin ningún fundamento. En efecto: *Júpiter Dodoneo* os ordenó por su oráculo adornar la estatua de *Dioné*, y vosotros habéis hecho hacer un rostro, manos, pies y accesorios de la más grande belleza; habéis preparado ornamentos numerosos y magníficos; enviado una diputación solemne y un suntuoso sacrificio; en fin, habéis adornado la estatua de *Dioné* de una manera digna de vosotros y de la diosa. He ahí cuál es el motivo de las reclamaciones que os han traído de parte de Olimpia, de esas cartas en que ella pretendía que, perteneciéndole la Molosia, donde se halla el templo, no teníais el derecho de hacer lo que habéis hecho. Si, pues, á propósito de la fiola, declaráis por vuestra sentencia que ha sido un acto ilegítimo, nos condenamos en algún modo á nosotros mismos y reconocemos que hemos hecho mal en lo de Molosia; si, por el contrario, dejamos á un lado toda declamación sobre un hecho tan sencillo, he aquí esas acusaciones destruidas en su principio. Porque si está permitido á Olimpia adornar las estatuas sagradas de Atenas, seguramente nos estará permitido adornar las de Dodona, sobre todo para obedecer las órdenes del dios.»

«Pero, á lo que veo, Polieucto, todo sería para ti materia de acusación. Sin embargo, puesto que has escogido la carrera política, y ¡por Júpiter! tú eres capaz de seguirla, deberías no acusar á los particulares y mostrar contra ellos tu valentía, sino reservarte

para los oradores y los generales, y cuando vieras entre ellos un culpable, un prevaricador, llamarle delante de los tribunales y acusarle de alta traición, porque son ellos quienes tienen el poder de perjudicar al Estado cuando quieren, no Euxenipo, menos aún que cualquiera de aquéllos que nos juzgan.»

Hypérides completó esta amonestación oponiendo más directamente aún su propio ejemplo á la conducta de Polieucto. Él no tomó á un ciudadano inofensivo, extraño á la política y á la práctica de la palabra; pero ha acusado de alta traición á hombres poderosos y peligrosos; y en sus alegatos, ha seguido religiosamente y de punto en punto el acta de acusación y las prescripciones de la ley. Vuelve á traer bajo una nueva forma la argumentación principal de su discurso, el que alcanza la irregularidad del proceso. Así se encuentra justificado uno de los elogios dirigidos á Hypérides por Dionisio de Halicarnaso, que le alaba de no ocuparse jamás de la causa. En efecto: ni aquellas críticas de su adversario, ni aquellos recuerdos de su propia conducta, sirven de digresiones; por el contrario, nada sirve mejor á la demostración del litigio.

Es inútil prolongar hasta el fin el análisis y las citas. Lo que acaba de ser analizado ó traducido, basta para demostrar con qué arte, en el discurso por Euxenipo, argumentó Hypérides. A juicio de Dionisio (1), se excedía en las narraciones, y variaba hábilmente

(1) Dionisio de Halicarnaso, que anunciaba la intención de escribir un tratado particular sobre Hypérides, al menos ha hablado á menudo de él con una admiración, á lo que parece, muy esclarecida, en tres de sus escritos sobre elocuencia: *Crítica de los antiguos escritores*, VI; *Juicio sobre Dinarco*, I, V, VI, VII, VIII; *Juicio sobre Iseo*, última frase.

sus procedimientos, revistiéndoles de formas finas y proporcionadas. El último relato que se acaba de leer, puede hacer comprender, al menos, el último de estos elogios. Se encontró en él, cuando se le examinó en el texto griego, la elegancia sencilla de Lysias, acaso con menos pureza y más abandono. Es como una fuente más abundante, pero un poco menos límpida; el tejido de la frase, sin estar cargado, es un poco más rico, un poco menos estrechamente cerrado sobre el pensamiento, pero tal vez más flexible y mejor dispuesto para el efecto. Tal es también la opinión de Dionisio á propósito del estilo de Hypérides. He aquí en qué medida y con qué compensación le juzga sobre un punto inferior á Lysias. Hermógenes (1), mucho más severo, le acusa de ser descuidado y pródigo en palabras; y se puede hacer notar, en apoyo de este juicio, que las censuras de los gramáticos nos han conservado como viciosas ciertas expresiones de Hypérides. Los trozos que han sido citados permiten hasta cierto punto interpretar y atenuar la crítica de Hermógenes. Las mismas palabras son repetidas sin escrúpulo y varias veces, sin llegar por eso hasta la pesadez; el escritor pone más que lo que exigiría la clara inteligencia de su pensamiento. Pero acaso era esta la condición de aquella naturalidad y de aquella gracia descuidada, que no debían admitir las reglas de una retórica inflexible, pero que hería tan vivamente á los mejores jueces, y á las cuales no eran por cierto extraños los cálculos de un arte sabio. Es bueno atenerse á la opinión expresada muy claramente por Cicerón y Dionisio. La experiencia personal del primero y la época en que vivió cada uno, les hacían más

(1) *Retóricos griegos*, III, 382 (edición Walz).

capaces que los retóricos de los siglos siguientes para apreciar las cualidades oratorias, y no arriesgamos mucho dejando sobre su autoridad á Hypérides en el número de los áticos más puros y de los mejores modelos.

Para Cicerón (1), era, como Lysias, un tipo de la sencillez ática. Quintiliano, sin contradecir este juicio, da al suyo más precisión y sale al encuentro de Dionisio, reconociendo en Hypérides más ornato y señalándole un lugar entre Lysias é Isócrates (2). El pequeño alegato por Euxenipo basta para convencernos de la justicia de esta apreciación, y para dar un sentido claro á muchos de los más autorizados entre los testimonios antiguos. Nos hace ver cómo esa sencillez de Hypérides, *mezclada de distinción, y que engañaba los esfuerzos de los imitadores*, consistía á la vez en un abandono gracioso, en la ausencia de hinchazón, y la justeza y la vivacidad del estilo. «Amplifica poco y va derecho al fin», decía de él Dionisio. Alcanzó su fin por su justeza, que puso al servicio de un espíritu fino é ingenioso, flexible y sutil; delicadezas que son, á los ojos de Cicerón, su cualidad distintiva. De aquí también aquellos aticismos que arrebatan á Longino, aquella ironía fina, aquel arte completamente ateniense de manejar la burla y todo aquel orden de méritos que queda señalado más arriba. Hemos podido apreciar, por algunos ejemplos, el numen que desplegaba en alguna ocasión contra sus enemigos; es, por lo menos, muy interesante ver, en sus ataques contra Polieucto, cómo sabía hacer una guerra formidable con una moderación aparente, y reducir á

(1) *Brutus*, 17, 82.

(2) *Institutiones oratoriae*, XII, x, 22.

su adversario á la impotencia, pareciendo economizarlo todo. En esta lucha contra el acusador de Euxenipo no es áspero como Demóstenes; permanece siempre mesurado y agradable á aquéllos que le escuchaban. Aquella cualidad tan necesaria á un abogado ateniense que había probado á medias su derecho, si se había atraído el favor de los jueces, y que designa la expresión técnica de *costumbres oratorias*, Hypérides, según la nota de Hermógenes, la poseía en común con Lysias, por un don de la Naturaleza y por un efecto del Arte (1). Y ella contribuía á aquel encanto, á aquella impresión de dulzura que producía, según testimonio de Quintiliano, la lectura de sus obras.

He aquí, pues, á los más severos de sus críticos, conviniendo con los otros en reconocer la dulce influencia y la seducción que debía ejercer su palabra. En cuanto á Dionisio y Longino, alaban y envidian la gracia de su elocuencia. Aunque el discurso por Euxenipo nos permite suscribir sus elogios, no podemos disimular que la inteligencia de esta especie particular de aticismo sería más completa para nosotros si tuviésemos entre las manos aquella defensa de Friné, que el orador romano Mesala había estudiado é intentado traducir como un modelo de finura elegante (2), y que el autor del tratado de lo sublime citaba como la prueba más decisiva de la superioridad de Hypérides sobre Demóstenes en el género gracioso. Pero hay un género de méritos que nos es revelado plenamente por este mismo pequeño discurso, al cual es preciso referirnos, como á la única luz que puede guiarnos á la

(1) *Retóricos griegos*, III, 330 (edición Walz).

(2) Quintiliano, *Institutiones oratoriae*, X, v, 2.

serie de jueces antiguos. Quiero hablar de los méritos de composición que alaba particularmente Dionisio de Halicarnaso. Desde este punto de vista, ponía sin titubear á Hypérides antes que á Lysias, con el cual la comparación volvía sin cesar y tan naturalmente á propósito de estas cualidades propiamente áticas. Esta preferencia parece legítima. Lysias en sus discursos siguió un orden natural; pero parecía contar con el valor de cada uno de aquellos pequeños desarrollos tomados aparte más que con el efecto de la composición general. Un discurso de este orador no es, la mayor de las veces, más que una serie de trozos bien hechos, y por decir así, aislados entre sí, mientras que parece preocuparse poco de unirlos por las transacciones. No por eso persuade menos, y esta ausencia aparente de combinación artificial parece ayudarle. Pero hay en Hypérides un arte más sabio y efectos de unión que son de un orden superior. Todo esto aparece en la defensa de Euxenipo, y al mismo tiempo la proporción de los desarrollos es irreprochable. La inteligencia del asunto, la idoneidad en la expresión de las ideas, lo feliz de las transiciones, y, en general, el mérito de un arreglo ingenioso: hallamos allí todas esas cualidades, las mismas que son atribuidas á Hypérides por Dionisio. Isócrates se vanagloriaba á menudo de su habilidad en disponer las diferentes partes del asunto. Como se ha hecho notar muy bien (1), nos dice sin cesar:

Sé todos los caminos por donde pasar debo.

Hypérides tenía sobre su maestro la ventaja de no hacer la demostración de saber de antemano las ru-

(1) Havet, *L'art et la prédication de Isocrate.*

tas que sigue; pero éstas son las mejores y las más felices, porque parecen imprevistas. Por esto no hay en él ni detenciones ni prolijidades. El interés permanece constantemente despierto. Se cree oír la viva improvisación de un hombre que está á gusto hablando siempre y que no necesita tomar aliento. Hypérides es, pues, uno de los oradores más naturales que haya habido jamás. Su actitud en la tribuna y su declamación no buscaban más el esfuerzo ni el rebuscamiento que su lenguaje (1). En fin, todo respiraba en él, la facilidad y el abandono, y se sufría invenciblemente el encanto de su palabra, á la vez viva y delicada, que parecía el correr de una fuente.

Tal es la conclusión cierta, á la que se llega, sobre las cualidades dominantes de Hypérides. Podemos afirmarlo sin titubear, á pesar de la pérdida completa de todos los discursos que había pronunciado en las asambleas del pueblo. No hay duda que nada puede compensar esta pérdida. Es verdad que, en la elocuencia ateniense, el abogado toca de cerca al orador; en este mismo punto, Demóstenes se hace conocer mejor en el discurso por Tesifón que en las *Filípicas*. Pero solamente en los procesos francamente políticos, los discursos destinados á los tribunales rivalizaban con las arengas del Pnyx, y ni la parte que atañe á la política en los discursos por Euxenipo y Licofrón, ni el estado en que han llegado hasta nosotros los fragmentos de los discursos más importantes, nos permiten figurarnos lo que podía ser Hypérides en la tribuna. El tiempo, pues, le ha hecho un mal irreparable llevándose por entero esta parte tan considerable de sus obras. Sin embargo, sea en la oración fúnebre, sea

(1) *Vita Deci Oratorum*, 849.

en esos pequeños alegatos que forman con ella los únicos testimonios apreciables que nos han sido legados directamente, hay ciertas cualidades de un carácter tan personal y que responde tan bien á los juicios más autorizados de la crítica antigua, que estamos seguros de tener bajo nuestros ojos y de tocar con el dedo lo que más admiraban en su elocuencia aquellos mismos que poseían todos los monumentos. Nuestras propias impresiones, ayudadas por lo que la antigüedad nos ha dicho sobre su talento y sobre su persona, nos hacen concebir, con bastante claridad, en qué consistía el mérito y la originalidad de aquel eminente orador. Creemos ver delante de nosotros una figura fina y viva, espiritual y apasionada, y nos representamos en sus diversos efectos una elocuencia fácil y brillante, donde el arte, hábilmente disimulado, aparece sostenido por una naturaleza feliz y fácil.

Formado en la escuela de Isócrates, Hypérides, al desenvolver en ella los dones de su espíritu, ganó mucho de las cualidades de su maestro: el rodeo ingenioso de los pensamientos, el arte de encadenarlos con facilidad y delicadeza, la compostura flexible y graciosa del estilo, una precisión y una sencillez elegante que le acercan al mismo tiempo á Lysias. Un poco menos sencillo que este último, lo es un poco más que su maestro, y se encuentra formado así el lazo entre los dos tipos más exquisitos del aticismo oratorio. Pero este discípulo de Isócrates se arrojó en una vida de actividad y de luchas, y se animó al fuego de las pasiones buenas y malas: de las pasiones políticas que en él son casi siempre nobles, y también de pasiones menos puras, que dominaban su conducta privada y nos muestran un alma fácil á los atractivos del placer. De ahí

su superioridad sobre Isócrates y sobre Lysias; de ahí también, á juicio de algunos antiguos, su inferioridad: no tiene, dicen ellos, su perfección irreprochable en el detalle de la expresión. Aquellas formas que Isócrates repudia en el trabajo libre y solitario en que los años se acumulan sobre una sola obra, Hypérides no tiene el valor de rechazarlas siempre cuando se presentan á él. Le ocupan la vida, los intereses, las pasiones. La multitud, á la que se mezcla y se da, le impone algunas veces sus costumbres; ó bien, como los improvisadores, se deja atraer por la analogía que, en las cuestiones de lenguaje, no prevale, á los ojos de los puristas, sobre los caprichos arbitrarios del uso. Por lo demás, no concedemos un valor exagerado á las críticas de gramáticos y retóricos como Hermógenes, Polux ó Libanio, que están demasiado lejos de las buenas épocas de las letras griegas y latinas, para tener siempre un justo sentimiento de las bellezas y defectos del lenguaje oratorio. No olvidemos tampoco que si se mostraron severos con Hypérides, fué porque sus méritos particulares atraían necesariamente la comparación con los escritores más acabados y más perfectos. Pertenece á la misma escuela que Lysias y que Isócrates, es decir, á la más pura, á la más enemiga del énfasis y de las falsas bellezas, á la sinceramente ática. No es en las frases finas y claras de sus discursos, ni aun cuando se discutiera por azar la legitimidad de una palabra, donde sería lícita la pretensión de ver en germen los defectos de las escuelas rodiana y asiática. Fiel á las más sanas tradiciones de la dicción sencilla y elegante, añadía á ello el particular encanto que brotaba de su espíritu y de su gracia natural.

Esta naturaleza amable y feliz pugna con los acon-

tecimientos más graves y los peligros más terribles. Las circunstancias y los lazos de una convicción común unieron á Hypérides al severo é íntegro Licurgo, al enérgico y áspero Demóstenes. ¿Qué armas aportaba él para luchar contra la abundancia brillante y sonora de Esquines y contra la delicadeza inimitable y el acento de nobleza y honradez que daban á Isócrates la influencia sobre lo más selecto de los ciudadanos? Sin duda que aquel espíritu y aquella gracia que todo el mundo conviene en reconocerle. Y no era poco teniendo á semejantes hombres por adversarios y á los atenienses por jueces. ¿Era esto todo? No: la vida entera y la muerte del orador, la perseverancia de su odio patriótico, perseverancia que parecen no haber cansado más de veinte años de pruebas, le defenderían contra una aserción tan desdeñosa. La pasión que dictó sus actos más importantes, que le condujo á atravesar tantos peligros y triunfos hasta un fin tan desastroso, inspiró casi siempre su elocuencia. Sin embargo, esta misma pasión, esta abnegación intrépida é infatigable, servidas por todos los recursos del espíritu mejor dotado, más ingenioso, más flexible, más vivo y más encantador, no consiguieron colmar el intervalo considerable que le separaba de Demóstenes. Este fué el verdadero maestro de la tribuna política, el único que, á ejemplo de Pericles, «dejó el aguijón en el alma de los oyentes», el único que pareció apasionado. Y, sin embargo, Hypérides era de un temperamento más ardiente que Demóstenes y tenía, por lo menos, tanto arte y acaso más talento y una imaginación más rica. ¿Qué le faltaba para obtener sobre él completa ventaja? Aquella alteza de genio, que es á la vez el don más raro del cielo y el esfuerzo supremo de su voluntad; aquel poder su-

perior de una razón inspirada, que, concentrando todas las fuerzas del orador sobre el sentimiento ó sobre la idea que brilla para él con una luz divina, hace que llegue á ser soberano maestro y que conquiste de un solo golpe el imperio de las almas arrebatadas por el encanto irresistible de la verdad y de la grandeza. Para Platón, la ciencia y el amor se confunden en el éxtasis filosófico. Demóstenes, que tal vez fué su discípulo, transportó algo de esta concepción ideal á la práctica de la elocuencia, en medio del conflicto de los intereses humanos. La razón estuvo en él vivificada por la pasión, y á su vez la pasión fué dirigida y fecundada por el conocimiento claro del objeto que le estaba asignado. De ahí aquella persecución ardiente en que cada paso le acerca al fin, y aquella fuerza con la cual amontona en su camino todo lo que sus oyentes tienen en sí propios de inteligentes ó de sensibles para identificarles con sus sublimes arranques. De esta suerte se mostró digno heredero del filósofo. Hypérides había seguido las lecciones del mismo maestro; pero cuando se pregunta qué frutos sacó de esta enseñanza, se siente uno tentado á creer que no tomó de Platón más que las cualidades exteriores y literarias, las formas graciosas y brillantes, la jugosidad y la imaginación. Si fuese posible juzgar á los hombres haciendo abstracción de su vida y transportar sin violencia los nombres de nuestros grandes oradores de la cátedra en medio de las asambleas populares de la Grecia antigua, á buen seguro que á Demóstenes sería preciso asimilarle á Bossuet; pero acaso se pudiera decir también que Hypérides era un Fenelón pagano, sin la unión y sin la pureza cristiana, pero con un arte más acabado. Esta aproximación, tan honrosa para el orador antiguo, no está en contradicción con el sentimien-

to de la antigüedad, que en aquella multitud de hombres elocuentes que, en el mismo período de tiempo, vió aparecer en la tribuna ateniense, distingula, inmediatamente después de Demóstenes, á Hypérides y á Esquines, y quedaba en la indecisión de á cuál de los dos correspondía el primer rango.

EL DISCURSO FÚNEBRE DE HYPÉRIDES

El discurso fúnebre de Hypérides es el descubrimiento más considerable que se ha hecho desde hace un siglo en la literatura griega. El nos hace conocer mejor á un gran orador, y alumbra con nueva luz los últimos acontecimientos en los cuales pudo tomar parte este orador, es decir, el período de la guerra lamiaca. Pocas cosas más interesantes hay en la historia de Atenas, pocas comparables al sublime despertar de esta pequeña nación, que en algunos años se halló dispuesta á rechazar victoriosamente una invasión formidable, y levantar sobre las ruínas de su capital, tomada y quemada por el enemigo, las obras maestras del arte antiguo; es verdad que la época de la guerra lamiaca no nos da la impresión de la juventud con su confianza infinita; pero el entusiasmo la vivificó y animó por algunos instantes. No es que haya habido una detención en la decadencia, una tregua en el servilismo; sin embargo, la muerte imprevista del dominador, sus brillantes éxitos, la pasión sincera de abnegación y libertad, parecen autorizar en un principio las esperanzas y devolver á la ciudad, con el favor de la fortuna, el elemento de su grandeza pasada.

En la primavera del año 323, Alejandro había muer-

to de repente, en la fuerza de su juventud y en el colmo de su maravilloso poder. Tan pronto como la nueva fué conocida, se sublevó una gran parte de la Grecia. Atenas dió la señal. Había resistido sabiamente el año precedente á las sollicitaciones de Harpales, que quería comprometerla en una revolución inútil; esta vez la empresa era mucho menos aventurada. La Macedonia, agotada por las necesidades del ejército de Oriente, no podía proveer á su gobernador Antipater más que con fuerzas insuficientes, y los grandes intereses de sucesión y de reparto que se agitaban en Asia, retenían allí, al menos por algún tiempo, los auxilios que le serían necesarios. En Grecia, por el contrario, ocho mil mercenarios ejercitados, licenciados por orden de Alejandro por sus sátrapas, estaban todos reunidos en el cabo Tenares, bajo el mando de un jefe hábil, el ateniense Leóstenes. Además, una medida reciente había agriado contra la Macedonia á varios pueblos, contra cuyos intereses y seguridad atentó gravemente; el llamamiento de los desterrados, solemnemente proclamado en los juegos olímpicos, amenazaba en particular á Atenas, que había enviado sus colonos á las tierras de los samianos expulsados, y á la belicosa nación de los etolianos, á quienes la vuelta de la poderosa familia de los Eñiades iba á lanzar á la revolución. Casi en todas partes se soportaba la dominación macedonia como un yugo. ¿No era éste el momento de sacudirlo? Atenas se precipitó en esta esperanza. En vano Foción y la facción de los ricos trataron de retenerla; la masa del pueblo lo arrastraba todo en un movimiento irresistible. Hypérides en la capital, Demóstenes, entonces desterrado, en las ciudades griegas, inflamaron las almas para la santa guerra de la independéncia.

Volvieron los tiempos de los entusiasmos y de los sacrificios. Atenas decretó que todos sus ciudadanos fuesen sometidos al servicio militar hasta los cuarenta años; hizo repartir cinco mil en la infantería y quinientos en la caballería, con dos mil mercenarios, y mientras que Leóstenes sublevaba la Etolia, Atenas se dirigía al Peloponeso, á la Tesalia, á la Grecia del centro, aun á los bárbaros de Ilíria y de Tracia, llamamiento al cual correspondió bien pronto el mayor número. Se formó así una liga formidable, á pesar de la abstención de Esparta, reducida á la impotencia por el desenlace desgraciado de la tentativa de Agis y la hostilidad de Beocia, unida á la causa macedonia por el reparto del territorio de Tebas.

Dos victorias inauguraron la empresa. Los beocios, sostenidos por una parte de la Eubea y por las guarniciones macedonias, quisieron oponerse á la unión de los atenienses con las tropas de Leóstenes, dueñas ya de los desfiladeros de Focides; pero fueron derrotados. Antípater mismo, completamente vencido cerca de las Termópilas, se vió reducido á encerrarse en Lamia. Leóstenes le cercó allí estrechamente, y no habiendo podido conseguir un asalto, mantuvo un bloqueo riguroso, y el hambre estuvo á punto de entregarle á su enemigo prisionero. La desgracia de Grecia quiso que, visitando una trinchera, fuese alcanzado por una pedrada y al cabo de dos días muriese de su herida. Bien pronto los esfuerzos de los griegos disminuyeron, y la indecisión del mando precipitó los efectos de su flojedad. Ya antes se habían revuelto los etolios contra ellos; el rigor del bloqueo se rebajó, y Antípater pudo esperar los socorros que había pedido. No tardó en salir de la ciudad, porque la fatiga había alcanzado á los confederados, la liga se desha-

cia y no quedaban bastantes tropas para continuar el sitio y marchar al mismo tiempo al encuentro de los nuevos enemigos. Las causas morales, la falta de perseverancia y energía, fué lo que perdió la causa de los griegos. El sucesor de Leóstenes, Antifilo, á quien no faltaba capacidad militar, consiguió todavía una ventaja con ayuda de la excelente caballería tesaliana mandada por Menon. Él mismo se defendió honrosamente contra las fuerzas muy superiores de Antipater, pues sus tropas se habían aumentado con dos ejércitos, el de Leonat y el de Cráteres. La victoria decisiva de Cranon era en sí misma un suceso poco considerable; pero los resortes de resistencia estaban ya muy gastados en Grecia. El vencedor acabó de romper la unión de sus adversarios, que les daba todavía cierta fuerza, no consintiendo en tratar con ellos más que aisladamente. No tuvo más que dictar sus condiciones. Atenas le entregó sus oradores, recibió una guarnición macedonia en Muniquia, pagó los gastos de la guerra, echó de sus muros á veintiún mil de sus ciudadanos y no conservó más que nueve mil, los más ricos y los más sabios, y todo fué dicho para siempre. En adelante no conoció más que vicisitudes en la dependencia.

Todos estos acontecimientos duraron menos de un año. En tan poco tiempo, Atenas pasó de un retorno inesperado de gloria y de poder, á un abatimiento completo é irremediable. Nunca había parecido más próxima á volver á ocupar su puesto en el mundo griego, y precisamente este esfuerzo fué lo que consumó su pérdida. Con interés profundo sigue el historiador esta suprema crisis. La rapidez y la grandeza de las peripecias, el contraste de las emociones, sobre todo aquella fiebre de entusiasmo y esperanza

que debió alentar á los patriotas frente á tales peligros, nuestro conocimiento del resultado final hacia el cual conspiraba, con el enemigo del exterior, el enemigo del interior, es decir, la decadencia ya demasiado avanzada, todo ello dió á este último drama político y militar un grado de resplandor patético que no alcanzaron los tiempos más felices. Por lo demás, lo que disputa á una ruina fatal su honor y su vida, es lo mejor de la antigua civilización, es lo selecto de la humanidad. Si este espectáculo procura la triste satisfacción de discernir claramente las causas que hicieron estériles una tentativa generosa, nos reserva también un consuelo: vemos que no faltó cierta gloria á esta resurrección de los mejores sentimientos, y á la derrota definitiva sobrevivió un hermoso recuerdo consagrado por la historia y por la elocuencia.

En esta misión de la elocuencia, misión particularmente notable por su estrecha relación con la del patriotismo, nos permite insistir el descubrimiento del discurso de Hypérides. Aquel corto año de la guerra lamiaca forma en el período macedonio una de las dos únicas épocas en que el patriotismo haya dominado francamente en los atenienses. La primera está señalada por el combate de Queronea, y es, sin contradicción, la más grande, menos aún por la realidad del poder de Atenas en el momento del acto último de su lucha contra Filipo, que por la posesión y la conciencia de su dignidad, porque ella permaneció digna después del desastre, y en el momento de su caída no acusó más que á la fortuna, sin culpar á un hombre, antes respetando y glorificando á aquél que la llevó á la derrota: gran ejemplo en una democracia dispuesta á confundir su honor con su vanidad y á buscar un culpable y un traidor para aliviar su resentimiento.

Los vencidos de la guerra lamiaca no caen tan noblemente; pero cuando Atenas se atreve á atacar á Antípater, lleva á esta empresa atrevida toda su pasión y abnegación, toda su unión en la esperanza y el sacrificio. Pues bien: cada una de estas dos épocas tiene su monumento oratorio. Justo es considerar como el monumento de la política ateniense, con ocasión de Queronea, el discurso de defensa pronunciado por Demóstenes en el proceso *de la Corona*. El monumento de la guerra lamiaca es el discurso de Hypérides, que recientemente hemos encontrado.

Se le concedería demasiado valor colocándole en la misma línea que la gran composición en que se nos revela, con Demóstenes, todo el poder de la elocuencia ática. Es ésta una obra de corta extensión, de un género especial, sometida á condiciones determinadas, las cuales, á lo que parece, son medianamente favorables al libre ejercicio de las más vivas facultades oratorias: es un elogio fúnebre. Hypérides, después de la muerte de Leóstenes y de la primera parte de la guerra lamiaca, había sido el orador de los funerales públicos que se habían celebrado en Atenas, y sus palabras, por un capricho de la casualidad, vuelven á ponerse bajo nuestras miradas; pero esta oración fúnebre, pronunciada en circunstancias particulares, se distingue entre todas las obras de la misma especie. En general, costumbres, una historia y un arte propios de la Grecia las han modalizado en un molde aparte, que atrae y rechaza, á la vez, al gusto moderno. La apreciación, que en ellas es siempre delicada, en el discurso de Hypérides es particularmente interesante: lo uno, porque hallamos aquellas formas, completamente griegas, manejadas en el crepúsculo de la decadencia literaria por uno de los

espíritus más finos que ha producido la tribuna ateniense; y lo otro, porque se animaron con una vida inusitada en un momento de crisis política y bajo la influencia de pasiones que nos envían todavía su soplo febril y desigual. Hay aquí, pues, lugar para un doble estudio literario é histórico, seguido (pues que se trata de una oración fúnebre) de algunas reflexiones concernientes al punto de vista religioso.

I

No se puede apreciar el valor literario de una oración fúnebre ateniense, si no comienza uno por darse cuenta de las condiciones que las costumbres griegas habian impuesto á este género. El primer punto, y por ahí se completaría las páginas brillantes de Villemain sobre este asunto, es representarse bien que la elocuencia ocupa el lugar de la poesía; el orador es el heredero y el émulo del poeta. En efecto: por alto como nos remontemos en la historia de las letras griegas, es decir, desde Homero, vemos á la poesía figurar en los funerales solemnes. Personificada en las musas mismas, ha cantado cerca de la tumba de Aquiles, como cerca del cadáver de Héctor habia dicho por bocas humanas, ante las patéticas improvisaciones de Andrómaca, de Hecube y de Elena, la lamentación sobre la muerte del héroe troyano. Después de Homero, que sin duda no hizo más que reproducir las costumbres contemporáneas ó elevar á la altura de la epopeya las ingenuas inspiraciones de una edad anterior, los poetas no han cesado de mezclar sus voces á las ceremonias fúnebres. Cuando la poesía lírica se perfeccionó, entre las numerosas formas en las cuales

repartió sus sabias armonías, hallamos empleado en una acepción absolutamente técnica y consagrada por el genio de Simónides y Pindaro, el nombre de *threnos*, exclusivamente aplicado ya por el viejo poeta á la suprema lamentación.

Era la familia, era la ciudad quien en una ceremonia solemne rendía homenaje á un muerto ilustre, á un ciudadano que se había sacrificado por su patria. «El pueblo entero se unió para dolerse del hombre de corazón.» «Jóvenes y viejos, todos lo lloraron, toda la ciudad está afligida»: he aquí, en los antiguos poetas Calino y Tirteo, si no la imagen de las solemnidades nacionales, por lo menos las expresiones del dolor patriótico, al cual todo el Estado se asociaba hacia el comienzo del siglo VII, antes de Jesucristo, en la ciudad jónica de Éfeso, como en la dórica de Esparta. De la existencia de este sentimiento común al hecho de los funerales públicos, la distancia no puede ser considerable si se piensa que las costumbres de la realeza heroica, protegidas por la religión, habían debido conservarse en parte en las formas de gobierno que le habían sucedido, y que ninguna prescripción religiosa había continuado más imperiosamente obligatoria que las que se referían á la sepultura de los muertos. Sin embargo, parece que fué solamente entre los atenienses y en una época menos lejana, cuando el Estado, por un movimiento atrevido de la democracia más poderosa y más fecunda que haya existido en la antigüedad, recogió resueltamente la herencia de las nobles familias que habían reinado antiguamente en Grecia, é instituyó, en nombre de todas, fiestas fúnebres, cuyo brillo lo disputaba á los más brillantes recuerdos de la edad épica. Atenas no admitió aquellas fiestas particulares, como se veía aún en otros puntos

de la Grecia, y como las costumbres romanas multiplicaron los ejemplos, en que una familia se glorificaba cerca de la tumba de uno de sus miembros: hubo fiestas nacionales, donde la patria honró á todos sus hijos cerca del monumento común de los bravos que en la hora del peligro acababan de sacrificarle su vida.

Así es que en estas ceremonias que Atenas organizó, según toda verosimilitud, en medio de la exaltación inspirada á su joven república por las victorias ganadas sobre los persas, la gran innovación fué la idea democrática, entonces estrechamente unida con el patriotismo y sustituta de la idea aristocrática. La idea democrática, en la solemnidad que ella instituíó en su honor, quiso ser directamente expresada: escogió la lengua de la política, la prosa, y éste fué el origen del discurso fúnebre. Además, no era posible cambiar las costumbres y las necesidades de la multitud que se reunía en estas circunstancias en Cerámica. Al lado de la pompa y del espectáculo destinado á la vista, se necesitaba para los oídos y para la imaginación aquellos placeres delicados que la poesía había estado siempre encargada de suministrar y que suministraba todavía en este momento y en ocasiones análogas: testigo el hermoso canto de Simónides sobre los muertos de las Termópilas. «...Tienen por tumba un altar; no se les llora, se recuerda su gloria; no se gime por ellos, se les loa. Tal sepultura no teme la herrumbre ni la marchitez del tiempo, el domador universal.» Para el pensamiento, y lo mismo para ciertos caracteres de la forma, Tucídides no se alejó mucho del poeta de Ceos, cuando hizo decir á Pericles sobre la tumba de las primeras víctimas de la guerra del Peloponeso: «Si han hecho el sacrificio público de su vida, reciben como recompensa particular esta alabanza inmortal

y esta magnífica tumba, que sirve menos para cubrir sus cuerpos que para conservar el recuerdo eterno de su gloria, para mezclarlo además en cada ocasión en los discursos y en las acciones de la posteridad. Los hombres ilustres tienen toda la tierra por tumba, y no solamente en su patria las inscripciones grabadas sobre la piedra rinden testimonio para ellos, sino que en las mismas comarcas extranjeras un recuerdo no escrito vive en todas las almas y representa su generosidad más aún que sus acciones.»

Se ve que el poeta y el orador atenienses expresan ambos, en circunstancias parecidas, las mismas ideas: las del sacrificio, de la admiración y de la gloria. Hay otra materia que les es común, y donde más inevitablemente sigue el segundo las huellas del primero: me refiero á la mitología nacional. La oración fúnebre ateniense era, ante todo, el elogio de Atenas; no es de hoy la consideración de este efecto notable del espíritu democrático de que ha nacido. Resultaba que tenía que evocar los títulos gloriosos de la nación, remontrándose más allá de Maratón y de Salamina, hasta Teseo, hasta las victorias sobre Creon y sobre las Amazonas. Ahora bien: este pasado fabuloso de los pueblos de la Grecia, era precisamente el dominio de su poesía, dominio que había sido exclusivamente explorado durante siglos en este país en que la prosa comenzaba solamente á balbucear cuando Esquilo hacía representar *Los Persas* en el teatro de Baco. La epopeya, la poesía lírica, ésta sobre todo, sostenían en cualquier ocasión en los griegos los recuerdos mitológicos de que se componía, para cada ciudad, el patrimonio nacional. Era la función especial del poeta lírico; él era el alma de las fiestas brillantes en que la Grecia quería olvidar las miserias demasiado

frecuentes del presente, para vivir libremente en el noble mundo de los dioses y de los héroes. Figurémosnos al orador ateniense en Cerámica, «el más hermoso de los arrabales de Atenas», según Tucídides. Después de los sacrificios, los fuegos y los espectáculos, los concursos de música y de poesía, frente á aquella multitud de ciudadanos y de extranjeros que simbolizaban el amor del país y la curiosidad, sube al estrado que se levanta ante la rica tumba donde los carros de las diez tribus acaban de arrastrar sus fúnebres fardos. ¿No es para llenar el mismo cometido que el poeta lírico, para prestar como él una voz al pensamiento de todos, para dar á la solemnidad su expresión suprema por la nobleza y la magnificencia de una palabra patriótica, brillante y armoniosa? Es realmente el poeta lírico de esta fiesta nacional, y su discurso debe ser brillante y ornamental como una oda (1). Esta asimilación es rigurosamente exacta é indica claramente á la crítica en qué sentido debería dirigir su apreciación.

¿Cuál era la dificultad de la tarea para quien, como Hypérides, venía á recomenzar este panegírico de Atenas tan á menudo repetido desde hacia ciento cincuenta años? A creer á Platón, no era una composición intrínsecamente difícil. Nada más sencillo que hacer y hasta que improvisar una oración fúnebre, sostiene Sócrates al principio del *Menexenos*; no siendo nuevo el asunto, no pide gasto de imaginación, y no tiene gran mérito alabar con éxito á los atenienses delante de los

(1) Así resulta de la opinión de los mismos griegos. Isócrates dice que los discursos destinados á las fiestas, más se relacionan con las composiciones rítmicas y musicales que con los alegatos, y que se les escuchaba con el mismo placer que los poemas. (*Antid.*, 319, c.)

atenienses. Lo que difícil sería hacer gustar á los peloponesianos el elogio de los atenienses ó á los atenienses el de los peloponesianos. Los oyentes acogen admirablemente todo el bien que se dice de ellos mismos, y gozan con una beatitud que disminuye en la mitad el trabajo del panegirista. Cuando Sócrates oye una oración fúnebre, se cree, dice él, transportado á las islas bienaventuradas, experimenta un inexplicable arrobaamiento y se siente crecer á los ojos de los extranjeros que escuchan al mismo tiempo que él, y apenas si, al cabo de tres ó cuatro días, las humaredas de la vanidad se disipan con esta dulce música de que sus oídos quedan llenos. En realidad, Platón no prueba mucho y lo sabe perfectamente; de otra manera, no se hubiera ensayado á su vez en este mismo género de composición, y es preciso, por mucha ironía que haya tenido en su pensamiento, que llevase en su ensayo una preocupación literaria. No se trata en una oración fúnebre de inventar ni de convencer. La materia, precisamente porque existe desde mucho tiempo, es difícil tratarla de nuevo, y los oyentes, por cuanto están habituados á oírse alabar magníficamente, son difíciles de satisfacer.

Por lo demás, aquí se muestra un rasgo del carácter griego. Seguramente que apenas hay pueblo que no esté dotado de cierta paciencia para escuchar su propio elogio; pero si se piensa que, durante siglo y medio, los atenienses se reunieron regularmente en el mismo lugar para oír el mismo panegírico desarrollado durante varias generaciones en un mismo sistema de frases cadenciosas, se confesará que su temperamento difiere un poco del nuestro. ¿Será que nuestra vanidad es menor, ó menos ingenua, ó más delicada? Sobre este último punto, no pretendamos argüir en

ventaja nuestra, y limitémonos prudentemente á decir que nuestra delicadeza es de otro género. La delicadeza de los atenienses tenía su manera de comprender el arte y de gustarlo. Este pueblo, cuyo instinto superior trazó para siempre en las artes las grandes líneas, se unía á los detalles con una infatigable curiosidad. Donde nosotros no vemos más que semejanza y monotonía, sus sentidos, más sutiles, percibían diferencias y diversidades de color. Además, le gustaba más que á nosotros la luz y lo brillante: de ahí nuestra dificultad en comprender el mármol pintado de sus templos, el oro y el marfil de sus majestuosas estatuas, en que lo precioso de la labor competía con la riqueza de la materia. Las armonías en él eran más vivas y más delicadas que en nosotros y se complacen más en ellas, abstracción hecha del asunto. Había, pues, menos exigencia en materia de novedad, porque hallaban ésta en efectos que se nos escapan ó que nos dejan indiferentes, y se podía variar casi hasta el infinito un tema conocido sin agotar los goces de su diletantismo. Las leyes supremas eran, con el gusto, la facilidad y el talento.

La oración fúnebre estaba además sostenida por su importancia á los ojos de los atenienses, que se sentían orgullosos de semejante institución. Demóstenes lo sabía bien, cuando les decía para halagar su pretensión á la generosidad: «Entre los hombres, sólo vosotros honráis á los ciudadanos muertos por funerales públicos, y pronunciáis sobre su tumba discursos fúnebres, donde celebráis las bellas y las buenas acciones (1).» La vanidad democrática y el patriotismo encontraban igualmente su encanto en una fiesta donde se veía,

(1) *Orat. adv. Leptin.*, 499.

como dice Platón, «á los más pobres obtener pomposos funerales, donde los menores en méritos y en virtud se oían loar públicamente por los más hábiles», donde todos, en fin, en medio de las alegrías ó de los temores comunes, podían satisfacer la necesidad de aproximarse y de sentirse hijos de la misma madre. La elección del orador era también un asunto importante. Remitíase al Senado, cuya decisión, preparada algunas veces por una deliberación de dos días, era considerada como una nota brillante de confianza, y ponía el sello á la popularidad de un hombre de Estado. Así es como Hypérides mismo fué escogido como jefe del partido antimacedónico, entonces triunfante. Cuando el orador tenía éxito, pocos triunfos podían halagar más su amor propio. Cuéntase que cuando Pericles descendió de la tribuna después de haber pronunciado el elogio de los soldados que habían sucumbido en la mortífera expedición de Samos, emprendida y conducida por él, las mujeres, es decir, los parientes próximos de las víctimas, le cubrieron de coronas, «como á un atleta vencedor»: tan grandes fueron los transportes causados por su elocuencia.

Hechos semejantes acaban de explicar cómo las personas más amantes del éxito, los retóricos, recurrieron más de una vez á la oración fúnebre y al panegírico, esos dos géneros próximos, agotados á lo que parece por la frecuencia de las ceremonias oficiales. Fué una nueva clase de rivales los que encontró el orador del Cerámico. Hypérides, cuando este papel fracasó, tenía que luchar á la vez con el recuerdo de aquéllos que lo habían llenado antes que él y contra la impresión siempre presente de los discursos escritos. Sus jueces acababan de compararle á Lysias, á Isócrates, al gran historiador Tucídides, intérprete

de Pericles, y á Platón mismo, cuya *Menexenes* llegó á ser para los contemporáneos de Cicerón el tipo de la oración fúnebre, y también el monumento consagrado de un patriotismo ¡ay! sin objeto, y del cual resucitaba periódicamente, en lecturas anuales, el aparato exterior y la vanidad. Este rasgo nos hace ver, en un abuso que no se explica más que por la decadencia política, cuáles eran las disposiciones del público ateniense. Hypérides aparecía entonces en una ocasión digna de él, y no había que temer que cansase á sus oyentes por lugares comunes sobre su nobleza, sus virtudes y su gloria nacional. Por el contrario, estos desarrollos eran esperados por ellos, y había allí una obligación á la que le estaba prohibido sustraerse. Si en el examen reconocemos que él pudo eludirla en cierta manera, estemos seguros que hubiera satisfecho, sin embargo, sobre estos puntos esenciales las exigencias de su orgullo y las delicadezas de su gusto. En efecto: esto es lo característico en aquellas partes del discurso de Hypérides, en que llenó su obligado papel de panegirista, acomodándose á él sin prodigalidades ni banalidades. El éxito que obtuvo está atestiguado aun á distancia por la admiración del autor del *Tratado de lo sublime*. Es verdad que hoy no podemos apreciar todo el alcance de este testimonio, ni comprender bien sobre qué se apoya. Hay en esa especie de elocuencia bellezas de rima, de sonoridad y de elegancia, que escapan siempre á los modernos. Ahora son secretos casi tan impenetrables como los de la música de los griegos ó de su poesía lírica. Sin embargo, aun por ese lado, especialmente literario, Hypérides no se hace completamente inaccesible. No hay necesidad de haber pasado por la escuela de Isócrates, ni de estar profundamente iniciado en las gracias del aticismo,

para comprender algo de la facilidad brillante y de la imaginación ingeniosa que le sirven para tratar su asunto sin constreñir su compostura ni encallar en las trabas de la convención.

El quiere dar á sus conciudadanos las alabanzas obligadas sobre su carácter tradicional de grandezas, y lo hace en un período cuyo estado actual de mutilación no nos roba toda la magnificencia primitiva. «Del mismo modo que el sol recorre toda la tierra y distribuye regularmente las estaciones, estableciendo por todas partes un orden armonioso como dispensador de todos los bienes que sirven á la vida, del mismo modo nuestra ciudad tiene por función perpetua castigar á los malos y honrar á los buenos, repartir entre los hombres, según las leyes de un justo equilibrio, los tratamientos que tienen merecidos, y proveer cada día por su liberalidad á las necesidades de los griegos...» Estas son las hipérboles ordinarias sobre la generosidad de los atenienses, pero renovadas bajo una forma brillante, donde se confunden, en esta idea de un arbitraje bienhechor y soberano, sus leyendas de la edad heroica, los más hermosos tiempos de su hegemonía y el papel que las circunstancias acaban de darle por un momento. Esecuchando esta única frase que en griego es brillante y armoniosa, quedaban deslumbrados y encantados. El efecto se producía, pues, sin que el orador se retardase en medio de fábulas ó de recuerdos lejanos.

He aquí otro ejemplo, más sorprendente acaso, de la ingeniosa y brillante adaptación con la cual llena su tarea de panegirista del pasado para la mayor gloria del presente. Era cosa recibida que los soldados que Atenas acababa de perder eran comparables á los héroes antiguos de la Grecia, y particularmente á los

héroes nacionales. Hypérides escoge entre ellos los que la tradición había consagrado como los tipos del patriotismo, é imagina mostrarlos todos reunidos en los infiernos, al presente su habitación común, donde vienen á juntárseles Leóstenes y sus compañeros de armas: le acogen y le festejan como á uno de los suyos. Así, este glorioso homenaje que se trata de rendir á los muertos de la guerra lamiaca, ellos le reciben, regocijándose ellos mismos más allá de la tumba, y para ponerlos en posesión de este honor parecía reunido todo lo que había antiguamente de más ilustre. «Preguntámonos quiénes son aquéllos que en los infiernos recibieron al jefe de estos hombres. ¿No nos figuramos á Leóstenes recibido con alegría y admiración por la multitud de héroes que marcharon contra Troya? Sus acciones son hermanas de las suyas, y tales es su superioridad sobre aquéllos, que mientras que en toda la Grecia tomaron una sola ciudad, él, con su patria sola, humilló la potencia que manda en Europa y en Asia. Fueron aquellos los vengadores de la injuria de una sola mujer; los ultrajes que él impidió amenazaban á todas las griegas. He aquí lo que él ha hecho con el concurso de esos hombres que hoy compartían su sepultura y que, venidos después que los guerreros que están ya en esta tumba, se han mostrado sus dignos sucesores por las hazañas que han cumplido: quiero hablar de Milciades, de Temístocles y de todos los otros que han libertado á la Grecia, han hecho su patria gloriosa y su propia vida ilustre. Ahora bien: considerad cómo les sobrepujó en prudencia y valor: ellos rechazaron la invasión de los bárbaros; él la previno: ellos vieron las armas del enemigo en su país; él venció á sus adversarios en su propio territorio. Armodío y Aristogitón, aquellos hom-

bres cuya constancia y mutua ternura brillan en su abnegación por el pueblo, se reconocen unidos á ellos por lazos más estrechos que á vosotros mismos, y á quienes tratarán de aproximarse en los infiernos será á Leóstenes y á los compañeros de sus luchas. Nada, en efecto, más justo, porque las acciones que éstos acababan de realizar no son inferiores, y hasta son en algún modo más grandes, pues no han derrocado solamente á los tiranos de la patria, sino á los tiranos de toda la Grecia.» En estos parangones se deja sentir la retórica, pero casi en favor de la invención de Hypérides, y el cuadro que nos ocupa escapa de suyo á la vulgaridad. Por otra parte, la retórica nunca puede prescindir por completo de los lugares comunes: en tal asunto, los lugares comunes son recurso obligado.

El doble carácter de la ceremonia, fúnebre y nacional, determina dos causas principales de desarrollos obligados: precisaba consolar á los padres de los muertos, y celebrar la patria. Los consuelos puestos al fin del discurso tenían siempre poco lugar. El Estado, sustituyendo á la familia, recordaba, por boca del orador, que él se encargaba de sus huérfanos; hablaba del patrimonio de consideración y de gloria dejado á los suyos por aquél que había muerto por la salvación común; después de haber tratado de atenuar así los dolores privados, el orador se retiraba discretamente para no recargar la última expresión. Tal era el sentido de las palabras graves y sobrias que precedían en una oración fúnebre ateniense, á la conclusión ordinaria: «Llore cada uno á los suyos, y retiraos vosotros.» Hypérides se conforma al uso y se extiende poco en esta parte de su discurso, que trata, por lo demás, en el tono conveniente; su lenguaje es tranquilo y casi recogido; su elocuencia se extingue poco á

poco en matices gradualmente endulzados, que establecen como una transición entre el brillo de la fiesta pública y las señales particulares del duelo que la naturaleza va á reclamar. Hemos visto que su carácter propio se hace ver mejor en la facilidad rápida con la cual paga á los atenienses el tributo habitual de las alabanzas. Su nobleza entre todos los pueblos griegos, la *autochonia*, su grandeza de alma, su educación, sus hazañas pasadas, todos estos puntos son tocados por él, vivamente indicados ó esclarecidos con una luz inesperada, al grado de su conveniencia y en el sentido del movimiento general á que su discurso está como llevado. La principal de las cualidades que desplega en estas materias bastante complejas es la facilidad, que es tanto más notable cuanto parece mejor encadenada por la doble tradición por el fondo y por la forma.

Esta facilidad es igualmente sensible en el estilo y en la composición; no podría ser apreciada en el estilo más que por un análisis paciente y minucioso que penetrase en el detalle de los rodeos y de las expresiones. Se encontraría en su camino más de una imitación, y á este propósito se volvería á encontrar esta cuestión de la novedad que consideramos hoy desde un punto de vista en un todo diferente de la antigüedad. Hypérides, en efecto, imita, ó mejor diremos, nos parece que se apropia sin escrúpulo pasajes de sus antepasados, de Demóstenes, de Isócrates, de Lysias y tal vez del mismo Pericles, aunque este último no tenga nada escrito, y en lo que le concierne, no se trata más que de palabras conservadas por la memoria de generación en generación. Es tal frase de un carácter bastante hiperbólico y declamatorio, á propósito de la cual todos esos nombres aparecerían sucesivamente y

que así se ennoblecería con toda una genealogía. ¿Hasta qué punto Hypérides, en esta especie de plagio que no chocaba á los atenienses, podía parecer nuevo y original? Esto es lo que nos es difícil reconocer y lo que apenas podríamos comprender si nouviésemos en cuenta aquellos méritos de flexibilidad graciosa y de vivacidad cómoda que les chocaban tanto como la amplitud sonora de las grandes formas oratorias. Es preciso, además, pensar, con motivo de estas imitaciones que nosotros creemos sorprender, que acaso no tenían ese carácter para los atenienses. Muchas de esas expresiones, de esos rodeos, que se le tacharía sin razón haber copiado, eran la propiedad común de la oración fúnebre y en general del género epidíctico; no valían más que por el lugar que se les daba, por el mérito del adorno y la novedad de las aplicaciones. Luego si en Hypérides encontramos que estos elementos, prestados ó no, producen un efecto feliz, que se funden reunidos, que llevan la marca del mismo espíritu y viven todos igualmente de la vida que él les comunica, haremos bien en pasar adelante y alabar sin vacilación la obra elocuente de un hombre de talento.

Este trabajo minucioso é indispensable para el estudio un poco profundo de un discurso ateniense, nos llevaría aún, á propósito de esta facilidad y de la cualidad dominante de Hypérides, á discutir los reproches que le han dirigido en la antigüedad. Desdeñemos las críticas de Hermógenes, que halla que la grandeza tiene en él algo de *hinchado*, de *duro*, de *mal fundido*, de *confuso* y de *chocante*. En verdad, parece que la severidad de la crítica aumenta á medida que se aleja de las épocas de gran producción. Dionisio de Halicarnaso señala, por el contrario, la ausencia de

hinchazón como uno de los caracteres distintivos de Hypérides, y antes Cicerón, que no era un juez dogmático, le loa sin restricción como un gran artista y un orador perfecto. Podría contentarse uno con oponer estos juicios los unos á los otros. Sin embargo, como al día siguiente de la guerra lamiaca la decadencia se pronuncia, no es inverosímil que los primeros signos hayan aparecido en el discurso que cerró el ciclo de la edad de oro. Por lo demás, el mismo Hermógenes acusa á Hypérides de ser descuidado y de prodigar las palabras; y esta vez, Dionisio, sin ir tan lejos, no está en contradicción con este riguroso censor: no encuentra á nuestro orador tan límpido ni tan sobrio como á los puros áticos. Estas críticas concuerdan, hasta cierto punto, con esa cualidad de flexibilidad cómoda y de abandono gracioso, que tanto admiraba á los críticos antiguos. Un poco de dejadez no es incompatible con la gracia natural; pero ¿quién podría lisonjearse hoy de mostrar con el dedo con certidumbre los lugares donde se dejarían sospechar esos ligeros desfallecimientos de uno de los príncipes de la tribuna ateniense?

Limitémonos á indicar estas delicadas cuestiones, sin pretender resolverlas. En cambio, podemos reconocer con seguridad, y alabar sin temor, los méritos de la composición; un arte tanto más feliz, cuanto se hace ver menos; la elección juiciosa, y la proporción de los períodos; en fin, y por encima de todo esto, la postura espontánea que no le abandona nunca. Parece no sentir las cadenas de las convenciones que le son impuestas, y jamás interrumpe el curso de su fácil elocuencia. No olvidemos el precio de esta cualidad en una obra de extensión mediana, en que cada parte no podía ser tratada más que aisladamente, so pena

de sequedad y frialdad; todas, por el contrario, se sostienen y se funden en un conjunto que domina la misma impresión agradable y viva, sobre la cual se extiende igualmente la misma luz dulce y brillante: este ha sido, en todos los tiempos, el signo de una buena composición.

II

Hay un punto que surge naturalmente de todo ensayo de apreciación literaria á propósito de este discurso, y es que el lado histórico priva sobre todo el resto. No solamente es esto lo que más nos interesa hoy, sino que comprendemos también que esto es lo que más vivamente afectaba á los atenienses: allí está la vida, la elocuencia, el uso verdadero del arte fuera de las inanidades de la lisonja de aparato. Hypérides ni un solo instante pierde de vista las circunstancias presentes; conduce á ellas el elogio de las eualidades nacionales, y subordina á ellas los recuerdos del pasado, que no sirven más que para rehacer la gloria actual de sus conciudadanos; en fin, las aprecia en sí mismas, y se detiene allí más que en ninguna otra parte de su discurso.

Esto da lugar á una observación bastante curiosa, y es que el discurso de Hypérides no comparte este carácter histórico más que con la obra principal que la antigüedad nos ha dejado en este género: la oración fúnebre que Pericles pronuncia en Tucídides sobre las primeras víctimas de la guerra del Peloponeso. Bien que esta oración fúnebre sea en parte una ficción, puesto que está compuesta por Tucídides, es un trozo histórico de valor grande. No habiendo sido recogidas las palabras del orador, no puede plan-

tearse la cuestión de autenticidad, y, sin embargo, puede afirmarse que habla mientras que el historiador escribe. El carácter y la disposición general, las ideas, el pensamiento político, si no las frases del discurso original, sobre todo, la grandeza propia de un espíritu sin igual y sin analogía en la democracia ateniense, todo esto es fielmente reproducido por un intérprete cuyo genio, en ciertos matices, se confunde con el de su modelo. Tenemos bajo nuestra mirada una imagen de Pericles y de su poderosa elocuencia. Ahora bien: esto mismo es lo digno de atención: que Pericles haya podido pintarse en una oración fúnebre; que en medio de aquel aparato de formas convenidas y de alabanzas sin medida, se haga ver una gran figura política. Ella se reconoce allí: es Pericles, el maestro de la multitud sobre la cual se apoyaba, quien sacude con esta independencia el yugo de la costumbre; es él, cuyo patriotismo elevado descuida las fábulas y los relatos de las victorias pasadas para admirar la grandeza presente de Atenas, soberana de la Grecia por el espíritu liberal y por la inteligencia; es él quien, al comienzo de una lucha decisiva, abre con una gravedad confortadora el porvenir á sus conciudadanos emocionados, como á los representantes de la civilización y de los destinos naturales de la patria helénica. En las ideas á cuya altura eleva sin esfuerzo á los atenienses, como en la facilidad tranquila y majestuosa de su lenguaje, hay algo de eterno: no es el pomposo adulator de una multitud celosa y vanidosa; es el hombre de Estado que nos comunica á nosotros mismos su profunda admiración por su país. He aquí por qué el discurso de aparato que en el fondo se conforma lo menos servilmente posible con las tradiciones del género, es, sin duda, la obra maestra.

Hypérides no tiene esta grandeza serena. No se siente en él al dominador de la multitud reunida para escucharle; pero no parece menos atrevido, si no como político, por lo menos como orador de ceremonias fúnebres. Del mismo modo, destierra ó hace entrar en la idea presente los períodos convencionales. Para Pericles, se trata de poner las almas al nivel de la lucha decisiva en que la patria se comprometía; él es el intérprete del entusiasmo excitado por la victoria. De ahí aquel cuidado de hacer valer los campos donde acababan de perecer los soldados de Atenas, y de realzar sus rasgos característicos, lo que no parecen haber hecho los oradores de las épocas precedentes. Diríase que aquel homenaje tradicional rendido al pueblo ateniense bajo la forma de la oración fúnebre, había sido como una estatua ideal, cuya altura no había permitido ver el detalle de la fisonomía. Inmóvil en su magnífico traje, produce su efecto por la belleza teatral de las actitudes y no por el encanto de una expresión accidental y fugitiva. Era, pues, una novedad oír un elogio preciso y particular de las luchas en que se honraba á las víctimas. Antes Atenas estaba tan ocupada del honor que se le rendía, ó mejor, que se le concedía ocasionalmente, que apenas pensaba en las circunstancias de su muerte. Hypérides, por el contrario, no se olvida de recordar la primera victoria conseguida en Beocia, y la ocupación del paso de las Termópilas, y la derrota de Antipater al buscar un refugio en Lamia, y la alianza voluntaria de la Etolia, de la Fócida y de la Tesalia, arrastradas en pos de Atenas por sus éxitos. No cree celebrar demasiado los numerosos combates sostenidos en esta dura campaña, en que se precisaba luchar hasta contra las intemperies y las privaciones. Hace una verdadera

topografía de las principales batallas á fin de mostrar á los atenienses los estimulantes del valor que ellos habian desplegado, y las garantías de su gloria para el porvenir. En Beocia, ellos veían las ruinas de Tebas, su Acrópolis guardada por una guarnición macedonia, su territorio privado de sus habitantes, vendidos como esclavos y divididos entre sus propietarios extranjeros: ¡qué elocuente exhortación para combatir enérgicamente! Dos veces por año, la Grecia enviaba á las Termópilas á sus representantes á ocupar su silla en el consejo anfictiónico, y cada una de estas reuniones despertaba el recuerdo de los vencedores. ¿Qué vencedores, en efecto, han sido nunca más dignos de recuerdo? «¿Qué soldados combatieron jamás por un precio más hermoso y menor número contra un más poderoso enemigo? La fuerza estaba para ellos en la virtud, el número en el valor... hicieron de la libertad el bien común de todos los griegos, y de la gloria adquirida por sus acciones, una corona inmortal con la que ciñeron á su patria.»

He aquí los elogios que Atenas recibe en estos momentos; quiere que se le hable de esos días en que acaba de sacudir la larga humillación del yugo macedonio, que se celebre aquella revancha de Queronea esperada durante diez y seis años: lo pide imperiosamente á su orador. Le autoriza al mismo tiempo á otra innovación, en que la marca de la época no está menos visiblemente impresa, y esto es lo que distingue más profundamente el discurso de Hypérides de todos los del mismo género. En el origen, la oración fúnebre ateniense era anónima; no era el elogio de una persona en particular. Los funerales públicos no eran concedidos al jefe cuyos talentos militares habian servido bien al Estado; el pueblo que prohibía

inscribir el nombre de Milcíades por debajo de la batalla de Maratón, pintada sobre un muro de Poecila, no podía conceder á un ciudadano semejante honor. Todos los ciudadanos eran llamados á una fiesta común. Todos los muertos eran igualmente celebrados, todos los supervivientes tenían parte en las alabanzas, porque era el país quien se glorificaba á sí mismo en sus hijos legítimos, aproximándoles y reuniéndoles en una comunidad de privilegios y de gloria. Era él quien había dado origen á una raza única en el mundo, noble, generosa, capaz en todo tiempo de grandes cosas y del sacrificio de que acababa de dar un ejemplo reciente; era él quien, por instituciones liberales, había alimentado y perpetuado en ella la fuerza y la pureza de las cualidades originales; era él quien se daba á sí mismo un justo homenaje. Este círculo estrecho y riguroso en el cual parecía encerrarse la oración fúnebre, no podía admitir el elogio particular de un hombre por ilustre que fuese; hubiera sido una ofensa á la democracia y una especie de desafío lanzado por el orador á los implacables y vanidosos celos de su público.

Pues bien: esto precisamente es lo que hizo Hypérides: el nombre de Leóstenes resonó en todo su discurso. Leóstenes es quien decidió la guerra y quien dirigió como general. «Conociendo él que Atenas necesitaba un hombre, y la Grecia una ciudad que pudiese ponerse á la cabeza del movimiento, se dió á su patria y dió su patria á la Grecia para marchar á la libertad.» Él es quien consiguió las primeras victorias, y ahora que ha sucumbido «sobre los fundamentos puestos por él, se elevan los éxitos actuales». Sin embargo, pregunta el orador por un escrúpulo democrático, los demás atenienses que han caído también en el campo de batalla, ¿no son sacrificados en este pa-

negórico exclusivo? Su elogio está comprendido necesariamente en el de su jefe, porque toda victoria del general supone el valor y la abnegación de los soldados. Hypérides les otorga además una gran parte de las alabanzas. Exalta sus acciones y su gloria sobre la tierra, y les coloca en la región de las moradas infernales habitadas por los héroes; pero todavía no forman más que el cortejo de Leóstenes, mientras que éste va á juntarse al grupo glorioso de Milciades, Temístocles, Armodio y Aristogitón. ¿Es esto todavía la oración fúnebre ateniense?

El atrevimiento que parece haber tenido el carácter de Hypérides, no basta para explicar una transgresión tan completa de la ley original. En aquellas obras literarias de la antigua Grecia, que habían nacido de la política y que de ella vivían, la política únicamente podía producir transformaciones. No era el gusto innovador de Aristófanes ni de ningún otro poeta, era el advenimiento de la oligarquía, lo que hacía suceder á la comedia antigua la media y la nueva comedia. Del mismo modo aquí lo que altera hasta este punto el carácter esencial de un género que había creado para su propia satisfacción, era una modificación profunda de la democracia. En realidad, el discurso de Hypérides, cualquiera que sea su incontestable valor, señala el fin de este género al mismo tiempo que el crepúsculo de la democracia. Atestigua también la decadencia del patriotismo en el momento en que se celebra su triunfo. A despecho del aparato de solemnidad, á pesar de la sinceridad del entusiasmo en que se inspira, deja sentir la miseria y la tristeza de los tiempos. Los ciudadanos que acaban de sucumbir son los dignos émulos de los soldados de Maratón y de Salamina: tal es el cumplimiento de costumbre;

pero ¿cuál es su primer título á semejante asimilación? Ellos marcharon por sí mismos contra el enemigo; ellos han sostenido con su presencia á las tropas mercenarias, sin las cuales no había entonces éxitos ni guerras posibles. Desde hacía mucho tiempo, Demóstenes había reclamado ese esfuerzo de sus conciudadanos, y esta debilidad de los atenienses se remonta más allá de las primeras amenazas del poder naciente de Filipo. He aquí un rasgo de las costumbres de fecha un poco más reciente: no es el Estado quien reúne y forma regularmente los cuerpos de mercenarios; tiene fuera, y al lado del Estado, jefes de bandas completamente constituidas, cuya buena voluntad puede serle preciosa; el primer elogio que Atenas concede por boca de su intérprete á Leóstenes, es el de haberle dado auxiliares congregados de antemano y dispuestos á servirle. Tal es el beneficio por el cual mereció desde luego la recompensa póstuma que le está personalmente destinada.

Pero nada es más significativo que esta misma recompensa. Medio siglo antes habían sido inauguradas las estatuas personales y semejantes: así, un artista había representado á Chabrias en la actitud de combate, como cuando á la cabeza de una tropa de conciudadanos había sostenido el choque de los espartanos. Para que se viese en Atenas esta derogación de la costumbre severa de los antepasados, habían sido precisos los desastres inauditos de la guerra del Peloponeso y una disminución tal del sentimiento nacional, que los soldados no se atrevían á mirar de frente á los soldados de Esparta. El honor tributado á Leóstenes es, bajo una nueva forma, la repetición del mismo fenómeno político. No se explica más que por la humillación profunda que Atenas sufría hacía ya años

bajo la dominación de la Macedonia, y, á pesar de la fuerza de la ilusión presente, es él mismo la prueba más manifiesta de lo inmenso del mal de que se creía curada. Estos homenajes extraordinarios son, por parte del Estado, confesiones de impotencia, sobre todo si se trata de repúblicas de la antigüedad, celosas y absolutas. En este caso, es también una abdicación, porque la idea primera de tal república, y Atenas había pretendido realizarla por entero, es bastarse á sí misma y sostener á los ciudadanos más capaces en los rangos de una multitud en que cada uno, por virtud de la Constitución, debía ser idóneo á servir los intereses de la patria común. Desde el momento en que destaca de sí misma un hombre para honrarle más y que deshace en su favor el molde sagrado de sus instituciones, es que su organización está herida en el corazón y próxima á disolverse. Diodoro, recogiendo recuerdos acaso un poco confusos ya, no habla de Leóstenes más que á propósito de la fiesta fúnebre, y dice que se le rindieron los mismos honores que á un héroe. Esto hubiera sido una medio apoteosis; era en todo caso la sustitución de un hombre á la patria en una solemnidad que ella había instituido para sí misma. Semejante sustitución no era posible sino porque la patria, en esta triste época, estaba próxima á desaparecer con los dos elementos esenciales de la antigua sociedad política: la libertad, madre de la virilidad, de la dignidad, del sacrificio, y la religión, lazo primitivo de la familia, de la tribu y de la ciudad.

Este mal mortal se extendía á toda la Grecia. Por todas partes las sacudidas impresas por los desastres públicos, los excesos de la demagogia ó de la oligarquía, la ambición personal y la venalidad, explotada

por el Asia bastante antes de serlo por Filipo, había desde hacía mucho tiempo destrozado ó aflojado los resortes de la constitución política y social. Cuando á esto vino á añadirse el despotismo de Macedonia, nada resistió; en algunos años la desorganización interior y la servidumbre hicieron progresos decisivos en esta tierra, que se creía libre y generosa entre todas. Podemos alegar el testimonio de Hypérides mismo, sus temores, á los cuales se apresura demasiado á renunciar, y su honrada indignación. «Hay que pensar, dice, en lo que hubiera sucedido si estos hombres no hubiesen combatido tan bien. ¿No se vería á toda la tierra sujeta á un solo dueño, y la Grecia reducida á no tener otra ley que su capricho? En una palabra, dominaría en jefe la insolencia de los macedonios, reinando por todas partes en lugar de la justicia, y agotando todos los géneros de ultraje contra las mujeres, con las vírgenes y con los niños. ¿Quién dudará, á la vista de esto, lo que al presente nos ha tocado soportar? Sacrificios ofrecidos á los mortales, las estatuas, los altares y los templos de los dioses descuidados en provecho de los hombres, que les disputan los honores, los servidores de esos hombres adorados como héroes, he aquí lo que nuestra conciencia se ve forzada á sufrir. Si la audacia macedonia destruye así la piedad hacia los dioses, ¿qué no hubiera hecho respecto á los hombres! ¿No hubiera anatematizado toda moral?... No hay felicidad más que cuando se obedece, no á la amenaza de un hombre, sino á la orden de la ley; libertad más que cuando se teme, no ser acusado, sino ser convencido; seguridad para las personas más que cuando está, no entre las manos de aquellos que adulan á los amos y calumnian á los ciudadanos, sino bajo la garantía tutelar de las leyes. To-

dos estos bienes, aquellos guerreros los han buscado fatiga sobre fatiga, destruyendo por sus peligros diarios las causas eternas de temores para sus conciudadanos y para los helenos, y sacrificando su vida á fin de conseguir el bienestar común.»

No es éste el tono de una filípica: la tribuna del Pnyx tenía otros acentos y otros entusiasmos más libres; pero esas frases, que en el griego se balanceaban con arte, respiran, sin embargo, pasión. Elegañaría gravemente el que no viese aquí más que un lugar común y una simplificación declamatoria; la historia sostiene estos rasgos de elocuencia y marca en ellos alusiones precisas. Aquel *servidor de un hombre honrado como un héroe*, es Hefestión, de quien Arriano y Plutarco nos describen los prodigiosos funerales. No: aquí la retórica no inventa nada; no hay aquí más que la imagen demasiado verdadera del envilecimiento de la Grecia y de las humillaciones de que Atenas misma, la noble Atenas, estaba amenazada. Ya algunos años antes ella había reconocido á Alejandro como hijo de *Júpiter Ammón*; pero al menos fué sin entusiasmo, con una triste resignación, á pesar de los esfuerzos de Demades y de algunos otros; así, y sólo así, había aceptado aquella divinidad como una necesidad política más ridícula que vergonzosa. Sin embargo, después de la derrota de Cranon, á la mañana siguiente del discurso de Hypérides, ¡cómo se precipita todo! Los más ilustres defensores de la libertad, Demóstenes, Aristonico, Hirmeraeo, Hypérides mismo, mueren sacrificados. Bien pronto trescientas sesenta estatuas de bronce se levantaron en Atenas en honor de Demetrio Falero. Diez años más, y se elevarán templos al que se llamaba á sí mismo libertador, Demetrio Poliorcete. Se bordarán sus hazañas y las de su padre

Antígono al lado de las imágenes de *Júpiter* y de *Minerva*, sobre el peplo de las Panateneas; más tarde, se le entregará el Partenón mismo para instalarse allí con sus cortesanas favoritas en el lugar de la diosa virgen, y se le prodigarán las adulaciones hasta disgustarle. Se había alejado durante varios años, llamado por otras guerras; cuando volvió en la época de las Eleusinas, es acogido, como el dios de las fiestas, con procesiones, bailes, himnos entusiastas, cantados en el ritmo consagrado á *Baco*. Es Demetrio, hijo de *Poseidon* y de *Afrodita*, que llega con *Demeter* (la diosa de Eleusis), es el dios supremo que ven y adoran faz á faz. «Es á ti á quien nosotros rogamos, porque los otros dioses están muy lejos, ó no tienen oídos, ó no existen, ó no se inquietan por nosotros; pero á ti te vemos delante de nosotros, no en madera ni en mármol, sino presente realmente...» He aquí hasta dónde llegan los transportes del servilismo ateniense; este canto es la señal de la decadencia definitiva. El interés que ofrece el discurso de Hypérides pronunciado tan pocos años antes en medio de otro entusiasmo generoso y sincero, es demasiado vivo. Es muy precioso para nosotros recoger los últimos acentos viriles y nobles que hayan resonado en Atenas. Ellos se elevan por encima de las miserias como la protesta suprema del patriotismo expirante. Por ellos comprendemos mejor la venganza de los verdugos de Antípater mutilando á Hypérides antes de matarlo, y arrancando la lengua que había herido antes y retardado por un tiempo el despotismo macedonio.

III

Nos es difícil leer una oración fúnebre sin pensar en las grandes obras que han ilustrado entre nosotros la cátedra cristiana, y que, á pesar de algunas protestas recientes, permanecen siendo las obras maestras de nuestra elocuencia. El discurso de Hypérides es, después del de Tucídides, el que mejor sostiene tal parangón. Se ve fácilmente cuál es su mérito: no la amplitud ni la majestad, sino la pasión, y la naturaleza de esta pasión, que es más ardiente en Hypérides que en ningún otro orador de los funerales atenienses, es acaso lo que mejor nos permite notar en qué consiste la fuerza propia de sus obras que vamos á comparar en conjunto.

«La oración fúnebre es un género falso», ha dicho un día un crítico de talento, á propósito de un excelente libro sobre el genio oratorio de Bossuet (1). No sé si este juicio es bastante serio, porque una buena parte de las literaturas antiguas y modernas caería necesariamente bajo el golpe de sentencias análogas, si se hubiese de juzgar con el mismo espíritu la lista de los géneros verdaderos y de los falsos. A decir verdad, la distinción apenas importa, no tiene objeto, estando lo principal en el valor de las obras, y si se reproduce aquí esta salida de tono renovada por Voltaire, no es para defender á Bossuet, que no tiene necesidad de ser defendido; es que niega á la oración fúnebre de nuestro siglo clásico, lo que constituye precisamente su evidente superioridad sobre la oración fúnebre ateniense.

(1) *Bossuet orateur*, por Gandar.

El orador cristiano está en su verdadera situación, en tanto que el orador de Atenas se aleja de ella. El primero pertenece desde luego al pensamiento que domina en la ceremonia, al pensamiento de la muerte. Sin duda que el pensamiento mundano y el pensamiento religioso se confunden en una misma ostentación de magnificencia; pero el sacerdote toma por testigo esta pompa misma, vanamente desplegada alrededor de un cadáver, esas columnas de un catafalco «que llevan hasta el cielo el magnífico testimonio de nuestra nada». Si celebra con emoción la muerte repentina de una princesa en el brillo de la juventud, en medio de las gracias más seductoras del espíritu, es para mostrar el poder y la impotencia de la muerte, que disipa en un instante toda esta síntesis brillante y graciosa de que se componía tan bella existencia, pero respeta el alma piadosa de Enriqueta de Inglaterra. Si toma la palabra sobre el cuerpo de aquel que todo un pueblo ha mirado durante medio siglo como el representante de la grandeza divina en la tierra, es para gritar ante todo: «¡Sólo Dios es grande, hermanos míos!» Así, que cualquiera que sea la situación de la Iglesia con respecto á un reino de derecho divino y las relaciones casi inevitables del obispo con el cortesano, por muy elevado que sea el lugar del trono frente al altar, no es la política y la adulación, no son los intereses humanos los que dictan al orador sus primeros pensamientos; es desde luego el ministro de Dios quien habla á los hombres de la muerte en el monumento que ellos han elevado para prepararse á la plegaria.

Hypérides, como todos aquellos que le han precedido, dice también: «¿Podría hablar de otro modo cerca de una tumba?» Sin embargo, sorprende que una elo-

cuencia como la suya no saque más partido de esta gran idea. Desde hacía mucho tiempo, la filosofía y los misterios, sobre todo los de Eleusis, en los cuales toda Atenas se hacía iniciar, y la poesía misma, al menos bajo la lira de Píndaro, habían familiarizado á los espíritus con el pensamiento de la inmortalidad del alma. ¿Cómo era que este asunto, tan propio para inspirar á los oradores, parece estarles vedado? ¿No fué al lado de ellos y para ellos, si es verdad que la mayor parte habían sido los discípulos de Platón, donde fueron escritos el *Fedro* y el *Gorgias*? Y he aquí lo más sorprendente aún. El mismo Platón hace una oración fúnebre en la que es tanto más libre cuanto que no se dirige más que á lectores, y, sin embargo, en nada aprovecha la doctrina que se había dado por misión extender, y esto ni aun bajo la forma de que la fe popular les había revestido al través de varios siglos; no hay una palabra en el *Menexene* ni sobre la morada encantada de las almas puras ni sobre la justicia de las divinidades infernales. Entre los autores de elogios fúnebres, Demóstenes es quien hace la alusión más explícita á estas creencias. «¿Cómo, dice, no creeríais en la felicidad de aquéllos que, sin duda, están sentados cerca de las divinidades infernales, participando en las islas bienaventuradas de la morada y los honores asignados á los hombres virtuosos de las edades anteriores?» En cuanto á Hypérides, se contenta, sobre este gran asunto, con algunas palabras graves y reservadas: «Si después de la muerte es como si no se hubiese nacido, se encuentra uno al abrigo de las enfermedades, de los disgustos y de todos los accidentes á los cuales está expuesta la vida humana; si, por el contrario, como nosotros creemos, se conserva en los infiernos la facultad de sentir, y si

en él se está sometido á la acción vigilante de los dioses, es natural que aquéllos que han defendido los altares profanados sean, por parte de la divinidad, objeto de la más grande solicitud.» Estas son las últimas palabras del discurso. Nada más conveniente, seguramente, que esta confianza en la justicia y en la Providencia divina; nada, empero, menos atrevido que la forma dubitativa bajo la cual se produce. «Si se conserva en los infiernos la facultad de sentir», era cuestión decidida desde hacía mucho tiempo por la costumbre religiosa; de otro modo, las libaciones ofrecidas sobre las tumbas y las oraciones por las cuales se invocaba la bienaventuranza de los muertos, no hubieran tenido sentido. Sin embargo, esta creencia, consagrada por ritos, no estaba firmemente asentada en los espíritus para que la multitud hallase allí un principio cierto de esperanza ó de temor, una sanción asegurada de la ley moral. La multitud dudaba, é Hypérides, que, sin embargo, quiere afirmar aquí una ley favorable á los vengadores de las profanaciones macedónicas, Hypérides mismo casi duda con la multitud, que luchaba entre las dos hipótesis que él reproduce. O bien *después de la muerte es como si no se hubiese nacido*, y entonces se presenta el triste consuelo más de una vez expresado en las máximas de la sabiduría antigua y en las lamentaciones de los poetas: se escapa á las tristezas de la vida; ó bien la muerte no extingue el sentimiento y hay una especie de vida en el infierno. Las palabras de Hypérides son, ó poco falta, una fórmula completamente hecha, empleada ya por el autor del *Menexene*, que, cuando llegue la ocasión, repetirá á su manera la comedia, testigo más fiel de las opiniones populares. «Si verdaderamente, como pretenden algunos, los muertos con-

servan el sentimiento, yo me ahorcaría para ver á Eurípides», dirá un personaje de Filemón.

En el fondo, lo que mejor había entrado en las ideas es que la muerte no deshacía todos los lazos de la familia. Los mantenía, por el contrario, en este mundo, y acaso fué esto para los griegos el principio de la moral social. La muerte les encerraba después de la vida terrestre en los infiernos, donde los hijos se encontraban en presencia de sus padres. De aquí en gran parte el papel de Antígono en Sófocles y las palabras patéticas que le atribuye. «Descendiendo entre los muertos, al menos alimento la esperanza de que mi padre me recibirá con afecto, así como tú, madre mía, y tú también, mi querido hermano.» De aquí también un pasaje de la prosopopeya del *Menexene*, en que los mismos padres dicen á sus hijos huérfanos: «Si conserváis piadosamente la herencia del honor y de gloria que nosotros os dejamos, seréis bien recibidos cerca de nosotros cuando vuestro destino os conduzca allí; si, por el contrario, la descuidáis, si no teméis envileceros, nadie os acogerá con alegría.» Apoyándose en esta creencia, la imaginación podía darse cierta libertad. Esto ya se había visto en los cómicos, por ejemplo en las *Ranas* de Aristófanes, donde Esquilo, Sófocles y Eurípides vienen á encontrarse en los infiernos. A su vez, Hypérides toma á este orden de ideas su cuadro de la recepción de Leóstenes entre los héroes de la epopeya y del patriotismo ateniense. Allí está el trozo capital de su discurso sobre la vida futura, y tiene, sin contradicción, la imaginación y el espíritu mayor parte en él que la emoción religiosa.

Una idea oratoria espiritual, brillante; un lenguaje frío, indeciso: he aquí lo que suministra á uno de los más grandes oradores de Atenas ese pensamiento de

la muerte y de la vida futura, que llegó á ser para la elocuencia cristiana el origen de los efectos más naturales y más patéticos. ¡Qué diferencia con las palabras que encuentra la oración fúnebre ateniense para jactarse de los honores que la magnificencia de la ciudad ostenta á las miradas, para alabar la gloria humana y su inmortalidad! Tal es, en efecto, lo que debe fijar todas las miradas y todos los pensamientos en este día en que la patria hace, bajo forma tan solemne, un llamamiento á la abnegación de sus hijos. He ahí lo que brilla por encima de esos duelos particulares, á pesar del aparato presente de la muerte, y aun les arranca sus víctimas. Ninguno lo ha dicho mejor que Hypérides, cuya elocuencia aquí es particularmente ingeniosa. «A estos libertadores de la Grecia, dice, no hay que creerles desgraciados por haber muerto, pues cambiaron un cuerpo mortal por un renombre inmortal... No: no han muerto, porque no conviene aplicar esta palabra á aquéllos que han renunciado á la vida para alcanzar un fin glorioso; trocaron la vida por una condición mejor. La muerte, tan penosa para los otros, ha sido para ellos el principio de grandes bienes; ¿cómo pues, no pensar que han sido favorecidos por la fortuna, y que no sólo no han muerto, sino que han obtenido un segundo nacimiento más precioso que el primero? Este no había hecho de ellos más que niños privados de razón; el de hoy les hace hombres de bien. Antes, solamente al precio de mucho tiempo y de muchas pruebas conseguían demostrar su valor; actualmente, renacen ilustres y celebrados por todas las memorias por su virtud.» Tal vez hay aquí algún refinamiento en la explicación de esta palingenesia por la gloria; pero el movimiento atrae, y lo que nosotros

encontramos de ingenioso y de sutil no debió disgustar á oídos atenienses. Tocamos aquí el verdadero pensamiento de estos funerales públicos. Para expresarlo, el orador despliega su arte y su poder, y llega á ser el rival de los poetas; el patriotismo diviniza á los hombres que han dado su vida por él. Esto es lo contrario del pensamiento cristiano; es también lo contrario de las graves ideas que la muerte despierta naturalmente y de las concepciones elevadas que inspira á la filosofía; pero cuadra bien en el genio griego, al que atrae desde luego el movimiento y la luz, lo que es perceptible á los sentidos, lo que convida al hombre á la acción y al goce de sus facultades. La contemplación meditativa y triste es seguramente idónea, y su filosofía lo probaría en caso de necesidad; pero repugnaba á las costumbres políticas de Grecia, al espíritu de la ciudad y á la religión popular.

¿Necesitaremos ahora volver á la cuestión de la legitimidad de los géneros? En todo caso, deberá decidírsela en favor de la oración fúnebre cristiana. Como ésta se une más fuertemente y con más independencia á la idea de la muerte, tiene algo de menos ficticio, de más profundo y más durable. En efecto: la oración fúnebre ateniense no tuvo más que un tiempo y no ha sido más que un accidente en la vida de un pueblo griego. Desapareció con el mismo Hypérides y con el estado político al cual estaba consagrada; pero este accidente está estrechamente enlazado con el más bello período de los destinos de Atenas, del que ha seguido las vicisitudes; á pesar de la violencia original de convenciones y adulaciones que siempre le son impuestas, la oración fúnebre ateniense cambia y se renueva con una flexibilidad completamente griega; llega casi hasta transformarse exteriormente en su último esfuerzo

que es uno de los más bellos y que expresa mejor el sentimiento del cual ha nacido: el patriotismo. ¿Qué importa, después de esto, que no haya contenido en sí misma una parte de la verdad eterna lo bastante considerable para durar más, y que haya sido por su origen y por su esencia condenada á no suministrar más que á una carrera limitada? ¿No es esta la suerte común de aquello que vive mucho de la vida de este mundo, de todo esto de que reviste fielmente las formas y que pertenece á las circunstancias del momento? Esta ley, imponiéndose á la elocuencia política y sosteniendo tantas nobles verdades, no muere más que para volver á renacer. La obra de Hypérides resucita en torno suyo el movimiento de un pueblo, nuestro maestro en civilización y nuestro precursor en política; nos representa sus fiestas, sus pasiones, sus debilidades y algo de sus grandezas. Escrita en una lengua admirable, ofrece una mezcla curiosa de formas literarias muy determinadas por el uso y cualidades propias de un gran orador. Es, pues, obra viviente y perdurable, aunque el género muy particular en que debe incluirse hubo de perecer, y perecer para siempre: es la obra de un ateniense, pagano y demócrata, pero elocuente y espiritual.

DEMÓSTENES

EN EL ASUNTO DE HARPALES

El asunto de Harpales, con sus frases y sus consecuencias, constituye uno de los más curiosos episodios de la historia griega. El tesorero general y amigo particular de Alejandro, después de haber abusado grandemente para sus placeres del caudal que se le había confiado, se salva del Asia refugiándose en Grecia. Los atenienses le reciben después de algunas dudas; pero de repente, bajo el imperio del temor, le meten en la cárcel y se apoderan de su dinero, para hacer una restitución como les mandaba su probidad. Se evade, y mientras que va á hacerse matar en Creta por uno de los aventureros que le habían seguido, se da cuenta de que ha corrompido á la mitad de los oradores, comenzando por el más ilustre de todos, por el mismo que le había hecho encarcelar. Demóstenes, atacado delante del tribunal por Hypérides, su rival en elocuencia y su más ardiente aliado contra la Macedonia, es condenado y á su vez encarcelado, y consigue evadirse como Harpales. Después de un corto destierro vuelve á entrar triunfante en la ciudad que acababa de abatirle, y bien pronto vuelve á dejarla herido por una nueva sentencia y para morir como sabemos.

Tal es la serie de hechos que nos presenta la tradición generalmente extendida. Sería difícil encontrar á

propósito de nombres célebres una reunión más sorprendente de aventuras y peripecias relacionadas con el mismo asunto y encerradas en tan corto espacio de tiempo. La primera ciudad de la Grecia lanzada en una serie de contradicciones y de obstáculos; el más grande de sus oradores mezclándose, á lo que parece, con su propia conducta en las inconsecuencias públicas y exponiéndose, casi en vísperas de una muerte tan patética, á dejar una reputación obscurecida, y todo esto á consecuencia de una gran estafa, pues el autor es un notable ejemplo del desencadenamiento de las pasiones voluptuosas y del desorden que había excitado alrededor de Alejandro aquella prodigiosa fortuna de victorias y conquistas. A primera vista, ¿no hay en todo esto un tópico propio para halagar ese gusto de sabiduría negativa que se satisface á expensas de los pueblos y de los hombres ilustres? Me admira, en verdad, que Montaigne haya descuidado esta ocasión de poner en relieve la inconstancia y las rarezas de la naturaleza humana.

Por lo demás, salvo la intención, el autor de las narraciones más conocidas sobre este asunto apenas hace otra cosa que lo que hubiera podido hacer Montaigne. Plutarco se hubiera sorprendido, cuando no indignado, de que en este punto le diese lecciones un escéptico. Y, sin embargo, al ver la facilidad y la calma con que acoge los detalles más extrañamente desfavorables á sus héroes, no parece que tenga gran confianza en su carácter ni que sienta por ellos un vivo interés. Esto procede de que en él hay más curiosidad que emoción. Sin renunciar al partido tomado del examen de la verdad, se entrega mejor á un placer que no obedece á un deseo imperioso de conocer el fondo de las cosas. Así es que cuando nos habla de Demóstenes,

si no olvida los rasgos principales de esta gran figura, se inquieta poco de conciliarlos con las anécdotas que encuentra en su camino y que acepta de buen grado. Aquel orador maravilloso, aquel ciudadano abnegado, se dejó corromper ridícula y miserablemente: ¿por qué no? El hecho está admitido, puesto que ha sido contado, y esto prueba que en este punto Demóstenes es inferior á Cicerón. Soportó con impaciencia el destierro: tal debilidad es indigna del sabio, que debe mantener una constancia á toda prueba. He aquí cuál es, aproximadamente, la naturaleza de las reflexiones de Plutarco, y él se cree imparcial y moralista. Interesa, sin embargo, por el agrado que extiende sobre estos diseños, á la vez vagos y cargados con los dones pintorescos de su estilo; y después de todo, él queda muy pagado de su tarea con la satisfacción de la gran mayoría de los lectores que se figuran conocer íntimamente á los grandes hombres desde el momento en que aquél les comunica por su cuenta algunos detalles verdaderos ó supuestos.

En general, los modernos, cuando tratan los mismos asuntos que Plutarco, entretienen menos el espíritu del lector; pero ponen en su trabajo más conciencia y más sincera emoción. La crítica es más escrupulosa y más apasionada: examina más de cerca las fuentes de información y va directamente á lo que importa saber y juzgar. Hasta cuando no hacen, como Plutarco, una vida de Demóstenes, es éste quien, en el asunto de Harpales, forma el objeto principal de su atención. ¿Ha sido inocente ó culpable? He aquí el punto capital. Las aventuras del opulento refugiado, las agitaciones y las contradicciones políticas de los atenienses: éstas son, sin duda, las escenas interesantes; sin embargo, en fin de cuentas, se pierden en

aquel drama general en que el genio de Alejandro envuelve á todo el mundo antiguo. Pero respecto á Demóstenes, el antagonista del que fundó el poder macedonio, el nombre más grande del siglo con los de Filipo y Alejandro, la gloria más bella de la primera tribuna que haya existido, su conducta y lo que concierne en esta última crisis de su vida, son de otro interés muy vivo y poderoso. ¿Quién no se confunde al pensar que vendió entonces su palabra y su país? ¿Quién no quiere saber si esto es verdad? El desacuerdo de la inteligencia y del carácter nos repugnan siempre como un desorden; pero lo que estamos menos dispuestos á concebir es la alianza de las más raras cualidades del orador y la perversidad del ciudadano; es este triste mentís dado á la vez á los nobles principios que parecían el alma de aquella gran elocuencia y al patriotismo de que se creía haber hallado tantos gajes en el curso de tan gloriosa carrera.

Así, cada vez que un crítico ó un historiador es llevado á ocuparse de esta cuestión, vuelve á comenzar el debate, instruye de nuevo el proceso de Demóstenes, compulsa las piezas con paciencia y con ardor, relee todos los testimonios antiguos y quiere formarse una convicción. Los unos se rebelan enérgicamente contra la culpabilidad de Demóstenes, y le declaran incapaz é inocente de semejante bajeza; la mayor parte de los otros busca, al menos, explicaciones para salvar lo más posible su dignidad y su probidad política. Parece, en efecto, que en semejante causa se trata del honor de la humanidad y no se puede condenar un ejemplo tal de las riquezas intelectuales y morales de nuestra naturaleza sin que la sentencia nos alcance á todos en nuestra impotencia para el bien.

Así es como se formó toda una bibliografía del pro-

ceso de Demóstenes, que data de hace unos cuarenta años y se termina por tiradas muy importantes de las grandes historias griegas de Tirihwall y de Grote y por una discusión muy completa del asunto que se acaba de hacer (aún no ha tres años) por el último biógrafo del gran orador, Schaefer (1). Así es que Grote sacó, naturalmente, provecho del descubrimiento de los fragmentos del discurso de acusación pronunciado en este asunto por Hypérides y señaló los progresos que ha impreso á la cuestión. Ahora bien: es bastante probable que se haya llegado hoy al grado de certidumbre que el asunto tolera. Si se hallase el resto del discurso de Hypérides, si se llegara á descubrir el discurso de defensa de Demóstenes, que, contrariamente á la hipótesis de Eysel, fué seguramente pronunciado, pero que, según toda apariencia, no se publicó nunca, se puede dudar que de él salieran luces nuevas sobre el punto más importante. En fin, acaso nos esté permitido seguir el ejemplo que nos han dado en Alemania y en Inglaterra tantos ardientes exploradores de la antigüedad, y de buscar á nuestra vez,

(1) Estos datos eran exactos en 1862, época de la primera publicación del presente opúsculo. Entre los autores de trabajos anteriores á los que en el texto se recuerdan, deben principalmente citarse: Becker, *Demosthenes als Staatsmann und Redner*; Flathe, *Geschichte Macedoniens*; Westermann, *De litibus quas Demosthenes oravit ipse*; Droysen, *Geschichte Alexanders des Grossen*; Eysel, *Demosthenes a suspicione acceptae ab Harpalo pecuniae liberatus*. Hoy debo añadir á esta lista una memoria muy extensa de Egger sobre algunos *Fragments inédits de l'orateur Hypéride* (en las *Mémoires de l'Académie des Inscriptions*, XXVI, segunda parte). A una restitución y á una interpretación de estos fragmentos, Egger ha unido un comentario histórico sobre los fragmentos ya conocidos del discurso de Hypérides contra Harpales.

por un examen de las circunstancias y detalles que han llegado á nuestro conocimiento, en qué conclusiones es posible detenerse.

I

Al comienzo del año 324, los atenienses sufrieron una gran emoción ante la nueva de que Harpales, que acababa de llegar á la entrada de su golfo, en el cabo Sunium, y que traía con él tropas bastante numerosas y tesoros considerables, estaba dispuesto á ponerlo todo á su disposición, si querían abrirle sus puertas y secundarle en una rebelión contra Alejandro. Este solicitante, tan bien provisto y tan bien armado, traía, además, una reputación particular y títulos especiales á la protección que les pedía. El favor de Alejandro y el abuso que de él había hecho, le habían hecho famoso en toda la Grecia. Perteneciente á una de las primeras familias de Macedonia, compañero de infancia del joven príncipe, había desde un principio casado su causa en sus querellas contra su padre, y aun pagado esta abnegación ó complicidad con un destierro. Esta desgracia, una vez llegado Alejandro al trono, fué el origen de la fortuna de Harpales. No permitiéndole la debilidad de su constitución aspirar, como los otros amigos del nuevo rey, á las dignidades militares, obtuvo por recompensa un cargo importante del tesoro. En esta calidad tomó parte en la expedición del Asia. Pero á este cargo estaban unidas tentaciones á las cuales él era incapaz de resistir. Con anterioridad á la batalla de Issus, se salvó por primera vez en Grecia, y se refugió en los alrededores de Atenas, en Megara, ciudad hospitalaria y

fácil para los voluptuosos. El perdón de Alejandro vino á buscarle allí, para colmarle después de mayores honores. Tal imperio tenía en el rey el reconocimiento, ó acaso, como piensa Thirlwall, era tal el encanto singular que Harpales ejercía sobre él por su espíritu y su talento de hombre de placer, que le concedió una confianza sin límites y le empujó hasta la obcecación. Este tesorero infiel, no solamente fué restablecido en sus funciones, sino encargado de una intendencia general que puso á su disposición el precioso botín de Ecbatana é hizo entrar en su distrito las provincias conquistadas. No es esto todo: cuando pagó con una nueva traición todos estos beneficios, Alejandro acogió con una incredulidad obstinada la denuncia y hasta la noticia de la fuga de Harpales, hasta el punto de hacer encarcelar á los primeros que la llevaron.

Sin embargo, nada era más cierto. La ausencia del rey, perdido con su ejército en las regiones fabulosas de la India, había sido para Harpales una ocasión de abandonarse sin freno á sus pasiones. Su audacia en el desorden y un ardor desesperado para los goces presentes, en esta época de incertidumbre y de inmensas revoluciones, le llevaron á excesos inauditos de lujo y de desorden. Babilonia fué de ellos principal teatro. Sus suntuosas fantasías para sus jardines y su mesa, sus escándalos y sus violencias contra las familias de la ciudad, fueron todavía sobrepujadas por sus locuras con dos famosas cortesanas, Pitionice y Glicería, que hizo venir sucesivamente de Atenas. Pitionice murió; dos magníficos mausoleos le erigieron: uno cerca de Atenas, en el camino de Eleusis, donde todavía excitaba la admiración de Pausanias; el otro en Babilonia, en forma de templo, y en él fué adorada, bajo el

nombre de Venus, su patrona. Glicería fué tratada como reina oriental. Instalada en el palacio de Tarse, usurpando los honores destinados á Alejandro, vió levantar su estatua en la plaza pública al lado de la de su amante. La noticia de la vuelta del rey puso fin á estas extravagancias y á estos escándalos. Llegó y restableció el orden de sus provincias, castigando con severidad á sus infieles gobernadores, y escribiendo á los más lejanos para licenciar las tropas de mercenarios que servían de sostén á su tiranía. Harpales no podía esperar nada de la clemencia de su amo. Se salvó llevando una suma de cinco mil talentos, y embarcó en treinta buques á seis mil mercenarios, con los cuales se dirigió hacia Sunium.

Tal era el hombre que pedía hospitalidad á los atenienses. Este manejo era para complacer á la ateniense Glicería, que en una penuria, algunos años antes, les había hecho regalos considerables de trigo. «Este favor de una cortesana parecía ser una garantía de ruina», decía más tarde, recordando este hecho, un poeta de la corte de Alejandro (el autor del drama satírico *Agen*). En cambio de su generosidad, Harpales había recibido el título de ciudadano. En este mismo tiempo, él había encargado á Charicles, yerno indigno de Foción, vigilar la construcción de la tumba de Pitionice, y sin duda también de reclutarle partidarios. Su causa personal parecía estar bien recomendada. Por lo demás, podía creérsela ligada á grandes intereses políticos. A estos gobernadores de provincia que, como Harpales, habían abusado de la ausencia del rey y que estaban también amenazados de su cólera, parecía no quedarles otra alternativa que el castigo ó la rebelión. También tenían ellos dinero y mercenarios. Que la señal partiese de Atenas, y el

ejemplo y el apoyo de la más poderosa de las ciudades griegas viniesen á estimular su audacia, á asegurar la reunión de sus esfuerzos, y en diversos puntos de Asia estallarían levantamientos á los cuales responderían los movimientos de la misma Grecia, cansada, por lo menos en parte, del yugo macedonio. Era la guerra de Agis, renovada en mayores proporciones y con más probabilidades de éxito. Este sueño del libertamiento de la Grecia, preparado por un vasto *complot* con el Asia, seducía la imaginación de más de un ateniense, en particular la del orador Hypérides, que nos ha dejado el testimonio de sus lamentos, y sirvió de argumento en las diferentes discusiones que se alzaron con motivo del asunto de Harpales.

Sin embargo, abandonarse á semejantes esperanzas era hacerse extrañas ilusiones. Los mercenarios de estos sátrapas macedonios, corrompidos por el Oriente, no tenían fuerza más que contra las poblaciones que ellos oprimían. No había en el Asia más que un ejército y un poder aplastante, contra los cuales era imposible toda lucha. Harpales lo sabía bien: él, que había empezado por huir, esperando más en el fondo de los azares de la fortuna que de la sagacidad de un plan bien meditado! Ni en Grecia, ni en los atenienses, ni en los otros pueblos, estaba nada dispuesto para un esfuerzo serio: ni el sentimiento público, que no podía pronunciarse enérgicamente en favor de Harpales; ni el patriotismo, pues nada solicitaba los esfuerzos entusiastas, ni los recursos militares, demasiado evidentemente insuficientes para hacer frente á la vez al ejército de Antipater, libre de todo otro cuidado, y á las tropas que la flota de Alejandro, dueña del mar, hubo de transportar por necesidad al teatro de la guerra. Así, no solamente los amigos de la paz y los

súbditos resignados de la Macedonia, como Foción, sino los más sabios partidarios de la independencia nacional, como Demóstenes, combatieron una proposición cuyo éxito hubiera comprometido inútilmente al Estado en una mala causa; su voz fué dócilmente escuchada por el pueblo, que se espantaba, además, del aparato medio amenazador con que se presentaba la demanda de Harpales. Esta demanda fué rechazada, y se ordenó á Filocles, que mandaba como estratega en Munich, cerrase el Pireo á los buques del fugitivo.

Harpales no se desanimó. Envió su pequeña flota y sus tropas á estacionarse en el cabo Tenares, punto de cita conocido de los mercenarios sin empleo, y se presentó á la entrada del puerto de Atenas con un solo barco, pidiendo ser recibido en la ciudad como suplicante del pueblo ateniense. No era, pues, un rebelde, que propusiese ostensiblemente su alianza á la cabeza de un pequeño ejército; era un refugiado, que venía sólo á implorar la buena acogida de la ciudad más humana de la Grecia, como ella se llamaba en toda ocasión á sí misma. Esta vez logró hacerse admitir, bien entendido que no llegaba con las manos vacías. Sus liberalidades, sus promesas, sus talentos de intriga y de desorden, le hicieron bien pronto un partido, sobre todo entre los oradores de una probidad dudosa, y entonces es cuando pudo creerse más próximo á lograr éxito. Sin embargo, el fondo de las cosas permanecía lo mismo; la causa de Harpales no había mejorado. Alejandro tenía también el derecho de reclamar su dinero robado y la persona del robador, y Atenas tampoco estaba en estado de afrontar una guerra para negárselos. «El día que la guerra sea inevitable, decía Demóstenes, se precisará hacerla á lo desespe-

rado. Yo propondría que cada uno se imponga sacrificios extraordinarios, que se hagan fundir los aderezos de las mujeres, los vasos preciosos y las ofrendas de todos los templos de Atica (1).» Por el momento, y de concierto con Foción, aconsejó la prudencia á sus conciudadanos. Los hechos vinieron bien pronto á ayudarle á abrirles los ojos. De diversos sitios llegaron las reclamaciones y las amenazas que él había predicho: de parte de Antípater, de Olimpia y del almirante Filoxeno, que mandaba en las costas del Asia Menor. La intervención de Filoxeno, sobre todo, parece haber producido efecto en los atenienses. La aparición de algunos buques, conducidos ó acaso solamente enviados por él, había bastado para llenarlos de terror. «¿Qué haréis cuando veáis el sol, les decía Demóstenes, vosotros que no podéis mirar una lámpara de frente?» Tal vez estos buques llevaban la noticia de la cólera que se había apoderado de Alejandro al saber la fuga de Harpales y el refugio que había escogido, y sus proyectos de expedición contra Atenas. Estos proyectos, acogidos con gusto por los oficiales del rey, no habían sido abandonados hasta que se tuvo conocimiento de la primera negativa de esta ciudad.

Demóstenes todavía se volvió á encontrar con Foción, para recordar á los atenienses, no el sentimiento de su interés, sino el de su dignidad. Era cuestión de entregar inmediatamente á Harpales á Antípater ó á Filoxeno; y los más imprudentes solicitantes de sus mercedes, eran ahora los más ardientes en apresurar esta resolución. Demóstenes combatió esta precipitación como servil, y quiso que las cosas pasasen al menos con una apariencia de regularidad y de indepen-

(1) Dinarco, *Contra Demosthenem*, 90.

dencia. Propuso que se aseguraran de la persona de Harpales, que se le hiciese declarar la cantidad que había llevado á Atenas, que esta cantidad fuese colocada en depósito en la Acrópolis y que á Harpales se le retuviese en la prisión, hasta que pudiese ser remitido, así como el dinero, entre las manos de un mandatario de Alejandro. Su proposición fué aceptada, y se le encargó á él de asegurar su ejecución. El pueblo se reunió en el teatro de Baco (1), donde hubo una especie de escena solemne dirigida por Demóstenes. Acaso, como conjetura ingeniosamente Sauppe, los tesoros, ya cogidos, fueron expuestos á las miradas de los espectadores. Harpales, públicamente interrogado, respondió que á su llegada á la ciudad traía con

(1) Esta inducción reposa sobre algunas líneas mutiladas del papiro de Harris, cuya interpretación tiene poco de fácil. Léese allí que Demóstenes, presente en la asamblea, hizo interrogar á Harpales por un coreuta cuyo nombre ha desaparecido y que estaba *sentado debajo del lugar tallado*, καθήμενος κάτω ὑπό τῆ κατατομῆ. Harpocracion, comentando estas palabras que hallamos en el papiro, cita á continuación un texto de Filocoro en que se trata de una inscripción grabada sobre la parte tallada de la roca de la Acrópolis, ἐπί τῆν κατατομὴν νῆς πέτρας, encima de una plataforma ornada de trípodes corales que sobresalían del teatro de Baco. Si se concluye de aquí que la asamblea de que habla Hypérides tuvo lugar en el teatro, hay que concluir que Demóstenes estaba colocado, si no sobre esta plataforma, al menos en la parte superior del teatro que estaba inmediatamente debajo y desde donde dominaba la multitud. Esta explicación carece de verosimilitud ó de claridad, por lo que en la memoria sometida á la Academia, yo había propuesto aplicar las palabras τῆ κατατομῆ, no al teatro, sino al lugar ordinario de las asambleas, al Pnyx, donde también se debió tallar la roca para hacer las disposiciones necesarias. A pesar del valor que Egger ha dado á esta suposición que en su memoria hizo suya, es más prudente, hasta que se

él setecientos talentos. Después de esta declaración fué conducido otra vez á la prisión, y el dinero hubo de ser transportado al día siguiente á la Acrópolis. A falta de su persona, sus esclavos fueron llevados á Asia, probablemente en los buques de Filoxeno.

Hasta aquí, Demóstenes aparece en una situación tan sencilla como buena. Pero dos causas vinieron á complicar sus asuntos y los de otros muchos. Harpales se evadió, y los comprobadores encargados de recibir y contar el dinero no encontraron más que la mitad de la cantidad anunciada. Había allí, pues, un *déficit* de trescientos cincuenta talentos: ¿qué había sido de esta suma enorme, pues los gastos personales de Harpales no habían tenido tiempo de absorber más que una débil parte? Su falta hacía desaparecer el principal medio de comprobar el empleo que pudo haber hecho. Esto fué un desencadenamiento de acusaciones de venalidad, cambiadas entre los oradores y los hombres de Estado de todo orden, según el grado de sus pasiones, y ávidamente acogidas por la malignidad de la multitud. En estas querellas y en estos rumores, uno de los más atacados era necesariamente Demóstenes. Era él quien lo había conducido todo, quien tuvo el embargo, que tomó el carácter de una ceremonia oficial, quien estaba encargado de hacer guardar á Harpales, y, en definitiva, no había logrado

haya encontrado la palabra *κατατομή* en textos sobre el Pnyx, referir su empleo al teatro. En Focio leemos que por *κατατομή* entienden unos el lugar de la orquesta y otros una parte del lugar reservado á los espectadores. Esta segunda interpretación, la más verosímil, se completa en un artículo de Bekker (*Anecdota*, 270), donde se recuerda que una parte del teatro estaba tallada en roca. Es el caso de las gradas que subsisten aún hoy.

más que comprometer igualmente su responsabilidad personal y la del pueblo. No había manera de presentar á los macedonios ni el prisionero, que él había dejado escapar, ni el dinero, pues había hecho público y cargado al Estado la escandalosa desaparición. Era para el Estado como para los ciudadanos sospechosa una situación falsa y sin salida satisfactoria, á la que, sin embargo, se necesitaba poner término; no podía dejarse la ciudad entregada á agitaciones sin fin.

Hubo la singular idea de invitar por una proclama á los culpables á devolver ellos mismos el dinero que habían recibido, prometiéndoles la impunidad. Era evidente, desde luego, que esta medida no podía dar ningún resultado. ¿Cómo era posible que cada uno de los que habían tenido parte en las larguezas interesadas de Harpales, hubiera venido á denunciarse á sí mismo y designarse así á la reprobación pública, sin tener la certidumbre de que los otros harían otro tanto y que él no sería la sola víctima de su imprudente docilidad? Suponiendo que hubiese cierto número de denuncias voluntarias, ¿á qué extremo hubieran conducido? Seguramente que la suma así encontrada sería mucho menor que la suma elevada que se trataba de alcanzar. El remedio no curaba nada. Pero entonces, si era tan manifiesto que la proclama debía quedar sin efecto, ¿para qué se hizo? Acaso sencillamente por hacer alguno, por dar una satisfacción ilusoria á la opinión, ó ganar tiempo; acaso por una repugnancia honrosa á comenzar jurídicamente las pesquisas, pues parecía resultar más perjuicio para los individuos que luz para las gentes sensatas y bien para el Estado. Acaso, por el contrario, fuese una maniobra interesada: aquéllos que no tenían la conciencia tranquila, podían tratar de cubrirse por una

prueba de celo, provocando esta declaración inofensiva; aquéllos que veían un enemigo comprometido, podían esperar comprometerle todavía más, añadiendo á las sospechas que no hubiera podido disipar el cargo de persistir en su conducta criminal, á pesar de la generosidad del pueblo. Este cargo no dejó Hypérides de hacerlo pesar después sobre Demóstenes y sobre todos aquellos que fueron llevados definitivamente ante el tribunal. «No les ha bastado escapar al temor del castigo devolviendo lo que habían recibido... Cuando aquellos que comenzaron por hacerse culpables y por dejarse corromper, no quieren, á pesar de la seguridad de la impunidad, restituir ese oro mal adquirido, ¿qué queda que hacer?...» El campo permanece abierto á las hipótesis, y en el fondo es una pretensión bastante vana querer, lejos de los hechos, explicar las contradicciones de un gobierno donde la política era hecha por todo el mundo. Lo que sí es cierto es que se necesitaba á toda costa una solución, buena ó mala. El pueblo necesitaba una información judicial: Demóstenes, en interés de su propia defensa, así como en el de la tranquilidad pública, apeló al recurso supremo que la Constitución reservaba para los casos de esta gravedad. Apoyado por algunos ciudadanos, y entre ellos Filocles, sospechoso por haber dejado penetrar á Harpales en Atica, tomó él la iniciativa de una proposición que encargaba al consejo del Areópago examinar todo el asunto. Empujado al fin por los ataques de que era objeto, llegó, en la redacción de su decreto, hasta á condenarse á sí mismo á la pena de muerte en el caso de que se le declarase culpable.

Era la época de las grandes Dionisiacas. En el mismo momento en que la corte de Alejandro aplaudía

en Susa ó en Ecbatana el pequeño drama satírico *Agén* y los epigramas que su real autor (1) no había desdeñado insertar en él contra Harpales y los atenienses, en Atenas, la comedia, fiel á sus costumbres, entretenía al pueblo con la gran novedad del día. El poeta cómico Timocles, previniendo la relación del Areópago, daba en un diálogo su lista de los oradores corrompidos:

A. Demóstenes tiene por su parte cincuenta talentos.

B. ¡Oh felicidad divina, si no los reparte con nadie!

A. Mercocles también ha recibido mucho...

B. Loco quien da, feliz quien recibe.

A. Así como Demón y Calistenes...

B. Eran pobres y los perdono.

A. Y el elocuente Hypérides.

B. Este va á hacer la fortuna de nuestros comerciantes de pescado.

Nombres y cifras, he aquí lo que circulaba al azar en el público, pues el teatro no era más que el eco. El Areópago se apresura menos que el poeta Timocles. Embarazado con su misión, hizo esperar el resultado de sus pesquisas durante seis meses enteros. Cuéntase que hubo, por orden suya, pesquisas domiciliarias en las casas de los principales oradores, excepto uno que acababa de casarse y cuya casa fué protegida por la presencia de su nueva esposa. Pero antes de decidirse á hacer denuncias y llevar á los ciudadanos á juicio, titubeó mucho. «Es el pueblo quien lo fuerza, nos dice Hipérides, por órdenes reiteradas, á denunciar á los culpables.» Durante estos seis meses de

(1) Según el testimonio de Ateneo, este drama satírico se atribuía al rey Alejandro, ó bien al poeta Pitón de Catania (*Deinosophorum*, XIII, 586, A).

duda, compréndese cuántos esfuerzos fueron hechos por todos aquellos que sentían temores personales y por sus enemigos para obrar contra los areopagitas. En cuanto á Demóstenes, sus acusadores nos lo muestran «levantando el estandarte y levantando la confusión en la ciudad», cuando él se creyó amenazado por la información judicial, tan pronto hostil á Alejandro, tan pronto hecho su adulator, y, por otra parte, denunciando falsos *complots* contra el Estado. En realidad, esto fué para él un periodo de agitación y de angustia. Estaba atacado por todo el mundo: por sus viejos adversarios, los partidarios de la Macedonia, y por los patriotas, pues la detención de Harpales había hecho abortar las esperanzas; por los culpables mismos, que, después de creerse descubiertos en el momento de esta detención, esperaban una seguridad completa como precio de su ardor en cargar contra el hombre más á la vista. En fin, su crédito estaba sensiblemente quebrantado entre el pueblo, que le acusaba de ser la causa de los obstáculos actuales. Contra las dificultades de su situación, sostuvo, con toda la energía de su carácter, una lucha inquieta, por instantes victoriosa y al fin desesperada.

Causas extrañas ejercieron una gran influencia sobre su suerte, al mismo tiempo que sobre la terminación de todo el asunto. Alejandro reclamó por parte de los griegos los honores divinos, y ordenó á las diferentes ciudades llamasen á su seno á los desterrados. El envilecimiento de la Grecia había hecho progresos; sin embargo, cuando esta pretensión de ser adorado como hijo de Júpiter ó de Neptuno vino á sorprenderles hacia la época de la llegada de Harpales, Atenas al menos tuvo el valor de negarse á ella. Esparta, todavía abatida por el mal resultado de la tentativa de

Agis, se contentó con responder: «Puesto que Alejandro quiere ser dios, que lo sea.» Los atenienses fueron más atrevidos. En la deliberación que tuvo lugar con este motivo, se oyeron palabras como éstas: «¿De qué especie será ese dios al cual no podrá rendírsele un culto más que á condición de purificarse al salir del templo?» El que protestaba con esta energía era Licurgo, ya próximo á terminar su carrera. Piteas, que comenzaba la suya, y que bien pronto debía cambiar de partido, hablaba en el mismo sentido; y cuando se le preguntó cómo se atrevía á su edad á mezclarse en asuntos tan graves, respondió: «Alejandro, á quien vosotros queréis decretar la divinidad, es más joven que yo.» Demóstenes propuso un decreto por el cual el pueblo declararía no reconocer otros dioses que los que habían adorado los antepasados, y su proposición fué aceptada.

Los atenienses sacaron tal vez una parte de esta audacia de la irritación que les causaba las intenciones de Alejandro con motivo de los desterrados. No era posible equivocarse por lo que atañía al sentido y al alcance de las medidas que preparaba. Tomar así el derecho de reglamentar el estado interior de las ciudades, era arrojar todo máscara y quitarles toda ilusión respecto de su independencia; Alejandro, por lo demás, no era el generalísimo de los griegos, sino su dueño. Al mismo tiempo quien auguraba su despotismo, lo afianzaba. Porque los desterrados, entrando en cada ciudad, debían hacer dominar allí su partido; y si se provocaban algunas confusiones, esto le daba ocasión de introducir allí guarniciones macedonias, como había hecho ya en Beocia. Atenas iba á encontrarse particularmente atacada en sus intereses y en su seguridad. Cerca de ella, Megara servía de refu-

gio á un cierto número de sus conciudadanos, y la vuelta de los samianos, que había echado de su isla, debía tener por efecto desposeer allí á sus numerosos colonos y destruir su autoridad. Se ha visto que el rodeo enfadoso tomado por el asunto de Harpales, había hecho abandonar á los atenienses su orgullosa actitud frente á frente de la Macedonia. ¡Cuál no fué su embarazo y su inquietud cuando supieron que el rey estaba á punto de poner su proyecto en ejecución! En efecto, encargó á Nicanor de Estagira de hacer en los juegos olímpicos una proclamación solemne, por la cual todos los desterrados de raza griega eran llamados á su patria, excepto los tebanos, los homicidas y los sacrílegos; esta proclamación fué alabada en medio de veinte mil bandidos, cuyos aplausos interesados simularon la expresión del reconocimiento nacional.

A esta escena asistía Demóstenes como jefe de la diputación sagrada de los atenienses. Al menos por su parte, halló el medio de rescatar la humillación que se había infligido á toda la Grecia. Un sofista llamado Lamaco había creído buena la ocasión para leer públicamente un panegirico de Filipo y de Alejandro, en el que insultaba la ruina de Olintia y la de Tebas. Demóstenes se levantó y, tomando la defensa de los tebanos y de los olintianos, mezclando sus propias inspiraciones á los recuerdos venerados de la poesía antigua, obtuvo tal éxito, que Lamaco, cubierto de vergüenza, huyó de la asamblea. Este hecho, que nos cuenta el biógrafo de los diez oradores, no puede referirse á otra época, como lo prueba Schaefer. Demóstenes no era enviado para combatir á los aduladores de Alejandro, sino para intentar algunos esfuerzos, á fin de alejar el peligro de que se veía ame-

nazado. Entró, naturalmente, en relación con Nicanor, y si él no consiguió impedir la proclamación, que no podía razonablemente esperar, por lo menos es posible que estas negociaciones secretas hayan entrado por algo en la acogida benigna que Alejandro hizo después á una embajada ateniense.

Era preciso, en efecto, resignarse á enviar al rey embajadores para pedir como una gracia que el decreto de llamamiento quedase sin efecto, y á fin de tener alguna probabilidad de obtenerlo, se reconoció al nuevo dios. «Mientras que vosotros conserváis el cielo, tened cuidado de conservar la tierra», decía Démades á los atenienses. Demóstenes les aconsejó también no discutir más con respecto á los honores divinos, y los diputados de Atenas partieron para Babilonia con los de otras muchas ciudades, con el mismo aparato que las *teorías* encargadas de llevar á los santuarios más venerados los homenajes de Grecia. Diógenes pretendía que debía adorársele á él mismo bajo el nombre de *Serapis*. En cuanto al fin que se proponían los atenienses, no lo habían alcanzado todavía cuando Alejandro murió.

En el momento que partía esta embajada, y poco tiempo antes del desenlace del asunto de Harpales, se ve bastante claramente, según los discursos de Dinarco é Hypérides, cuáles eran las disposiciones de los atenienses. Se encuentra allí una mezcla de descontento y de inquietud. Domina el miedo, y, sin embargo, bajo el golpe de las presentes humillaciones, una parte de los ciudadanos experimentaron, por lo menos, medio pesar de no haber escuchado las sugerencias de Harpales: entonces hubiera sido posible intentar una aventura; hoy estaban reducidos á la más absoluta impotencia. Se había llegado á depender del

arbitrio de Alejandro, y se encontraba que estos escándalos, desastrosamente públicos y asumidos por el Estado, eran los menos propios para ganar aquella preciosa benevolencia. Las restituciones reclamadas en nombre del rey eran imposibles: ¿se contentarían con la sola satisfacción que era posible hacerle, condenando á varios ciudadanos? Al menos, es preciso intentarlo. Estas contradicciones de espíritu público, estos temores, estas violencias de la política exterior, todo esto era evidentemente desfavorable á Demóstenes, que había provocado la detención de Harpales y la comprobación oficial de sus tesoros. Había todavía en él una causa de preocupación que, anterior á la proclamación de Nicanor, era ahora más viva y más apresurada: se inquietaban todos de la vecindad de los bandidos refugiados en Megara. Se ve que, desde el principio de las agitaciones que habían hecho recurrir al Areópago, la vigilancia del Consejo había alcanzado este punto. Investido por el decreto de Demóstenes de un derecho de vigilancia soberana, lo ejerció contra varios ciudadanos que hizo juzgar por los tribunales, y el rigor desplegado en estas ocasiones da la medida de la inquietud pública. El orador Polieucto de Cidantides fué condenado por haber ido á ver á su suegro á Megara. Otros tres acusados fueron condenados á muerte; un descendiente de Armodio y de Aristogitón fué conducido á una prisión. Demóstenes, á quien uno de sus adversarios hace responsable de todas estas condenas, acusó él mismo de traición á cierto Arquino, que fué echado de la ciudad. Después de su vuelta de Olimpia, depuso una queja contra Calimedon, como culpable de alta traición; pero, por un motivo desconocido, no llevó la causa hasta el término. En fin, casi en la vis-

pera de su propio juicio, producía en la asamblea del pueblo el denunciador una conspiración, organizada, decía, para apoderarse de los arsenales.

Estos dos últimos hechos son indicios de los esfuerzos que hizo hasta el fin para atestiguar su abnegación á la causa pública y retener los restos de un favor presto á escapársele. Al mismo tiempo sus amigos se agitaban. Cnosion, que nos es conocido también por las acusaciones de Esquines, iba por todas partes, si se ha de creer á Hypérides, repitiendo que era verdad que Demóstenes había recibido dinero, pero que lo había prestado al Estado para los fondos de los espectáculos, y que era necesario no obligar á divulgar así la miseria del tesoro. Esta aserción, si se tiene su origen por sospechoso, es por lo menos un ejemplo de todos esos rumores que circulaban en el público, y que llegaron á ser más y más desfavorables á Demóstenes. No pudo escapar al peligro que le amenazaba. Su influencia personal, el recuerdo de sus brillantes servicios, tan poderoso todavía seis años antes cuando el proceso de Tesifón, la abnegación del grupo de amigos que le permanecía fiel, no pudieron nada contra la fatalidad de las circunstancias ni contra la coalición de sus constantes adversarios, felices en ofrecer esta ilustre víctima al resentimiento de los macedonios y de varios de sus antiguos aliados, descontentos de haber sido detenidos en sus proyectos agresivos contra Alejandro. El Areópago se decidió por fin á publicar una primera lista á la cabeza de la cual estaban los nombres de Demóstenes y de Démades, denunciados por haber recibido el primero veinte talentos y el segundo seis mil estateras de oro. Estos nombres eran seguidos de los de Polieucto de Sefeta, de Cefisofón y de Hagnonides. Bien pronto debían llegar las de-

nuncias de Filocles, Charicles y de cierto número de oradores, Aristogitón, Aristonico de Maratón, tal vez también Merocles y Demon, y algunos otros.

Demades faltó y Demóstenes fué conducido el primero delante de un tribunal de mil quinientos jueces, formado por la reunión de tres tribunales ordinarios. Diez oradores, designados por el Estado, llevaron la palabra en su nombre. Se ve de cuánto aparato fué rodeado este juicio. En el intervalo que se deslizó entre la citación, Demóstenes llenaba la ciudad con sus quejas sobre los manejos de sus enemigos y de los partidarios de la dominación macedonia. La sentencia no fué pronunciada. Se oyó condenar á una multa de cincuenta talentos. Puesto en la cárcel como deudor insolvente, consiguió al cabo de unos días evadirse con un disfraz, y llevó su destierro y sus pesares á Trece-ne, en el lado que mira á Atenas del otro lado de su golfo. Plutarco le representa con los ojos tristemente fijos sobre la ciudad que creía haber adquirido el derecho de habitar y de servir siempre. Volvió á ella al cabo de poco tiempo, después de la muerte de Alejandro, y su entrada fué un triunfo, como antiguamente la de Alcibíades. Volvía, en medio de los primeros éxitos de la guerra lamiaca, en días inesperados de orgullo patriótico y de independendencia, y esta vez había contribuido poderosamente con su elocuencia á provocar un movimiento nacional en el Peloponeso. Este servicio voluntario tuvo su recompensa: el pueblo le encargó de un sacrificio á Júpiter, para los gastos del cual le dieron cincuenta talentos que representaba la suma de su condena. La ley fué eludida así, y Demóstenes pudo estar en su puesto en su patria y partir con ella la gloria de una caída que señaló la ruína definitiva de la libertad.

Tales son, poco más ó menos, la serie y el encadenamiento de los hechos desde la llegada de Harpales á Atenas hasta las últimas consecuencias que tuvo para el Estado y para Demóstenes. No se puede establecer en todos los detalles la cronología. Pero á lo menos, hay en ella dos fechas positivas: la de la representación de la pieza de Timocles en las grandes Dionisiacas, hacia el fin de Febrero ó principio de Marzo, y la de los juegos olímpicos en el solsticio de estío, hacia el fin de Junio. Si se admite, como parece bastante verosímil, que la lista de los corrompidos dada por el poeta cómico, era una parodia anticipada de la que el Areópago estaba encargado de preparar y que, por consiguiente, siguió en poco al principio de la información, se encuentra que la información ya hacía cuatro meses que existía en el momento de la proclamación de Nicanor; y como se prolongó durante seis meses, se ve que Demóstenes fué presentado en juicio más de dos meses después de su vuelta de Olimpia. Lo que viene en apoyo de este cálculo, es que Dinarco en su discurso de acusación, parece hablar del viaje á Olimpia como de un hecho reciente.

II

Antes de preguntar si Demóstenes fué culpable, no es indiferente notar una conclusión que parece resaltar de la exposición de los hechos: es que dió en todas las cuestiones importantes los consejos que se conciliaban mejor con el interés y con la dignidad de sus conciudadanos. ¿Se necesitaba acoger con los brazos abiertos á Harpales y lanzarse con la cabeza baja en una guerra insensata contra Alejandro? ¿Se necesitaba, cuando Harpales forzó la puerta de Atenas, dejarle

allí emplear impunemente el fruto de su robo en corromper á los ciudadanos y comprometer al Estado, á pesar de las justas reclamaciones de los poderosos macedonios? ¿Se necesitaba, por otra parte, empujar la prudencia hasta el servilismo, apresurarse desde la primera coyuntura á proclamar la divinidad de Alejandro? ¿Se necesitaba, en fin, obstinarse en la resistencia á la embriaguez orgullosa del conquistador, llegando hasta sacrificar una colonia considerable y la seguridad misma del Estado? Plantear estas cuestiones es resolverlas, y del mismo golpe, absolver en sus actos principales la política de Demóstenes. Pues si él se dejó corromper, la claridad de su juicio no ha sido oscurecida por ello; su patriotismo no se desvió notablemente, y no parece, de primer intento, que su país haya sufrido.

Un punto, sin embargo, puede dejar dudas. ¿Procedió bien al oponerse á que Harpales fuese remitido entre las manos de Antipater ó Filoxeno, y no hubo razón de pedirle cuenta de la situación falsa en que el pueblo se encontró colocado frente á Alejandro, cuando, á pesar de un compromiso formal, no pudo devolverle ni el ladrón ni el dinero? Examinemos las consecuencias de la hipótesis contraria. Si Harpales hubiese sido entregado inmediatamente á los macedonios, ¿se hubieran por eso abstenido de reclamar las sumas que había llevado con él á Atica? Es probable que no; pero lo que sí es cierto es que Harpales no hubiera hecho aquella declaración pública, que sirvió de base á las verificaciones oficiales, y que hubiera habido probabilidades de evitar una parte de la responsabilidad que la comprobación del *deficit* hizo pesar sobre el Estado. Lo que es más evidente todavía es que Atenas no hubiera tenido que responder de la evasión del

fugitivo. Así es que las dos reclamaciones que Alejandro se encontró con derecho á hacerles, la una no hubiera sido posible, y la otra hubiera tenido menos fundamento. Por consiguiente, no considerando más que las relaciones de los atenienses con el rey, tuvieron que arrepentirse de haber escuchado el consejo de Demóstenes.

Pero la cuestión era menos fácil de decidir en el origen del asunto que lo fué después de los acontecimientos. Afectaba al régimen interior de la ciudad, tanto como á la política exterior; se complicaba con consideraciones de moral y de dignidad públicas, que era entonces imposible no tener en cuenta. Produjose un escándalo: un extranjero empleaba notoriamente la corrupción para apoderarse de la conciencia de los ciudadanos, y para violar así la independencia de las asambleas. El Estado ¿tenía el derecho de cerrar los ojos? ¿No era su deber y su honor rechazar altamente la solidaridad de semejantes actos? Ahora bien: desde el momento que se decidía á reprimir las tentativas de Harpales, estaba conforme con el antiguo espíritu de la Constitución y con las tradiciones patrióticas de arrojar fuera del territorio, como una suciedad, el oro que la intriga había introducido en él. No se podía obrar públicamente, redactar un decreto contra un corruptor extraño, sin inspirarse en sentimientos honrosos que contenían implícitamente los mismos términos consagrados por las leyes y los decretos anteriores, y repetidos con frecuencia después de aquel famoso edicto que lanzó en otra ocasión contra Artmio de Celia, y que estaba expuesto en la Acrópolis (1).

(1) Véase á Demóstenes, *Philippicarum*, III, 121; Esquines, *Contra Ctesiphontem*, 258; Dinarco, *Contra Aristogonem*, 24, 26.

Así es como en un Estado democrático las formas de la legislación, expresiones necesarias de los principios que ha fundado la sociedad política, les protegen todavía cuando no se sostienen por sí mismas ya. Nadie tiene la audacia de abolir, ni siquiera de descuidar las fórmulas, porque eso sería atacar visiblemente á la democracia. Ellas se imponen á aquellos que provocan las decisiones del pueblo, recordándoles forzosamente el espíritu que animó antiguamente á la ciudad, y conservan una fuerza tutelar en medio de la decadencia de las costumbres. Por consiguiente, las comprobaciones y las pesquisas con motivo del dinero de Harpales, eran dirigidas por estos sentimientos y estas costumbres tradicionales, tanto como por la obligación de ponerse en regla respecto á la Macedonia. El Estado estaba comprometido consigo mismo, antes de estarlo con Macedonia. Esto es, pues, lo que preocupó seriamente al principio, y sólo al cabo de algunos meses fué cuando la proclamación de Nicanor hizo ceder todo otro sentimiento ante el temor inspirado por Alejandro.

Este mismo cuidado de la dignidad pública, prohibía obedecer con prontitud á una orden de Antipater y de Filoxeno. Abandonar de repente y enviar á una muerte cierta á aquel que el pueblo, con razón ó sin ella, acababa de acoger como su suplicante, era aceptar demasiado fácilmente la más odiosa contradicción. Era más humano y menos humillante reservar el papel del Estado, salvo en reconocer la justicia de las reclamaciones, y prometer hacer legalidad y tratar directamente con Alejandro. Estas son las razones que determinaron, no solamente la conducta de Demóstenes, sino también la de Foción, partidario éste declarado, pero honrado de la Macedonia, en tan-

to que tenían fuerza sobre el espíritu de todo ciudadano ligado á su país. También se puede plantear una cuestión. Impidiendo la extradición inmediata de Harpales, Foción y Demóstenes, hacían posible su evasión: ¿no llegaban, como piensa Grote, hasta favorecerla para ahorrar decididamente al pueblo la vergüenza de entregar á su protegido? Cualquiera que sea el valor de esta hipótesis, es de notar que Demóstenes no se inquietó en aquel momento con respecto á esta evasión, á pesar de que era el responsable, pues que él había sido encargado de cuidar que el prisionero estuviese bien guardado. Ningún acto de acusación se depuso contra él, y él mismo, como no dejó de reprocharle más tarde Hypérides, no hizo juzgar á los guardianes infieles. Este hecho atestigua lo que era entonces el sentimiento público. Por la evasión de Harpales, Demóstenes se puso evidentemente en peligro para el porvenir; pero, por el momento, los deseos de los atenienses quedaron más satisfechos que contrariados.

Por consiguiente, sobre este punto particular Demóstenes careció acaso de clarividencia, bien para su país, bien para sí mismo; pero esto fué bajo el imperio de influencias y consideraciones que se imponían á él, unos con una necesidad casi absoluta, otros en nombre de los sentimientos más respetables. ¿Cuál es el juez bastante impasible para pronunciar una sentencia severa contra aquel que, bajo la amenaza de una humillación que era necesario eludir ó sufrir, ha tenido acaso demasiado cuidado del honor de su patria? Y, además, si hubo una falta cometida por Demóstenes, ¿cuáles fueron las consecuencias? Mirando esto de cerca, él es quien fué incontestablemente la víctima, porque preparó así los argumentos de sus acusadores

y su propia sentencia de condenación. ¿Pero se cambió el destino de Atenas? De ninguna manera. Nada podía impedir á Alejandro tomar las medidas que él creyese necesarias para afirmar y consagrar definitivamente su dominación sobre la Grecia. La satisfacción de ver á Harpales entre sus manos ó entre las de sus oficiales, ciertamente que no le hubiera hecho renunciar á ello. El mayor peligro que en esta época había amenazado á Atenas, y al mismo tiempo el único que pudo conjurar, fué el de la venganza del rey, cuando fué solicitada para abrazar la causa de Harpales. Si se hubiese dejado atraerla, estaba perdida. Demóstenes, pues, le hizo el servicio más importante que pudo hacerse entonces, contribuyendo más que nadie, y al precio de una ruptura con varios miembros de su partido, á salvarla de esta temeridad. Quiso que con la prudencia se conciliase cierta dignidad; pero acaso titubeara más en reprobarla, acordándose de las causas que valieron á los atenienses, entre todos los pueblos griegos, los respetos de Alejandro. Si al presente no le era posible permanecer digno sin ponerse en desacuerdo consigo mismo, si la lucha empeñada contra el servilismo, más y más amenazadora, era desesperada, si la corrupción de las costumbres conspiraba con la fatalidad de las circunstancias para impedir á los atenienses marchar por el camino recto y con la frente levantada, no es justo achacar á un solo hombre obstáculos é inconsecuencias que en cualquier ocasión pueden levantarse en un pueblo llevado á la ruina por la ola rápida de acontecimientos, que no conduce, en medio de las ilusiones de un orgullo que sostiene en él, á despecho del presente, la vieja costumbre de la libertad y los recuerdos recientes de tantos días gloriosos de su misma decadencia.

El examen de los peligros y dificultades de esta época vuelve, pues, en definitiva el honor á Demóstenes, y se reconoce que su conducta fué la de un hombre que amaba á su país y que sabía servirle. Esta es una presunción muy fuerte en favor de su inocencia; pero no es más que una presunción. Se podría decir tal vez que había recibido el dinero de Harpales: era un hecho conocido, al menos entre los griegos, que la venalidad no excluía el patriotismo. Examinemos, pues, tanto como sea posible, la causa en sí misma.

La culpabilidad de Demóstenes ha sido afirmada por el Areópago y reconocida por la sentencia del tribunal. Esto parece suficiente. Pero cuando se lee el discurso de Dinarco y los fragmentos del de Hypérides, se reconoce con profunda sorpresa que ni una sola prueba había sido presentada en apoyo de la declaración del Areópago, ni en apoyo de su condena. Los acusadores prevelan las reclamaciones de Demóstenes; para cerrarle la boca les bastaba gritar: «El Consejo lo denunció ¡oh atenienses!: ¿qué necesidad hay de largos discursos?» Esta denuncia se limitó á dar el nombre de Demóstenes con la cifra de la suma que se le acusaba de recibir. Así se convino en principio que no hubiese discusión. Demóstenes está acusado, pues es culpable: he aquí todo el juicio. Los acusadores llegan hasta pronunciar la palabra de flagrante delito; pero las explicaciones, los detalles, las demostraciones son suprimidos completamente. No se encuentra en su lugar más que cargos extraños é invectivas que atacan á la vida entera del acusado, ó mejor dicho, del paciente. En cuanto á la causa, todo se redujo á recordar la autoridad inmemorial, tutelar é inviolable del Areópago, y á triunfar de la contradicción en

que cae Demóstenes al defenderse: ¿no es él quien ha pedido la información del venerable Consejo, y no pronunció él mismo en términos formales su propia sentencia? Ni Hypérides, ni el orador para el cual había compuesto Dinarco su discurso, ni Estrodes, que habló antes, ni ninguno de los otros siete acusadores oficiales, cuyos discursos nos son completamente desconocidos, tratan el fondo del asunto. Una sentencia dada en semejantes condiciones, es nula á los ojos de la justicia moderna: que ella, pues, nos deje toda la libertad de buscar en otra parte la luz que nos niega.

Si Demóstenes se dejó corromper, ¿cuándo y por quién ha sido corrompido? He aquí las dos preguntas más importantes que el proceso hubiera debido resolver, y que son las primeras que tenemos que examinar. Es evidente que Demóstenes fué inaccesible á la corrupción, en la cual se sumieron tantos otros, primero cuando hizo negar á Harpales la entrada en Atenas, y además, cuando combatió enérgicamente sus tentativas. No hay más que dos ocasiones en las cuales sea posible pensar: cuando se opuso á que se entregara el fugitivo á los lugartenientes de Alejandro, y cuando aquél se libró de la prisión. La primera hipótesis podría presentar algo de verosímil. Se concebiría, en rigor, que Harpales, amenazado por una extradición inmediata, hubiera comprado su encarcelamiento estipulando una evasión. Pero para obrar así, era preciso que él juzgase su situación bien desesperada; pagaba un defensor, no para ser abiertamente protegido, sino metido en una prisión, poniendo toda su esperanza en una evasión incierta, y esperando, consentía en privarse de su principal medio de acción, porque Demóstenes, al pedir el arresto de Harpales, propuso que su dinero fuese secuestrado. Se puede

añadir que, desde el punto de vista del orador, hubiera habido una habilidad muy mediana ó una rara imprudencia en provocar, en el momento mismo que tenía tanto interés en ocultarse, una medida que debía tener por consecuencias inevitables pesquisas é informaciones judiciales. Además, en el momento mismo del proceso, no es este lado adonde se dirigieron las sospechas. Hypérides dice que «si Demóstenes propuso que Harpales indicase la suma que había traído á Atica, no era, seguramente, por conocer la cantidad, sino para saber sobre qué debía fundar sus exigencias»: esto es, reconocer claramente que antes de la escena del teatro, no había habido corrupción. Antes del arresto de Harpales, que le fué reprochado por los patriotas como el acto que había consumado la ruína definitiva de sus esperanzas, Demóstenes no se hizo sospechoso. Fué la negligencia de los guardianes del prisionero y su evasión, lo que sirvió de fundamento principal á las acusaciones.

Ahora bien: si, en el momento de la detención de Harpales, Demóstenes no estaba ya corrompido, entonces no se corrompió nunca, porque, á partir de este momento, ningún servicio podía serle pagado. Harpales, una vez detenido, tanto antes como después de su evasión, no estaba en estado de recompensar á nadie, puesto que estaba sin dinero. Este argumento, indicado por Tirlwall, ha sido repetido por Grote, que lo desarrolló con el rigor práctico de un financiero. Desde el día siguiente á la escena que tuvo lugar en el teatro, conforme á los términos del decreto hecho sobre la proposición de Demóstenes, hubo de transportarse el dinero encontrado en casa de Harpales al lugar más seguro de Atenas, á la Acrópolis, adonde fué llevado por guardias oficiales. No es aquí donde

pudo tener lugar la sustracción. ¿Fué, pues, durante el transporte? En verdad que esto es poner á Demóstenes en el rango de los ladrones de profesión. Examinémoslo, sin embargo. Se trataba de contar y transportar á la roca de la Acrópolis una suma de cerca de dos millones de francos, no en billetes, sino en diversas monedas griegas y asiáticas. El detalle de estas dos operaciones, largas y complicadas, fué confiado, sin duda alguna, á empleados del Tesoro y ejecutadas, según las costumbres atenienses, con el mayor cuidado. Demóstenes, encargado de una vigilancia general, nada hizo por sí mismo y nada pudo sustraer fraudulentamente sin la connivencia ó complicidad de cierto número de personas, hecho del cual no existe ninguna huella.

En todo caso, parece fuera de duda que él no recibió ningún regalo de Harpales. Sin embargo, no se puede afirmar con entera certidumbre que los veinte talentos que le fueron atribuidos por el acta de acusación no hayan sido sustraídos por él ó con su consentimiento. El biógrafo de los diez oradores, cuyo testimonio sobre todo este asunto parece bastante digno de confianza, dice que Demóstenes fué acusado «por no haber denunciado la negligencia de los guardianes de Harpales ni publicado la cantidad del dinero recobrado». Estas últimas palabras pueden entenderse de dos maneras. O bien, como han comprendido Grote y Schaefer, significan que el orador tardó en hacer al pueblo su relación sobre el trabajo de los verificadores que habían contado el dinero cogido, ó bien quieren decir que esta relación fué acusada de inexacta, como no teniendo en cuenta una parte de la suma. Lo que podría dar más valor á este último sentido, son ciertas imputaciones que contiene el discurso

de Hypérides. Parece que en el reprocho á Demóstenes, en una frase mutilada, es cierto (1), de haber pasado en silencio una suma de veinte talentos, y, sobre todo, hace en él mención de los rumores esparcidos por Cnosión y otros amigos del acusado, que pretendían que estos veinte talentos, tomados en verdad del dinero de Harpales, habían sido prestados por él para los fondos *teóricos* (2), y que iban á obligarle á divulgar una especie de secreto de Estado. ¿Cuál era el alcance de esta alegación? Demóstenes, ¿se había entendido, en efecto, con algún administrador de las finanzas para colmar con este expediente un *déficit*? La penuria del Tesoro público en esta época y la importancia particular que el pueblo daba á los fondos *teóricos*, que eran, en materia de finanzas, su primera preocupación, darian á esta explicación cierto grado de verosimilitud. Es este, pues, un punto del que apenas parece posible disipar la seguridad.

Esta cifra de veinte talentos, anunciada por el Areópago, y que, según parece, circuló anticipadamente en el público, es el único fundamento sólido de la anécdota que se lee en Plutarco. Esta anécdota es conocida por todo el mundo. La mirada de codicia arrojada por Demóstenes sobre la vasta y magnífica copa que vió en casa de Harpales, el juego de palabras de éste sobre el peso del precioso tesoro que él evalúa por una promesa disfrazada de veinte talentos, esta suma de más de cien mil francos de nuestra moneda, y transportada durante la noche á casa del orador, y el segundo juego de palabras más conocido que el primero sobre la

(1) Véase edición Muller (101, C).

(2) Fondos destinados á los gastos de las representaciones públicas y de las distribuciones de dinero que se hacían al pueblo en ocasiones.

esquinancia y la *argirancia*, y la escena de la asamblea en que Demóstenes guarda un silencio tan lucrativo: todos estos rasgos son populares, reproducidos por el crédulo narrador. Tomada en serio en parte por Becker, aceptada por el escéptico Droysen, esta fábula ha sido reducida á su justo valor por Eysell y por los críticos que le siguieron, y que mostraron las variantes y los fragmentos de otras anécdotas atribuidas tan pronto á Demóstenes como á Demades, y todas fundadas sobre el tema común de la venalidad de los oradores; y hacen notar que si este relato es verdadero, sería inexplicable que no se haya hecho sobre él la menor alusión en el discurso de Dinarco, cuya autenticidad no han destruido seriamente las dudas de Westerman. Este argumento no tiene réplica. No hay aquí más que un ejemplo de las libertades de la imaginación griega, y de la facilidad con la que los cuentos más inverosímiles son acogidos por la malignidad ó la indiferencia y prosiguen sus caminos á través de los siglos. Si hubiéramos de fundarnos sobre anécdotas, una existe que nos daría algún derecho á invocarla en favor de Demóstenes. Pausanias cuenta (1) que habiéndose apoderado Filoxeno del esclavo que había sido el ministro de las generosidades de Harpales, le puso en el tormento; que, conforme á sus revelaciones, envió á los atenienses una lista de los que se habían dejado corromper, y que el nombre de Demóstenes no se encontraba en ella. Sin embargo, el almirante macedonio era su enemigo. Hay cierta relación entre esta tradición y el indicio más cierto que encontramos en el discurso de Dinarco. Vemos aquí que él había enviado á Alejandro los esclavos de Har-

(1) II, xxxiii, 4.

pales, y que en la época del proceso se ignoraban todavía los resultados del interrogatorio al cual hubieron de ser sometidos. Acaso Filoxeno ó sus emisarios presentes en el momento de la detención de Harpales, serían los encargados de llevarlos de Atenas á Asia, y así se explica que su nombre se hallase mezclado á este relato anecdótico. Comoquiera, si fueron comunicadas revelaciones á los atenienses, cuando llegaron (contrariamente á la opinión de Eysell, quien se autoriza desacertadamente del testimonio de Dinarco), Demóstenes estaba ya condenado.

He aquí aproximadamente lo que nos parece posible sacar del examen de los testimonios, de las tradiciones y, lo que es más importante, de los discursos de Dinarco é Hypérides. Si la culpabilidad de Demóstenes no puede ser negada de una manera absoluta en todos los puntos, debe ser por lo menos considerablemente reducida. Sobre la cuestión principal, su inocencia parece resaltar con una evidencia brillante: él no ha sido corrompido por Harpales. Esta conclusión desmiente la opinión de que con frecuencia fué víctima, el acta de acusación, la sentencia de los jueces, y que fué, como se ha podido ver, el único fundamento, la relación del Areópago. ¿Cuál era, pues, el valor de esta relación?

Aunque los procedimientos jurídicos que se usaron respecto á Demóstenes confunden todas nuestras ideas de justicia, es necesario reconocer desde luego que no se hizo nada de irregular contra él ni contra los otros acusados, que también fueron acusados sin ninguna producción de pruebas. Tal debía ser, según el espíritu de la Constitución, el resultado de una información judicial del Areópago. Decidir soberanamente y sin explicación si había ó no lugar á perse-

guir á los ciudadanos, é imponer su decisión al tribunal como la más incontestable de todas las pruebas: he aquí cuál era su derecho. Para comprender atribuciones tan exorbitantes, es preciso representarse cuáles eran las lagunas y las necesidades de la Constitución ateniense: la ausencia de magistraturas constantes y regulares, armadas de poderosos medios de información, á la cual no suplía más que imperfectamente el deber de vigilancia recíproca impuesta á todos los ciudadanos; la necesidad reconocida por el legislador de proteger su obra contra ella misma, de reprimir los excesos de la libertad y los esfuerzos de la ambición individual por el recurso enérgico de medidas extraordinarias. Así es como había sido instituido el Areópago para ser el guardián supremo de la sociedad civil y de la sociedad política. Cuando se planteaba algún asunto grave y misterioso que alarmaba la conciencia pública y turbaba la seguridad del Estado, se provocaba particularmente la intervención del venerado Consejo. En semejantes casos, dirigirse á él era reconocer la impotencia de los medios ordinarios, suspender, digamos así, el curso incierto de la justicia humana. «Los areopagitas, dice Esquines (1), no someten su voto á la influencia de la palabra, ni siquiera á la de los testimonios; juzgan según lo que saben y han encontrado por sus propias pesquisas.» No estaban encadenados por nada. Los poderes conferidos por nuestros jueces de casación, interpretados en último recurso en el sentido de la legislación, no tienen relación más que con una parte de las atribuciones del Areópago; porque la institución del tribunal ateniense era, á la vez, civil, política y religiosa, y parecía

(1) *Contra Timarcum*, 13 (edición D'Estienne).

prestar á este último carácter luces sobrenaturales, dándole la veneración de que era objeto. Procedía misteriosamente, como más tarde las cortes vehmicas de Alemania, ó mejor, como el Consejo de los Dux, tan formidable la celosa aristocracia, cuya dominación aseguraba. Como el tribunal veneciano, emitía sus decretos en virtud de su sola autoridad, sin unir á ellos esas exposiciones de motivos de que no se dispensaban aquéllos que la fe moderna honra como los órganos directos de la voluntad de Dios y como los arbitrios inspirados de las cuestiones del dogma. Más aún que el Consejo secreto de la república de Venecia, y, en general, los comités de salud pública, poseía la infalibilidad. Infalible é irresponsable: he aquí palabras que parecen incompatibles con la libertad y las desconfianzas republicanas, y que consagraba, sin embargo, la democracia de Atenas por una de esas contradicciones atrevidas que parecen haber sido necesarias á la existencia misma de las más célebres repúblicas. Una institución como la del Areópago no podía tener analogía exacta en las sociedades modernas. Nació en Atenas, no del pensamiento de un legislador, á pesar de todo lo que hizo Solón para afirmar y perpetuar el poder, ni de los cálculos de un partido, á pesar de los lazos estrechos que la ataron primitivamente á la aristocracia, sino de la antigua y natural unión del patriotismo y de la religión nacional. De ahí vinieron la persistencia de su autoridad y sus reservas de poder, á pesar de las usurpaciones de la demagogia y los males inevitables de la decadencia general.

El cuidado que Dinarco pone en recordar los derechos antiguos y sagrados del Areópago, y en establecer que su crédito no pudo ser quebrantado ni por al-

gunos pagos obtenidos de la piedad de un tribunal ni por el alejamiento de alguno de sus miembros, prueba sin duda el ocaso de su majestad y de su poder. Pero se ve también en el discurso de este orador, como en los otros testimonios contemporáneos, que si de hecho había perdido su independencia y no ejercía algunas veces más que una influencia ilusoria, guardaba en principio derechos incontestados, y conservaba todavía en gran número de casos un poder considerable.

Cuando, pues, el Areópago, por consecuencia de una información y de una deliberación secretas, había pronunciado que un acto era imputable á un ciudadano, la cuestión que se debatía ante los tribunales ordinarios, encargados de la materialidad de la acusación, reducíase á saber si habría condenación ó pago, y cuál sería la pena infligida. El número considerable de jueces convocados, el de los acusadores oficiales, todo aquel aparato tenía por objeto, no rodear de más garantías y de más brillo el descubrimiento de la verdad que se suponía conocida por encima de toda discusión, sino rendir homenaje á la autoridad de los areopagitas y dar eficacia solemnemente á su declaración. Así se construían aquellos procesos singulares en que el acusado, rodeado de todas las formas de la justicia, no tenía que refutar ninguna demostración de su crimen, y no podía alegar con alguna probabilidad de éxito las circunstancias atenuantes, pues no se trataba para él de convencer á los jueces, sino de aplacarlos.

De estas diversas observaciones surgen conclusiones muy importantes. El Areópago, una vez encargado de una información, cualesquiera que fueran sus obstáculos y sus dudas, apenas podía dispensarse de designar á los culpables. El atentado público, la gra-

vedad de las circunstancias, el cuidado de su propia autoridad, hacían de ello una obligación. Por un lado, el secreto de las deliberaciones era en sí mismo más favorable á los abusos que al respeto de la verdad; y los abusos tendieron á multiplicarse á medida que se debilitaron el imperio de la religión y la energía de los sentimientos patrióticos. Todos los arcontes que el venerable Consejo admitía en su seno á su salida del cargo, no eran modelos de virtud, y no abjuraban al entrar ni sus pasiones particulares ni los compromisos de partido. La austera y santa institución no pudo purificar todos los elementos humanos que venían cada año á llenar las plazas vacías y prolongar su existencia. En fin, provocado por una necesidad de la opinión pública, una información del Areópago no estaba libre de toda traba para responder imparcialmente á ella. En el fondo, permanecía sometida á la influencia de las preocupaciones exteriores; no podía prolongarse sin seguir sus movimientos y sufrir su tiranía, y con gran frecuencia la sentencia á la que se veía conducido ser la fiel expresión de todo ello. La independencia del Areópago aparecía, en la realidad, singularmente restringida al extremo de que se pregunta uno, si podía, aun cuando hubiera querido, salvar un inocente contra quien se hubiesen declarado las circunstancias. Su testimonio pierde, pues, para nosotros ese carácter de certidumbre incontestable de que le habían recibido entre los atenienses la fe tradicional y el interés político, y se encuentra hoy reducido al valor de una presunción, tanto más débil, cuanto que nosotros tenemos menos confianza en las costumbres de la época y que se niega á un análisis exacto de los elementos que está formada.

Quando Demóstenes hizo su propuesta de infor-

mación, no ignoraba ni los derechos ni la debilidad del Areópago; sabía el peligro á que se exponía. ¿Por qué entonces se expuso? No pudo hacerlo de otra manera. Una información era exigida imperiosamente por la situación; un primer decreto había ya decidido que hubiese una. Si no se quería que fuese un origen de procesos particulares, de violencias y reclamaciones parecidas á las que habian estado antiguamente en el asunto de Hermes, que agravó las confusiones de la ciudad en lugar de calmarlas, era necesario confiarla al Areópago. Desde el punto de vista particular de Demóstenes, designado como primero á públicas sospechas y abrumado de ataques apasionados, ¿qué debía hacer? ¿Llegar á ser espectador mudo y pasivo de los acontecimientos, retirarse de repente de la escena donde acababa de jugar el principal papel? Seguramente que no, porque quedaría cubierto de confusión sin disminuir su propio peligro. Debía quedarse allí y luchar de frente. Esto es lo que hizo; y para comenzar arrojó el guante á sus adversarios, condenándose de antemano á la pena de muerte si era denunciado por la relación del Areópago.

Se han visto sus esfuerzos para evitar esta denuncia y para multiplicar las pruebas de celo y convencer á los atenienses de la necesidad de sus servicios. Sus frecuentes apariciones en la tribuna, su misión en Olimpia, las denuncias y las acusaciones en que tomó él mismo la iniciativa para señalar los peligros del Estado, no pueden tomarse únicamente por señales de una consagración activa á la cosa pública; fueron también actos de la lucha que sostuvo por su propia cuenta, lucha enérgica y violenta, sobre todo hacia el fin, en que se herían muchos discutiendo, y que hubo de costar la fortuna ó la vida á algunos desgraciados. Las

circunstancias y la coalición de sus enemigos fueron más fuertes que él. Sucumbió. Apretado por la impaciencia del pueblo, cediendo á las solicitaciones de los ciudadanos cuyos nombres nos han sido conservados por uno de los narradores indiferentes á este asunto, el Areópago se decidió á nombrar la víctima que le estaba fatalmente destinada. Puso á Demóstenes á la cabeza de su primera lista de denunciados, y limitándose á algunos considerandos generales sobre los peligros que hacia correr á la ciudad la venalidad de los oradores, le entregó á la justicia de un tribunal. Entre los diez acusadores oficiales escogidos para reclamar el castigo, se cita, con Hypérides y Estratocles, que señalaron la unión del partido patriótico y del partido macedonio, á Menesaechme, Piteas, Himeraeo y Patroclo. Eran éstos los que habian determinado, por su manera de conducirse, la decisión del Areópago. Demóstenes, al contrario de Démades, acusado al mismo tiempo que él, tuvo el valor de presentarse delante de los jueces. Hay para asombrarse. El hecho ha sido negado por Ideler, apoyándose en los testimonios antiguos. Pero la lectura de los alegatos de Dinarco y de Hypérides no permiten ponerlo en duda ni revocarlo.

Una vez delante del tribunal, Demóstenes oyó lo que de antemano estaba seguro de oír: injurias, diatribas contra toda su vida pública y privada; Demóstenes, el traidor, el afeminado, el fugitivo, el desertor; Demóstenes, el enemigo de los jóvenes, el bebedor de agua, el de la elocuencia venal. Después venian los recuerdos antiguos de sus querellas y de sus procesos con sus tutores, con su sobrino Demomeles, con Aristarco, con Midias, de todas las ocasiones en que se le acusaba de haber traficado con su palabra á expensas de los particulares y del Estado; y la tirada patética

sobre la ruina de Tebas y la execración solemne lanzada contra el maldito de la fortuna y de los dioses, aquí tanto más en su lugar, cuanto que se trataba de una decisión del Areópago. Hacía más de veinte años que estas acusaciones y estas invectivas habían empezado á resonar en los oídos de los atenienses. La saciedad y el disgusto hubieran debido, á lo que parece, amortiguar en ellos el efecto. Pero no; ellos encontraban siempre un encanto nuevo en la humillación de sus grandes hombres. La igualdad de las costumbres democráticas tomaba así su revancha contra el genio. No exceptuó á Demóstenes de esta especie de ejecución, prolongada sin interrupción por el oficio de diez acusadores públicos; y cuando hubo sido condenado, no endulzó para él el régimen de la prisión, demasiado duro para la constitución delicada del gran orador.

La condenación de Demóstenes era tanto más inevitable, cuanto que fué juzgado el primero. Esta satisfacción, que era preciso dar á la opinión pública y, sobre todo, al descontento de la Macedonia, venía á ser ilusoria si era absuelto el primer acusado; era dar esperanza á todos aquéllos que se sentían amenazados de acusaciones parecidas y exponerse, respecto á Alejandro, á una interpretación desfavorable de las disposiciones del pueblo ateniense. Los acusadores también tuvieron cuidado de insistir sobre esta consideración al mismo tiempo que sobre el peligro de la cólera del rey. La lista de denuncias que publicó sucesivamente el Areópago, contienen un gran número de condenas. No sabemos al justo si todos los acusados fueron condenados, ni cuándo cesaron las denuncias. Acaso se haya dejado extinguir sin ruido este asunto, comenzado con tanto fracaso, cuando los hom-

bres más comprometidos y los más visibles fueron sorprendidos por el tribunal. Ya se sabía que era perseguir un fin imposible de alcanzar anunciar la pretensión de encontrar todo el dinero que había servido á las larguezas interesadas de Harpales, y, además, la muerte de Alejandro no tardó en dar otro curso á las preocupaciones públicas. Un hecho curioso y que muestra hasta qué punto la justicia era entonces aventajada por la política, es la inconsecuencia voluntaria de la conducta que se tuvo respecto á Déma-des. Fué designado al mismo tiempo que Demóstenes para las primeras declaraciones del Areópago. Según de sus confesiones públicas y sus profesiones de fe desvergonzadas, hubiera sido escandaloso que pareciese olvidado. Hasta fué condenado y sin duda á una multa considerable, porque estaba acusado de haber tenido por su parte seis mil estateras de oro, y la ley, que es cierto que no se aplicó en todo su rigor, fijaba la pena, en los procesos de corrupción, en el duplo de la suma recibida. Pero no perdió su tranquilidad ni se tomó el trabajo de comparecer ante el tribunal. Su estatua de bronce, que se levantaba en el *agora*, su pensión del Pritáneo, que compartía con los descendientes de Armodio y de Aristogitón, sirvieron para un movimiento oratorio de un acusador de Demóstenes; después continuaron atestiguando el reconocimiento del pueblo hacia este precioso intercesor para con los macedonios. En fin, á pesar de su multa, que se cree que difícilmente haya pagado, se le encuentra varios años después en la tribuna de Pnyx pronunciando, en medio de la efervescencia causada por la nueva de la muerte de Alejandro, su famosa frase: «Atenienses, Alejandro no ha muerto, porque el mundo se llenará con el olor de su cadáver.»

Demades fué condenado por pura fórmula, Demóstenes por razón de Estado; y en la época en que estaban, la condena no fué infamante ni para el primero, á quien ninguna mancha podía alcanzar, ni para el segundo, cuya vuelta, á los dos años escasos, era festejada por el popular entusiasmo. La condenación de Filocles, el que, con Demóstenes, era el más comprometido por las circunstancias, parece haber tenido un carácter político. Lo que el discurso mismo de su acusación (1) nos informa sobre su fortuna, sobre su independencia, sobre las numerosas pruebas de consideración que durante toda su vida anterior se le habían dado, nos hace dudar de que haya sido culpable.

Tal fué el último proceso de Demóstenes. Otros muchos le habían sido formados en el curso de su carrera. Los procesos eran una necesidad de la vida política: Aristofón de Acenia, que pertenecía á la generación precedente, se vanagloriaba de haber salido indemne de setenta y cinco acusaciones. Demóstenes no alcanzó, ni con mucho, esta cifra; sin embargo, sólo Aristogitón, el más desacreditado de los partidarios de Macedonia, le había acusado siete veces. Nuevos procesos le suscitaron odios particulares, por ejemplo, el de Midias, que ya en trescientos cincuenta le había hecho acusar como desertor por Euctemón; funciones públicas, como la de intendente de los viveres, que cumplía en la época de la gran penuria, le habían atraído acusaciones sobre la manera de rendir las cuentas; pero sus actos políticos, sobre todo, habían sido atacados con mucha frecuencia ante los tribunales. Pero este último género de ataques no le proporcionó más que ocasiones de triunfo. Sea que los golpes

(1) Este discurso había sido compuesto por Dinarco, y es uno de los tres que poseemos de este orador.

se dirigiesen francamente contra él, como en el momento de su ley sobre las contribuciones marítimas, ó inmediatamente después de la batalla de Queronea, sea que discutiese á sus amigos el derecho de concederle coronas por su conducta en las últimas luchas sostenidas contra Filipo, el pueblo le había protegido brillantemente, consagrando á la vez, por su sentencia, el patriotismo del acusado y la nobleza de los esfuerzos de que había sido el principal promotor. Mas no podía suceder lo mismo en el asunto de Harpales. Con este asunto no se relacionaba ninguna gran causa que pareciese atacada en la persona del orador y que el honor del pueblo impeliese á defender. Era un conflicto de intereses vulgares, una complicación de deseos abortados, de medias resoluciones, de temores y humillaciones, en modo alguno propio para hacer resaltar la grandeza de un carácter ni provocar un movimiento de la conciencia pública. Este proceso fué una de las señales más entristecedoras de la decadencia de Atenas.

La acusación de venalidad, á la cual Demóstenes pareció entonces sucumbir, le había sido dirigida otras muchas veces por sus enemigos, no en particular, en procesos de corrupción, sino en general, en los debates jurídicos que tenían con él. En Atenas no había causa bien alegada contra un orador, á menos que éste no se hubiera deshonrado de golpe. ¿Qué fundamento podía, pues, tener aquella imputación tan frecuentemente reproducida, y qué debe pensarse del personaje á quien atacaba? La cuestión es demasiado compleja para que la examine en detalle, por lo que me limitaré á una observación general. Ante todo, hay que poner aparte todo lo referente á la conducta de Demóstenes cuando la rebelión y la ruína de Tebas. Se le acu-

só de haberse apropiado una parte considerable de la suma de trescientos talentos que Darío el Joven le había remitido para excitar dicha rebelión, y de haber malogrado el éxito por su avaricia. Tal significa la palabra *oro del Gran Rey*, repetida por Hypérides, Dinarco y Esquines. Trátase de un punto obscuro, á propósito del cual podría recordarse que fracasó una información confiada al Areópago, y que la elocuencia de Esquines, bajo la impresión más reciente de una catástrofe que había conmovido á toda la Grecia, no fué bastante convincente para determinar la condenación de su enemigo. Usemos, no obstante, de reserva. Sobre todo el resto, no es posible dejar de hacer una reflexión, conviene á saber: que esta misma acusación de venalidad fué dirigida por los adversarios de Demóstenes á todos los actos por los cuales ha servido más eficazmente á su país: la reforma de la trierarquia, la confederación eubena, el apoyo obtenido por los anfisianos, y, en el mismo momento, la denuncia de los proyectos de Filipo, la alianza tebana. Verdaderamente, es difícil creer que simples cálculos concupiscentes se hayan encontrado tan constantemente de acuerdo con los verdaderos intereses y el honor de Atenas. La mayor parte de los que han estudiado de cerca la vida de Demóstenes, heridos sin duda por esta contradicción, han preferido reconocer en él una abnegación notablemente fiel y esclarecida, á explicarlo todo por esa acusación vulgar de corrupción á que todos los pasos de un orador ateniense estaban expuestos. Niebuhr (1), que no tiene entre nosotros reputación de credulidad, proclama enérgicamente la nobleza de carácter de Demóstenes, y precisamente, á pro-

(1) *Kleine Schriften*, I, 481.

pósito del asunto de Harpales, trata de fábulas y de calumnias todos los alegatos injuriosos para su honor. Droysen pone en ridículo la confianza de Niebuhr, y hace de Demóstenes, á los sesenta años, un viejo concupiscente y de gastado espíritu, cayendo en errores é inverosimilitudes que han destruído fácilmente Eysell, Tirlhwall, Grote y Schaefer, el último y concienzudo biógrafo del orador. Lo más seguro es creer sencillamente en la honradez de Demóstenes en la sucesión y el conjunto de su conducta política, y resignarse á ver en la sinceridad de su patriotismo el primer principio de su elocuencia. Lo que constituye su carácter distintivo y su grandeza entre sus émulos es, según la observación de Panaecio, que sostiene mejor que los otros la causa del honor y del bien. ¿No sería en esto sino el más hábil de los declamadores? Pero semejante habilidad de declamación es absolutamente imposible; tal poder de hipocresía está por encima de las fuerzas humanas; la elocuencia más maravillosa que jamás haya existido, no ha sido libada en esta fuente impura.

Creemos, pues, que Demóstenes fué un gran ciudadano. ¿Estaremos obligados por ello á afirmar su integridad absoluta? Esta consecuencia no es en manera alguna necesaria; la experiencia enseña que se puede permanecer sinceramente adicto al país y aun á la propia fe política, sin permanecer á la vez inaccesible á toda especie de tentación. Probablemente Mirabeau ha sido comprado, y, sin embargo, yo no creo en su traición (1). Mas quedémonos en la antigüedad. De-

(1) Véase sobre esta cuestión las notables páginas publicadas por Nisard en sus *Etudes de critique litteraire*, y la correspondencia entre Mirabeau y el conde de Lamarck, publicada por Bacourt.

móstenes no ha dejado una reputación tan pura como sus dos contemporáneos Licurgo y Foción; pero es indudable que se le ha calumniado mucho. La calumnia era un arma ordinaria en las luchas políticas, y él estuvo tanto más expuesto á sus golpes, cuanto que la perversidad de los protectores naturales de su juventud le habían dejado sin defensa, á una que la aspereza de su carácter le suscitaba enemistades ardientes. No obstante, sin discutir en particular cada uno de los alegatos que hubo de sufrir, y ninguno de los cuales se presta tanto á la discusión como el asunto de Harpales, llegamos naturalmente á plantear una cuestión cuya respuesta nos interesa: Demóstenes vivía como hombre rico: ¿cuál era la fuente de su fortuna? Los restos de su patrimonio, arrancados á la avidez de sus tutores, disminuidos después por la carga de la trierarquía que hicieron pesar sobre él antes de tiempo, no podían bastar ni á las exigencias de una vida lujosa, ni á todas las generosidades por las que, como sus rivales, hubo de atraerse la benevolencia del pueblo. En la primera mitad de su carrera, hizo aquel comercio de alegatos que las costumbres atenienses permitían. Pero esto no basta, y hay que advertir que Demóstenes fué más de una vez el patrón retribuido de intereses considerables, ya en la ciudad, ya y más particularmente en el extranjero.

No erijamos un ideal de virtud fuera de la necesidad de los hechos. El retrato que, en su acusación contra Demóstenes, traza Esquines del perfecto orador, no era más que una abstracción brillante, conforme, sin duda, al espíritu de la Constitución, pero digna de ser relegada á las maravillas de la edad de oro. Tomemos, pues, las cosas tal como eran en realidad por una fuerza casi irresistible. Había entonces en Atenas

desproporción entre la misión de un hombre de Estado considerable y sus recursos legítimos; había para él contradicción entre las obligaciones de la vida pública y los deberes de la moral privada. Para no hablar más que de la política exterior, ni estaba encumbrada por misiones permanentes, ni dirigida por un senado, como el de Roma, ó por ministros, como en los Estados modernos. El legislador parecía confiar en la iniciativa privada; el primer advenedizo podía, sin que se considerase absurda su pretensión, llenar un hueco de esos oficios inocuados que, naturalmente, recaían por lo común en los principales oradores cuya misión era aconsejar al pueblo. De aquí la necesidad en que se veían de hallarse al corriente de todo, de sostener en lo exterior relaciones particulares, de tener allí representantes y confidentes, de mezclarse en secretas transacciones. Al propio tiempo, les era preciso mantener su crédito multiplicando los dones voluntarios y los sacrificios más onerosos. Eran personajes en el Estado; y como esta alta posición no estaba prevista por la Constitución ni retribuida por el pueblo, siendo el precio del mérito y no de la fortuna adquirida, tenían que sostenerla por su industria personal. Resultaba de todo esto que su vida se repartía, por decirlo así, entre dos políticas: por la una, hacían los negocios del país; por la otra, hacían los suyos, y á menudo eran tanto más capaces de hacer los negocios del país cuanto mejor hacían los suyos.

Fácil es comprender el gran número de abusos de detalle que surgirían de aquel enorme abuso, casi establecido en principio, que permitía á ciertos ciudadanos buscar ocasiones y recompensas de sus servicios fuera de la ciudad y del orden moral. La opinión

pública hacia expiar estos abusos á los oradores por el estado perpetuo de sospecha que frente á ellos demostraba. Los oradores estaban constantemente bajo la amenaza de la acusación de venalidad, siendo el gusano roedor de su influencia y de su gloria una inquietud continua.

Es, por consiguiente, preciso representarse á Demóstenes en toda la grandeza y en toda la miseria de su misión. Representaba él solo un centro de actividad, cuyos esfuerzos se hacían sentir igualmente en la ciudad, en toda la Grecia y en las naciones extranjeras. Presidía los destinos de su país; tenía por clientes los reyes del Bósforo, y por corresponsales particulares los jefes de partido en las ciudades griegas, los sátrapas del Asia Menor y el Gran Rey. Pero estaba obligado á patrocinar ante el pueblo intrigantes, á emplear agentes indignos, á formar sociedad con miserables, como aquel Calias, cuyo nombre, otras veces estigmatizado por Esquines, le lanzaba todavía Hypérides como un baldón. En fin, aceptó salarios, y sus manos no permanecieron puras del oro extranjero. Sin embargo (y esto le levanta muy por encima de los oradores cuya importancia se medía por el número de gajes), guardó una política independiente, y jamás se rebajó á sostener un parecer que le pareciese contrario al interés ó al honor de Atenas. Su patriotismo permaneció constantemente ardiente y sincero, aunque sea prudente admitir que más de una vez se hizo pagar los actos por particulares, por ciudades griegas ó por el Gran Rey. Conciliación extraña entre dos sentimientos opuestos; patriotismo imperfecto, más presto al sacrificio de la vida que al de la fortuna, y que nuestra moral reprobaría más severamente si nos fuese posible olvidar por un instante sus

poderosos y trágicos efectos, y si no considerásemos que la falta era, ante todo, imputable á la sociedad ateniense.

Por lo demás, si Demóstenes no estuvo exento del mal común, faltó mucho para que lo llevase hasta el escándalo. Muy diferentemente procedió, no sólo del imprudente Démades, mas también del pródigo y voluptuoso Hypérides. Las exageraciones de sus enemigos son flagrantes. Uno de ellos le reprocha su molicie y su lujo. «Lleva una vida delicada en medio de los males públicos; descende en litera la carretera del Pireo, para insultar las privaciones de los pobres» (1). Puras adulaciones á la tendencia de las malas pasiones de un tribunal; porque inmediatamente después (2) el mismo acusador declara que la fortuna apreciable de Demóstenes *se reduce á nada*, tales son sus expresiones: dos casas, una en la ciudad y otra en el Pireo. Lo cual no le impide evaluar en ciento cincuenta talentos las sumas recibidas del rey de Persia y de Alejandro. Hypérides añade á éstos, sesenta talentos ganados con decretos de proxenia. Y en el momento en que todo este oro se acumula en sus suputaciones, ¡el acusado, amenazado con la prisión, no tenía con qué pagar una multa! Tales son los dignos argumentos de un proceso respecto al cual se puede arriesgadamente concluir que si fué un caso en que la inocencia de Demóstenes nos queda demostrada, fué el único en que él haya sido sorprendido por la sentencia de los jueces.

En realidad, la pasión dominante de Demóstenes fué la pasión política, cuya fuerza le preservó de los ex-

(1) Dinarco, *Discurso contra Demóstenes*, 94.

(2) *Ibid.*, 99.

cesos en que cayeron los que eran más sensibles á otras seducciones. Mas, de otro lado, esa pasión le redujo al empleo de medios, sin los cuales su ambición no podía satisfacerse, ni acaso Atenas ser gobernada. Demóstenes se entregó por entero á los negocios públicos, en los que sólo podía tomar dos caminos: el uno sencillo, puro, franco; el otro lleno de complicaciones, de compromisos, de miserias. Preciso era tomar los dos á la vez, si se quería obrar con inteligencia y eficacia, y consolarse, si se podía, de la indignidad de los medios por la nobleza del fin. Cuando se mezcla uno en la refriega, hay que llevar por delante el polvo y la sangre que produce. Citase á Licurgo y á Foción como ejemplos de superior probidad; pero ¿estamos seguros de que hayan tenido en el mismo grado la inteligencia de su época, y que hayan sido tan grandes ciudadanos? Si esta inteligencia de su país y de su tiempo hubiera sido menor en Demóstenes, hubiera ofrecido menos blanco á los ataques de sus enemigos, y en el asunto de Harpales probablemente no hubiera sido sacrificado. En aquellos años de disolución y de crisis, durante los cuales Atenas disputó á los macedonios los restos de su independencia, su política debió variar al compás de las circunstancias de que no era dominadora. El que quería aconsejarla bien y verdaderamente se entregaba á ella, tenía que seguir con ojo atento y clarividente las vicisitudes tan á menudo amenazadoras de los acontecimientos y conformar con ellas su lenguaje, y estaba condenado á variaciones que la malevolencia podía interpretar contra él. En el asunto de Harpales hubo dos hombres que estuvieron al abrigo de las sospechas: Foción é Hypérides (cierto epigrama de la comedia contra este último no tuvo consecuencia seria). Sin embargo, sus causas no

podían confundirse, porque estaban en los dos puntos extremos de la política ateniense. Y esto mismo fué lo que les protegió: partidarios obstinados, uno de la sumisión, de la lucha el otro, desafiaban la maledicencia. Cada una de estas actitudes era fácil de guardar y propia para hacer valer el carácter. Pero Demóstenes, que no pudo tomar ninguna de las dos, que no quiso sacrificar de un golpe la dignidad de su país y tampoco precipitarle en insensatas empresas, que, en desigual combate contra los acontecimientos, sólo retrocedió paso á paso y prefirió aceptar la responsabilidad de las concesiones á ser espectador impasible de una ruína inmanente, Demóstenes facilitó á sus adversarios el que pusiesen en oposición sus palabras de un día con sus palabras de la víspera, y explicasen en el sentido de su odio esta contradicción aparente. Más ciego ó más egoísta, hubiese expuesto á menores peligros su fortuna, su vida y hasta su honor. Después de su condena, deploraba, á lo que se dice, el destino de los hombres de Estado atenienses, y se arrepentía de su abnegación. No estaba puesto en lo justo, porque nada, para su alma apasionada y noble, hubiese igualado á los ásperos placeres que gustó en su carrera oratoria; y entre todos aquellos hombres elocuentes ó valerosos, Hypérides, Foción, Démades, fué él quien, á despecho de algunas nubes, conserva para la posteridad el nombre más brillante, y cuya elocuencia y vida política obtienen más plenamente nuestra simpática admiración.

FIN

INDICE

	<u>Pá g s.</u>
PREFACIO	1
El aticismo en Lysias	7
CAPÍTULO I.—Naturaleza del talento de Lysias.....	12
§ I.....	16
§ II.....	37
CAPÍTULO II.—Del aticismo en Lysias.....	46
Hypérides: su vida y sus discursos.....	72
I.....	77
II.....	112
El discurso fúnebre de Hypérides.....	143
I.....	149
II.....	164
III.....	175
Demóstenes en el asunto de Harpales.....	183
I.....	188
II.....	206

LIBROS PUBLICADOS POR LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta
en su Administración, López de Hoyos, 6.—MADRID

N.º del Catal.º	Pesetas	N.º del Catal.º	Pesetas
175	Aguanno. —L.ª Génesis y la evolución del Derecho civil. 15	112	Balzac. —La Quietra de César Birotteau..... 3
178	— La Reforma integral de la legislación civil..... 4	62	— Papá Goriot..... 3
177	Alcofurado. —Cartas amatorias de la monja portuguesa Mariana Alcofurado, dirigidas al conde de Chamilly... 3	76	— Ursula Mirouet..... 3
315	Amiel. —Diario íntimo..... 9	2	Barbey d'Aureville. —El Cabecilla..... 3
327-328	Antoine. —Curso de Economía social, 2 volúmenes. . 16	12	— El Dandismo y Jorge Brummell..... 3
178	Anónimo. —¿Académicas?... 1	131	— La Hechizada..... 3
179	— Currita Albornoza al P. Luis Coloma..... 1	120	— Las Diabólicas..... 3
183	Araujo. —Goya..... 3	124	— Una historia sin nombre... 3
180	Arenal. —El Delito colectivo 1,50	110	— Venganza de una mujer... 3
182	— El Derecho de gracia..... 3	130	Baudelaire. —Los Paraísos artificiales..... 3
181	— El Visitador del preso..... 3	163	Becerro de Bengoa. —Trueba..... 1
323	Arnó. —Las Servidumbres rústicas y urbanas. Estudio sobre las servidumbres prediales..... 7	174	Bergeret. —Eugenio Mouton (Merinos)..... 1
114	Arnold. —La Crítica en la actualidad..... 3	358	Boccardo. —Historia del comercio, de la industria y de la economía política (para uso especialmente de los Institutos técnicos y de las Escuelas superiores de Comercio)..... 10
172	Asensio. —Fernán Caballero 1	311	Boissier. —Cicerón y sus amigos. Estudio de la sociedad romana del tiempo de César..... 8
39	— Martín Alonso Pinzón..... 3	380	— La oposición bajo los Césares..... 7
134	Asser. —Derecho internacional privado..... 6	169	Bourget. —Hipólito Taine.. 0,50
363	Bagehot. —La Constitución inglesa..... 7	395	Breal. —Ensayo de Semántica (ciencia de las significaciones)..... 5
391	— Leyes científicas del desarrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección natural y de la herencia..... 4	447	Bredif. —La Elocuencia política en Grecia..... 7
416	Baldwin. —Elementos de Psicología..... 8	399	Bret Harte. —Bloqueados por la nieve..... 2
111	Balzac. —César Birotteau... 3		
54	— Eugenia Grandet..... 3		

N.º del Catal.º	Pesetas
367 Bunge.—La Educación.....	12
185-186 Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparados (dos tomos)....	14
187 Buylla.—Economía.....	12
36-37 Campe.—Historia de América (dos tomos).....	6
156 Campoamor.—Cánovas... 1	
79 — Doloras, cantares y humoradas.....	3
69 — Ternezas y flores.....	3
317-354-371 Carlyle.—La revolución francesa (tres tomos).	24
393 — Pasado y presente.....	7
188 Carnevale.—Filosofía jurídica.—Crítica penal.....	5
189 — La Cuestión de la pena de muerte.....	3
102 Caro.—Costumbres literarias.	3
140 — El Derecho y la fuerza....	3
58 — El Pesimismo en el siglo XIX.....	3
65 — El suicidio y la civilización.	3
127 — Littré y el Positivismo....	3
563 — La Filosofía de Goethe....	6
293 Castro.—El Libro de los galicismos.....	3
361 Champcommunal.—La Sucesión ab intestato en Derecho internacional privado.	10
190-191 Collins — Resumen de la filosofía de Spencer (dos tomos).....	15
64 Coppée.—Un idilio.....	3
40 Cherbuliez — Amores frágiles.....	3
26 — La Tema de Juan Tozudo..	3
93 — Meta Holdenis.....	5
18 — Miss Rovel.....	3
91 — Paula Mere.....	3
394 Colombey.—Historia anecdótica del duelo en todas las épocas y en todos los países.....	6
37 Comte.—Principios de Filosofía positiva.....	2
404 Couperus.—Su Majestad... 3	
297 298 Darwin — Viaje de un na-	

N.º del Catal.º	Pesetas
turalista alrededor del mundo (dos tomos).....	15
59 Daudet.—Cartas de mi molino.....	3
125 — Cuentos y fantasías.....	3
13-14 — Jack (dos tomos).....	6
22 — La Evangelista.....	3
43 — Novelas del lunes.....	3
425 Dollinger.—El Pontificado.	6
166 Dorado.—Concepción Arenal.	1
33 Dostoyusky.—La novela del presidio.....	3
301 Dowden.—Historia de la literatura francesa.....	9
40 Dumas.—Actea.....	2
326 Emerson.—La Ley de la vida.....	5
332 — Hombres simbólicos.....	4
413 — Ensayo sobre la Naturaleza.	3,50
442 — Inglaterra y el carácter inglés.....	4
159 — Los veinte ensayos.....	7
340 Eltzbacher.—El Anarquismo según sus más ilustres representantes.....	7
342 Ellis Stevens.—La Constitución de los Estados Unidos estudiada en sus relaciones con la Historia de Inglaterra y de sus colonias.....	4
162 Fernán Flor —Tamayo... 1	
158 — Zorrilla.....	1
155 Fernández Guerra.—Hartzenbusch.....	1
92 Ferrán.—Obras completas.	3
42 Ferry.—Antropología criminal.....	3
329 Fichte.—Discursos á la nación alemana. La Regeneración y educación de la Alemania moderna.....	5
352 Finot.—Filosofía de la longevidad.....	5
357 Fitzmaurice Kelly.—Historia de la literatura española.....	10
24 Flaubert.—Un corazón sencillo.....	2

N.º del Catal.º	Pesetas
390 Flint. — La Filosofía de la Historia en Alemania.....	7
196-197 Fouillée. — Historia de la Filosofía (dos tomos).....	12
195 — La Ciencia social contem- poránea.....	8
194 — Novísimo concepto del De- recho en Alemania, Inglate- rra y Francia.....	7
451-452. — Historia de la Filosofía de Platón (dos tomos).....	12
333 Fournier. — El Ingenio en la historia. Investigaciones y curiosidades acerca de las frases históricas.....	3
198-199 Framarino dei Mala- testa — Lógica de las prue- bas en materia criminal (dos tomos).....	15
302-303 Gabba — Cuestiones prácticas de Derecho civil moderno (dos tomos).....	15
307 Garnet. — Historia de la lite- ratura italiana.....	9
201 Garofalo. — Indemnización á las víctimas del delito....	4
200 — La Criminología.....	10
202 — La Superstición socialista..	5
98 Gautier — Bajo las bombas prusianas.....	3
167 — Enrique Heine.....	1
132 — Madama de Girardin y Bal- zac.....	3
121 — Nerval y Baudelaire.....	3
70 Gay. — Los Salones célebres.	3
435 George. — Protección y libre- cambio.....	9
421 — Problemas sociales.....	5
261 Giddings. — Principios de Sociología. Análisis de los fenómenos de asociación y de organización social.....	10
414 — Sociología inductiva.....	6
286 Giuriati. — Los Errores ju- diciales.....	7
164 Gladstone. — Lord Macau- lay.....	1
287 Goethe. — Memorias.....	5

N.º del Catal.º	Pesetas
406 Gonblanc. — Historia gene- ral de la literatura.....	6
21 Goncourt. — Germinia La- certeux.....	3
204 — Historia de María Anto- nieta.....	7
44 — La Elisa.....	3
61 — La Faustina.....	3
129 — La Señora Gervaisais.....	3
318 — Las Favoritas de Luis XV.	6
6 — Querida.....	3
11 — Renata Mauperin.....	3
358 — La Du Barry.....	4
206 González. — Derecho usual..	5
282-283 Goodnow. — Derecho administrativo comparado (dos tomos).....	14
207 Goschen. — Teoría sobre los cambios extranjeros.....	7
208 Grave. — La Sociedad futura.	8
469-470-461-462 Green. — Histo- ria del pueblo inglés (cuatro tomos).....	25
209 Gross. — Manual del juez....	12
210 Gunplowicz. — Derecho po- lítico filosófico.....	10
211 — Lucha de razas.....	8
330 — Compendio de Sociología..	9
212 Guyau. — La Educación y la herencia.....	8
331 — La moral inglesa contem- poránea, ó sea Moral de la uti- lidad y de la evolución.....	12
471 Hailman. — Historia de la Pedagogía.....	2
290 Hamilton. — Lógica parla- mentaria.....	2
213 Hausonville. — La Juven- tud de lord Byron.....	5
324 Heiberg. — Novelas danesas y escandinavas.....	3
41 Heine — Memorias.....	3
314 — Alemania.....	6
396 Höfding. — Psicología ex- perimental.....	9
426 Hume. — Historia de la Espa- ña contemporánea.....	8
412 — Historia del pueblo español,	

N.º del Catál.º	Pesetas
118 Merimee.—Colomba.....	3
133 — Mis perlas.....	3
450 Merkel.—Derecho penal...	10
230-231 Miraglia.—Filosofía del Derecho (dos tomos).....	15
296 Mommsen.—Derecho público romano.....	12
440-373 — Derecho penal romano (dos tomos).....	18
398 Mouton.—El deber de castigar.....	4
170 Molins.—Bretón de los Herreros.....	1
295 Murray.—Historia de la literatura clásica griega.....	10
312 Nansen.—Hacia el Polo....	6
472 Nardi Greco.—Sociología jurídica.....	9
232 Neera.—Teresa.....	3
233 Neumann.—Derecho internacional público moderno...	6
308 Nietzsche.—Así hablaba Zarathustra.....	7
335 — Más allá del bien y del mal.	5
336 — La genealogía de la moral.	3
350 — Humano, demasiado humano. Meditaciones sobre las preocupaciones morales....	6
870 — Aurora.....	7
405 — Últimos opúsculos.....	5
431 — La Gaya ciencia.....	6
466 — El viajero y su sombra....	6
355 Nowicow.—Los Despilfarreros de las sociedades modernas.....	8
365 — El Porvenir de la raza blanca. Crítica del pesimismo contemporáneo.....	4
407 — Conciencia y voluntad sociales.....	6
478 — La guerra y sus pretendidos beneficios.....	1,50
473 Papini.—Lo trágico cotidiano y El Piloto ciego.....	3
157 Pardo Bazán.—Alarcón...	1
171 — Campoamor.....	1
151 — El P. Luis Coloma.....	2
168 Passarge.—Ibsen.....	1

N.º del Catál.º	Pesetas
161 Picon.—Ayala.....	1
417 Potapenko.—La novela de un hombre sensato,.....	2
379-432 433 Prevost Paradol.—La Historia universal (tres tomos).....	16
384 Quinet.—El Espíritu nuevo.	5
235 Renan.—Estudios de historia religiosa.....	6
236 — La Vida de los Santos....	6
56-57 — Memorias íntimas (dos tomos).....	6
422 Ribbing.—La higiene sexual y sus consecuencias morales.	3
237-238 Ricci.—Tratado de las pruebas, con notas y apéndices relativos á la Legislación y Jurisprudencia españolas (dos tomos).....	20
397-411-435 - 436-348-349-444-445-456-457-458-467 — Derecho civil (doce tomos).....	83
285 Rod.—El Silencio.....	3
403 Roguin.—Las reglas jurídicas.....	8
415 Roosevelt.—New York....	4
453 Rozan.—Locuciones, proverbios, dichos y frases indispensables en la buena educación.....	3
346 Ruskin.—Las Siete lámparas de la arquitectura.....	7
446-439.—Obras escogidas (2 tomos)	13
122 Sainte-Beuve.—Retratos de mujeres.....	3
441 — Estudio sobre Virgilio....	5
49 — Tres mujeres.....	3
381 Sansonetti.—Derecho constitucional.....	9
84 Sardou.—La Perla negra...	3
240 Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho.....	3
242-344-372.—Schopenhauer.—El Mundo como voluntad y como representación (tres tomos).....	30

N.º del Catal.º	Pesetas	N.º del Catal.º	Pesetas
241 Schopenhauer. — Fundamento de la moral.....	5	376-377 Stourm. — Los Presupuestos (dos tomos).....	15
465 — Ensayos sobre Religión, Estética y Arqueología.....	4	475 Strafforello. — Después de la muerte.....	3
464 — La nigromancia.....	3	449 Stuart-Mill. — Estudio sobre la religión.....	4
458 — Estudios de Historia filosófica.....	4	291 Sudermann. — El Deseo...	3,50
448 — Eudemonología. (Tratado de mundología ó arte de bien vivir.).....	5	263 Sumner-Maine. — El Antiguo derecho y la costumbre primitiva.....	7
401 Sienkiewicz. — Orso en vano	2	265 — Historia del Derecho.....	8
430 Sieroszewski. — Yang-Hun-Tsy. Novela de costumbres rusas.....	3	264 — La Guerra según el Derecho internacional.....	4
320 Sohm. — Derecho privado romano.....	14	266 — Las Instituciones primitivas.	7
378 Sombart — El Socialismo y el movimiento social en el siglo xix.....	3	267 Supino. — Derecho mercantil anotado extensamente con las diferencias del Derecho español.....	12
256 Spencer. — De las leyes en general.....	8	403 Suttner. — High Life.....	3
253 — El Organismo social.....	7	96 Taine. — El Arte en Grecia..	3
257 — Ética de las prisiones.....	10	101 — El Ideal en el Arte.....	3
255 — Exceso de legislación.....	7	106 — Florencia.....	3
248 — La Beneficencia.....	4	263-269-313 337-347 — Historia de la literatura inglesa (5 tomos)	34
246 — La Justicia.....	7	270 — La Inglaterra.....	7
247 — La moral de los diversos pueblos y la moral personal.	7	74 — La Pintura en los Países Bajos.....	3
260 — Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas.....	9	108 — Milán.....	3
249 — Las Instituciones eclesiásticas.....	6	103 — Nápoles.....	3
251-252 — Las Instituciones políticas (dos tomos).....	12	310 — Notas sobre París.....	6
258-259 — Los Datos de la Sociología (dos tomos).....	12	104-105 — Roma (dos tomos).....	8
250 — Las Instituciones sociales..	7	107 — Venecia.....	3
353 — Las Instituciones profesionales.....	4	334 — Los orígenes de la Francia contemporánea; Tomo 1.º, El antiguo régimen.....	10
351 — Las Instituciones industriales.....	8	468 — Los orígenes de la Francia contemporánea; Tomo 2.º, La Revolución. Tomo 1.º, La anarquía.....	7
62 Starcke. — La Familia en las diferentes sociedades.....	5	476 — Los orígenes de la Francia contemporánea; Tomo 3.º, La revolución. Tomo 2.º, La conquista jacobina.....	6
262 Sthal. — Historia de la filosofía del Derecho.....	12	359 — Los Filósofos del siglo xix.	6
341 Stirner. — El único y su propiedad.....	0	272 Tarde. — El Duelo y el delito político.....	3
		273 — La Criminalidad comparada.....	3

N.º del Catal.º	Pesetas
271 Tarde. —Las Transformaciones del Derecho.....	6
339-360 Todd. — El Gobierno parlamentario en Inglaterra (dos tomos).....	15
400 Tehekhof —Un duelo.....	1
239 Thorold Rogers. —Sentido económico de la Historia. 10	
134 Tcheng-Ki-Tong. — La China contemporánea.....	3
5 Tolstoy. —Dos generaciones. 3	
7 — El Ahorcado.....	3
71 — El Camino de la vida.....	3
63 — El Canto del cisne.....	3
77 — El Dinero y el trabajo.....	3
10 — El Príncipe Nekhli.....	3
81 — El Trabajo.....	3
15 — En el Cáucaso.....	3
15 — Fisiología de la guerra ...	3
52 — Iván el imbécil.....	3
117 — La Escuela.....	3
1 — La Sonata á Krentzer.....	3
95 — Lo que debe hacerse.....	3
48 — Los Cosacos.....	3
90 — Los Hambrientos.....	3
3 — Marido y mujer.....	3
85 — Mi Confesión.....	3
113 — Mi Infancia.....	3
75 — Placeres viciosos.....	3
94 — ¿Qué hacer?.....	3
294 Trevelyan. —La Educación de lord Macaulay.....	7
89 Turgueneff. —Aguas primaverales.....	3
97 — Demetrio Rudín.....	3
25 — El Judío.....	3
123 — El Reloj.....	3
47 — El Rey Lear de la estepa. .	3
8 — Humo.....	3
139 — La Guillotina.....	3
16 — Nido de hidalgos.....	3
137 — Padres é hijos.....	3
80 — Primer amor.....	3
304 — Tierras vírgenes.....	5
60 — Un desesperado.....	3
281 Uriel. —Historia de Chile... 8	
477 Vaccaro. —Las bases socio-	

N.º del Catal.º	Pesetas
lógicas del Derecho y del Estado.....	9
153 Valera. —Ventura de la Vega. 1	
116 Varios autores. —Cuentos escogidos... ..	3
276 — El Derecho y la Sociología contemporáneos.....	12
277 — Novelas y caprichos.....	3
55 — Ramillete de cuentos.....	3
82 — Tesoro de cuentos.....	3
428 — Los grandes discursos de los máximos oradores ingleses modernos.....	7
338 Virgilio. —Manual de estadística.. ..	4
278 Vivante. —Derecho mercantil.....	10
419-420 Vocke. —Principios fundamentales de Hacienda (dos tomos).....	10
4 Wagner. —Recuerdos de mi vida.....	3
325 Waliszewsky. —Historia de la Literatura rusa.....	9
408 Wallace. —Rusia.....	4
309 Westermarck. —El matrimonio en la especie humana. 12	
356 Wilson. —El Gobierno congresional: Régimen político de los Estados Unidos.....	5
443 Willaughby. — La legislación obrera en los Estados Unidos.....	3
389 Witman. —La Alemania imperial.....	5
364 Witt. —Historia de Washington y de la fundación de la República de los Estados Unidos 7	
279-280 Wolf. —Historia de las literaturas castellana y portuguesa (dos tomos).....	15
374 Wundt. —Compendio de Psicología.....	9
429 —Hipnotismo y sugestión.....	2
43 Zola. —Balzac.....	1
148 — Chateaubriand.....	1
144 — Daudet.....	1

<u>N.º del</u> <u>Catal.º</u>	<u>Pesetas</u>	<u>N.º del</u> <u>Catal.º</u>	<u>Pesetas</u>
146 Zola.—Dumas (hijo).....	1	9 Zola.—Las Veladas de Medan	3
86-87 — El Doctor Pascual (dos tomos).....	6	149 — Los Goncourt.....	1
50-51 — El Naturalismo en el teatro (dos tomos).....	6	67-68 — Los Novelistas natura- listas (dos tomos).....	6
35 — Estudios críticos.....	3	30 — Mis odios.....	3
17 — Estudios literarios.....	3	150 — Musset.....	1
147 — Flaubert.....	1	32 — Nuevos estudios literarios..	3
154 — Gautier.....	1	165 — Sainte-Beuve.....	1
141 — Jorge Sand.....	1	145 — Sardou.....	1
23 — La Novela experimental...	3	159 — Stendhal.....	1
		142 — Víctor Hugo.....	1

CATÁLOGO

por orden alfabético de autores y materias, de los libros publicados por
LA ESPAÑA MODERNA, que se venden en su Administración,
López de Hoyos, 6, Madrid.

ANTROPOLOGÍA

- Ferri.**—Antropología criminal, 3 ptas.
Westermarck.—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

- Lemcke.**—Estética, 8 pesetas.
Taine.—La Pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—El Ideal en el arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, dos tomos, 8 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

- Araujo.**—Goya, 3 pesetas.
Asensio.—Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.
Barbey.—El Dandismo y Jorge Brummell, 3 pesetas.
Becerro de Bengoa.—Trueba, 1 peseta.
Bergeret.—Mouton (Merinos), 1 peseta.
Bourgot.—Taine, 0,50 pesetas.
Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.
Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.
Fernández Guerra.—Hartzenbusch, 1 peseta.

- Fernán Flor.**—Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.
Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 peseta.
Goncourt.—María Antonieta, 7 pesetas.—Las favoritas de Luis XV, 6 pesetas.—La Du-Barry, 4 pesetas.
Gladstone.—Lord Macaulay, 1 peseta.
Goethe.—Memorias, 5 pesetas.
Haussonville.—La Juventud de lord Byron, 5 pesetas.
Heine.—Memorias, 3 pesetas.
Lango.—Luis Vives, 2,50 pesetas.
Macaulay.—Vida, memorias y cartas, dos tomos, 14 pesetas.—La Educación de lord Macaulay, 7 pesetas.
Maupassant.—Zola, 1 peseta.
Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.
Meneval.—María Stuardo, 6 pesetas.
Molins.—Bretón de los Herreros, 1 pla.
Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.
Passarge.—Ibsen, 1 peseta.
Picón.—Ayala, 1 peseta.
Renán.—Memorias íntimas, dos tomos, 6 pesetas.

Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.
Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.
Valera.—Ventura de la Vega, 1 peseta.
Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.
Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Victor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.—Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Musset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Arnold.—La Crítica en la actualidad, 3 pesetas.
Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.
Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas.—Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El Naturalismo en el teatro, dos tomos, 6 pesetas.—Los Novelistas naturalistas, dos tomos, 6 pesetas.—La Novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.^a parte de la Génesis), 4 pesetas.
Arenal.—El Derecho de gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.
Arnó.—Las Servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.
Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.
Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.
Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), dos tomos, 15 ptas.
Gabba.—Derecho civil moderno, dos tomos, 15 pesetas.
Garofalo.—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización á las víctimas del delito (2.^a parte de La Criminología), 4 pesetas.
Giuriati.—Los Errores judiciales, 7 pesetas.
González.—Derecho usual, 5 pesetas.
Goodnow.—Derecho administrativo comparado, dos tomos, 14 pesetas.
Gross.—Manual del juez, 12 pesetas.
Gumplowicz.—Derecho político-filosófico, 10 pesetas.
Hunter.—Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.
Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 pesetas.
Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.—La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
Macaulay.—Estudios jurídicos, dos tomos, 6 pesetas.
Manduca.—El Procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
Martens.—Derecho internacional (público y privado), tres tomos, 22 pesetas.
Miraglia.—Filosofía del Derecho, dos tomos, 15 pesetas.
Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.—Derecho penal romano (dos tomos), 18 pesetas.
Neumann.—Derecho internacional público moderno, 6 pesetas.
Ricci.—Tratado de las pruebas en Derecho civil, dos tomos, 20 pesetas.—Derecho civil (catorce tomos), 95 ptas.

Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.

Schm.—Historia é instituciones del Derecho privado romano, un gran volumen, 14 pesetas.

Spencer.—La Justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Sthal.—Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Sumner Maine.—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las Instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.

Tarde.—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El Duelo y el delito político, 3 pesetas.—La Criminalidad comparada, 3 pesetas.

Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra (dos tomos), 15 pesetas.

Varicautores.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Bello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.)—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

Vivante.—Derecho mercantil, 10 pesetas.

ECONOMÍA

Antoine.—Curso de Economía social.

Buylla, Neumann, Kleinwachter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Laveleye.—Economía política, 7 ptas.

Leroy-Beaulieu.—Economía política, 8 pesetas.

Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

Virgilio.—Manual de estadística, 4 pesetas.

FILOSOFÍA

Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.

Caro.—El Pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El Suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littré y el positivismo, 3 pesetas.—El Derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer, dos tomos, 15 pesetas.

Emerson.—La Ley de la vida, 5 pesetas.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, dos tomos, 12 pesetas.

Guyau.—La Moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Lester Ward.—Factores psíquicos de la civilización, 7 pesetas.

Lubbock.—El Empleo de la vida, 3 pesetas.—La Vida dichosa, 3 pesetas.

Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—Genealogía de la moral, 3 pesetas.

Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación (tres tomos), 30 pesetas.

Stahl.—Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Strafforello.—Después de la muerte, 3 pesetas

Taine.—Los orígenes de la Francia contemporánea (tres tomos), 23 pesetas.

HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Kochs, Würzburg.—*Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín. — Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam. — Las infecciones, por Kochs, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones. Causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

HISTORIA

Boissier.—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.

Campe.—Historia de América, dos tomos, 6 pesetas.

Carlyle.—La Revolución francesa (tres tomos), 24 pesetas.

Dowden.—Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.

Fournier.—El Ingenio en la Historia, 3 pesetas.

Garnett.—Historia de la literatura italiana, 9 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Murray.—Historia de la literatura clásica griega, 10 pesetas.

Renan.—Estudio de historia religiosa, 6 pesetas.—Las Vidas de los santos, 6 ptas.

Taine.—Historia de la literatura inglesa (cinco tomos), 34 pesetas.—Los orígenes de la Francia contemporánea (dos tomos), 17 pesetas.

Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.

Waliszewsky.—Historia de la literatura rusa, 9 pesetas.

Wolf.—Historia de las literaturas castellana y portuguesa, con notas de M. Menéndez y Pelayo, dos volúmenes, 15 ptas.

MISCELÁNEA

Alcofurado.—Cartas amorosas de la monja Mariana Alcofurado, 3 pesetas.

Baudelaire.—Los Paraísos artificiales, 3 pesetas.

Castro.—El Libro de los galicismos, 3.
Gautier.—Bajo las bombas prusianas, 3 pesetas.

Gay.—Salones célebres, 3 pesetas.

Hamilton.—Lógica parlamentaria, 2.

Novicow.—La guerra y sus pretendidos beneficios, 1,50 pesetas.

Tolstoy.—Fisiología de la guerra, 3 pesetas.—Placeres viciosos, 3 pesetas.

Varios autores.—(Thebussem, Manuel del Palacio, Picón, Campoamor, Pardo Bazán, Zorrilla, Palacio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés, Valbuena, etc.)—Novelas y caprichos, 3 pesetas.

NOVELA

Balzac.—Eugenia Grandet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—Ursula Mirotet, 3 pesetas.—César Birotteau, 3 pesetas.—La Quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.

Barbey d'Aureville.—El Cabecilla, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las Diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nombre, 3 pesetas.—La Hechizada, 3 pesetas.

Cherbuliez.—Miss Rovel, 3 pesetas.—La Tema de Juan Tozudo, 3 pesetas.—Amores frágiles, 3 pesetas.—Paula Meró, 3 pesetas.—Meta Holdenis, 3 pesetas.

Coppée.—Un idilio, 3 pesetas.

Daudet.—Jack, dos tomos, 6 pesetas.—La Evangelista, 3 pesetas.—Novelas del

lunes, 3 pesetas.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 pts.

Dostoyusky.—La Novela del presidio, 3 pesetas.

Ferran.—Obras completas, 3 pesetas.

Flaubert.—Un corazón sencillo, 3 pts.

Goncourt.—Querida, 3 pesetas.—Renata Maupérin, 3 pesetas.—Germinia Lacerteux, 3 pesetas.—La Elisa, 3 pesetas.—La Faustín, 3 pesetas.—La Señora Gervaisais, 3 pesetas.

Heiberg.—Novelas danesas, 3 pesetas

Korolenko.—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Morimée.—Colomba, 3 pesetas.—Mis perlas, 3 pesetas.

Neera.—Teresa, 3 pesetas.

Rod.—El Silencio, 3 pesetas.

Sardou.—La Perla negra, 3 pesetas.

Sudermann.—El Deseo, 3,50 pesetas.

Tolstoy.—La Sonata á Kreutzer, 3 pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas.—El Ahorcado, 3 pesetas.—El Príncipe Nekhli, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—La escuela de Yasnaya poliana, 3 pesetas.—Los Cosacos, 3 pesetas.—Iván el Imbecil, 3 pesetas.—El Canto del cisne, 3 pesetas.—El Camino de la vida, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.

Turguenev.—Humo, 3 pesetas.—Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El Judío, 3 pesetas.—El Rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor, 3 pesetas.—Agua primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas.—El Reloj, 3 pesetas.—Padres é hijos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.

Varios autores.—Ramillete de cuentos, 3 pesetas.—Tesoro de cuentos, 3 pesetas.—Cuentos escogidos, 3 pesetas.

Zola.—Las Veladas de Medan, 3 pesetas.—La Novela experimental, 3 pesetas.—Los Novelistas naturalistas, dos tomos, 6 pesetas.—El Doctor Pascual, dos tomos, 6 pesetas.

PEDAGOGÍA

Buisson.—La Educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.

Bungo.—La Educación, 12 pesetas.

Fichte.—Discurso á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.

Huxley.—La Educación y las ciencias naturales, 6 pesetas.

Guyau.—La Educación y la herencia, 8 pesetas.

Macaulay.—La Educación, 7 pesetas.

POESÍAS

Campoamor.—Ternezas y flores, Ayes del alma, Fábulas; todo en un tomo, 3 pesetas.—Doloras, Cantares, Humoradas; todo en un tomo, 3 pesetas.

Ferran.—Obras completas, 3 pesetas.

SOCIOLOGÍA

Antoine.—Curso de economía social, 2 vols., 16 pesetas.

Caro.—El Suicidio y la civilización, 3 pesetas.—El Derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Elzbacher.—El Anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 pesetas.

Fouillée.—La Ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Garófalo.—La Superstición socialista, 5 pesetas.

Giddings.—Principios de la Sociología, 10 pesetas.

Grave.—La Sociedad futura, 8 pesetas.

Gumpłowicz.—Lucha de razas, 8 pesetas.—Compendio de Sociología, 9 ptas.

Guyau.—La Educación y la herencia, 8 pesetas.—La Moral inglesa contemporánea, ó sea Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

Janet.—La Familia, 5 pesetas.

Kidd.—La Evolución social, 7 pesetas.

Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Laveleye.—El Socialismo contemporáneo, 8 pesetas.

Max-Müller.—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.—Historia de las religiones, 8 pesetas.

Novicow.—Los despilfarros de las sociedades modernas, 8 pesetas.—El porvenir de la raza blanca, 4 pesetas.

Sombart.—El Socialismo y el movimiento social en el siglo XIX, 3 pesetas.

Spencer.—Los Datos de la Sociología, dos tomos, 12 pesetas.—Las Inducciones de la Sociología y Las Instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las Instituciones sociales, 7 pesetas.—Las Instituciones políticas, dos tomos, 12 pesetas.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Las Instituciones profesionales, 4 pesetas.—La Moral de los diversos pueblos y La Moral personal, 7 pesetas.—La Justicia, 7 pesetas.—La Beneficencia, 6 pesetas.—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Starcke.—La Familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.

Stirner.—El Único y su propiedad, 9 pesetas.

Sumner-Maine.—Las Instituciones primitivas, 7 pesetas.

Tarde.—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.

Tolstoy.—Placeres viciosos, 3 pesetas.—El Dinero y el trabajo, 3 pesetas.—El Trabajo, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.—¿Qué hacer?, 3 pesetas.—Lo que deba hacerse, 3 pesetas.

Varios autores.—Agnanno, Alas, Azcarate, Bancos, Benito, Bustamante Bayla, Costz, Dorado, Pello, Prida, García La tra, Gide, Giner de los Rios, González Serrano, Gum.łowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Una Sarthou, etc.—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

Westermarck.—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

TEATRO

Ibsen.—Casa de muñeca, 3 pesetas.—Los Aparecidos y Edda Guller, dos dramas, 3 pesetas.—La Dama del mar y un enemigo del pueblo, dos dramas, 3 pesetas.

Zola.—El Naturalismo en el teatro, dos tomos, 6 pesetas.

VIAJES

Darwin.—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, dos tomos, 15 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Nansen.—Hacia el Polo, 6 pesetas.

Taine.—La Inglaterra, 7 pesetas.

Tcheng-Ki Tong.—La China contemporánea, 3 pesetas.

LOS GRANDES AUTORES CONTEMPORÁNEOS

Neera.—Teresa, 3 pesetas.

Rod.—El Silencio, 3 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Sudermann.—El Deseo, 3,50 pesetas.

Korolenko.—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, —2 tomos, 14 pesetas.
 González.—Derecho usual, 5 pesetas.
 Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.
 Grava.—La sociedad futura, 8 pesetas.
 Green.—Historia del pueblo inglés, 4 t., 25 ps.
 Gross.—Manual de I. Juer, 12 pesetas.
 Guerra.—Vida de Hartzenbusch, 1 peseta.
 Gumplovicz.—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 pesetas.—Compendio de Sociología, 9 pesetas.
 Guyau.—La educación y la herencia, 8 ptas.—La moral y la iglesia contemporánea, 12 pesetas.
 Hallman.—Historia de la Pedagogía, 2 pesetas.
 Hamilton.—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.
 Haussenville.—La juventud de lord Byron, 5 pesetas.
 Heiberg.—Novelas danesas, 3 pesetas.
 Heine.—Alemania, 6 pesetas.—Memorias, 3 pesetas.
 Hoffding.—Psicología experimental, 9 pesetas.
 Hume.—Historia del pueblo español, 9 ptas.—Historia de la España contemporánea, 8 ptas.
 Hunter.—Sumario de Derecho romano, 4 ptas.
 Huxley.—La educación y las ciencias naturales, 6 pesetas.
 Ibsen.—Casa de muñecas, 3 pesetas.—Los aparecidos, 3 pesetas.
 Ihering.—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
 Jitta.—Método de Derecho internacional, 9 ps.
 Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.
 Kidd.—La evolución social, 7 pesetas.
 Kochs, Hirsch, Stokvis y Würzburg.—Estudios de Historia general, 3 pesetas.
 Korolenko.—El desertor de Sajalin, 2,50 ptas.
 Kropotkin.—Campesinos, fábricas y talleres, 6 pesetas.
 Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 pesetas.
 Langa.—Luis Vives, 2,50 pesetas.
 Larcher y P. J. Julien.—Opiniones acerca del matrimonio y del celibato, 5 pesetas.
 Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.—El socialismo contemporáneo, 8 pesetas.
 Lemcke.—Estética, 8 pesetas.
 Lemonnier.—La carnicería (Serán), 3 pesetas.
 Leroy-Beaulieu.—Economía política, 8 pesetas.
 Lester-Ward.—Factores psíquicos de la civilización, 7 pesetas.
 Lewis-Pattes.—Historia de la literatura de los Estados Unidos, 8 pesetas.
 Liess.—El trabajo, 9 pesetas.
 Lombroso.—Medicina legal, dos tomos con multitud de grabados, 15 pesetas.
 Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.—La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
 Lubbock.—El empleo de la vida, 9 pesetas.—La vida lúbrica, 3 pesetas.
 Macaulay.—La educación, 7 pesetas.—Vida, memorias y cartas, dos tomos, 14 pesetas.—Estudios jurídicos, 6 pesetas.
 Mac-Donald.—El criminal tipo, 3 pesetas.
 Manduca.—El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
 Martens.—Derecho internacional, 4 t., 80 ptas.
 Martin.—La moral en China, 4 pesetas.
 Mattiolo.—Instituciones de Derecho procesal civil, 10 pesetas.
 Maupassant y Alexis.—Vida de Zola, 1 peseta.
 Max-Müller.—Historia de las religiones, 8 pesetas.—La ciencia del lenguaje, 8 pesetas.—La Mitología comparada, 7 pesetas.
 Menéndez y Pelayo.—Vida de Nunez de Arce, 1 peseta.—Vida de Martínez de la Rosa, 1 ptas.
 Meneval y Chantelauc.—María Estuardo, 6 pesetas.
 Mercier.—Lógica, 8 pesetas.—Psicología, 2 tomos, 12 pesetas.—Ontología, 10 pesetas.—Criteriología general ó tratado de la certeza, 9 pesetas.
 Merimée.—Colomba, 3 pesetas.—Mis perlas, 3 pesetas.
 Merejkowsky.—La muerte de los dioses, 2 pesetas.
 Merkel.—Derecho penal, 10 pesetas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho, 2 t., 15 ptas.
 Molins.—Vida de Bretón, 1 peseta.
 Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.—Derecho penal romano, 2 tomos, 16 pesetas.
 Mouton.—El deber de castigar, 4 pesetas.
 Murray.—Historia de la literatura clásica griega, 10 pesetas.
 Nansen.—Hacia el Polo, 6 pesetas.
 Nardi-Graeco.—Sociología jurídica, 9 pesetas.
 Neera.—Teresa, 3 pesetas.
 Neumann.—Derecho internacional público moderno, 6 pesetas.
 Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—La genealogía de la moral, 3 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—Humano, demasiado humano, 6 pesetas.—Aurora, 7 pesetas.—Últimos opúsculos, 5 pesetas.—La grey ciencia, 6 pesetas.—El viajero y su sombra, 6 pesetas.
 Novicow.—Los defraudadores de las sociedades modernas, 3 pesetas.—El porvenir de la raza blanca, 4 pesetas.—Conciencia y voluntad sociales, 6 pesetas.—La guerra y sus pretendidos beneficios, 1,50 pesetas.
 Papini.—Lo trágico cotidiano y El piloto ciego, 3 pesetas.
 Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Vida de Compadre, 1 peseta.—De Alarcón, 1 ptas.
 Passarge.—Vida de Ibsen, 1 peseta.
 Píoñ (J. O.).—Vida de Ayala, 1 peseta.
 Potapenko.—La novela de un hombre sensato, 2 pesetas.
 Prévost-Paradol.—Historia Universal, 3 tomos, 16 pesetas.
 Quinet.—El espíritu nuevo, 5 pesetas.
 Renán.—Estudios de Historia religiosa, 6 pesetas.—Vida de los santos, 6 pesetas.—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.
 Ribbing.—La higiene sexual, 3 pesetas.
 Ricci.—Tratado de las pruebas, 2 tomos, 20 pesetas.—Derecho civil, 14 tomos, 95 pesetas.
 Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
 Rod.—El silencio, 3 pesetas.
 Roguin.—Las reglas jurídicas, 8 pesetas.
 Roosevelt.—Nueva York, 4 pesetas.
 Rozan.—Locuciones, proverbios, dichos y frases, 3 pesetas.
 Ruskin.—Las siete lámparas de la Arquitectura (El sacrificio.—La verdad.—La fuerza.—La belleza.—La vida.—El recuerdo.—La obediencia) y La corona de olivo silvestre (El trabajo.—El comercio.—La guerra), 7 pesetas.—Obras escogidas, 2 tomos, 13 pesetas.
 Sainte-Beuve.—Estudio sobre Virgilio, 5 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.
 Sansonetti.—Derecho constitucional, 9 ptas.
 Sardou.—La perla negra, 3 pesetas.
 Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 8 pesetas.
 Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, 3 vols., 30 ptas.—Eudemología (tratado de mundología ó arte de bien vivir), 5 ptas.—Estudios de Historia filosófica, 4 ptas.—La nigromancia, 3 pesetas.—Ensayos sobre Religión, Estética y Arqueología, 4 pesetas.
 Sienkiewicz.—Orso En vano, 2 pesetas.
 Sierozewski.—Yang-Hun-Ts-y, novela, 2 ptas.
 Sombart.—El socialismo y el movimiento social en el siglo XIX, 3 pesetas.
 Spencer.—La justicia, 7 pesetas.—La moral, 7 pesetas.—La beneficencia, 4 pesetas.—Las instituciones eclesásticas, 6 pesetas.—Instituciones sociales, 7 pesetas.—Instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—El organismo social, 7 pesetas.—El progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la sociología y las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Instituciones profes-